



UNIVERSIDAD GABRIELA MISTRAL

FACULTAD DE HUMANIDADES

MAGISTER EN HUMANIDADES Y ARTES

HUNGRIA:
LOS REBROTES DE LA REVOLUCION DE 1956
EN LA
CAIDA DEL COMUNISMO EN 1989

Tesista: Cecilia Goldenberg Peñafiel

Profesor Guía: Gonzalo Larios Mengotti

2014

ME. MAGHA
(9)
2014

28367

M30718-C.O



UNIVERSIDAD GABRIELA MISTRAL
FACULTAD DE HUMANIDADES
MAGISTER EN HUMANIDADES Y ARTES

HUNGRÍA:
LOS REBROTOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1956
EN LA
CAIDA DEL COMUNISMO EN 1989



Tesista: Cecilia Goldenberg Peñafiel
Profesor Guía: Gonzalo Larios Mengotti

2014

Contenido

1.	Introducción	3
2.	Antecedentes “remotos” de la Revolución Húngara de 1956	8
2.1.	Disolución del Imperio Austro-húngaro y la formación de los nuevos Estados.....	8
2.2.	Formación del Estado de Hungría y gobierno de Károlyi (1918-1919)	10
2.3.	República Húngara de los Consejos (1919).....	13
2.4.	Tratado de Trianón (4 de junio de 1920)	14
2.5.	Regencia de Miklós Horthy y su política revisionista (1920-1945)	16
2.6.	El <i>Revisionismo</i> húngaro y su alianza con la Alemania de Hitler.....	19
2.7.	Hungría en la guerra nazi-soviética (1941-1945)	21
2.8.	Hungría bajo la esfera de influencia soviética desde Yalta	23
3.	Antecedentes próximos de la Revolución Húngara de 1956	27
3.1.	Europa del Este como <i>glacis</i> estratégico de la Unión Soviética.....	27
3.2.	Construcción del socialismo real en Europa del Este (1945-1949)	28
3.2.1.	Sovietización gradual de Europa del Este (1945-1947).....	30
3.2.2.	Comunistización o estalinización de Europa del Este. Dictadura de partido único (1948-1949).....	32
3.2.3.	Estalinización de Europa del Este en el marco de la Guerra Fría	36
3.3.	Construcción del socialismo real en Hungría (1945-1949)	42
3.3.1.	Sovietización gradual de Hungría (1945-47)	42
3.3.2.	Estalinización en Hungría (1948-49).....	48
4.	Muerte de Stalin y la <i>desestalinización</i>	54
4.1.	<i>Deshielo</i> post Stalin y las rebeliones de 1953 en Europa del Este	55
4.2.	Khrushchov y la Desestalinización.....	59
4.3.	<i>Desestalinización en Europa del Este. Protestas sociales y Revisionismo</i>	61
4.4.	Revisionismo en Hungría: Imre Nagy	63
5.	La Revolución húngara de 1956	67
5.1.	Crisis política previa a la rebelión.....	67
5.2.	Desarrollo de la rebelión	72
5.3.	Trasfondo ideológico y político de la revolución	92
5.3.1.	Pensamiento de Imre Nagy e István Bibó	93
5.3.2.	Demandas de los grupos sociales.....	97

5.3.3.	La organización durante la revolución: comités y consejos.....	99
5.3.4.	Evolución del trasfondo ideológico y político durante los acontecimientos	101
5.4.	Posición de la Unión Soviética ante la revolución.....	103
5.5.	El significado de la revolución para la política soviética	106
5.6.	Posición del mundo occidental ante la revolución	108
5.6.1.	Actitud de Estados Unidos y Naciones Unidas	109
5.6.2.	Conflicto de Suez	111
5.7.	La realidad manifestada por la crisis.....	114
5.8.	Repercusiones de la crisis.....	116
6.	Kádár y el <i>kadarismo</i>	120
6.1.	Primer período: represión y consolidación (1956 – 1958).....	121
6.2.	Kádár y el “comunismo de gulasch”	126
6.3.	Kádár y el totalitarismo	133
6.4.	La Hungría kadarista ante la crisis del bloque.....	136
7.	Transición democrática en Europa del Este	139
7.1.	Reformas en la URSS	139
7.2.	Efectos de la política soviética en el bloque	143
7.3.	Factores internos comunes a los países del bloque.....	147
7.4.	Transición en Polonia	149
8.	La transición democrática en Hungría en 1989.....	152
8.1.	Creación del Estado moderno de Hungría	153
8.2.	Los rebrotes de la Revolución de 1956 en la transición democrática.....	162
9.	Conclusiones.....	170
10.	Bibliografía	175

1. Introducción

El tema de esta tesis, “*Hungría, los Rebotes de la Revolución de 1956 en la caída del comunismo*”, tuvo su preámbulo en el año 2007 cuando el profesor Gonzalo Larios me propuso estudiar dicha rebelión con el objeto de entregar un trabajo para el curso “*Siglo XX. Antecala de los conflictos actuales*”, del programa de Magíster en Humanidades y Arte de esta Universidad. Dos años después, cuando me disponía a iniciar la Tesis para postular al grado de Magister, le solicité que me guiara en la realización de ésta. Entonces me propuso que retomara la sublevación magiar¹, pero esta vez analizándola como posible antecedente de la *desintegración del sistema soviético en Hungría en 1989*.

Esta proposición me resultó muy interesante, no sólo por la relevancia del tema, sino sobre todo porque la historia me había quedado trunca. Tras el cruento aplastamiento de la Revolución por las tropas soviéticas aspiraba, como los húngaros, a una salida victoriosa para este pueblo tan valiente, capaz de enfrentarse, con el uso de su ingenio y de los escasos recursos bélicos que fue obteniendo durante los días de los acontecimientos, a un poder incontrastable como el de la Unión Soviética.

Este trabajo se propone como hipótesis descubrir si la Revolución húngara de octubre de 1956 quedó en el olvido después del aplastamiento militar soviético y la represión del gobierno de Kádár instalado por Moscú o si posteriormente hubo rebotes de ella. Es decir, si los ideales y valores revolucionarios volvieron a salir a la luz y verificar si influyeron en la caída del comunismo hacia 1989 en Hungría y si éstos estuvieron presentes en la transición democrática.

Si bien la rebelión de 1956 es el punto de arranque de esta investigación, los objetivos propuestos han abarcado no sólo el conocimiento de estos acontecimientos y su posterior evolución, sino también sus antecedentes, tanto los más recientes, aquellos que incidieron directamente en la sublevación, como las razones remotas, que contribuyeron a crear un clima propicio para éstas.

¹ Al pueblo húngaro también se le conoce con el nombre de magiar, porque originariamente estaba formado por varias tribus nómades, entre las que destacaba la magiar. El jefe de ésta, Almus, fue el que dirigió a los húngaros desde los Urales hacia las llanuras del Danubio, a las que llegaron en el siglo IX.

Por este motivo, se comenzará analizando la situación de Hungría después de la Primera Guerra Mundial, en la que las decisiones resueltas por los vencedores del conflicto dejaron al país magiar en una condición de debilidad que influyó decisivamente en la alianza de éste con Hitler y su participación en la Segunda Guerra Mundial como aliado del Eje, lo que arrastró al país al alero de Moscú al ser derrotado por el Ejército Rojo.

La Unión Soviética, como potencia triunfadora, impuso a la fuerza el sistema soviético de Partido-Estado en Hungría y en los países de Europa central y oriental, que quedaron bajo su dominio después de la guerra. Éstos formaron una nueva realidad geopolítica llamada Europa del Este, que configuró el bloque oriental bajo el liderazgo soviético al declararse la Guerra Fría. Bajo las directrices del Kremlin las “democracias populares” evolucionaron en forma homogénea y en estrecha interdependencia entre ellas, aunque cada una ofrece también características propias. La evolución magiar, por estos motivos, será analizada en su desarrollo particular y en el marco de estas relaciones.

La comunización del este de Europa se transformaría en Hungría en el antecedente próximo de la Rebelión húngara, como se explicará en el acápite tercero, en cuanto la imposición de este régimen totalitario, foráneo y totalmente ajeno a la tradición del país terminó desembocando en la sublevación del pueblo, tradicionalmente defensor de su libertad². Un factor decisivo en el desencadenamiento de los acontecimientos fue el intento liberalizador de la Unión Soviética después de la muerte de Josip Stalin, el líder georgiano responsable de la construcción del socialismo real, cuyo sistema opresivo se identificaba de tal forma con su persona que se le conoce con el nombre de estalinismo. Tras su deceso, en 1953, los nuevos dirigentes del Kremlin decidieron aliviar la tensión social en las democracias populares permitiendo una cierta apertura. El *deshiello*, iniciado ese mismo año, y la *desestalinización*, estrenada en 1956 por Khrushchov en el XX Congreso del Partido

² El comunismo resultaba ajeno a Hungría, porque al fundar el reino en el año 1000, el príncipe Esteban hundió las raíces del país magiar en la tradición occidental al optar por el Catolicismo y la unificación de las tribus en base a la organización política germana. La lucha contra el totalitarismo soviético se enmarca en la milenaria batalla del pueblo húngaro en la defensa de su libertad y sus derechos. Por su posición geoestratégica –valle del Danubio– el reino fue asolado por diversos pueblos que ambicionaban sus territorios y apetecido por diversas dinastías que añoraban ejercer su dominio sobre él. Al cumplirse el milenio de la fundación del reino, Bernardino Bravo llegó a la conclusión que la historia magiar se caracteriza por una sucesión de caídas y reconstituciones, es decir, que los magiares han demostrado a lo largo de los siglos su capacidad de refundarse tras cada derrota, lo que ha forjado el carácter húngaro. La sublevación de 1956 responde a esta identidad. Esta interpretación puede consultarse en Bernardino Bravo, “Constitución y corona en el milenio de Hungría”, *Revista de estudios histórico-jurídicos*, N° 22 (Valparaíso 2000), pp. 375-382.

comunista soviético (PCUS), más que resolver la crítica situación de insatisfacción alentó aún más el descontento. Entre los años 1953 y 1956 las democracias populares vivieron, por una parte, una serie de rebeliones populares que pusieron de manifiesto la crisis en los países soviéticos, y, por otro lado, un intento de reformar el sistema, lo que se denominó revisionismo.

Como el intento de reforma en Hungría se desarrolló en este marco de ablandamiento del régimen desde la Unión Soviética, ambos procesos se analizarán en el mismo acápite. El revisionismo en el país magiar fue liderado por Imre Nagy, un comunista convencido de las bondades del socialismo, pero enemigo del estalinismo. Este ensayo revisionista fracasó por la incapacidad de las autoridades comunistas soviéticas y húngaras de darle una solución a las peticiones de mayor libertad propuestas por los estudiantes e intelectuales. La imposibilidad de resolver el conflicto tendría como desenlace la sublevación popular.

Considerando que la rebelión de octubre de 1956 en Hungría corresponde al tema central de la tesis, su exposición será presentada en un título aparte y en varios subcapítulos para abarcar sus diferentes aspectos. En primer lugar, se explicarán los hechos previos a los acontecimientos revolucionarios, que corresponden a los factores detonantes de la sublevación. Luego, se hará una narración del desarrollo de la manifestación popular, la que contiene por su propia naturaleza no sólo los sucesos, sino también las ideas sustentadas por los rebeldes y su evolución durante el conflicto, la organización que alcanzaron los revolucionarios y la actitud de la Unión Soviética ante el conflicto, así como la postura que tuvieron los actores internacionales ante la insurrección. Cada uno de estos contenidos y su valoración serán analizados en el acápite quinto, finalizando con las repercusiones de la Revolución.

Desde el aniquilamiento de la Revolución este trabajo tenderá a buscar una respuesta a la hipótesis planteada, es decir, si hubo rebotes revolucionarios y, si los hubo se intentará verificar si estuvieron presentes en la disolución del socialismo real en el país magiar y si fueron fundamento del nuevo Estado construido al caer el comunismo.

El objetivo no resultaba fácil porque el gobierno prosoviético de János Kádár se había propuesto tender un manto de olvido sobre la rebelión y anestesiar la conciencia de los húngaros mediante el bienestar. Atendiendo este propósito se analizó el período de los 32 años del *kadarismo* a la luz de los ideales revolucionarios y de la memoria histórica.

El gobernante prosoviético se propuso legitimar su gobierno tras el aplastamiento de la rebelión introduciendo ciertas libertades, con el objeto de ganar así la adhesión del pueblo, otorgándole un carácter ambiguo al comunismo. Por este motivo, autorizó algunas libertades políticas e individuales e incorporó algunos elementos del sistema de libre mercado, lo que llevó a que este período fuera conocido como el socialismo de *gulasch*, en alusión al plato típico húngaro que combina diferentes ingredientes. Aunque el socialismo de Kádár dio la impresión de una mayor apertura, en lo esencial se mantuvo el sistema totalitario soviético al igual que en las restantes democracias populares. El cambio de rumbo, como se verá en el tema séptimo, tuvo lugar con la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov en la URSS en 1985. Ante la crisis existente en todos los países satelizados se recibió con esperanzas los lineamientos del nuevo líder moscovita en el sentido de reestructurar el socialismo. Los primeros en emprender la democratización de su país fueron los polacos, que se transformaron en el referente de los húngaros.

Al constatar los magiars que Gorbachov respetaba los cambios políticos de Polonia, sin reprimir a sus vecinos, iniciaron su proceso de transición democrática en forma pactada y pacífica. La transición en Hungría, en los años 1988 y 1989, será analizada desde dos puntos de vista. En primer lugar, respecto de su reforma constitucional que instituyó al país en Estado independiente, soberano, democrático y pluripartidista con respeto a los derechos humanos. Luego, en relación a la hipótesis del trabajo se ha intentado verificar si en el proceso de transición hubo rebrotes revolucionarios inspirados en 1956, en cuanto hubieran impulsado el cambio o que pudieran considerarse elementos fundantes del nuevo Estado.

En el desarrollo de la tesis se ha usado bibliografía secundaria en castellano y en inglés. Las investigaciones acerca de la Unión Soviética y Europa del Este de los profesores de la Universidad de Valladolid, Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, recomendados por mi profesor guía, fueron de primordial utilidad para comprender el marco teórico del socialismo y la realidad de las democracias populares, en su evolución dentro del férreo dominio soviético, en el entorno de la Guerra Fría y en sus diferencias particulares.

Los textos consultados acerca de la historia de Hungría resultaron fundamentales para vincular el tema de la tesis con el desarrollo de este pueblo, intentando comprender si había relación entre la lucha por la libertad en 1956 y 1989 con la idiosincrasia del pueblo magiar.

Si bien la insurrección húngara puede ser estudiada en diferentes textos, la obra que más contribuyó a su conocimiento fue *La batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*, de los autores españoles recientemente mencionados, en conjunto con el académico húngaro, István Szilágyi.

La investigación se vio enriquecida por las publicaciones de reconocidos intelectuales, muchos de ellos respaldados por diversas universidades, y por las revistas dedicadas al estudio histórico publicadas en internet, lo que permitió complementar la información y profundizar los análisis, especialmente en los temas relativos a la transición democrática.

El acceso a las fuentes primarias estuvo limitado por el desconocimiento del idioma húngaro por parte de la tesista y la dificultad de encontrar en Chile información de primera mano. Sin embargo, se incorporaron testimonios de participantes y observadores húngaros, periodistas y personeros extranjeros y autoridades soviéticas y magiars que experimentaron directa o indirectamente la Revolución y la transición democrática. Esta información fue recogida en los libros consultados y en sitios seguros de internet que aportan material escrito y audiovisual de interés para el tema. De especial interés resultaron los documentales preparados al cumplirse treinta años de los acontecimientos húngaros, así también en el 50° aniversario de la Revolución Húngara en el año 2006. Estas vivencias permitieron no sólo complementar los conocimientos de los hechos sino también ahondar en el alma húngara, cumpliéndose de alguna manera el objetivo propuesto.

Antes de finalizar esta introducción quiero agradecer a Gonzalo Larios, mi profesor guía, por haberme introducido en el conocimiento de este admirable pueblo y su enorme contribución a la historia del mundo, así también por sus enseñanzas y consejos. A la Universidad Gabriela Mistral, en especial a Lucía Morandé, le debo todo mi agradecimiento por su apoyo y su comprensión, especialmente por la oportunidad de concluir este trabajo en medio de mis dificultades médicas. También agradezco a mi familia, que me ha acompañado y dado ánimos en el transcurso de estos años, especialmente a mi marido, que ha sido un asiduo lector de mis escritos, y a mi hijo Rafael, por su gran aporte intelectual. Sólo me falta mencionar a dos grandes amigos, Francisca Ovalle y, especialmente, el Padre Osvaldo Fernández de Castro, que me impulsó a realizar este desafío y me aportó sabias indicaciones para realizarlo.

2. Antecedentes “remotos” de la Revolución Húngara de 1956

En octubre de 1956 los húngaros se sublevaron contra el sistema de dominación que les impuso la Unión Soviética después de la Segunda Guerra Mundial. Durante este conflicto bélico el Ejército Rojo liberó al país del dominio nazi, pero consecutivamente instaló un régimen totalitario que asfixió no sólo a los magiares sino a todos los pueblos que quedaron bajo su tutela en Europa central y oriental. La rebelión húngara fue la más seria contestación al totalitarismo soviético durante la segunda mitad del siglo XX.

Las razones que llevaron a la sujeción de Hungría al imperio soviético y la sublevación contra su opresión se comprenden desde, lo que Ferrero denomina, las razones remotas³, es decir, las condiciones generadas después de la Primera Guerra Mundial. Por este motivo, nos remontaremos al contexto de posguerra, en la que la naciente República Húngara, asolada tras el conflicto bélico, debió someterse al Tratado de Trianón, cuyas cláusulas llevaron al país a depender de Alemania en el período de Entreguerras, y a involucrarse en la Segunda Guerra Mundial como aliado del totalitarismo nazi y, con la derrota del Eje, quedar bajo la “sombra de Moscú”⁴.

2.1. Disolución del Imperio Austro-húngaro y la formación de los nuevos Estados

Al finalizar la Primera Guerra Mundial la disolución del Imperio Austro-húngaro⁵ era inminente, no sólo por su derrota militar sino también porque las minorías étnicas reclamaban

³ Dolores Ferrero, “La crisis del socialismo real. Semejanzas y diferencias entre las disidencias del bloque del Este”, *HAOL*, N° 11 (otoño 2006), p. 65.

⁴ Así denomina Henri Bogdan al periodo de satelización de los países de Europa central y oriental en su obra *La historia de los países del Este. De los orígenes a nuestros días*, traducción de Amada Fornas de Gioia, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1991, p. 257 y ss.

⁵ El Imperio Austro-húngaro se formó cuando el emperador austríaco Francisco José y una delegación de Hungría firmaron la *Ley del Compromiso Austro-húngaro o Ausgleich.*, el 29 de mayo de 1867. Mediante ésta se formó un Estado federal dual, en el que se pactó dos centros de poder, uno en Viena y, otro, en Budapest. Ambos reinos quedaron unidos por la institución monárquica, ya que el mismo rey gobernó ambos Estados. De esta forma, Hungría mantuvo un gobierno interno independiente, basado en sus instituciones y leyes, con un poder legislativo propio y su Parlamento bicameral. La defensa, la política exterior y las finanzas, en cambio, fueron asuntos comunes y quedaron bajo la competencia de un Consejo de Ministros Común.

su autonomía. La insistencia de los Habsburgo de mantener el Dualismo, privilegiando a los austríacos y húngaros sin otorgar los mismos derechos a los eslavos y checos, terminó socavando a la Monarquía. Aunque el 18 de octubre de 1918 el emperador Carlos IV comunicó su transformación en un Estado federal, en el que reconocía las nacionalidades, éstas proclamaron su independencia alcanzando su anhelada emancipación⁶. Este tardío Manifiesto no logró frenar su desintegración y la formación de los Estados independientes. Cuando el emperador firmó el armisticio con los Aliados, el 3 de noviembre de ese año, la Monarquía Austro-húngara ya se encontraba prácticamente disuelta.

Los nuevos Estados surgieron en condiciones muy difíciles y sus problemas no lograron resolverse durante el período de Entreguerras. Todos se vieron afectados por los resultados devastadores del conflicto bélico, con sus enormes pérdidas humanas y materiales, que sumió a la población en una grave desmoralización psicológica. No obstante, los factores que más complicaron la evolución de estos Estados fueron las decisiones resueltas por los vencedores para la firma de los tratados de paz junto a los separatismos nacionalistas. Los “Tres Grandes” –Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña- resolvieron el nuevo mapa de Europa, sin considerar las aspiraciones de las nacionalidades, ya que, según Brachfeld, se les fijó su destino sin aplicar el principio de autodeterminación⁷. Los vencedores fijaron nuevas fronteras que perjudicaron a unos, en cuanto perdieron territorios, población y riquezas, y beneficiaron a otros, que acrecentaron sus dominios y patrimonio. El intento revisionista de los perdedores incrementó las divisiones entre los pueblos y favoreció las autonomías.

⁶ Los primeros en reclamar su autonomía fueron los checos, que formaron la República de Checoslovaquia, (28 de octubre de 1918) y al día siguiente la Dieta croata anunció su emancipación. El 3 de noviembre Austria-Hungría firmó el armisticio, lo que permitió la separación de ambos países y la formación de la República de Austria el 12 de ese mes y de Hungría, el 16 de noviembre. A comienzos del mes siguiente, el 1 de diciembre Transilvania se separó de Hungría y se unió a los rumanos, y, por otra parte, el Príncipe Regente de Serbia anunció la formación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos.

⁷ Oliver Brachfeld, *Historia de Hungría*, Ed. Surco, Barcelona, 1957, p. 367.

2.2. Formación del Estado de Hungría y gobierno de Károlyi (1918-1919)

Al mismo tiempo que las nacionalidades se emancipaban del Imperio, los húngaros iniciaron su proceso de independencia respecto de los austríacos. Aún sujetos al Compromiso comenzaron la organización del Estado, mientras aún no se elegía una posición determinada acerca de la realeza. Entre los partidarios de mantener el sistema monárquico prevalecían dos tendencias, por una parte, los legitimistas consideraban que el trono no estaba vacante porque el rey Carlos IV sólo había renunciado a sus funciones en Austria, mientras los libre-electores proponían nombrar un nuevo rey, alejando a los Habsburgo del gobierno.

Hungría tenía que decidir su sistema político en complicadas circunstancias, a saber, los imperios estaban siendo derrotados en la guerra; los rumanos, eslovacos y serbios se proclamaban independientes de los húngaros formando sus propios Consejos nacionales; y, por último, la Entente fijaba las fronteras, estrechando los límites del país.

El inicio de la autodeterminación coincidió con una agitación antibélica, que se manifestó a través de motines, insurrecciones y huelgas, en las que el pueblo húngaro demostró su cansancio por la guerra y su deseo de llegar a la paz, sin anexiones ni indemnizaciones. Por ello, el primer ensayo político tuvo características revolucionarias, al igual que en otros países. La oposición al Dualismo fue la que condujo la organización del Estado, dirigida por Mihály Károlyi, un parlamentario que, a pesar de la nobleza de su origen, se había abanderado con las ideas izquierdistas. Por este motivo, era contrario a los Habsburgo y propiciaba la realización de reformas socializadoras. Sin embargo, era principalmente reconocido por ser partidario de la paz y por sus gestiones para una salida pacífica de Hungría del conflicto bélico.

Impulsados por este político, el 24 de octubre de 1918 los tres principales partidos – de la Independencia (conocido también como Károlyi), Nacional Radical y Socialdemócrata – se unieron formando un Consejo Nacional revolucionario, que pretendía reemplazar al Parlamento elegido en 1910. Dicho Consejo de oposición, presidido e influenciado por Károlyi, se comprometió a firmar la paz por separado, alcanzar la independencia de Hungría y realizar transformaciones sociales.

Esta finalidad separatista del nuevo gobierno de facto no era aprobada por todo el Parlamento ni por todo el pueblo. Sin embargo, el inicio de las negociaciones para el

armisticio puso fin a las divisiones. Las injustas decisiones resueltas por la Entente relativas a delimitar las “líneas de demarcación” de Hungría, que reducían sus fronteras y demandaban la entrega de más territorios para los checos, rumanos y serbios, terminó concitando la unidad de los húngaros.

En señal de desaprobación por estas condiciones y exigiendo la independencia, el pueblo expresó pacíficamente su insatisfacción en una manifestación que ha recibido el nombre de Revolución de los Crisantemos, porque los soldados llevaban esta flor en el cañón del fusil (30 de octubre de 1918). Cuando la policía intentó disolver la reunión, los participantes promovieron desórdenes apoyando a los obreros que habían convocado a una huelga general. Los trabajadores se tomaron las calles, la población liberó a los presos políticos y, siguiendo el ejemplo del Consejo Nacional, se formaron diferentes *consejos*, de soldados, de la policía, de estudiantes, obreros, etc.-. La formación de estos órganos de tipo bolchevique demostró la influencia que la Revolución rusa de 1917 estaba ejerciendo en el país. Tal como señala Bogdan, la vecindad con la Unión Soviética influyó en Hungría y en los países de la zona durante el siglo XX⁸.

La Revolución había sumido al país en el caos, incitado por los socialistas y por la proclamación de la independencia de las nacionalidades. Ante el desorden interno el rey Carlos IV, que aún mantenía sus derechos reales, nombró a Károlyi como Primer Ministro ya que concitaba la unidad en el país y tenía prestigio como negociador de la paz ante los Aliados. Este nuevo gobernante formó, el 1 de noviembre, un gobierno de coalición con los partidos del Consejo Nacional, el que se comprometió a alcanzar la independencia de Hungría, conservando sus territorios, y a crear un Estado moderno basado en las libertades democráticas⁹, poniendo fin a las reminiscencias feudales.

A pesar que Károlyi intentó que Hungría se presentara como un país estable y propicio a la paz ante los vencedores, no consiguió cambiar su condición de país vencido y responsable de la guerra. Por ello, el 13 de noviembre de 1918 el Primer Ministro tuvo que firmar el Convenio de Belgrado con los Aliados, mediante el cual los húngaros fueron

⁸ Bogdan, *op. cit.*, p. 185.

⁹ La modernización del Estado requería la aprobación de leyes democratizadoras tendientes a una mayor equidad social, tales como el sufragio universal, la libertad de prensa y opinión, el respeto al derecho de autodeterminación de las nacionalidades y el reparto de tierras a los campesinos.

sancionados territorialmente. En virtud de éste y con el consentimiento de la Entente, los rumanos ocuparon Transilvania, al sur, y los checos se instalaron en la Alta Hungría, al norte. Con esta ocupación Hungría perdía sus provincias más ricas, lo que agudizaba la crisis económica por la falta de materias primas y alimentos.

En medio del desorden, Carlos IV se retiró del gobierno lo que permitió al Consejo Nacional declarar su independencia. El 16 de noviembre de 1918 se proclamó la República Popular Húngara.

Sin embargo, la crítica situación interna se mantenía y el gobierno perdía visiblemente su autoridad a medida que los obreros armados se hacían cargo del orden. La agitación social aumentaba cada día con la llegada de revolucionarios rusos al país. Entre ellos, Béla Kun, el futuro fundador del Partido Comunista y gobernante de la República de los Consejos en 1919.

El gobierno de Károlyi, según los autores de la *Historia de Hungría*, terminaba sus días en medio del descontento popular, a causa de su incapacidad para solucionar la crisis económica, emprender la reforma agraria tan esperada y retener los territorios en disputa¹⁰. El descontento social fue aprovechado por grupos extremistas de derecha e izquierda.

La tendencia izquierdista fue la que desestabilizó al gobierno. Los obreros industriales organizaron los *soviets* o consejos, que, apoyados por los intelectuales, impregnados de la Revolución bolchevique, formaron el Partido Comunista Húngaro el 24 de noviembre de 1918, presidido por Béla Kun. Siguiendo el modelo ruso pretendían transformar al país en una dictadura del proletariado, en la que los obreros tuvieran el control de la producción y los campesinos se transformaran en los propietarios de la tierra mediante una reforma agraria radical. Por medio de insurrecciones y exigencias de ruptura con la Entente provocaron una crisis general en el gobierno, obligando a Károlyi a formar un nuevo gobierno, esta vez asociado a los socialdemócratas. La coalición terminó fracasando por la anarquía interna y las exigencias territoriales impuestas por la Entente en marzo de 1919, mediante las cuales Hungría perdía la Gran Llanura al sur y ciudades históricas, como Debrecen y Szeged. Károlyi abandonó el cargo de Presidente de la República y le traspasó el poder a los

¹⁰ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, Ministerio de Educación y Ciencia de España, Secretaría General Técnica & Editio Mediterránea, Tímea Banki Coordinadores, 2007, p. 168, [en línea]: <<https://sede.educacion.gob.es/publiventa/inicio.action>>

socialdemócratas, quienes se unieron a los comunistas. Ambos formaron el Partido Socialista (21 de marzo) y los bolcheviques presidieron el nuevo gobierno del Consejo Revolucionario, que estableció una dictadura del proletariado.

2.3. República Húngara de los Consejos (1919)

El nuevo gobierno proclamó la República Húngara de los Consejos, bajo la presidencia de Sándor Garbai, un social-demócrata, y con Béla Kun como ministro de Asuntos Exteriores, que ahora recibía un nuevo nombre, el de Comisario del Pueblo. La experiencia de los Consejos fue breve, ya que el gobernante comunista asumió el 21 de marzo de 1919 y dejó el poder el 1 de agosto de ese mismo año.

La República de los Consejos se propuso, según Brachfeld, bolchevizar el país según el modelo ruso¹¹. Por ello, en el orden interno, implementó una organización política basada en la dictadura de un solo partido, el comunista, en la que el poder era ejercido por los consejos, formados en las fábricas, municipios, distritos y ciudades. De acuerdo a su forma piramidal del poder, la máxima autoridad era la Asamblea Nacional de los Consejos. Los ministros recibieron el nombre de comisarios del pueblo, siendo el más importante el comisario de Relaciones Exteriores. El gabinete estuvo a cargo de los socialistas, pero era fiscalizado por el Partido comunista. La dictadura se impuso mediante decretos, restringiendo las libertades y ejerciendo control sobre las instituciones tradicionales del país, especialmente la Iglesia. Los tribunales revolucionarios y la Guardia Roja supervisaban el cumplimiento de estas órdenes. Los adversarios fueron perseguidos y se les aplicó los mismos juicios sumarios que en la Rusia bolchevique, los que terminaban en la ejecución de los acusados. De esta forma, se mantuvo a la población amedrentada mediante el “terror rojo”.

El cambio económico se introdujo por la vía de las nacionalizaciones, de los bancos y de las empresas con más de veinte obreros y, por medio, de un decreto que reglamentaba una reforma agraria radical, que sería acompañada de la requisición de productos agrícolas.

¹¹ Brachfeld, *op. cit.*, p. 358.

Como en su política exterior el gobierno bolchevique fue contrario a la Entente, los Aliados resolvieron atacar Hungría y poner fin al experimento revolucionario. El país fue entonces ocupado por ejércitos extranjeros, los checos invadieron el norte; los rumanos, el este, y los serbios se instalaron en Makó, al sur, mientras los franceses ocuparon la ciudad sureña de Szeged. El gobierno de los Consejos fue derrotado por los rumanos y por un ejército Nacional, formado por el almirante Miklós Horthy, quien dirigía un gobierno contrarrevolucionario que se había formado en Szeged, bajo la supervisión francesa.

Tras el triunfo rumano, Béla Kun abandonó Budapest el 1º de agosto de 1919, y Horthy entró a la capital a los pocos días después, el 16 de noviembre. Con el triunfo contrarrevolucionario se puso fin al gobierno pro comunista.

Con su derrota, el Partido comunista sufrió una fuerte retracción en Hungría, ya que fue proscrito y desde entonces actuó en la clandestinidad, sus dirigentes fueron arrestados o expulsados del país¹². En la población se manifestó un rechazo hacia el sistema comunista por las nefastas políticas aplicadas por el gobierno.

2.4. Tratado de Trianón (4 de junio de 1920)

La Entente reconoció al nuevo gobierno, lo que permitía pensar en una pronta firma de la paz, ya que los Aliados exigían una cierta estabilidad como requisito para ésta.

Mientras Hungría y los demás Estados recientemente formados se organizaban bajo la mirada de los Aliados, éstos negociaban en París las condiciones que exigirían a los países vencidos al firmar los tratados de paz.

Desde entonces se impuso un nuevo criterio en la organización del mundo, fueron los vencedores los que definieron el nuevo mapa de Europa y el futuro de los vencidos, sin la participación de éstos. En un principio la Entente no era partidaria de la disolución del Imperio Austro-húngaro, pero a medida que las nacionalidades presionaban para

¹² Los dos dirigentes más emblemáticos para nuestro trabajo se exiliaron en Moscú. Béla Kun desempeñó varios cargos políticos, pero en 1939 fue desaprobado por Stalin y murió en una purga. Mátyás Rákosi, en cambio, regresó a Hungría y fue nominado Secretario General del Partido Comunista entre los años 1945 y 1956. También fue Primer Ministro, pero al ser depuesto en junio de 1956, poco antes de la Revolución de octubre, volvió a exiliarse en la Unión Soviética.

independizarse y la Monarquía se demostraba incapaz de gobernarlas, los Aliados favorecieron la formación de estos Estados creados en la posguerra para así asegurar el equilibrio. De hecho, las nacionalidades habían visto en las declaraciones del presidente norteamericano, Woodrow Wilson, una clara señal de apoyo a su emancipación. En su discurso en favor de la paz (8 de enero de 1918), llamado los Catorce Puntos, el mandatario se pronunció proclive a la autodeterminación de los pueblos que conformaban dicho imperio.

Al firmarse los diferentes acuerdos, la Conferencia de Paz de Versalles vino a ratificar la creación de los nuevos Estados. Mediante el Tratado de Saint-Germain, suscrito el 10 de septiembre de 1919, Austria reconocía la independencia de Hungría, Checoslovaquia, Polonia y la futura Yugoslavia.

Sin embargo, este apoyo a las emancipaciones no restó dureza a las cláusulas fijadas en los tratados de paz. En el caso húngaro, las severas disposiciones fueron impuestas en el Tratado de Trianón, firmado por Horthy con los Aliados el 4 de junio de 1920. En virtud de éste el país perdió 2/3 de su territorio, es decir, de los 282.000 km.² que formaban la Hungría histórica el país quedó reducido a sólo 93.000 km.². Los beneficiarios de esta cláusula fueron Rumania, Checoslovaquia, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, y Austria¹³. De esta forma, un 64% de su población, a saber, unos 3.5 millones de habitantes, pasó a formar parte de las minorías nacionales de los países vecinos -Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia-. Por lo tanto, la población del país se redujo de 18,2 millones de habitantes a 7,6 millones. En vista de estas pérdidas, los húngaros se vieron privados de sus riquezas naturales y de mano de obra, lo que influyó decisivamente en su desarrollo posterior.

No sólo sufrió estas mermas, sino además se le obligó al pago de indemnizaciones por reparaciones de guerra y, como medida de seguridad mundial, se dispuso una fuerte reducción de su ejército y armamento.

El tratado causó un impacto tan fuerte en la población húngara, que la revisión de éste se convirtió en el eje de la política posterior. El revisionismo puso en pie de fuerza a Hungría,

¹³ El detalle de los territorios anexados a otros países en virtud del Tratado de Trianón se encuentra detallado en *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, op. cit., p. 174. Rumania incorporó a sus fronteras la zona de Transilvania, el este de Hungría, el este del Banato y el sur de la Gran Llanura. Checoslovaquia obtuvo la Alta Hungría, la región de Csallókoz y la Carpatia Ucraniana. El Reino de los eslavos recibió la región de Széremseg, Bácska, Murakoz y Voivodina. A Austria se le entregó la zona del Burgenland.

ya que su único aliado para esta reivindicación fue Hitler, cuyas consecuencias se analizarán más adelante en otro de los apartados.

2.5. Regencia de Miklós Horthy y su política revisionista (1920-1945)

Tras la derrota de la revolución se organizó un gobierno de coalición, encabezado por Károly Húszar, en el que participaron el partido de los Pequeños Propietarios, que se convirtió en el más importante del país, el Nacional demócrata, de tendencia liberal, y el Socialdemócrata. En cuanto la contrarrevolución entró en funciones aplicó, al igual que sus antecesores, la persecución de sus adversarios. Así, el “terror blanco” cayó sobre los comunistas y los judíos.

La nueva administración tenía carácter provisional, por lo tanto en cuanto se realizaran elecciones cesaría en sus funciones. En los comicios realizados para elegir la Asamblea Nacional, en febrero de 1920, se aplicó por primera vez en la historia del país el sufragio universal y secreto. Incluso las mujeres tuvieron derecho a voto. Después de la experiencia bolchevique, los votantes se inclinaron por las tendencias moderadas, favoreciendo al Partido de los Pequeños Propietarios y al Partido Nacional Cristiano, los más alejados de las ideas socialistas y comunistas. Ambos partidos, según Bogdan, se diferenciaban en cuanto al tema de la realeza; los primeros eran contrarios a los Habsburgo y se inclinaban por una monarquía nacional electiva, mientras que los otros propiciaban el retorno de Carlos IV¹⁴.

El Parlamento recientemente elegido restauró la monarquía y eligió a Miklós Horthy como Regente provisional, quien asumió el 1 de marzo.

El 4 de junio de 1920 Hungría firmó el Tratado de Trianón con los Aliados, con lo cual obtuvo el derecho a autogobernarse sin la injerencia de los vencedores.

Al año siguiente, el 6 de noviembre de 1921, el Parlamento votó la ley de *destronamiento*, mediante la cual la casa de Habsburgo quedó fuera de la sucesión al trono.

¹⁴ Bogdan, *op. cit.*, 193.

Con ésta se puso fin a los intentos de Carlos IV de restaurar su poder monárquico¹⁵. De esta forma, Hungría se transformó en una monarquía constitucional, dirigida por un Regente, por ello Bogdan denomina a este período como “un reino sin rey”¹⁶. Se mantuvo el sistema legislativo bicameral anterior a 1918. Horthy ocupó la Regencia hasta el 15 de octubre de 1944, fecha en la que se firmó el armisticio con la Unión Soviética y entregó el poder. A pesar de su estilo autocrático, “La Hungría de Horthy fue un Estado conservador de tendencia autoritaria pero en el que se toleraba y admitía la oposición”¹⁷. En el mismo sentido, Linz sostiene que se puede considerar “al régimen contrarrevolucionario de Hungría como una semidemocracia que mantenía un mayor número de valores, instituciones y prácticas tradicionalmente liberales que la mayoría de los regímenes autoritarios”¹⁸.

Durante su larga regencia, Horthy enfrentó los desafíos derivados de la posguerra y propios de un Estado en formación. En primer lugar, se abocó a consolidar internamente el país en el ámbito político y económico, con la finalidad de sacar al pueblo húngaro de su desmoralización. Estos objetivos estaban entrelazados, ya que para superar la crisis económica requería de ayuda externa y, por otro lado, para obtener esta colaboración era indispensable estabilizar la política interna. Se abocó, por ello, a sacar a Hungría del aislamiento en el que había quedado después de la guerra, consiguiendo préstamos para sanear la economía y lograr un mayor desarrollo del país. Sin embargo, el problema más difícil de resolver era la reivindicación de los territorios perdidos con el Tratado de Trianón. Para ello Horthy emprendió una política revisionista, que sería común a los Estados perdedores, la que requería conseguir países aliados en favor de la causa húngara. Para pesar de los magiares, sólo Hitler apoyó su revisionismo lo que fue creando una nefasta dependencia respecto de la Alemania nazi, mientras sus ministros la potenciaban con su tendencia ultraderechista.

¹⁵ Carlos IV intentó recuperar el trono en dos oportunidades; en la primera vez, el 26 de marzo de 1921, se presentó ante Horthy exigiendo su restauración, ya que contaba según él con el apoyo de Francia. No sólo los franceses se negaron a brindarle su respaldo, sino también tuvo que enfrentar la oposición de los nacionalistas húngaros y de la Pequeña Entente –Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia-. Tras este fracaso volvió a gestionar el restablecimiento de su autoridad el 21 de octubre de ese mismo año. Con su intentona dejó al país al borde de una guerra civil, porque en esta ocasión el gobierno de Horthy usó las armas para detenerlo.

¹⁶ Bogdan, *op. cit.*, pp. 192-194.

¹⁷ *Ibidem*, p. 193.

¹⁸ Juan J. Linz, *Obras escogidas*, Tomo 1, *Fascismo: perspectivas históricas y comparadas*, traducción de Francisco Beltrán, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, p. 197.

Desde 1921 y por diez años, Horthy delegó el gobierno en el Primer Ministro István Bethlen (14 de abril de 1921- 19 de agosto de 1931), quien logró la consolidación del régimen. En el transcurso de su período logró estabilizar a los partidos políticos mediante un gobierno conservador, autoritario, pero proclive al parlamentarismo. Logró frenar a la extrema derecha y consiguió la unidad apoyándose en la Socialdemocracia y Pequeños Proprietarios. También contó con el respaldo del Partido Unido, formado por él mismo.

En el ámbito económico, sacó a Hungría de la crisis al obtener un préstamo de la Sociedad de Naciones, con lo cual pudo pagar las deudas de la guerra y emprendió un alto desarrollo industrial –textil, químico y tecnológico- y agrícola, y, por consiguiente, una mejora en el nivel de vida de la población.

Si bien se comenzaban a abrir las puertas del país a nuevos mercados, la política exterior dirigida hacia la recuperación de los territorios concitó escasos apoyos. Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, que habían sido favorecidos con el Tratado de Trianón, se unieron en la Pequeña Entente para impedir el revisionismo húngaro. Aunque a Francia e Inglaterra le interesaba la posición geoestratégica de Hungría, ambos países se opusieron a reconsiderar las cláusulas del acuerdo. Italia fue el único país que estableció relaciones con el país magiar, lo que derivó en la firma del “Tratado de amistad” en 1927, con lo cual “se rompió el aislamiento de Hungría en la política internacional”¹⁹. Al año siguiente, se avanzaba un paso más al entablar amistad con los polacos.

Sin embargo, todos estos avances se vieron frenados por la crisis de los años '30, que golpeó duramente a los húngaros que dependían del comercio exterior. Ante la imposibilidad de superar esta situación, Bethlen renunció en 1931.

A raíz de la crisis económica y de la influencia del modelo fascista italiano y nazi alemán cundieron los grupos extremistas no sólo en Hungría, sino también en los restantes países de Europa central y oriental. Éstos, según Bogdan, favorecieron el expansionismo de Hitler²⁰.

¹⁹ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 182.

²⁰ Bogdan, *op. cit.*, p. 186.

La tendencia derechista se vio beneficiada en el país magiar por el siguiente Primer Ministro, Gyula Gömbös (1932-1936), con su gobierno autocrático que restringía el poder del Parlamento y fortalecía al ejecutivo, y mediante el acercamiento a la Alemania nazi mediante lazos comerciales, incluso cuando la guerra era previsible. Por este motivo Horthy lo depuso del cargo en 1936.

Los gobiernos siguientes –Kálmán Darányi, Béla Imrédy y Pál Teleki- enfrentaron los mismos problemas que los anteriores sin que ninguno de ellos lograra darles solución. Unos y otros intentaron conseguir, en el orden interno, la neutralización de los extremismos de izquierda y derecha, así como en política exterior procuraban mantener los compromisos con Alemania y el Eje mientras persistían en la política revisionista.

El revisionismo había llevado a una natural alianza con Alemania e Italia, lo que había intensificado la política ultraderechista y la expansión de los grupos de extrema derecha. Durante su gobierno (1936-38), Darányi había decretado una ley antisemita y había permitido que se fortaleciera el Partido Cruz Flechada, liderado por Ferenc Szálasi, inclinado a la ideología nacionalsocialista. Si bien Horthy se demostró contrario a esta tendencia al destituir al Primer Ministro, él mismo se acercó a Hitler en busca de su apoyo para la reivindicación de los territorios en 1938.

2.6. El *Revisionismo* húngaro y su alianza con la Alemania de Hitler

Hitler adhirió a las pretensiones revisionistas húngaras, porque, según Pérez Sánchez, le permitirían concretar su proyecto de “germanizar” Europa y constituir un mercado común pangermano bajo el dominio alemán²¹. La debilidad de los países de Europa central y oriental facilitó que Hitler, de acuerdo a los análisis de Bogdan, viniera a llenar el vacío dejado por

²¹ Guillermo Pérez Sánchez, “El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad”, en Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la integración europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, p. 44.

el Imperio austro-húngaro²². De esta forma, según este mismo autor, se modificaría el equilibrio de fuerzas en la zona²³.

El primer paso en la penetración nazi fue el intercambio de materias primas y productos manufacturados. Así, en 1937 Alemania ya era el primer socio comercial de cada uno de los países del sector, con lo cual el líder germano conseguiría atraerlos a su área de influencia, alejándolos de Francia y Gran Bretaña.

Los nacionalismos exacerbados de los nacientes Estados, según Bogdan, fue el factor que “facilitó en gran medida las ambiciones hegemónicas de la Alemania nacionalsocialista en esa parte de Europa”²⁴. Cada país se organizó de forma autárquica, creándose fronteras comerciales que impedirían la colaboración entre economías que eran dependientes, produciéndose un retraso económico que contribuyó a la dependencia de Alemania.

Con el patrocinio de Hitler el país magiar comenzaba a recuperar algunos de los territorios perdidos. No obstante, los frutos del revisionismo tendrían un costo para Hungría, ya que Horthy se había comprometido con el gobernante alemán a cooperarle militarmente en su proyecto de invadir Checoslovaquia a cambio de la devolución de Eslovaquia.

En la Conferencia de Viena, el 2 de noviembre de 1938, el país magiar recobraba la franja sur de Eslovaquia, habitada principalmente por húngaros. Al año siguiente, en la Conferencia de Munich, al desintegrarse Checoslovaquia, reincorporaba Rutenia o Subcarpacia y, luego, por su participación en la guerra como aliada de Alemania, reintegraba la Transilvania. De esta forma, tres millones de magiares volvían a formar parte de Hungría. El triunfo del revisionismo sería transitorio, ya que después de la Segunda Guerra Mundial se ratificaría el Tratado de Trianón.

A estas alturas iba quedando claro que en la disputa sostenida entre Alemania y la Unión Soviética por ejercer influencia en la zona, los húngaros habían preferido a la primera. Después de la experiencia de la República de los Consejos el país magiar se alejaba de toda cercanía con el sistema bolchevique. Sin embargo, la inclinación hacia Hitler terminaría con Hungría “arrastrada en la estela de Alemania, no sólo económicamente, sino también en lo

²² Bogdan, *op. cit.*, p. 208.

²³ *Ibidem*, p. 213.

²⁴ Bogdan, *op. cit.*, p. 206.

referente a su política interior”²⁵. A instancias de Hitler, el 13 de enero de 1940 se unió al Pacto Antikomintern y, al año siguiente, rompió relaciones con Moscú. Más tarde, el 20 de noviembre de 1941, se adhirió al Pacto Tripartito alemán, italiano y japonés, al igual que Eslovaquia y Rumania. De esta forma, “Hungria acababa de convertirse en satélite del Eje”²⁶. Antes del inicio de la guerra, Hitler ya había sellado su predominio sobre Hungría y los países colindantes.

2.7. Hungría en la guerra nazi-soviética (1941-1945)

A pesar de estos compromisos, cuando en 1939 asumió el Primer Ministro Pál Teleki, de tendencia más liberal, éste intentó mantener al país más alejado del Eje tanto en su política interna como externa. Sin embargo, le fue imposible conseguir su objetivo porque los acontecimientos seguirían su curso. Aunque trató de frenar a los nacionalsocialistas húngaros, no logró impedir que el Partido de la Cruz Flechada obtuviera numerosos escaños en el Parlamento. Por otro lado, tampoco consiguió prolongar la neutralidad armada de Hungría, que se incorporó a la guerra como aliada de Alemania.

Por ello, cuando Hitler atacó a la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, comenzando la Operación Barbarroja, los países aliados de Alemania –Rumania, Eslovaquia, Croacia y Hungría- le declararon la guerra a los soviéticos.

Todos ellos participaron en el esfuerzo de guerra nazi, aportando sus recursos naturales, mano de obra, productos industriales, armamento y ejército. Los húngaros, según los autores de la *Historia de Hungría*, pensaron equivocadamente que el conflicto bélico sería corto y confiaban en que podrían conservar los territorios recuperados²⁷. Pero, los resultados demostraron lo contrario, ya que el ejército magiar sufrió por estar mal equipado y el país debió aportar continuamente su producción agrícola para abastecer a las tropas, privando de suministro a su propia población. En el orden interno, las autoridades debieron favorecer a los grupos de extrema derecha viéndose obligados a dictar leyes contrarias a los judíos. A pesar de estos apremios, Hungría, según Bogdan, fue el único país aliado de los alemanes

²⁵ Brachfeld, *op. cit.*, p. 394.

²⁶ *Ibidem*, p. 394.

²⁷ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, *op. cit.*, p. 195.

que mantuvo su régimen parlamentario de gobierno. Bulgaria, Eslovaquia, Rumania y Croacia, en cambio, adoptaron la forma de organización del sistema alemán²⁸.

En 1942 se dio un vuelco en la guerra cuando el ejército alemán fue derrotado en Stalingrado. Tras sucesivos fracasos, Horthy comprendió que si su aliado era vencido el país húngar sería ocupado por los enemigos y sería duramente tratado como país perdedor. Por ello, inició negociaciones con los británicos para firmar un armisticio por separado. Al enterarse Hitler de estas conversaciones, ordenó la ocupación del país el 19 de marzo de 1942. Hungría quedó bajo el mando de un Primer Ministro nombrado por el líder alemán, que persiguió a los políticos adversos al nacionalsocialismo, disolvió los partidos democráticos y los sindicatos, y, finalmente, dio comienzo al holocausto húngaro.

Como en 1944 continuaban las derrotas alemanas, Horthy volvió a intentar salirse del conflicto armado. Esta vez fracasó rotundamente porque anunció por radio que Hungría firmaría un armisticio con Moscú. En vista de esto, el 16 de octubre de ese año Hitler lo apresó y nombró en su reemplazo a Ferenc Szálasi como Regente y Primer Ministro. Con el jefe de los Cruz Flechados se instauró un nacionalsocialismo dictatorial, al que los húngaros no opusieron resistencia. Las únicas voces disidentes fueron las del cardenal Serédi²⁹ y la de un párroco bastante desconocido, József Mindszenty³⁰, el que adquiriría connotación más adelante en la bolchevización de 1948-49. En el país había conciencia que el ejército nazi estaba a punto de ser totalmente derrotado por los soviéticos.

²⁸ Bogdan, *op. cit.*, p. 239. Hungría contaba con un Parlamento bicameral y desde mediados del siglo XIX se formaron los primeros partidos políticos a raíz de la tendencia modernizadora que se desarrolló en el país, liderada por István Széchenyi (1791-1860), un aristócrata, partidario de las reformas económicas y culturales, y, por su opositor, Lajos Kossuth, que propiciaba reformas políticas que incluso incluían la independencia de Hungría de la monarquía austríaca.

²⁹ El cardenal húngaro György Serédi (1884-1945) fue ordenado sacerdote de la orden benedictina en 1906, posteriormente, en 1927, fue consagrado obispo y asumió el arzobispado de Esztergom. Fue un claro opositor del nacionalsocialismo, en 1934 determinó que los sacerdotes católicos no podían adherir a los principios del nazismo. Defendió a los judíos polacos, brindándoles refugio, y a los húngaros, protestando contra el trato que le daban los nazis.

³⁰ József Mindszenty (1892-1975) nació en Hungría, fue ordenado sacerdote en 1915, luego ocupó el cargo de obispo de Verzprem (1944) y, al año siguiente, fue nombrado Primado de la Iglesia católica húngara. Como consecuencia de su defensa del Catolicismo fue perseguido continuamente, la primera detención la sufrió durante el gobierno de los Consejos de Béla Kun (1919), después fue perseguido por los alemanes por defender la prensa católica y, finalmente, cayó en manos de los soviéticos en 1948, quienes lo detuvieron, torturaron y vejaron, y tras un juicio sumario lo condenaron a cadena perpetua. Fue liberado de prisión durante la Revolución de 1956, pero disfrutó de una efímera libertad, ya que ante la represión del levantamiento se refugió en la embajada de Estados Unidos, desde la que salió en 1971. Murió cuatro años después.

De hecho, a fines de 1944 el Ejército Rojo dominaba Bulgaria, Rumania, la mitad de Polonia y los soviéticos influía en Albania y Yugoslavia a través de movimientos de resistencia. A esas alturas, el conflicto armado se mantenía sólo en los países aliados a Alemania -Hungría, Checoslovaquia y el oeste de Polonia-, los que estaban prontos a caer bajo dominio moscovita.

En diciembre de 1944, la Unión Soviética había comenzado su instalación en el país magiar con la formación de un gobierno provisional en Debrecen. Su victoria final la obtuvo al apoderarse de Budapest, la capital, el 13 de febrero de 1945, la que fue heroicamente defendida por los húngaros durante 51 días.

2.8. Hungría bajo la esfera de influencia soviética desde Yalta

Así como Hungría fue ocupada por el Ejército Rojo, los demás países de Europa central y oriental, liberados del nazismo, también quedaron bajo su dominio.

Los autores consultados coinciden en que Stalin había mostrado interés por estos territorios con anterioridad a la guerra. De hecho, según Mammarella, la firma del pacto nazi-soviético en 1939 fue una clara demostración de sus intenciones³¹. A pesar de esta consideración, no hay constancia que existiera un plan premeditado para expandir su dominio. Lo que resulta indiscutible es que Stalin alcanzó un poder incuestionable en la zona gracias a sus triunfos militares y a la presencia del Ejército Rojo. Sin embargo, es opinión unánime que lo que fue determinante para que estos países quedaran bajo el área de influencia soviética fueron los acuerdos pactados entre Stalin y los Aliados occidentales –Estados Unidos y Gran Bretaña- en las reuniones sostenidas durante la guerra.

Desde la primera Conferencia, la que se realizó en Teherán (noviembre-diciembre de 1943), se fue prefigurando este nuevo mapa de Europa. En ésta se aceptó que el líder soviético emprendiera “una gran ofensiva en el frente del este”, con el fin que liberara a los países ocupados por el nazismo³². De esta forma, terminaría primando, lo que Comellas denomina,

³¹ Giuseppe Mammarella, *Historia de la Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*, traducción de Juana Bignozzi y Francisco J. Ramos, Ed. Ariel, Barcelona, 1996, p. 36.

³² Enrique Brahm, *Hitler y la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1999, p. 193.

la carrera por conquistar territorios para tener derecho sobre ellos, es decir, el criterio de los “hechos consumados”³³.

Al año siguiente, en una reunión secreta, Winston Churchill, Primer Ministro británico, y Josef Stalin, Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, se adjudicaron porcentualmente el influjo que ejercerían sobre la zona de los Balcanes y Europa oriental³⁴. Nuevamente el gran vencedor en este llamado “Convenio sobre las esferas de influencia” fue el gobernante bolchevique, quien obtuvo que los países vecinos a las fronteras soviéticas quedaran bajo su influencia. De ahí en adelante, Stalin haría uso del derecho que había alcanzado respaldándose en el poder irrefutable del Ejército Rojo.

En la segunda cumbre, realizada en Yalta, en la península de Crimea, entre el 4 y el 11 de febrero de 1945, los “Tres Grandes” –Josep Stalin, Winston Churchill y Franklin Roosevelt- se reunieron para decidir las estrategias de guerra y planificar la paz. Sin embargo, por el tenor de las decisiones que ellos acordaron se puede decir que en esta conferencia se establecieron las áreas de influencia. Más aún, Heller y Feher concluyen que Yalta no fue una reunión diplomática más, sino un proyecto de gobernación mundial³⁵.

Todos sus firmantes coincidían en la ambición de concebir un sistema de gobierno universal, pero diferían en la concepción de éste. Los angloamericanos proponían la Carta del Atlántico y la formación de las Naciones Unidas como fundamento de la futura organización del mundo, lo que suponía la defensa de la democracia y la libertad. Incluso, Estados Unidos, a diferencia de Gran Bretaña, tenía sus propias ambiciones universalistas; desde la guerra, “Roosevelt aspiraba nada menos que a conseguir para los Estados Unidos un dominio mundial indirecto sobre la base de difundir los principios liberales tanto en el ámbito político como en el económico”³⁶. Stalin, por su parte, también era partidario de la democratización del mundo, pero su concepto de democracia era muy diferente. Martín de la

³³ José Luis Comellas, *Historia breve del mundo reciente (1945-2004)*. Tomo I, Editorial Rialp, Madrid, 2005, p. 370.

³⁴ Brahm, *op. cit.*, p. 196. De acuerdo a esta repartición la Unión Soviética tendría 90% de derechos sobre el destino de Rumanía, 75% sobre Bulgaria, 50% sobre Yugoslavia y Hungría y 10% en Grecia. Los occidentales, en cambio, tendrían un 10% de influencia sobre Rumanía, 25% en Bulgaria, 50% en Hungría y Yugoslavia y 90% en Grecia.

³⁵ Agnes Heller & Ferenc Feher, *De Yalta a la “Glasnost”*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1992, p.7 y ss. Estos autores se apoyaron en la tesis de Arthur Schlesinger, quien sostuvo que Yalta fue un *experimento universalista de gobierno mundial*.

³⁶ Brahm, *op. cit.*, p. 171.

Guardia y Pérez Sánchez concuerdan en que su concepción de democracia se basaba en la doctrina del “Frente Popular”, delineado por el Congreso de la Komintern en 1935³⁷. En definitiva, lo que el líder soviético buscaba era la expansión del sistema socialista en el mundo.

Si bien en esta reunión aún se mantenía el espíritu de colaboración entre los Aliados, hubo un claro forcejeo de ambos bandos por imponer su sistema a medida que intentaban dar solución a la situación de los distintos países del mundo. En esta disputa se delimitarían las esferas de influencia, lo que ha llevado a Heller y Feher a considerar que Yalta fue “un acuerdo *de facto* sobre “la dominación activa y compartida del mundo”³⁸. En consecuencia, Bogdan sostiene que en Yalta se dividió el continente y nació la Europa del Este³⁹.

En la repartición negociada de ésta, mientras Stalin intentaba extender su influencia por Europa central y oriental, los Aliados occidentales trataban de frenar su ímpetu expansionista. Por ello, para Roosevelt y Churchill fue un gran logro que el líder soviético firmara la “Declaración de la Europa Liberada”. El líder georgiano se comprometió a que se realizarían elecciones libres en Polonia y, además, que este compromiso se extendería a los países liberados de Europa oriental. De esta forma, los angloamericanos pretendían que, según algunos análisis historiográficos citados por Schlesinger, la esfera de influencia soviética fuera “moderada”⁴⁰. Sin embargo, Stalin estaba suscribiendo el convenio sólo teóricamente, ya que no planeaba claudicar de su objetivo de implantar el socialismo en todos los países que liberara el Ejército Rojo. Al final de cuentas, “los intereses soviéticos salieron más favorecidos, ya que... el máximo dirigente soviético obtuvo... la aceptación de la doctrina del Frente Popular como el único medio de actuación política en los países de su zona de influencia”⁴¹. Con la Declaración se legitimaría el derecho de la Unión Soviética a organizar políticamente los países ocupados por sus tropas. A través de elecciones relativamente fraudulentas se impondría el sistema de democracia popular.

³⁷ Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Europa del Este: del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 13.

³⁸ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 37.

³⁹ Bogdan, *op. cit.*, 252.

⁴⁰ Arthur Schlesinger, “West European Scholars Absolve Yalta”, *The Wall Street Journal*, 16 de junio de 1987, en Heller & Feher, 1992, p. 37.

⁴¹ Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, *La Europa del Este del Telón de acero*, *op. cit.*, p. 13.

Paulatinamente iba ganando terreno la posición de la Unión Soviética, ya que los Aliados occidentales no podían desconocer la realidad militar de ese entonces. El avance del Ejército Rojo que, prácticamente, dominaba casi toda Europa central y oriental, según Brahm, ponía a Stalin en una posición negociadora inmejorable⁴². Ante este escenario, Martín de la Guardia y Pérez Sánchez consideran que a los gobernantes estadounidense y británico les resultaba imposible imponer la “paz angloamericana”⁴³.

Tanto es así que, al finalizar la guerra, en la Conferencia de Potsdam, celebrada entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945, tras el triunfo del Ejército Rojo en los Balcanes y en Europa central y oriental, Stalin abandonaría la colaboración. Ya no sería posible decidir el futuro de Alemania ni la elaboración conjunta de un plan de gobierno futuro. De ahí en adelante, cada una de las dos superpotencias que emergieron después de la guerra –Estados Unidos y la Unión Soviética- iniciaría una lucha encarnizada por ocupar los espacios destinados a su zona de influencia.

La Unión Soviética tendría un decisivo rol en la configuración del mundo de posguerra e iría “estableciendo sobre las zonas liberadas fórmulas político-sociales que garantizaran una influencia preponderante a los partidos comunistas”⁴⁴.

⁴² Brahm, *op. cit.*, p. 197

⁴³ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *Europa del Este del telón de acero a la integración europea*, *op. cit.*, p. 13.

⁴⁴ Pedro Antonio Martínez Lillo, “Europa después de la Segunda Guerra Mundial: la reactivación del ideal europeísta”, en Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la integración europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, p. 63.

3. Antecedentes próximos de la Revolución Húngara de 1956

Habiendo extendido sus territorios desde el Elba al Bug y del Báltico al Danubio⁴⁵, la Unión Soviética se dedicaría a llenar los espacios vacíos de poder en su zona de influencia militar. Martínez sostiene que mediante su dominio territorial e ideológico, Stalin transformaría al centro y este de Europa en su *glacis* estratégico, dando cumplimiento a uno de sus principales objetivos, a saber, el crear una plataforma de protección en su frontera oeste que lo resguardara de cualquier agresión capitalista⁴⁶. Este glacis sería la Europa del Este.

3.1. Europa del Este como *glacis* estratégico de la Unión Soviética

Con la división del continente nacería Europa del Este bajo el alero de Moscú. Si bien Bogdan y, por su parte, Heller y Feher sitúan su origen en Yalta, en la práctica, su existencia fue una consecuencia directa de la guerra como sostienen Martín de la Guardia y Pérez Sánchez⁴⁷. Europa del Este fue una nueva realidad geopolítica, que no tenía vida antes de la guerra, “que nunca había existido como entidad política ni como comunidad de destino”⁴⁸. Estaba integrada por Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Alemania oriental, además de Yugoslavia y Albania, donde la Unión Soviética ejercía una influencia indirecta.

En opinión de Duarte, quien se apoya en las observaciones de Schlesinger⁴⁹, en todos estos países la Unión Soviética venía a reeditar el sistema de dominio del nazismo. “El expansionismo nacionalsocialista... había dejado bien claro... que la conquista conducía a

⁴⁵ Bogdan, *op. cit.*, p. 265.

⁴⁶ Martínez Lillo, “Europa después de la Segunda Guerra Mundial: la reactivación del ideal europeísta”, *op. cit.*, p. 63.

⁴⁷ Bogdan, *op. cit.*, p. 252; Heller & Feher, *op. cit.*, p. 23. En el mismo sentido Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este: del telón de acero*, *op. cit.*, p. 9.

⁴⁸ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 23

⁴⁹ La cita de Schlesinger fue obtenida por Duarte de la obra de Mark Mazower, *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Ediciones B, 2001, p. 91. Ángel Duarte, “La creación del bloque soviético en la Europa del Este y la Guerra Fría”, en Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, coordinadores, *La Europa del Este: del telón de acero*, *op. cit.*, p. 43.

la anexión, y que ambas eran condiciones que aseguraban el ejercicio de la hegemonía”⁵⁰. Por lo tanto, “Entre 1945 y 1989 esa parte del mundo que designamos como Europa del Este vivió una experiencia que puede calificarse, al mismo tiempo, de imperial y de revolucionaria”⁵¹. En este último sentido, la Unión Soviética proyectaba un cambio radical de la sociedad basado en su ideología socialista. En contraposición con el sistema liberal burgués, presentaba una concepción de la sociedad en la cual el desarrollo estaría basado en la igualdad social, lo que en Europa del Este se denominaría socialismo real.

Este sistema, ajeno a la historia de estos países, fue construido desde Moscú, es decir, desde fuera, en forma totalitaria y opresiva y mantenido a la fuerza. Por ello, fue generando un profundo descontento social, el que desembocaría en diferentes manifestaciones de oposición, que en el caso húngaro se transformaría en el antecedente próximo de la Revolución de 1956, que fue la grieta más seria en contra del totalitarismo soviético.

3.2. Construcción del socialismo real en Europa del Este (1945-1949)

La construcción del socialismo real fue posible gracias a la debilidad de los Estados de Europa del Este después de la guerra. Este debilitamiento favoreció la penetración de los partidos comunistas, tal como lo planeaba Stalin, ya que no había un poder fuerte que los contrarrestara. Su infiltración no presentó mayores dificultades en el ámbito político, porque, por una parte, en la mayoría de los países la población no contaba con tradición democrática; por otro lado, las autoridades no lograban ofrecer políticas de reconstrucción adecuadas y, por último, los partidos políticos se encontraban totalmente deteriorados. A esta situación se sumaba la crisis económica y la pobreza, agravada por la desmoralización de la posguerra. Todo ello contribuiría al desarrollo de las ideas socialistas y, por lo tanto, al fortalecimiento de las corrientes de izquierda, es decir, la socialdemocracia y el marxismo. De esta forma, el PC tomaba fuerza y se extendía hacia Yugoslavia, Grecia, Checoslovaquia, Francia e Italia. Con el triunfo en la guerra y sus secuelas, el comunismo se había transformado en una gran

⁵⁰ Ángel Duarte, “La creación del bloque soviético en la Europa del Este y la Guerra Fría”, *op. cit.*, p.43.

⁵¹ *Ibidem*, p. 17.

fuerza política y en una opción válida de organización del Estado. Así, se había ido constituyendo en una alternativa frente al sistema liberal.

En los países de Europa del Este la construcción del socialismo se realizaría en forma rápida, entre los años 1945 y 1948-49. En todos ellos la finalidad sería instaurar la sociedad socialista o “democracia popular”. Los autores estudiados ofrecen diferentes esquemas de periodificación para explicar este proceso de soviétización; no obstante, todos coinciden en que los dos primeros años se caracterizaron por su gradualidad y que en 1947-48 se dio un giro hacia una abierta bolchevización o estalinización. En este trabajo consideraremos el esquema propuesto por los historiadores Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, cuyo criterio es compartido por otros especialistas que investigan colectivamente con ellos la Europa del Este⁵².

Con estos dos historiadores también compartimos que la evolución de las democracias populares estuvo directamente relacionada con los acontecimientos de la Unión Soviética⁵³. Por ello, hay que reconocer que la figura de Stalin fue decisiva en la consolidación del sistema. Con su personalismo y férreo control del Estado, desde el Kremlin, conseguiría la rápida instauración de las democracias populares, por este motivo el período es conocido con el nombre de estalinismo. En 1948-49 había logrado su objetivo de implantar las dictaduras de partido único, con lo cual el sistema soviético estaba consolidado. Eso sí, en la Europa del Este el Estado no sería tan dominante como en la Unión Soviética. La estalinización se mantuvo como sistema hasta 1953, año en el que murió su gestor, momento en el cual la dirigencia soviética introduciría una cierta apertura, con el fin de apaciguar el descontento popular producido por las duras exigencias estalinistas.

⁵² Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y la Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX”, en *La Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración*, Editorial Istmo, Madrid, 1995 b, p.835. Esta esquematización se encuentra desarrollada en varios de los autores citados en este trabajo.

⁵³ *Ibidem*, 1995 b, p. 835.

3.2.1. Sovietización gradual de Europa del Este (1945-1947)

Entre los años 1945-46 la soviétización fue gradual, caracterizándose por un teórico pluripartidismo político y por los iniciales cambios socioeconómicos, vale decir, una moderada reforma agraria y las primeras nacionalizaciones. Según Heller y Feher, la soviétización se realizó lentamente, porque Stalin temía la superioridad nuclear de Estados Unidos, que podría utilizar en su contra, y porque el uso de la violencia en la implementación del sistema podría causar una guerra en Europa del Este, lo que sería muy desfavorable para la Unión Soviética. De ahí, que el líder soviético engañara con el término “democracia popular”⁵⁴.

Por estos motivos, aunque el objetivo de Stalin era instalar el dominio de los partidos comunistas, en todos los países su influjo sería paulatino. En los primeros años (1945-46) se puso en marcha la reconstrucción política, económica y moral de cada Estado propiciando un socialismo nacional. Los comunistas incentivaban a los diversos grupos sociales para que los apoyaran en la normalización del país. La estrategia empleada para conquistar el poder era atraer a los partidos democráticos con el propósito de integrar un Frente Popular, que permitiera formar un gobierno de coalición. La apariencia democrática se mantenía al constituirse gobiernos pluripartidistas elegidos por medio de elecciones, con lo cual se respetaba lo acordado en la Declaración de Europa Liberada. En todos los países el PC no obtuvo mayoría en las primeras votaciones, pero lograba influir en la política estableciendo gobiernos de su confianza sobre los cuales ejercía presión. Estos gobiernos de coalición fueron presididos por los partidos democráticos, que desempeñaban la mayor parte de las carteras ministeriales. Los comunistas ejercían los ministerios clave –Interior, Defensa e Información-, lo que les facilitaba el control del Estado y el desarrollo del socialismo.

En todos los países soviétizados se abandonó el orden legal existente con la aprobación de un nuevo orden jurídico, que garantizaba teóricamente las libertades democráticas y que transformaba a los Estados en Repúblicas. Estas nuevas constituciones serían el preludio para la legalización de las Repúblicas Populares de 1949.

⁵⁴ Heller y Feher, *op. cit.*, p. 21.

Sin embargo, durante el año 1946 y, especialmente, en 1947, a medida que se aceleraba el proceso de conquista del poder se iba poniendo fin a la apariencia democrática. De esta forma, se iban consolidando las democracias populares, que se caracterizarían por ser “rígidas dictaduras totalitarias”⁵⁵. En ellas el PC se iba transformando en la fuerza política dominante después de eliminar a los adversarios políticos y de absorber a los socialistas. En el plano económico, la bolchevización se fue implementando con las primeras planificaciones, de acuerdo a las pautas de Moscú, y, al mismo paso, se avanzaba en la transformación del sistema de propiedad con las nacionalizaciones y la colectivización.

En este proceso de afianzamiento en el poder se iniciaron las primeras persecuciones a los disidentes al régimen. Una de las instituciones que sufrió ataques desde 1946 fue la Iglesia, en cuanto representaba una fuerza moral que podría ser peligrosa por su influencia entre los fieles. En los primeros años de la soviétización fue atacada en Polonia y Hungría, los dos países más profundamente católicos de la zona, mediante arrestos y condenas de sus sacerdotes y religiosos so pretexto de apoyar actividades antisoviéticas. Por otro lado, se le confiscó sus propiedades aplicándosele la reforma agraria.

En 1947 se firmaron los tratados de paz entre cada uno de los países satelizados y los Aliados⁵⁶. Todos ellos vinieron a confirmar las condiciones determinadas anteriormente en los armisticios, impuestos al finalizar la guerra. Es decir, se reafirmaban las transferencias de territorios, el pago de reparaciones, el desarme de los derrotados y la prohibición de formar organizaciones fascistas. Con estas cláusulas comunes y con los artículos relativos a cada Estado se amarraba aún más el predominio soviético sobre ellos.

⁵⁵ Duarte, “La creación del bloque soviético en Europa del Este y la Guerra Fría”, *op. cit.*, p. 29.

⁵⁶ Estos acuerdos fueron preparados por la Unión Soviética, Reino Unido y Estados Unidos, y fueron suscritos por Rumanía, Hungría, Bulgaria y Finlandia. En el caso de Alemania y Austria los tratados de paz quedaron pendientes, ya que las negociaciones entre los Aliados acerca de las condiciones no prosperaron. Los austríacos firmarían en 1955 y el pacto con los alemanes quedaría irresoluto en forma permanente.

3.2.2. Comunización o estalinización de Europa del Este. Dictadura de partido único (1948-1949)

En 1948, desde el golpe de Praga, en Checoslovaquia, en febrero de ese año⁵⁷, la Unión Soviética dio un giro abandonando la gradualidad en las democracias populares, para imponer una comunización radical, que también ha venido a llamarse estalinización, por cuanto fue Stalin quien impuso el mismo sistema totalitario que imperaba en el país soviético.

El totalitarismo, según Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, se caracteriza por la fusión entre el Partido y el Estado, llegando el primero a asumir todas las funciones de éste. En este punto de “totalidad”, “el partido comunista es también *el* Estado...”⁵⁸. En el caso de la Unión Soviética y, por lo tanto, de sus satélites, a la luz de la ideología marxista, el Partido es el representante del pueblo, es decir, del proletariado. Por lo tanto, desde que éste asume el poder, es el Partido el que toma las decisiones. Por ende, determina acerca de todas las instancias de la vida de la sociedad, dominando enteramente sus expresiones. En consecuencia, si el Partido es la única instancia de poder no se requieren de otras organizaciones políticas, como en el modelo burgués, con lo cual triunfaría el sistema de partido único. Así también, Linz afirma que se eliminan todas las expresiones de la sociedad civil, en la que se manifiestan los valores democráticos. Las asociaciones voluntarias, al margen de los partidos, dejan de ser espontáneas y pasan a estar sujetas a las directrices del Partido⁵⁹.

De esta manera, el Partido tendría la función de conducir la construcción del socialismo, cuyo objetivo final, según Martín de la Guardia, sería crear un mundo nuevo, en el que se renovarían todas las relaciones de la sociedad –políticas, económicas, sociales,

⁵⁷ Este acontecimiento ha sido considerado como el detonante del cambio, porque fue el fin de un gobierno democrático, con la consiguiente imposición del sistema soviético totalitario. El líder comunista checo Klement Gottwald, apoyado por Stalin, generó una huelga general que puso término al gobierno democrático de Edvard Bénéš. El PC checoslovaco asumió el poder total y aplicó una rápida bolchevización. Este hecho generó la unificación de las zonas occidentales de Alemania y el bloqueo de Berlín por la Unión Soviética. La crisis de Berlín selló la división de Alemania en dos países y marcó la guerra fría.

⁵⁸ Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, “El bloque soviético: La URSS y la Europa del Este en la segunda mitad del siglo XX”, *op. cit.*, p. 23. El análisis acerca del totalitarismo puede consultarse en esta obra en pp. 21-24.

⁵⁹ Linz, *op. cit.*, p.208.

morales, religiosas, culturales, de prensa, etc.-, y se llegaría a formar un “hombre nuevo” en una “sociedad nueva”⁶⁰.

La consecución de este ideal significó, en el ámbito político, que se abandonara la gradualidad basada en la participación nacional en los Frentes Patrióticos y se pusiera fin a toda apariencia de pluralidad política. Tras la eliminación de la Socialdemocracia y la fusión entre comunistas y socialistas, el Partido Comunista (PC) alcanzaría todo el poder, sustentándose en los partidos obreros. Las corrientes políticas menores continuaban existiendo pero sin independencia ni poder. Las fuerzas políticas de oposición serían eliminadas por medio del sistema de purgas, calcadas a las que se aplicaban en la Unión Soviética. Pérez Sánchez concluye que, al someterse las democracias populares a la legalidad revolucionaria soviética, el Partido-Estado se transformaba en garante y beneficiario del sistema de “lucha de clases”⁶¹. De esta forma, se asentaría la dictadura de partido único, una revolución totalitaria, impuesta desde fuera, que se mantuvo por la fuerza de las armas, con la presencia de las tropas soviéticas.

El Partido-Estado fue teóricamente el representante del proletariado, pero, en el hecho, el poder lo ejercía el Secretario General del partido comunista en cada democracia popular, quien incluso lograba imponer su criterio sobre el Politburó o consejo. Los miembros más connotados del Partido formaban la nomenklatura, que gozaban de privilegios especiales. Sin embargo, las directrices del gobierno emanaban directamente del propio Stalin a través del Partido Comunista soviético (PCUS) y el Kominform⁶², aunque permitiendo algunas diferencias en cada país.

Esta nueva forma de organización requería como presupuesto la transformación de la estructura económica de la sociedad. Puesto que, para establecer la dictadura del proletariado era indispensable contar con esta clase social, según Ferrero, la Unión Soviética aceleró la

⁶⁰ Ricardo Martín de la Guardia, “Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia en Europa del Este”, *Pasado y Memoria, Revista de Historia Contemporánea*, N° 3 (2004), p. 13.

⁶¹ Guillermo Pérez Sánchez, “El totalitarismo soviético y los derechos humanos: una aproximación al caso de Europa del Este”, en Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, *La Europa del Este del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 73.

⁶² Kominform corresponde a la sigla relativa a la Oficina Internacional de Información, creada por Stalin en 1947 con el objeto de coordinar a los PC de Europa del Este con los de la zona occidental del continente – Francia e Italia-. Fue formada para responder al Plan Marshall propuesto por Estados Unidos ese año. Después de la muerte de Stalin perdió peso y fue disuelto en 1956.

industrialización de Europa del Este⁶³. De la misma forma como lo había hecho en Rusia, realizaría este cambio económico-social para alcanzar su objetivo político.

El Partido- Estado centralizaría las actividades económicas reproduciendo el sistema soviético de industrialización forzosa, colectivización de la tierra y planificación para aumentar la producción. Este programa no era fácil de realizar, porque las economías de los países de Europa del Este eran muy diferentes entre sí y al interior de cada uno de éstos. No obstante, Judt sostiene que Stalin pasó por alto estas diferencias y estableció un sistema económico homogéneo⁶⁴.

El primer paso, según este mismo autor, para uniformizar las economías estuvo dirigido a establecer el cambio en el sistema de propiedad, ajustándose así a uno de los presupuestos básicos del socialismo. A manos del Estado pasarían las grandes empresas y, luego, las con más de cincuenta trabajadores, con lo cual los empresarios perderían su capacidad de gestión. Así, también, los ahorros cayeron en las arcas fiscales. Por otro lado, la propiedad agrícola volvió a sufrir una nueva expropiación al aplicarse la colectivización forzosa, que significó que los campesinos, beneficiados con la reforma agraria, fueran despojados de sus tierras y obligados a incorporarse a los *koljoses* o granjas colectivas. En consecuencia, Ferrero concluye que “se dio una estatalización de la propiedad, pero no una socialización”⁶⁵.

Siguiendo el modelo soviético se aplicó los Planes Quinquenales, que impondrían la industrialización forzosa, poniendo énfasis en la industria pesada y abandonando la producción de los bienes de consumo. Si bien el objetivo de esta política era satisfacer las necesidades bélicas de la Unión Soviética, también se buscaba crear una dependencia de las economías socialistas con Moscú. No obstante, Duarte sostiene que respondía además a motivos ideológicos, es decir, a la necesidad de contar con “una clase obrera industrial, implicada emocionalmente en una disciplinada y feroz competencia productiva, [que]

⁶³ Ferrero, “La crisis del socialismo real”, *op. cit.*, p. 67 y ss.

⁶⁴ Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, traducción de Jesús Cuéllar y Victoria E. Gordo del Rey, Editorial Taurus, Madrid, 2006, p. 255 y ss.

⁶⁵ Ferrero, “La crisis del socialismo real”, *op. cit.*, p. 69.

garantizaría la continuidad del sistema”⁶⁶. A pesar de esta ideologización, los obreros fueron la principal fuerza social que se opondría en el futuro al sistema totalitario.

Sin embargo, los más perjudicados con las medidas económicas de 1948 fueron los campesinos que, ya venían sufriendo requisiciones de productos y fijación indiscriminada de precios, ahora con la colectivización fueron obligados a incorporarse al sistema de *koljoses* o granjas colectivas, quedando sujetos a las exigencias designadas por el Estado. El gobierno les fijaba arbitrariamente los precios de los productos, los impuestos y las cuotas de producción, las que muchas veces eran requisadas sin previo aviso. A pesar de esta situación, los campesinos se sometieron al sistema para evitar mayores represiones.

El comercio también fue regulado por Moscú, con una clara dependencia de las democracias populares entre ellas y con la Unión Soviética, después de la creación del CAME o Consejo de Ayuda Mutua Económica, en 1949. De acuerdo a los estudios de Judt, “Alemania del Este, Checoslovaquia y Hungría debían suministrar productos industriales acabados a la URSS (a unos precios fijados por Moscú), mientras que Polonia y Rumanía tendrían que especializarse en producir y exportar alimentos y productos industriales primarios. A cambio, la Unión Soviética comerciaría con las materias primas y el combustible”⁶⁷. Esta subordinación y dependencia perjudicó a las economías de los países de Europa del Este, que se empobrecieron y el hambre asoló a su población.

Sin embargo, el mayor daño que el intervencionismo asestó al pueblo fue la represión “en términos de libertad”. “Todos los aspectos de la vida del país fueron sometidos a controles severos e intransigentes”⁶⁸. No sólo las expresiones intelectuales y artísticas debieron someterse a los cánones de la ideología marxista, sino también los círculos de debate cerraron sus puertas, la prensa fue acallada y la gente común tuvo que abstenerse de opinar.

En esta etapa se restringió la libertad de credo y la Iglesia fue francamente perseguida y aniquilada. Sus bienes fueron confiscados y el clero fue hostigado por medio de presiones para que colaborara con el gobierno comunista, especialmente en la aplicación de la enseñanza fiscal en las escuelas religiosas. En la medida que sus más altas autoridades

⁶⁶ Duarte, “La creación del bloque soviético y la Guerra Fría”, *op. cit.*, p.28

⁶⁷ Judt, *op. cit.*, p. 260.

⁶⁸ Mammarella, *op. cit.*, p. 107.

reclamaban contra el régimen aumentaban los apresamientos, torturas y asesinatos en su contra. Los violentos procesos judiciales a los que fueron sometidos causaron horror entre los fieles. Aprovechando que la Iglesia ya no contaba con su jerarquía, el Estado asumió sus funciones nombrando los obispos. Así, “A comienzos de la década del ‘50, en toda Europa del Este, la Iglesia católica se convirtió en la *Iglesia del silencio*”⁶⁹.

El Estado también se interpuso en medio de la familia con el fin de cumplir el rol educativo de los padres. Con todo, lo peor era el ambiente de sospecha y miedo en el que se vivía, en el que cualquier desviación era perseguida, reprimida y condenada por la policía política.

De esta forma, Stalin negaba los derechos humanos de los pueblos sometidos a su dominio. Esta negación, según Pérez Sánchez, fue una forma de oponerse a los derechos “liberal-burgueses”, de la misma forma como había rechazado los principios liberales socioeconómicos y de democracia⁷⁰. Si en el orden teórico se había rehusado a firmar la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en la práctica no tendría motivos para respetarlos. En consecuencia, podía imponer la ideología sobre todas las expresiones de la vida al mismo tiempo que el Estado absorbía a la sociedad.

En conclusión, siguiendo a Djilas se puede deducir que “El stalinismo era una mezcla de dictadura comunista personal y de imperialismo militarista”⁷¹.

3.2.3. Estalinización de Europa del Este en el marco de la Guerra Fría

El punto de inflexión en la construcción del socialismo en los años 1947 y 1948 tiene su explicación en dos motivos fundamentales. En primer término, coincidió con el enfriamiento de las relaciones Este-Oeste, y, por otro lado, la Unión Soviética cambiaría el rumbo tras la disidencia de Tito.

⁶⁹ Bogdan, *op. cit.*, p. 294.

⁷⁰ Pérez Sánchez, “El totalitarismo soviético y los derechos humanos: una aproximación al caso de la Europa del Este”, *op. cit.*, p. 65.

⁷¹ Milovan Djilas, *La Nueva Clase. Un análisis del sistema comunista*, traducción de Luis Echavárri, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958, p. 206.

Respecto del trato entre los Aliados, el distanciamiento se venía arrastrando desde fines de la guerra. En la Conferencia de Potsdam (julio 1945) fue imposible que decidieran conjuntamente el futuro de Alemania y la construcción de la paz mundial. A medida que avanzaba el proceso de satelización de Europa del Este resultaba más difícil llegar a acuerdos, ya que la desconfianza hacia Moscú ganaba terreno en Estados Unidos y Gran Bretaña.

En 1946 comenzaron las recriminaciones públicas justificadas en las divergencias políticas y, sobre todo, ideológicas. La primera descarga provino de Stalin, en una asamblea del PC, el 9 de febrero de 1946, cuando manifestó “que la victoria en la guerra había significado el triunfo del sistema soviético, no de los aliados, [y] destacaba las profundas diferencias existentes entre el capitalismo y el socialismo para concluir afirmando que la convivencia entre ambos era incompatible”⁷². La respuesta de Winston Churchill no se hizo esperar, en su famoso discurso en la Universidad de Fulton, en Missouri, el 5 de marzo de 1946, denunciaba que un “telón de acero” dividía Europa. Francamente preocupado por la situación del continente, el Primer Ministro británico reconocía que el avance comunista se había constituido en el nuevo peligro para el mundo. De paso, proponía la formación de una alianza para frenar el despliegue del comunismo, comprometiendo al Presidente de Estados Unidos, Harry Truman.

El quiebre en las relaciones se haría más patente en la Conferencia de Moscú de marzo de 1947, en la quedarían pendientes los términos de los tratados de paz de Alemania y Austria.

Ante esta compleja situación, se corría el riesgo que la Unión Soviética llenara todos los espacios vacíos de poder en Europa. Por ello, el mandatario estadounidense formuló la doctrina Truman y el Plan Marshall, que serían el sustento ideológico, político y económico de Estados Unidos. El 12 de marzo de 1947 proponía al Parlamento la *contención* del expansionismo soviético, comprometiéndose a defender la libertad donde estuviera amenazada, lo que recibiría el nombre de doctrina Truman. El Plan Marshall (5 de junio de 1947), por su parte, pretendía atraer a los países destruidos por la guerra ofreciendo ayuda económica para su reconstrucción, incluyendo los países soviéticos.

⁷² Pedro Martínez Lillo, “Europa después de la Segunda Guerra Mundial: la reactivación del ideal europeísta”, en Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la Integración Europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, p. 70.

La doctrina Truman y el Plan Marshall se constituirían en un serio riesgo al predominio de Moscú en su zona de influencia, al glacis estratégico. Por este motivo, inducirían a la Unión Soviética a consolidar su poder en ella, cuando aún no finalizaba el proceso de soviétización. “Stalin necesitaba asegurarse la lealtad inquebrantable de sus satélites vecinos y sólo conocía un modo de hacerlo... El Partido tenía que asegurarse el monopolio del poder”⁷³.

En vista de las proposiciones norteamericanas, en la Conferencia de partidos comunistas, en septiembre de 1947, realizada en Polonia, Andrei Zdanov, representante de Stalin, criticó el imperialismo norteamericano y propuso la instalación del sistema bolchevique revolucionario como única forma válida de organización de la sociedad⁷⁴. Para hacer efectiva su realización se decidió la creación de la Oficina Internacional de Información –Kominform–, con el propósito de coordinar a los partidos comunistas de Europa occidental y oriental. Duarte sostiene que en esta reunión se definió el soporte político-ideológico del que sería el bloque oriental, ya que el Kominform quedaría encargado de elaborar un programa para construir las democracias populares, que tendría que poner término a los gobiernos de coalición. En consecuencia, en palabras de este mismo autor, el imperialismo soviético había asumido su posición ideológica y, al mismo tiempo, política y administrativa⁷⁵.

En este complicado escenario, el que Stalin definía como una manifestación del “imperialismo” norteamericano, Moscú decidiría “cerrar la mano”, como dice acertadamente Duarte. Es decir, desde mediados de 1947, se dedicaría a asegurar el dominio en y sobre los países del área de influencia⁷⁶.

Por lo tanto, “El Programa de Recuperación Europeo determinó la evolución del continente. Por un lado, acabaría consolidando las esferas de influencia soviética y

⁷³ Judt, *op cit.*, p. 255.

⁷⁴ Duarte, “La creación del bloque soviético y la Guerra Fría”, *op. cit.*, p. 27.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 27.

⁷⁶ *Ibidem*, p.26.

norteamericana, sellando la división de Europa. Por otro, lanzaría a la Europa occidental en el camino de la unidad”⁷⁷.

De ahí en adelante, ambas superpotencias se enfrentarían por ejercer su predominio en el mundo, llevando a la formación de dos bloques de poder. Mientras Estados Unidos tomaba el liderazgo occidental, la Unión Soviética aseguraba el oriental. De esta forma, dos poderes y concepciones ideológicas contrapuestas –capitalismo-liberalismo y marxismo-polarizarían al mundo y se enfrentarían en lo que se ha denominado Guerra Fría, cuya evolución dependería de las relaciones Este-Oeste. Así, se estableció lo que Valdés y Salazar denominan una “paz belicosa”, en la que se mantendría “un estado intermedio entre la guerra y la paz”⁷⁸.

Payne afirma que el, ya mencionado, “golpe de Praga”, de febrero de 1948, fue el hecho determinante en el inicio de la polarización definitiva de las relaciones internacionales⁷⁹. Al apoderarse el comunismo del gobierno checoslovaco, el bloque occidental se puso en alerta y como respuesta a esto unificó las zonas alemanas occidentales, lo que llevaría, a su vez, al bloqueo de Berlín por la Unión Soviética, el 24 de junio de 1948.

A partir de este hecho se activaría la formación de cada bloque, como una unidad ideológica, política, económica, militar y nuclear. De allí que, los países de Europa occidental se reunieran, en abril de 1948, en la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), para avanzar en la reconstrucción del continente bajo el liderazgo de Estados Unidos. Por su parte, al año siguiente, después que Stalin obligara a Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría y Polonia a retractarse de su aceptación del Plan Marshall, la Unión Soviética formó con los países soviéticos –Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria- el Consejo de Ayuda Mutua Económica, que en Occidente se conoce con el nombre de CAME o COMECON. Este organismo vino a crearse para contrarrestar la OECE, propiciando un desarrollo coordinado entre los países miembros. Si bien recién se formaba

⁷⁷ Martínez Lillo, “Europa después de la segunda guerra mundial: la reactivación del ideal europeísta”, *op. cit.*, p. 75.

⁷⁸ Pablo Valdés Phillips & Juan Salazar Sparks, *Manual de Política Mundial Contemporánea*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 2ª edición, 1987, p. 75 y ss.

⁷⁹ Stanley Payne es citado por Dolores Ferrero, pero sin datos bibliográficos, sólo menciona como referencia el año de publicación de su obra. Payne, 1957, en Dolores Ferrero, 2006 a, *op. cit.*, p. 67.

en enero de 1949, la dependencia económica entre sus integrantes existía anteriormente a través de diversos acuerdos comerciales.

Los bloques también sellaron alianzas militares o acuerdos de asistencia mutua para defenderse de cualquier agresión de su oponente. La Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), fundada en abril de 1949, vendría a unificar a los países liderados por los norteamericanos. El Pacto de Varsovia, por su parte, reforzaría la cooperación entre la Unión Soviética y los países soviéticos del este de Europa –Alemania oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania-. Su formación no fue una contestación inmediata a la OTAN, ya que se configuró sólo el 14 de mayo de 1955, puesto que Moscú ya ejercía el control militar en estos países. En lo inmediato, su creación tuvo relación con dos factores internacionales que ponían en riesgo el poderío soviético, a saber, el ingreso de Alemania Federal a la OTAN y la pronta firma de Tratado de paz con Austria, que transformaría a este país en independiente y neutral. El posible rearme alemán y la independencia de los austríacos llevaron al Kremlin a afianzar los vínculos con sus aliados. En opinión de Álvarez de Calzada, el Pacto de Varsovia, más que responder a esta situación puntual, era una alianza ofensiva creada en caso que estallara la temida guerra mundial atómica. “La inferioridad manifiesta del bloque socialista en una posible confrontación nuclear con Occidente hizo que sus esperanzas de victoria pasaran por desencadenar una ofensiva convencional sorpresa que ocupara Europa occidental en pocos días”⁸⁰. Por este motivo, los países situados al norte tenían mayor relevancia porque desde ellos se atacaría a Alemania y, si fuera necesario, desde ahí se pasaría a Francia. Este mismo autor sostiene que en la práctica no afectó las relaciones Este-Oeste, porque, su mayor impacto lo tuvo en el mundo socialista⁸¹. En los países satelizados, especialmente Polonia, Hungría y Checoslovaquia, los más cercanos al mundo occidental, ejercería un férreo control mediante la represión para mantener la unidad del bloque, tal como veremos en el caso húngaro.

Sin embargo, en la estalinización del bloque no sólo influyó el enfriamiento de las relaciones Este-Oeste, sino también la disidencia de Tito en Yugoslavia. Aunque el gobernante yugoslavo contaba con el aprecio de Stalin por haber liberado a este país del

⁸⁰ Oscar Álvarez Calzada, “El flanco sur del Pacto de Varsovia. Relevancia estratégica y sus consecuencias”, Universidad Complutense de Madrid, *Papeles del Este*, N° 9 (2004), p.32.

⁸¹ *Ibidem*, p. 4

dominio nazi con el apoyo de los partisanos, al líder soviético le causaba resquemor su autonomía, su intención de formar una alianza balcánica y danubiana. Por ello, cuando Tito elaboró un programa económico independiente del soviético, el PCUS lo acusó de desviacionismo y nacionalismo. Como el PC yugoslavo le dio su apoyo, Stalin terminó expulsando a Yugoslavia del Kominform en junio de 1948, aislando al país del conjunto de Estados socialistas. Desde entonces, seguiría un rumbo independiente, una variante que fue rechazada por la Unión Soviética, porque significaba la pérdida de su dominio ideológico. De ahí en adelante, cualquier intento de socialismo nacional sería tildado de desviacionismo titoísta y su responsable sería condenado por ello.

Heller y Feher consideran que el nacionalismo de Tito fue la primera manifestación de oposición a Yalta, al sistema de gobernación universalista pactado en esta Conferencia⁸². En este sentido, puede entenderse como una muestra inicial de una serie de expresiones de resistencia al sistema estalinista. Eso sí que ésta fue la única en su tiempo y las demás tendrían lugar después de la muerte de Stalin.

Como la ruptura con Tito podría poner en riesgo la estabilidad de su área de influencia si los demás países intentaran seguir su ejemplo, Stalin tomó medidas para evitar cualquier otra disidencia. Con esta finalidad reforzó la unidad del bloque y su dependencia con el Kremlin, mediante un mayor control tanto en la política exterior como en las directrices internas. De hecho, Bogdan sostiene que la creación del CAME tuvo relación con la disidencia de Tito⁸³. La intención era estrechar vínculos entre los países soviéticos entre ellos y con Moscú, forzando la dependencia mutua. Al mismo tiempo, Moscú ejercía bloqueos económicos a Yugoslavia, dejándola aislada de los países socialistas. De esta misma forma, afianzaba la protección militar recíproca al organizar reuniones más frecuentes entre los Ministros de Relaciones Exteriores de las democracias populares, también dejando de lado al gobernante amonestado demostrando las consecuencias de las disidencias.

En el orden interno, por otro lado, Stalin reforzaría su dominio por medio de la conquista total del poder, a través del estrecho control que ejercería el Partido Comunista soviético en los partidos comunistas de cada país. La evolución posterior al cisma yugoslavo

⁸² Heller & Feher, *op. cit.*, p. 24.

⁸³ Bogdan, *op. cit.*, p. 291.

terminaría significando para las democracias populares “un marcado endurecimiento y un alineamiento rigurosos con las tesis de Moscú”⁸⁴.

En consecuencia, “la guerra fría, además de eliminar cualquier esperanza de liberación, alejaba también la perspectiva de desintegración del sistema, prevista por la doctrina de la “contención”⁸⁵.

3.3. Construcción del socialismo real en Hungría (1945-1949)

La instalación de la democracia popular en el país magiar fue muy semejante al de los restantes países del socialismo real, por ello mantendremos el esquema propuesto, considerando sus características particulares.

3.3.1. Sovietización gradual de Hungría (1945-47)

La edificación del socialismo en Hungría fue más lenta y gradual que en otros países de Europa oriental, ya que los magiares contaban con alguna experiencia democrática, tal como se explicó en el primer acápite, y el pueblo era profundamente católico y de tendencia conservadora, como señala Comellas⁸⁶. Por otra parte, los húngaros, en opinión de Mammarella, no simpatizaban con el comunismo después de la revolución bolchevique de 1919 y, por último, eran cercanos a Occidente por sus tradiciones y sus relaciones comerciales⁸⁷.

⁸⁴ El “cisma yugoslavo” puede consultarse en Bogdan, *op. cit.*, p. 290 y ss.

⁸⁵ Mammarella, *op. cit.*, p. 108.

⁸⁶ Comellas, *op. cit.*, p. 34. Esta afirmación se puede aclarar remontándose a los antecedentes históricos, considerando que desde la formación del reino húngaro por el príncipe Esteban en el siglo X, éste se fundamentó en la religiosidad católica y adoptó como modelo político el sistema de los reinos germanos. En el año 1.000 Esteban fue coronado por el Papa Silvestre II, transformándose en soberano cristiano. Fue el fundador del reino católico de Hungría, cuyo símbolo de unidad era la corona con diadema con la que fue ungido, que pasó a ser la Sacra Corona, y que representó la independencia del reino especialmente ante los poderes extranjeros.

⁸⁷ Mammarella, *op. cit.*, p. 79.

Los comunistas comenzaron a tomar paulatinamente el control del país, desde que formaron una Asamblea en Debrecen, en diciembre de 1944, y nombraron un gobierno provisional, a cargo del militar Béla Miklós. El ministerio del Interior quedó a cargo de Ferenc Erdei, escritor del grupo izquierdista *Nepi*, quien incorporó a István Bibó, que también formaba parte de esta asociación, y que, en su calidad de intelectual socialista, fue el teórico de la Revolución de 1956. En las negociaciones para organizar esta administración participaron miembros del gobierno de Miklós Horthy y varios comunistas húngaros, que fueron expulsados del país después del fracaso de la República de los soviets en 1919, y que habían regresado de Moscú. Uno de ellos fue Imre Nagy, quien contribuiría a gestar acuerdos por su tendencia nacionalista y más moderada. El futuro líder de la Revolución húngara de 1956 fue elegido ministro de Agricultura. Junto a él colaboraron políticos como Ferenc Nagy, Erno Gerö y Mátyás Rákosi, e intelectuales de la talla de Gyorgy Lukács y Andor Gábor.

En Hungría también se formó un Frente Popular, al igual que en los restantes países satelizados, el que recibió el nombre de Frente Nacional Húngaro por la Independencia (MFNF). Lo integraron sólo los partidos que los comunistas aceptaron que tomaran parte en el gobierno, es decir, comunista, Socialdemocracia, Pequeños Propietarios y Nacionalcampesino. Esta última agrupación favoreció abiertamente la soviétización del país por su inclinación a la doctrina bolchevique, motivo por lo cual Brachfeld lo denomina como criptocomunista⁸⁸. Mientras los restantes partidos quedaban excluidos de las decisiones políticas, los sindicatos se mantenían vigentes, pero reorganizados bajo la influencia de los partidos obreros.

Después de la firma del armisticio el gobierno provisional quedó bajo el control de una Comisión militar Aliada dirigida por el mariscal Kliment Voroshilov. El acuerdo fue firmado con las potencias vencedoras el 20 de enero de 1945 y sus cláusulas favorecieron el predominio soviético sobre el país⁸⁹. El pago de una indemnización de 300 millones de dólares, repartidos entre la Unión Soviética (200), Checoslovaquia (100) y Yugoslavia (100), la entrega de los bienes alemanes, la desmovilización de su ejército, la obligación de facilitar

⁸⁸ Brachfeld, *op. cit.*, p. 425.

⁸⁹ El texto completo del Armisticio puede verse en inglés en "Armistice Agreement with Hungary, January 20, 1945", *The Avalon Project. Documents in Law, History and Diplomacy*, Yale Law School, Connecticut: Lillian Goldman Library, 2008, [on line], <http://avalon.law.yale.edu/wwii/hungary.asp> [consultado: 10 octubre 2013].

el tránsito de las tropas soviéticas dentro de su territorio y de abastecerlas otorgaba a Moscú un fuerte medio de presión. Hungría no sólo tendría que someterse a estas condiciones, sino además se sancionó el Tratado de Trianón, con lo cual se ratificaba la pérdida de los territorios dispuesta por éste. De este modo, quedaba demostrado que la alianza con Hitler había sido perjudicial para el país⁹⁰.

El gobierno provisional se instaló en Budapest después de la capitulación de la capital (13 de febrero de 1945), lo que facilitaría el avance en la edificación del socialismo. La reforma agraria, introducida por Imre Nagy, en marzo de 1945, fue el primer cambio económico-social. Las proporciones de esta transformación son discutidas entre los historiadores, ya que mientras Mammarella sostiene que fue una “parcial reforma”⁹¹, Martín de la Guardia, Pérez Sánchez y Szilágyi, consideran que fue radical, que se expropió “más de dos millones y medio de hectáreas... (y) la medida afectó a unas 640.000 familias”⁹². Esta argumentación coincide con la investigación conjunta realizada por los Ministerios de Educación de España y Hungría, en la que se concluye que “La reforma agraria acabó con el sistema de latifundios, disminuyó el número de campesinos sin tierra e hizo dominante la pequeña propiedad familiar”⁹³. El cambio en el sistema de tenencia de la tierra favorecería políticamente a los comunistas, ya que satisfacían el anhelo de los campesinos y de la Iglesia por una distribución más equitativa de ésta.

En cumplimiento del proyecto de socializar el país mediante el progreso, el gobierno de coalición orientó la política económica hacia la superación de la difícil situación de posguerra. Ante la crisis mundial se tomaron acertadas medidas económicas, como la creación de una nueva moneda, el *florint*, que permitiría vencer la inflación.

Junto a estas disposiciones se avanzaría en el control de la economía a través de la nacionalización de las minas y de las fuentes de energía. La Unión Soviética comenzaba a

⁹⁰ La ratificación del Tratado de Trianón quedó confirmada con las siguientes cláusulas: el retiro de las huestes desde los países vecinos volviendo a las fronteras de 1938 (artículo 2), la devolución de los territorios ocupados a Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania (art. 6) y la declaración de nulidad de los Arbitrajes de Viena de 1938 y 1940 (art. 19). Los detalles del texto pueden consultarse en las referencias de la cita anterior.

⁹¹ Mammarella, *op. cit.*, p. 79.

⁹² Ricardo Martín de la Guardia, Guillermo Pérez Sánchez & István Szilágyi, *La batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*, Ed. Actas, Madrid, 2006, p.23.

⁹³ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, *op. cit.*, p. 202.

tener un mayor dominio sobre las materias primas y la producción mediante la creación de sociedades mixtas, formadas con capital soviético y húngaro. Uno de los casos más notables fue la regulación de los principales aeropuertos mediante la Sociedad Mixta de Aviación. El control de Moscú también se hizo sentir a medida que se desmontaban y transferían los bienes alemanes hacia el país ruso, se confiscaban toneladas de trigo para mantener al ejército ocupante y se enviaba a parte de la población húngara a trabajos forzados, lo que perjudicó la economía y generaría rechazo hacia el gobierno.

En el plano político el gobierno provisional mantendría la apariencia democrática al convocar a elecciones generales el 4 de noviembre de ese año 1945, otorgándole “una base legal a su acción...”⁹⁴. El gran triunfador fue el Partido de los Pequeños Propietarios que obtuvo el 57% de la votación y consiguió 245 puestos parlamentarios. A pesar de la propaganda y de las persecuciones previas a las votaciones, el PC obtuvo sólo el 16,95% de los votos y 67 escaños, lo que demuestra que su incorporación como fuerza política fue lenta. Los socialdemócratas lograron un 17,5% de apoyo y 71 cupos. El Partido Nacionalcampesino alcanzó la menor adhesión (6,8% y 22).

El primer gobierno legal de coalición se formó el 15 de noviembre y fue presidido por el partido de los Pequeños Propietarios. Manteniendo la estrategia de moderada infiltración, el Partido Comunista (PC) delegó los cargos más importantes en el partido más influyente, el de los Pequeños Propietarios. De esta forma, asumieron Zoltán Tildy como Presidente y Ferenc Nagy como Primer Ministro.

Aunque los Pequeños Propietarios podrían haber formado un gobierno de mayorías, algunos historiadores consideran que dejaron la política en manos de los comunistas por indecisiones del partido y por presiones de la Comisión Aliada⁹⁵. Así, el PC se adueñaría del ministerio del Interior, que fue ejercido por Imre Nagy, y de la vicepresidencia, detentada por Mátyás Rákosi, secretario de éste, quien coaccionaba al gobierno respaldándose en la presencia del Ejército Rojo.

De la misma forma que en los demás países satélites de la Unión Soviética, en Hungría también se proclamó una nueva constitución. Los Pequeños Propietarios, forzados

⁹⁴Bogdan, *op. cit.*, p. 277.

⁹⁵ Bogdan, *op. cit.*, p. 278. En el mismo sentido, Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p.24.

por los socialistas y comunistas, instituyeron legalmente la República de Hungría (el 1 de febrero de 1946), con lo cual se abandonaba el sistema monárquico. Al mismo tiempo se introducían cambios en el poder legislativo, ya que la Asamblea dejaba de estar formada por dos cuerpos legislativos y se transformaba en unicameral, siendo elegida por sufragio universal directo y secreto. Simultáneamente, se le otorgaba la atribución de nombrar a los integrantes del gobierno y fiscalizar su gestión, haciéndose más difusa la separación de los poderes. Esta nueva carta constitucional sería el primer paso hacia la reforma definitiva, la formación de la República Popular en 1949.

Con el objeto de desestabilizar al gobierno de coalición, el PC promovía una férrea oposición a su gestión, impulsando continuas movilizaciones sociales. Los comunistas aliados con los socialdemócratas, los socialistas, el ala izquierda de los nacionalcampesinos y los sindicatos, unidos en el Bloque de Izquierda, que habían formado el 5 de marzo de 1946, derrocaron esta administración. El objetivo, según los autores de la *Batalla de Budapest*, habría sido instalar el sistema socialista en la vida política, económica y social de Hungría⁹⁶.

En este aparente pluralismo los comunistas avanzaban en la conquista total del poder, incrementando su influencia e intervención en la vida nacional. Para ello, aumentaron las bases del PC y se infiltraron en la administración, la prensa, el ejército y la policía. La medida más radical fue el inicio de un sistema de purgas que tendía a eliminar a los “enemigos del pueblo”, que eran sus adversarios políticos. El aniquilamiento de los contendores les permitiría obtener un mayor triunfo electoral y transformarse en una fuerza política dominante.

Las purgas fueron dirigidas por László Rajk, elegido ministro del Interior en reemplazo del moderado Imre Nagy. Desde que asumió el cargo (20 de marzo de 1946), Rajk aplicó la “táctica del salchichón”, que consistía en eliminar a los rivales tajada por tajada. Actuaba coordinadamente con la policía política, la AVO, generando terror en la población y, por ende, un sentimiento antisoviético que desembocaría en la sublevación del pueblo en 1956. Las primeras depuraciones se orientaban a dismantelar el partido de los Pequeños Propietarios, el bando más opuesto al comunismo entre los integrantes del Frente. Sus

⁹⁶ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p.25.

dirigentes fueron perseguidos por conspiración y se les sometía a procesos políticos prefabricados que incluían acusaciones, arrestos y deportaciones. Todos eran presionados para que confesaran su culpabilidad por los cargos que se les imputaba. El broche final de estas persecuciones fue la detención de Béla Kovács, su secretario general, el 25 de febrero de 1947, con lo cual se pondría fin al ala más derechista del partido. Como corolario de la agonía del partido, a los pocos meses después Ferenc Nagy, el Primer Ministro, sería enviado al exilio. Luego, se proseguiría con la persecución de los militantes. En un corto plazo, “se eliminó el Partido Independiente de los Pequeños Propietarios y la dirección de Hungría fue a parar a manos de los comunistas”⁹⁷.

En reemplazo de Ferenc Nagy asumió Lajos Dinnyés, un dirigente de los Pequeños Propietarios, pero activo colaborador del proyecto socializador, quien contribuiría decididamente a consolidar la democracia popular. El nuevo Primer Ministro puso en práctica las directrices de Moscú para 1947, las que iban dirigidas a asegurar el dominio soviético sobre Europa del Este.

En su gobierno se dio un giro en la política económica, aplicándose la primera planificación económica y se avanzó abiertamente en las nacionalizaciones. Junto a eso puso en práctica el Plan Trienal con el objeto de incrementar la industrialización para superar la producción anterior a la guerra y mejorar el nivel de vida de la población. En opinión de Martín de la Guardia, Pérez Sánchez y Szilágyi la finalidad era construir el “país del hierro y del acero” socialista para cambiar la estructura socioeconómica⁹⁸. Hungría se transformaría en país industrial abandonando su tradicional condición de granero de Europa. Desde el Parlamento se apoyaban estas reformas con la aprobación de nuevas leyes nacionalizadoras, que incluían la estatización de los bancos.

Durante el gobierno de Dinnyés se firmó el Tratado de Paz de París con los Aliados, el 10 de febrero de 1947⁹⁹, que contribuiría a la consolidación de la comunización. De la misma forma que en los demás países de Europa del Este, en Hungría también se confirmaron

⁹⁷ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 204.

⁹⁸ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 30.

⁹⁹ Los acuerdos fueron preparados por la Unión Soviética, Reino Unido y Estados Unidos y fueron suscritos por Rumania, Hungría, Bulgaria y Finlandia. Quedaron pendientes los de Alemania y Austria, ya que los Aliados no llegaron a acuerdos acerca de las condiciones de estos pactos. Todos tuvieron que aceptar los términos establecidos por los vencedores.

las cláusulas fijadas en el armisticio. En el caso húngaro, la Conferencia además sancionó los límites fijados en el Tratado de Trianón y ratificó que debía ceder Eslovaquia meridional a Checoslovaquia y Rutenia a la Unión Soviética. El convenio autorizaba a Moscú a mantener sus tropas en Hungría y Rumanía hasta la firma del tratado con Austria, para garantizar sus comunicaciones con la zona de ocupación en este país. Los soviéticos mantuvieron este recurso de presión hasta 1955, año en el que se firmaría el acuerdo.

El Parlamento consolidó el poder del PC con la aprobación de una reforma electoral que limitó el derecho a voto. A pesar de esta nueva ley, de la adulteración de los comicios y de las purgas, en las elecciones del 31 de agosto de 1947 los comunistas alcanzaron sólo un 21,8% de los votos. Sin embargo, su coalición, el Frente Nacional Húngaro por la Independencia, que reemplazó al Frente de Izquierda, obtuvo un 60,2% de la votación. El nuevo Frente estaba integrado por los siguientes partidos: Socialdemócrata, Nacionalcampesino y Pequeños Propietarios en su ala más izquierdista. El desmantelamiento de los Pequeños Propietarios había sido efectivo ya que éstos lograron sólo un 15,2% de los sufragios. El PC se apropió de cinco ministerios y ejerció un fuerte influjo sobre las demás carteras, que quedaron en manos de sus aliados. De esta forma, se transformaría en el partido más influyente del Frente y el pluripartidismo habría llegado a su fin.

Después de todos estos logros, los comunistas reeligieron a Dinnyés en el cargo de Primer Ministro para afianzar la democracia popular. Sin reservas, el reelecto siguió cumpliendo las instrucciones del PC húngaro dando inicio a una nueva depuración. Ahora la táctica del salame se aplicaría a los partidos de oposición, a los socialistas y a todos los posibles sospechosos de oponerse al sistema leninista impuesto por Mátyás Rákosi. A estas alturas, la democracia popular se encontraba consolidada en Hungría, el terreno estaba preparado para el paso siguiente, la estalinización del país.

3.3.2. Estalinización en Hungría (1948-49)

Bogdan considera que la dictadura de partido único se consolidó en Hungría después que los comunistas absorbieron a los socialistas de tendencia más democrática y formaron el

Partido Obrero Húngaro (POH o MDP) con los socialdemócratas, el 12 de junio de 1948¹⁰⁰. Eliminada la pluralidad política, incluso de izquierda, el POH detentó en forma exclusiva el poder político. De acuerdo al modelo soviético, el 15 de agosto de 1948 se declaró la República Popular y en la constitución del 20 de agosto, calcada de la soviética de 1936, se instituyó la “Democracia Popular”. Aunque la Carta Fundamental reconoció las libertades democráticas la bolchevización era evidente. De acuerdo a sus artículos, en teoría el poder estaba en manos de los trabajadores, pero en la práctica era ejercido por el Presidium o Consejo Presidencial, que era el órgano colegiado que reemplazó al Presidente. El poder ejecutivo gobernó por medio de decretos de ley aprobados por el Parlamento, que también estuvo dominado por el POH. El poder judicial quedó a cargo de los tribunales populares. Los símbolos patrios soviéticos -estrella roja, hoz, martillo y oído de trigo- reemplazaron los emblemas tradicionales húngaros –escudo y corona-. Las fiestas nacionales también tuvieron relación con la nueva república, la conmemoración de san Esteban, el 20 de agosto, se transformó en una festividad estatal en homenaje a la nueva constitución.

En las elecciones de ese año se presentó una lista única, la del POH, que obtuvo el 96% de los votos y ocupó la mayoría de los cargos. La figura clave en la instalación de la dictadura fue Mátyás Rákosi, quien concentró todo el poder en su calidad de Secretario General del PC y vicepresidente del Estado. Además fue nombrado Primer Ministro en 1952. Bajo un estricto personalismo constituiría un gobierno totalitario, apegado a las directrices de Stalin, que se extendió desde 1949 hasta 1956, período conocido con el nombre de “era rakesista”. Durante su mandato, el POH mantuvo una lealtad inamovible al PCUS, en cumplimiento al compromiso asumido en la Conferencia de Partidos Comunistas de 1947. De esta forma, el POH fue el vehículo para la construcción del socialismo estalinista, imponiendo su control sobre todas las esferas de la vida.

Siguiendo esta línea, Rákosi aplicó brutalmente las purgas soviéticas, llegando en 1949 incluso a perseguir a los dirigentes comunistas leales al régimen. Aquellos que habían contribuido fielmente en la construcción del socialismo fueron acusados de “titoístas”, de conspirar contra el régimen con el apoyo de Tito. El caso que tuvo más connotación pública

¹⁰⁰ Bogdan, *op. cit.*, p. 279-280.

fue el del ministro del Interior László Rajk, cuya ejecución, en 1949, causó tal conmoción en el pueblo que, según Brachfeld, sería “la semilla” de la rebelión de 1956¹⁰¹.

Las persecuciones se extendieron a los afiliados al PC, a muchas de las personalidades del país y a los burgueses. A los particulares y empresas extranjeras se les expropió sus bienes. Los niños fueron separados de sus padres y los judíos fueron deportados o se les obligó a usar la estrella amarilla para ser identificados. La población fue sometida al terror de la policía política, la AVO, so pretexto de ser sospechosos de oponerse al régimen estalinista rakosista. Miles de húngaros fueron encarcelados y deportados a campos de internamiento o enviados a lugares despoblados. De acuerdo a los estudios de Rainer, más de un millón de ciudadanos fueron afectados por la represión ejercida durante el gobierno de Rákosi. Unos 40.000 húngaros fueron encarcelados, medio millar murieron ejecutados, decenas de miles fueron internados o deportados¹⁰². Del Partido salieron expulsados unos 200.000 afiliados. Con el terror las autoridades lograron imponerse sobre la población, pero el amedrentamiento incubaba un sentimiento antisoviético que estallaría en 1956.

La Iglesia no estuvo exenta del recrudecimiento de las persecuciones, que se habían iniciado hacia 1946 a raíz que la institución eclesiástica se había opuesto a la socialización de la sociedad. En un país confesional como Hungría la Iglesia representaba un peligro para el poder soviético, porque por su jerarquía moral podría concitar el apoyo de muchos de sus fieles. Si en un principio, la hostilidad hacia la Iglesia se había limitado a la confiscación de sus propiedades mediante la reforma agraria y la persecución de sus sacerdotes, en 1948 el gobierno emprendió una persecución amplia.

El más tenaz defensor de la religión y de la libertad fue el cardenal József Mindszenty, arzobispo de Esztergom, quien criticó las prácticas coercitivas de los comunistas. Por ello, se le inició un proceso en su contra en 1946, bajo el cargo de “provocador con sotana”¹⁰³. En ese entonces había comenzado la pugna por la enseñanza religiosa, la que pretendía ser suprimida por Rákosi. El conflicto se agudizó en 1948 cuando, a raíz de la comunización,

¹⁰¹ Brachfeld, *op. cit.*, p. 433.

¹⁰² János Rainer, 1956. *La Revolución húngara en la historia de Europa*, p. 1-2, [en línea]: www.mfa.gov.hu/NR/rdonlyres/.../060620_cikkek_56_spanyol.pdf

¹⁰³ Brachfeld, *op. cit.*, p. 429.

el gobierno emprendió la nacionalización de las escuelas religiosas y la imposición de un sistema único de educación. El Primado de la Iglesia húngara rechazó abiertamente que los sacerdotes colaboraran con la educación socialista, que alejaba a los hijos de sus padres para ser educados por el Estado. El 26 de diciembre de 1948 el cardenal Mindszenty fue arrestado, acusado de alta traición, de espionaje y tráfico de divisas. Tras un juicio sumario, poco claro, en el que se le arrancaron falsas declaraciones, fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad. Después de soportar terribles torturas y vejaciones fue liberado de prisión durante la Revolución de octubre de 1956.

Aprovechando que la Iglesia se había debilitado con la ausencia de su máxima autoridad, el Estado expropió los bienes eclesiásticos, disolvió varias órdenes religiosas y expulsó a la mayoría del clero fuera del país, junto con poner fin a las asociaciones católicas juveniles. Ante la presión del gobierno, el clero, bastante disminuido, se comprometió a respaldarlo a cambio de la mantención de la enseñanza religiosa. Sin embargo, el Vaticano desaprobó esta negociación lo que llevaría al gobierno a continuar con las persecuciones hasta 1951.

El proceso de comunización también implicó transformaciones económicas, las que consolidarían el cambio de la estructura socioeconómica de la sociedad. Durante 1948, las estatizaciones abarcaron a las empresas industriales y comerciales con más de cien empleados, que correspondían al 84% de ellas, y, al año siguiente, la medida se extendería a las empresas con más de diez trabajadores. Se puso fin a todo resabio burgués, por eso la bolsa cesó también en sus funciones y las pequeñas propiedades productivas fueron reducidas a granjas colectivizadas o *koljoses* de tipo soviético. Se implantó decididamente el sistema de planificación soviético, así en 1950 se aplicó el primer Plan Quinquenal destinado a acelerar la producción de la industria pesada –hierro y acero–, que tenía por objeto satisfacer las necesidades bélicas de la Unión Soviética.

Hungría fue radicalmente transformada mediante la aplicación de las nuevas leyes nacionalizadoras, la colectivización del campo y la planificación centralizada. De país agrario pasó a ser un Estado industrializado, a pesar que sus riquezas naturales eran agrícolas y no contaba con materias primas para la industria pesada. Como consecuencia de ello, su

población, principalmente rural, abandonaría el campo y se transformaría en proletariado obrero.

Los resultados de la transformación socioeconómica fueron perjudiciales para el país. Aunque la producción industrial aumentó al igual que la renta nacional, se abandonó la industria ligera, la agricultura y los bienes de consumo. La actividad agrícola fue la más afectada, porque los agricultores fueron continuamente perseguidos y la producción agrícola fue sometida a confiscaciones, incautaciones o a la entrega forzosa de ésta a bajos precios, fijados por el Estado. La población se vio seriamente menoscabada en su nivel de vida, porque los salarios eran bajos y con la escasez de productos se elevaron sus precios resultando inalcanzables. Esta situación produjo una crisis alimentaria tan seria que faltó pan en los hogares húngaros.

El énfasis puesto en la producción industrial respondía a los planes de política exterior delineados por la Unión Soviética. Al obligárseles a los húngaros a importar materias primas –hierro, coque, metales, algodón, azufre y leña- desde Checoslovaquia y Rumanía, se forzaba a Hungría a enfocar su política económica hacia las necesidades bélicas de Moscú y a mantener los lazos de dependencia entre los países del bloque, que así se mantenían unidos bajo la tutela de Moscú.

Los restantes aspectos de las relaciones internacionales del país magiar también dependieron de las directrices del Kremlin, que estuvieron condicionadas por las relaciones Este-Oeste. De este modo, a raíz de las declaraciones de Guerra Fría y la formación de los bloques, el Primer Ministro Dinnyés debió retractarse de la aceptación del Plan Marshall en 1947, rechazando la ayuda ofrecida por Estados Unidos para la reconstrucción. Por el contrario, de ahí en adelante su política exterior se alineó con los países del bloque dirigidos por el Kremlin. Por ello, en 1949 el país magiar firmó el Tratado de Amistad, Cooperación y Ayuda Mutua (COMECON). Luego, con el fin de evitar el acercamiento a Occidente, Hungría debió cortar incluso los lazos culturales que mantenía con los países de esta zona del continente, debiendo abandonar la Unesco ese mismo año. Finalmente, en mayo de 1955 se unió militarmente al bloque al firmar el Pacto de Varsovia, cuya firma no variaría la

sumisión a Moscú ni la dependencia con los otros países socialistas ya que, como sostiene Brachfeld, a esas alturas la bolchevización de los países satelizados era completa¹⁰⁴.

El estalinismo subsistiría con características semejantes hasta 1953, año en el que murió Stalin.

¹⁰⁴ Brachfeld, *op. cit.*, p. 437.

4. Muerte de Stalin y la *desestalinización*

A la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, después de cinco años de instaladas las democracias populares, los dirigentes soviéticos decidieron formar un gobierno colegiado, poniendo fin al estricto control del estalinismo. Esta colegialidad quedó formada por los más cercanos del difunto líder, todos miembros del Presidium, los que se trenzaron en una lucha de poder por la sucesión. Georgi Malenkov, el secretario personal de Stalin, fue nombrado Primer Ministro y él designó a Vyacheslav Molotov como Ministro de Relaciones Exteriores. Al primero le disputaba el poder Laurenti Beria, quien había sido muy cercano al líder soviético porque era el jefe de la policía secreta. Finalmente, también fue incorporado Nikita Kruschov, que asumió como Secretario General del PCUS.

La formación de este gobierno conjunto no fue una decisión tomada por azar, sino que los herederos resolvieron esta fórmula después de comprender que la población requería de una liberalización tras las duras condiciones impuestas por el estalinismo. Palma considera que era indispensable introducir cambios para mantener “el curso del leninismo” y mejorar el prestigio del Partido¹⁰⁵. Sin embargo, no todos ellos estuvieron de acuerdo en impulsar transformaciones. De allí que, en las luchas por la sucesión se enfrentaran las tendencias estalinista y reformista.

Mientras Molotov era contrario a las reformas, Beria era partidario de ellas, tanto es así que al asumir el cargo puso en libertad a varios presos políticos de los campos de internamientos y prohibió las torturas en las cárceles. Pero, no logró imponer su posición porque los demás candidatos no creían en la veracidad de su proyecto transformador, ya que lo identificaban como el artífice y conductor de las purgas. Con la eliminación de Beria, que fue mandado a asesinar por los otros sucesores, en julio de 1953, Nikita Kruschov lograría predominar sobre todos los demás.

En la disputa acerca del continuismo y las reformas, el nuevo gobernante soviético decidió con pragmatismo sostener una posición intermedia. En vista que ya habían comenzado los disturbios y levantamientos contra el estalinismo, resolvería seguir con la

¹⁰⁵ Luis Palma Castillo, *La confrontación ideológica durante la Guerra Fría*, Editorial Ril, Santiago, Chile, 2003, p. 73.

línea reformista de Beria, pero sin introducir cambios al sistema. Como explica Mammarella, en el orden interno, continuaría con el desarrollo económico “en los carriles de la tradición”, pero aliviando las exigencias de la colectivización, y seguiría reforzando el aparato militar. En el orden externo, “sostenía la exigencia de desarrollar aún más la política de distensión con Occidente”¹⁰⁶. Con esta tendencia, Kruschov definiría la política soviética hasta 1964, cuando fue destituido del cargo por el resto del Presidium.

4.1. *Deshielo* post Stalin y las rebeliones de 1953 en Europa del Este

Desde 1953 a 1955 la dirigencia soviética inició una nueva fase en el desarrollo del socialismo, la que ella misma denominó *deshielo*. Este descongelamiento representaría una mayor tolerancia en el orden político y social, con el fin de superar el malestar popular. Con esta finalidad se introdujeron medidas que contribuirían a mejorar el nivel de vida de la población y aliviar la represión. En la práctica, se inició la producción de bienes de consumo, se otorgó una amnistía y se autorizó un mayor desarrollo de las actividades intelectuales, lo que dio pie a la aparición de una tenue crítica subyacente. Sin embargo, el *deshielo* no representó un cambio de sistema ni una verdadera liberalización, sólo significó “una apertura dentro del absolutismo y rigidez del régimen”¹⁰⁷. Al final de cuentas, la sociedad soviética sólo dejaría de ser un Estado policíaco.

La distensión se extendería a las relaciones exteriores con Occidente y con los países del bloque oriental. En opinión de Medina, a nivel internacional “no significaba la renuncia a la expansión mundial del proyecto socialista, sino que sólo la búsqueda de entendimiento con los adversarios frente a los antagonismos ideológicos y estratégicos...”¹⁰⁸. Respecto de las relaciones Este-Oeste se mantuvo la bipolaridad, pero Kruschov abandonaría la

¹⁰⁶ Mammarella, *op. cit.*, p. 162.

¹⁰⁷ Palma, *op. cit.*, p. 74.

¹⁰⁸ Cristián Medina, “Los sucesos de Polonia de 1956”, en Cristián Medina, Cristián Garay & Javier Castro, *Polonia, Hungría y Checoslovaquia: las grietas del telón de acero desde Chile*, (en preparación). Mis más sinceros agradecimientos a los autores de esta obra por haberle facilitado a mi profesor guía, Gonzalo Larios, el acceso a su trabajo aún sin publicar, el cual me fue de gran utilidad. Por ello, no pueden señalarse los datos editoriales ni la página a la que corresponden las citas.

confrontación y promovería el diálogo con los occidentales. En virtud de esta colaboración se resolvieron diversos conflictos bélicos suscitados en este período y se alcanzó acuerdos que solucionaron problemas pendientes. En lo referente a nuestro estudio resultan significativos el término de las zonas de control en Austria, en 1955, y el inicio de las negociaciones para poner fin al estado de guerra con Alemania. Fruto de este entendimiento fue el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre la URSS y Alemania Federal. En este mismo tenor de reconciliación, Khrushchov viajó a Yugoslavia para reunirse con Tito¹⁰⁹.

La distensión significó también un cambio en la política hacia los países del bloque oriental. En una reunión del Kominform, en julio de 1953, los líderes soviéticos recomendaron a los gobernantes de los países del Este que imitaran su ejemplo, optando por dirigencias colectivas, que otorgaran concesiones a la población y disminuyeran la represión. De esta forma, pretendían evitar la concentración del poder y suavizar las duras condiciones de vida en las democracias populares.

La situación de la zona oriental de Europa era crítica. Los problemas socioeconómicos de la posguerra se habían agravado con la imposición de regímenes políticos idénticos al soviético, totalmente ajenos a la historia de estos países, que los tenían totalmente asfixiados. No sólo la industrialización forzosa y la colectivización de la tierra habían producido hambre y privación de las necesidades básicas, sino también el Estado los había privado de libertad.

El descongelamiento más que contribuir a resolver esta realidad generaría, lo que Pérez Sánchez, denomina inestabilidad¹¹⁰. A pesar de la desesperanza que reinaba en el sentir de la sociedad, el profundo descontento social fue más fuerte, por eso ante el deshielo se iniciarían una serie de rebeliones en contra de este sistema totalitario. En los Estados del este de Europa se enfrentarían los deseos de libertad del pueblo con la burocracia del Partido comunista de la Unión Soviética y de cada país, que fueron incapaces de responder al deseo popular de un socialismo con un rostro más humano. El problema estuvo en que éstas aplicaban medidas de ablandamiento al mismo tiempo que imponían normas restrictivas para

¹⁰⁹ Los avances en la relación Este-Oeste en estos años puede consultarse en Palma, *op.cit.*, pp. 74-75 y en Medina, *op. cit.*

¹¹⁰ Guillermo Pérez Sánchez, "El totalitarismo soviético y los derechos humanos: una aproximación al caso de Europa del Este", *op. cit.*, p. 67.

alcanzar un mayor desarrollo económico. Esta situación aumentaría la tensión política-social, la que desembocaría en las rebeliones espontáneas del año 1953, que pondrían de manifiesto la frustración contenida en la población.

Las agitaciones comenzaron a comienzos de mayo de 1953 y se desarrollaron en Bulgaria, Checoslovaquia, Berlín oriental y Polonia. En nuestro análisis de ellas concluimos que hay ciertas semejanzas en su origen, motivación y término. En primer lugar, la razón inmediata que las suscitaron fueron las últimas medidas económicas estalinizadoras impuestas por los gobernantes. Por otro lado, los protagonistas fueron los obreros industriales, con lo cual quedaba en entredicho la identificación entre clase obrera y Partido. Por otra parte, al observar las demandas se puede concluir que el móvil inmediato apuntaba a poner marcha atrás a las nuevas disposiciones, pero en el fondo denunciaban las malas condiciones de vida y la falta de libertad. Por lo tanto, si bien los obreros y campesinos reclamaban mejoras en el orden social y económico, se presentarían las primeras reclamaciones políticas. La Unión Soviética, por último, puso término a las sublevaciones por la vía armada y el orden se restableció mediante la represión de los sublevados. Moscú demostró que la apertura sería limitada, que, en el marco de la bipolaridad, no aceptaría que se pusiera en riesgo la seguridad del bloque ni el desprestigio de las autoridades. De esta forma, los países del Este seguirían sujetos a las decisiones del Kremlin, no obstante, la evolución de los acontecimientos nos permite deducir que, desde el inicio de la distensión hasta 1989, se establecería una nueva relación con los países satelizados. Aunque el pueblo no participaba directamente en la gestión política, el Partido tendría que reconocer la presión popular y mitigar la presión.

Acerca de la primera convulsión tenemos pocos antecedentes, hemos sabido que tuvo lugar en Bulgaria y que fueron los obreros tabacaleros los que consiguieron que el gobierno les otorgara sus demandas a cambio de deponer la huelga. La manifestación de Checoslovaquia de fines de mayo y comienzos de junio, en cambio, tuvo mayor revuelo, ya que no fue sólo expresión del malestar por la situación económica sino también tuvo carácter político. La protesta partió en la fábrica Skoda, en Pilsen, en oposición a la decisión del gobierno de subir los precios de los productos de primera necesidad sin aumentar los salarios en forma equivalente, y también por el cambio de moneda, que perjudicaría el poder

adquisitivo. A la protesta se sumaron los estudiantes y obreros de otras fábricas, que atacaron la sede del gobierno, liberaron presos y quemaron banderas y símbolos soviéticos. Los manifestantes avanzaron en sus reclamaciones, exigiendo democracia y el término del régimen comunista. Las protestas y las huelgas se extendieron por todo el país. En una batalla desigual, los participantes fueron duramente reprimidos por la policía y por soldados con sus tanques. Al igual que en las restantes sublevaciones populares, el gobierno aplicó una doble actitud: reprimir a los sublevados y otorgar concesiones. De esta forma, la distensión entregaría al pueblo una capacidad de cuestionamiento que limitó el poder omnímodo de los gobernantes.

La sublevación de Berlín oriental comenzó el 12 de junio en oposición a las medidas fijadas por el jefe del gobierno. Desatendiendo las indicaciones soviéticas, Walter Ulbricht aumentó las exigencias laborales -jornada y rendimientos- para lograr los objetivos del plan quinquenal. Los desórdenes se iniciaron con una manifestación de los obreros del transporte en la capital y en pocos días se extendería a todos los grupos sociales y a todo el país. La revuelta fue reprimida violentamente por las tropas de ocupación soviética y el gobierno decretó ley marcial. Ante las exigencias del pueblo, Ulbricht tuvo que levantar las normas laborales que habían generado el conflicto. La rebelión de Berlín obligaría a las autoridades soviéticas a la “adopción de una política económica más atenta a las necesidades y a las expectativas de la población, no sólo en la República Democrática Alemana sino también en los otros países del bloque comunista”¹¹¹.

La última de las sublevaciones tuvo lugar en Polonia en el mismo mes de junio en la ciudad industrial de Poznan. Esta protesta obrera no tuvo las mismas características de agitación que la de Berlín. Sin embargo, el deshielo causó división en el Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), que en marzo de 1954 tuvo que distanciar al ala estalinista, presidida por Boleslaw Bierut, y darle más cabida en el gobierno a los partidarios de las reformas. En agosto de ese mismo año el nuevo gobierno liberó a varios presos políticos, entre ellos Wladislaw Gomulka, ex secretario general del Partido, que había sido purgado en 1951. Con su presencia la línea reformista del partido tomaría más fuerza y la contestación social ganaría cuerpo.

¹¹¹ Mammarella, *op. cit.*, p. 165.

“Aunque ninguna de estas revueltas supuso una grave amenaza para la Unión Soviética, las autoridades de Moscú se tomaron muy en serio el grado de descontento público”¹¹².

4.2. Khrushchov y la Desestalinización

La renovación del socialismo tuvo su mayor impulso en el XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956. En esta reunión Nikita Khrushchov apuntó a dos elementos fundamentales de su proyecto político, a saber, la ruptura con el estalinismo y el nuevo camino hacia el socialismo.

En su famoso Informe Secreto del 25 de febrero denunció abiertamente el sistema represivo de Stalin y su “culto a la personalidad”¹¹³. Aunque reconoció el aporte del antiguo líder en la construcción del socialismo, lo criticó por la brutalidad con la que había reprimido a sus oponentes, incluso a cercanos colaboradores del Partido, además de haber purgado a muchos inocentes.

Tanto Judt como Martín de la Guardia y Pérez Sánchez sostienen que se le ha dado una importancia excesiva y una interpretación equivocada a este discurso. La intención del nuevo dirigente soviético no era otra que responsabilizar a Stalin por sus actos, por sus prácticas represivas, y criticarlo por la concentración de poder, es decir, por su personalismo. Como sostienen los autores españoles, no hubo un objetivo democratizador en los dichos de Khrushchov, al contrario, sólo “Se criticaban algunas *formas* del estalinismo, así como algunas actitudes del líder, pero no la validez del sistema –totalitario- como tal”¹¹⁴. En este mismo sentido, Medina señala que Khrushchov no abandonaba sus convicciones marxistas-leninistas

¹¹² Judt, *op. cit.*, p. 455.

¹¹³ Khrushchov leyó el Informe *Acerca del culto de la personalidad* y sus consecuencias en la XX sesión del Congreso del PCUS del 25 de febrero de 1956. Ha recibido el nombre de Informe secreto, porque fue pronunciado en una reunión cerrada, es decir, con la sola asistencia de sus miembros, sin participación de externos, y por el hecho que no fue dada a conocer públicamente hasta el 18 de marzo de ese año. Sin embargo, el texto fue rápidamente difundido al ser recibido en Washington. La Unión Soviética lo publicó recién en 1988.

¹¹⁴ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y la Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX”, *op. cit.*, p. 26.

al objetar las prácticas totalitarias de Stalin, y no ponía en tela de juicio el sistema comunista¹¹⁵. Compartiendo este mismo punto de vista, Judt postula que la ruptura con Stalin y el estalinismo le permitirían “reafirmar la legitimidad del proyecto comunista”¹¹⁶.

Por lo tanto, junto con los autores mencionados coincidimos en que, con la desestalinización no hubo un cambio radical en el sistema. Por el contrario, las medidas tomadas para mitigar el descontento no pretendían una liberalización real. Probablemente, según Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, como el cambio más evidente fue la mitigación de la represión se ha interpretado que con la desestalinización el sistema soviético habría dejado de lado su carácter totalizador. Pero, el hecho que se abandonara, lo que Feher, Heller y Márkus denominan el “totalitarismo terrorista”, no significa que el régimen dejara de ser totalitario¹¹⁷. El Partido-Estado seguiría estando impregnado por la ideología y continuaba absorbiendo a la sociedad y utilizando la represión, aunque no fuera en forma permanente. De hecho, así lo demostró con el uso de la fuerza para poner término a los levantamientos populares, especialmente la Revolución de octubre en Hungría.

El segundo aspecto que abordó Kruschov en el Discurso fue la creación de un nuevo camino para el socialismo, que consistiría en su expansión mediante el entendimiento. De esta forma, abandonaba el inevitable enfrentamiento entre capitalismo y socialismo para dar paso a lo que se denominaría *coexistencia pacífica*. Esta nueva estrategia no representó una renuncia al socialismo, sino una nueva forma para alcanzar su triunfo mundial. Una demostración concreta de esta nueva línea fue la disolución del Kominform en abril de ese mismo año, lo que resultaba natural porque este organismo de control se había creado para hacer frente a la confrontación.

El Informe dio inicio al proceso de *desestalinización*, que tuvo por objetivo aliviar la tensión del estalinismo. Khruschov emprendió reformas socioeconómicas, políticas y de relaciones exteriores para concretar el nuevo rumbo. Durante su gobierno la Unión Soviética alcanzaría un alto desarrollo económico, mejoraría las condiciones de vida de la población y

¹¹⁵ Medina, C., *op. cit.*

¹¹⁶ Judt, *op. cit.*, p. 456.

¹¹⁷ Estos autores son señalados, sin datos bibliográficos, por Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y la Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX”, *op. cit.*, p. 27.

se respiraría un clima de mayor libertad. En este sentido, Judt considera que el Discurso logró su propósito ya que el PCUS se alejaría del estalinismo y la población sentiría un alivio¹¹⁸.

Ante el deterioro de la situación económica hacia 1963 y la oposición generada dentro del Partido por las medidas implementadas por Kruschov, el ala estalinista del Partido decidió deponerlo al año siguiente. Con su alejamiento, el poder continuaría concentrado en el aparato estatal, porque la nomenklatura no aceptaba perder sus privilegios y ampliar la participación a las bases regionales y locales del PCUS. De esta forma, la tensión interna dentro del Partido, entre continuistas y reformistas, se mantendría y pondría límites a la desestalinización. Aunque ésta sea una razón válida para explicar el fracaso del proceso de reformas, la pregunta de fondo que cabe hacerse es si las autoridades soviéticas realmente querían este cambio. Por otro lado, también surge la interrogante de si el sistema era reformable. En los acápites siguientes quedará más claro que ninguna de estas dos opciones era posibles, ya que los dirigentes soviéticos demostrarían que, con la represión a los intentos reformadores en las democracias populares, rehusaban perder el control sobre ellas. Por otra parte, el colapso del sistema en 1989 dejaría patente que, aunque se habían introducido algunos cambios, el socialismo real por su estructura interna se niega a ser modificado, sólo puede existir como totalitarismo.

4.3. Desestalinización en Europa del Este. Protestas sociales y Revisionismo

La ruptura con el estalinismo y la vía pacífica al socialismo planteada en el XX Congreso dejaría abiertas las puertas a la desestalinización en Europa del Este. La puesta en tela de juicio a los gobernantes y la búsqueda de un socialismo nacional desestabilizó a los países satelizados más allá de lo que se buscaba.

Originalmente, el plan de Khrushov incluía reformas socioeconómicas y políticas que debían llevar a una mayor descentralización tanto en la URSS como en los demás países del bloque. Dentro de éstas había dos aspectos principales. El primero consistía en dar más

¹¹⁸ Judt, *op. cit.*, p. 456.

independencia a las decisiones en la producción industrial y agraria, otorgando mayores atribuciones a los órganos regionales en desmedro de la burocracia del partido. En segundo lugar, pretendía aumentar el poder de las células regionales del Partido, disminuyendo las prerrogativas de la burocracia central.

Así se quería reorientar la industria y agricultura para que beneficiase más a la población civil, sin apartarse del proceso de industrialización. Los medios para ello serían el aumento de la producción de bienes de consumo, la disminución de la jornada laboral, el incremento de los salarios y la construcción de viviendas.

A medida que este proceso se desarrollaba, en diversos países comenzarían procesos sociopolíticos más amplios que los lineamientos de Moscú, produciendo una desestabilización que acabaría influyendo en la misma URSS. Los autores españoles consideran que desde el Informe de Khrushchov hasta la primavera de Praga en 1968 se arrastraría “a todo el sistema del socialismo real a una permanente crisis de identidad que se puso de manifiesto en la alternativa revisionista y en las protestas sociales generadas como respuesta a la opresión estalinista y a la limitada apertura política patrocinada por Moscú”¹¹⁹.

Los mayores cuestionamientos al régimen se presentaron en Polonia y Hungría, en 1956, y en Checoslovaquia en 1968. Bogdan sostiene que no es extraño que los polacos y los húngaros ofrecieran la mayor reacción contra el sistema, porque eran países con tradición occidental y católica y contaban con una superior conciencia nacional¹²⁰. De éstos, “La revolución húngara fue la más radical disidencia que se dio en el bloque del Este frente a la Unión Soviética hasta la década de 1980 en que el sistema se hizo insostenible y se pondría fin al socialismo real”¹²¹.

¹¹⁹ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y la Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX, *op. cit.*, p. 836.

¹²⁰ Bogdan, *op. cit.*, p. 304.

¹²¹ Ferrero Blanco, “La crisis del socialismo real”, *op. cit.*, p. 71.

4.4. Revisionismo en Hungría: Imre Nagy

El revisionismo tuvo su mayor expresión en Hungría en el gobierno de Imre Nagy. El sistema estalinista fue puesto en tela de juicio y el intento de reforma, iniciado por el líder comunista húngaro, sobrepasaría las pretensiones de cambios de las autoridades soviéticas.

El reformismo húngaro tuvo sus inicios con la política de distensión tras la muerte de Stalin. La nefasta conducta estalinista de Rákosi, secretario del POH y Primer Ministro de Hungría, estuvo a punto de causar un estallido social a comienzos de 1953. Los efectos de la industrialización, de la colectivización, de la estatización de las minas, de la inflación creciente y la intervención del Estado en todos los espacios de la vida habían generado un profundo malestar en la población. Al igual que en los restantes países soviéticos, las protestas obreras también fueron sofocadas por las armas. Junto a las rebeliones en las fábricas, los campesinos también protestaron por las excesivas incautaciones de productos. Era esperable que entre los magiares el descontento fuera más fuerte en este sector, ya que el país había sido tradicionalmente agrícola y la colectivización generaba un profundo rechazo.

A pesar de las indicaciones de apertura del Kremlin, de la oposición de los dirigentes reformistas del partido y de la candente situación, Rákosi impuso un nuevo plan económico basado en la industria pesada. Previendo que con esta medida podría producirse una sublevación semejante a la de junio en Berlín, Khrushchov decidió convocar a Moscú a una delegación del POH ese mismo mes. Después de una dura crítica al gobierno de Rákosi, el líder soviético lo depuso en el cargo y, fiel a los nuevos aires, designaba un gobierno colegiado para Hungría. En éste estarían representadas las dos tendencias políticas, Imre Nagy fue elegido Presidente del gobierno en representación del ala reformista, y János Kádár velaría por los intereses de la línea ortodoxa como Secretario del partido. El nombramiento de Nagy fue una evidente señal de la tendencia moscovita a revisar las prácticas de gobierno, la misma que se aplicaba en Polonia con la rehabilitación de Wladyslaw Gomulka. Los delegados volvieron a Hungría con claras instrucciones acerca de las reformas que deberían introducir en el país. El programa contemplaba poner fin a la industrialización forzosa y a las nuevas cooperativas agrícolas, mejorar el nivel de vida de la población y suspender el terror en ella.

Las condiciones personales de Nagy, según Martín de la Guardia, Pérez Sánchez y Szilágyi, indujeron a los dirigentes soviéticos a fijarse en él para salir de esta crisis. “Imre Nagy, un comunista intachable pero al mismo tiempo de talante abierto y claramente comprometido con las reformas dentro del sistema del socialismo real”¹²². Era conocido por su posición moderada, ya que desde el gobierno de coalición, como Ministro de Agricultura, se había opuesto a la colectivización privilegiando la reforma agraria, motivo por el cual fue expulsado del partido en 1948. Al ser rehabilitado, dos años después, mantendría esta misma posición equilibrada, la que le llevaría a continuos enfrentamientos con Rákosi. El propio Nagy recuerda que su contrincante lo criticaba por *desviaciones derechistas*, mientras él lo acusaba de *desmesuradas concepciones izquierdistas*, a raíz de sus medidas represivas¹²³.

Nagy asumió su primer gobierno el 4 de julio de 1953, el que se extendió hasta el 18 de abril de 1955, él lo denominó el comienzo de “una nueva etapa en la construcción del socialismo”, como señalan Békés & Rainer, del Instituto del '56¹²⁴. En conformidad a las indicaciones soviéticas pondría en práctica un programa de reformas económico-sociales y político-jurídicas, previamente aprobado por el Comité del POH. En el orden económico, puso término al Plan inaugurado por Rákosi con el objeto de agilizar el desarrollo y mejorar el bienestar de la población. Con este propósito, eliminó las inversiones en la industria pesada, incentivando la ligera, al mismo tiempo que fomentaba el desarrollo agrícola, poniendo fin a las colectivizaciones, llegando incluso a autorizar a los campesinos a liberarse de las cooperativas. Más aún, dio impulso al desarrollo de la actividad privada. Por otra parte, abría nuevamente las relaciones comerciales con Occidente.

Las transformaciones políticas tenderían a evitar la concentración del poder y los abusos de autoridad, por ello reorganizó el partido y estableció un secretariado colegiado. Le otorgó mayor peso al Parlamento y propuso que el gobierno se hiciera responsable de su gestión. Simultáneamente, puso fin al estado policíaco decretando una amnistía, cerrando los centros de internamiento y revisando los juicios por delitos políticos injustos. De esta forma,

¹²² Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 40-41.

¹²³ Imre Nagy, *Contradicciones del comunismo*, traducción Viola Soto, 2° edición, Ed. Losada, Buenos Aires, 1958, p. 41 y ss.

¹²⁴ Békés, & Rainer, *op. cit.*

la policía política perdía parte de sus atribuciones y era sometida a control. Con todas estas medidas “despertó esperanzas en la sociedad húngara”¹²⁵.

Este socialismo más flexible se mantenía aún dentro de los cauces de reformismo soviético; sin embargo, Nagy avanzó más lejos en sus intentos de reformar el sistema. La transformación política más novedosa y arriesgada fue la renovación del Frente Popular en mayo de 1954. “Imre Nagy trató de hacer del Frente Popular... una institución política viva y una organización de grupos que, aunque ajenos al partido, apoyaran los objetivos para la nueva etapa”¹²⁶. A pesar de esto, los autores de *La Batalla de Budapest* señalan que Nagy, en el discurso que pronunció en el Congreso para la renovación del Frente Popular, aclaró que no pretendía “violentar la legalidad vigente”¹²⁷. En su intento de democratizar el partido y de formar un gobierno de coalición presidido por los comunistas se enfrentó decididamente con las autoridades soviéticas y con el grupo estalinista del POH. Los autores citados consideran que su intención de restaurar el pluripartidismo era impensable, “...un cambio de esa envergadura supondría el retorno a la Hungría posterior a la Segunda Guerra Mundial, antes de la soviétización del sistema político y económico”¹²⁸. En el marco de la Guerra Fría, por otra parte, a pesar de la distensión, la Unión Soviética no iba a arriesgar su dominio sobre su zona de influencia.

El conflicto entre reformistas y rakesistas-estalinistas se agudizaría en los años 1954 y 1955. La tensión derivaría en una crisis en torno a las discusiones acerca de las reformas políticas y el nuevo Plan Quinquenal. “Los estalinistas húngaros, Rákosi y su grupo, no eran capaces ni de llevar a cabo un cambio, ni tenían fuerzas para lanzar un verdadero ataque”¹²⁹. La solución más viable era quitarle el apoyo a Nagy, que fue acusado por la Unión Soviética de desviacionismo derechista, a instancias de Rákosi, y destituido del cargo en abril de 1955. Al mes siguiente, además, fue expulsado del Politburó y obligado a dejar todas sus actividades públicas. En una demostración de apertura no fue represaliado como en los tiempos del estricto estalinismo.

¹²⁵ Rainer M., *op. cit.*, p. 2.

¹²⁶ Békés & Rainer, *op.cit.*

¹²⁷ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op.cit.*, p. 44.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 47.

¹²⁹ Rainer, *op. cit.*, p. 3.

La destitución de Nagy y el fin del revisionismo tuvo relación con la situación internacional, es decir, con el ya mencionado ingreso de Alemania Federal a la OTAN, el 6 de mayo de 1955, que podría significar el peligro de rearme alemán, y, por otro lado, que Austria estuviera a punto de transformarse en Estado independiente y neutral con la firma del Tratado de paz, lo que debilitaba la influencia de Moscú. Ante ambos factores el Kremlin decidió consolidar su bloque con la creación del Pacto de Varsovia el 15 de mayo.

5. La Revolución húngara de 1956

La salida de Nagy fue una marcha atrás en las reformas, ya que al asumir nuevamente Mátyás Rákosi (18 de abril de 1955 al 13 de julio de 1956) se rigidizó el sistema, llevando la tensión social a un punto de inflexión.

5.1. Crisis política previa a la rebelión

Con la llegada de Rákosi nuevamente al poder se agudizaría la crisis húngara, que se encontraba en un serio momento de efervescencia social. El propio Partido sería incapaz de resolverla porque atravesaba por una grave división, mientras los rakisistas querían mantener el estalinismo, los partidarios de Nagy, según Judt, se habían transformado en una corriente de oposición “reformista”¹³⁰. En medio de esta delicada situación, el Primer Ministro Rákosi no logró comprender los nuevos tiempos, la política reformadora de Moscú ni los vientos de libertad del pueblo húngaro.

Por su parte, el espíritu reformista se acrecentaba entre los intelectuales, los profesores universitarios, los periodistas y algunos funcionarios, los que aprovechaban la prensa para censurar al gobierno. Entre todos ellos, los escritores y los estudiantes fueron los que conducirían la vanguardia del proceso contestatario, especialmente a través de los círculos de debate. En pocos días la marea democrática se extendería a muchos grupos sociales.

El estallido de una protesta en Poznan, Polonia, en junio¹³¹, tuvo una fuerte repercusión en Hungría. Para evitar que los acontecimientos polacos se repitieran entre los

¹³⁰ Judt, *op. cit.*, p. 460.

¹³¹ El 28 de junio de 1956, los obreros de Poznan decretaron una huelga general y salieron a la calle a manifestarse pacíficamente contra las medidas económicas del gobierno. La manifestación adquirió un carácter multitudinario, ya que se sumaron obreros de diferentes puntos de la ciudad y gran parte de la población. El lema de “pan y trabajo” fue sustituido por demandas políticas, en las que se reclamaba libertad y democracia, con abierto rechazo al comunismo y destacándose los valores nacionales. Fue reprimida violentamente por los soldados y tanques polacos, que se enfrentaron a los manifestantes armados precariamente. Como saldo de la represión hubo casi un centenar de muertos y cientos de heridos.

húngaros, Rákosi prohibió las reuniones del Círculo Petöfi y, aún más, presionó al Comité Central para que expulsara del Partido a varios de sus miembros¹³². El gobernante estaba preocupado, porque este grupo estaba formado por intelectuales que promovían el debate de ideas, con lo que habían trasladado el canal de expresión política desde el Partido, único órgano reconocido oficialmente, hacia la opinión pública. A juicio de los autores de la *Batalla de Budapest*, el Círculo Petöfi se había transformado en un nuevo centro político que desafiaba a la dirección del POH con sus exigencias de cambios al sistema¹³³.

Esta desacertada medida agudizó la tensión y provocó inquietud en el PCUS. Conscientes del descontento que reinaba en el país magiar, dos altos dirigentes soviéticos, Anastás Mikoyan y Mijaíl Suslov, volaron a Budapest, lo que terminaría en la renuncia de Rákosi el 19 de julio de 1956.

Con el alejamiento del odiado Rákosi, Moscú pretendía aliviar la insatisfacción social eligiendo a Ernö Gerö en su reemplazo, como Secretario General del Partido, y a János Kádár, conocido por su socialismo más moderado. Con el nombramiento de Gerö, Rainer considera que la Unión Soviética demostraba que le interesaba más la estabilidad que la desestalinización¹³⁴. Pero si buscaba recuperar el equilibrio, según Judt, “La elección resultó un error, dado que Gerö no podía promover el cambio ni tampoco evitarlo”¹³⁵. Por su afinidad con su antecesor era reacio a las innovaciones y, por ende, fue incapaz de conciliar las posiciones aliviando la hostilidad.

El nuevo gobierno anunció su programa incorporando concesiones, tales como la rehabilitación de las víctimas de las purgas rakesistas, la reincorporación de Nagy al POH y la mejora de las relaciones con Yugoslavia. Estas nuevas medidas causaron discordia al

¹³² Según los autores de *La Batalla de Budapest* el Círculo Petöfi se formó en 1954 como un club de debate y análisis de temas científicos, literarios, artísticos e históricos. A los dos años incorporaba la situación política nacional como área de reflexión. Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 82. Sus miembros se inspiraban en Sándor Petöfi (1823-1849), uno de los poetas y escritores húngaros más ilustres del siglo XIX, que se identificó con la causa revolucionaria de 1848 en favor de las libertades, oponiéndose a los derechos de la monarquía y la nobleza. En Hungría es reconocido no sólo como poeta sino también como héroe, ya que murió en la Guerra de la Independencia de 1848. Autor del Himno Nacional que se recitó al inicio de la rebelión de octubre.

¹³³ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 61.

¹³⁴ János Rainer, *Imre Nagy: the leader and martyr*, Bulletins on 1956 N° 1, Atlantic Research and Publication Public Foundation, Budapest, 2006, p. 27.

¹³⁵ Judt, *op. cit.*, p. 461.

interior del Partido y fueron rechazadas por la oposición. Kádár fracasó en su negociación con los rakosistas dentro del POH y tampoco logró acuerdos con los intelectuales, escritores, estudiantes y periodistas, que estaban a la cabeza de las demandas. Al mismo tiempo y sin mayor visión política, las autoridades habían reprimido duramente las protestas de los trabajadores industriales en Csepel. De esta forma, se agotarían los recursos para solucionar la situación existente. A esas alturas resultaba muy difícil frenar el “movimiento democrático de masas, con reivindicaciones que iban más allá del programa de la oposición partidista”¹³⁶. En el otoño los debates y el descontento se generalizaban por varias ciudades del país y el pueblo, en ese entonces, se transformaba en una masa incontrolable.

La dirección del Partido dio cumplimiento a sus promesas intentando atenuar la crisis. El día 6 se realizó, conforme a las instrucciones de Khrushchov, la rehabilitación póstuma de László Rajk, ex Ministro del Interior, perseguido en las purgas rakosistas. El funeral masivo se transformaría en una manifestación multitudinaria de oposición al gobierno, a tal punto que muchos obreros asistieron aún sin tener el día libre. Durante la ceremonia se reforzó este clima con los discursos que destacaban que había sido injustamente condenado a muerte, criticándose la ilegalidad y arbitrariedad del gobierno de Rákosi. En un acto simbólico Imre Nagy, también perseguido por este gobernante, abrazó públicamente a la viuda de Rajk haciendo causa común con los opositores. Brachfeld y Judt coinciden en que el nuevo entierro de Rajk fue la chispa que encendería el estallido de la revolución húngara¹³⁷.

Mientras la efervescencia popular en Hungría se incrementaba después del funeral, en Polonia también cundía la agitación, que estimulaba a los magiares hasta el punto que “el espejo en que se miraban los húngaros no era otro que Polonia”¹³⁸. El hecho que estos dos procesos se vivieran paralelamente influyó en la reacción de ambos pueblos y, a su vez, en la manera en que la URSS encaraba cada uno de ellos. Después del junio polaco, el descontento se agudizó, en la peregrinación al santuario de la Virgen de Czestochowa en agosto, según Medina, a la insatisfacción obrera se sumó la oposición intelectual, las protestas universitarias y la disidencia católica¹³⁹. A pesar de las fuertes represalias los

¹³⁶ Csaba Békés & János Rainer, *La revolución húngara de 1956*, Embajada de Hungría, 2006, [en línea]: <http://www.embajada-hungria.org/spanol/historia/historia56.htm>

¹³⁷ Brachfeld, *op. cit.*, p. 444, y Judt, *op. cit.*, p. 462.

¹³⁸ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 94.

¹³⁹ Medina, *op. cit.*

opositores, especialmente los obreros y estudiantes, continuaron criticando el régimen y organizando reuniones en las fábricas y universidades manteniendo la inquietud social. Todos demandaban la renovación de las autoridades, con la exclusión de los representantes del estalinismo. Para calmar los ánimos, el 12 de octubre se decidió en Moscú reincorporar al Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) al líder comunista reformista Wladyslaw Gomulka. Su programa de reformas excedía el marco de concesiones del Kremlin, pero este mismo autor considera que fue aceptado por dos razones, en primer lugar, para evitar una intervención armada que terminaría en un baño de sangre y, por otro lado, para evitar la propagación de la rebeldía en los otros países satelizados¹⁴⁰.

En Hungría, por su parte, ese mismo día se readmitió a Nagy en el Partido cumpliéndose otro de los compromisos del gobierno. El pueblo puso sus esperanzas en él. Sin embargo, su presencia no contribuyó a superar las irreconciliables diferencias entre reformistas y estalinistas. Estas disputas impedían fijar una única línea de conducción, que permitiera llegar a acuerdos con los beligerantes. Las discrepancias generaron tal vacío de poder que, según Martín de la Guardia, Pérez Sánchez y Szilágyi, la situación desembocó en un “callejón sin salida” que terminó en la brutal rebelión de octubre¹⁴¹. La incapacidad de los dirigentes de buscar una vía socialista húngara no permitía superar, lo que estos autores denominan, la crisis de identidad generada por la desestalinización.

En los últimos acontecimientos antes de la rebelión los estudiantes tomaron la delantera. El 16 de octubre formaron en Szeged una Asociación o Liga de Estudiantes Universitarios (MEFESZ), independiente de la única organización oficial aceptada hasta entonces por el POH, exigiendo que las agrupaciones estudiantiles fueran despolitizadas. Convocaron a la creación de un Consejo revolucionario de estudiantes, cuyo objetivo era la lucha por la libertad y la independencia igual que en 1848. “Ello fue el presagio de la revolución... Se produjo una fisura en el sistema institucional político monolítico, y la erosión prosiguió de forma incontenible en los días siguientes”¹⁴².

¹⁴⁰ *Ibidem*

¹⁴¹ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 67.

¹⁴² Békés & Rainer, *op. cit.*

Los acontecimientos de Polonia envalentonaban a los estudiantes, que avanzaban en sus exigencias y convocaban a todos los planteles estudiantiles superiores. En el país vecino, entre el 19 y el 20 del mes, en una ronda de conversaciones con una delegación moscovita, presidida por Kruschov, en Varsovia, Gomulka conseguía que ésta se retractara de aplacar la sublevación polaca por las armas, haciendo uso de los tanques soviéticos apostados en las afueras de la capital, ya que el líder polaco se comprometía a mantenerse fiel a Moscú manteniendo el sistema socialista y la pertenencia de Polonia al Pacto de Varsovia. La máxima autoridad del Kremlin daba por finalizadas las negociaciones con el nombramiento de Gomulka como Primer Ministro y la aceptación de una vía nacional hacia el socialismo. Con estas concesiones, conocidas con el nombre de “Octubre polaco”, se solucionaba el conflicto en forma pacífica y pactada.

A los pocos días después, el 22, los estudiantes húngaros de la Universidad Politécnica presentaron a las autoridades el primer manifiesto con exigencias, que fue la plataforma del programa de la revuelta. En sus 16 Puntos ponían en tela de juicio el sistema socialista, ya que incluían cambios en varios ámbitos de la economía: en la industria –revisión de las normas de producción en las fábricas, mejora de los salarios de los obreros y derecho a huelga-, en la agricultura -revisión de la entrega de productos-, y en comercio exterior –publicación de los datos reales sobre los recursos de uranio, su comercialización y poner fin a los precios fijados por Moscú-. En cuanto a la política interna exigían el retiro de las tropas soviéticas del país, el retorno de Imre Nagy al poder, elecciones libres e igualitarias, con participación de varios partidos, que se procesara a Rákosi y sus colaboradores por los crímenes cometidos en las purgas y la restitución de los símbolos patrios –escudo de Kossuth- y de los feriados nacionales -15 de marzo-. Además, libertad de opinión, palabra y prensa. En relaciones exteriores demandaban la revisión de los tratados húngaro-soviéticos, para redefinir los vínculos entre ambos, así también restablecer los lazos de amistad con Yugoslavia. Finalmente, declararon su solidaridad al movimiento de independencia polaco que se desarrollaba en esos mismos días y convocaron a una manifestación en apoyo de sus

vecinos para el día siguiente y a un parlamento juvenil para el 27 del mes¹⁴³. Estas demandas preparaban la revolución con su espíritu democrático y nacionalista.

Entretanto, una delegación húngara, presidida por Ernő Gerő, se encontraba en Belgrado con el objeto de mejorar las relaciones diplomáticas con Yugoslavia. Tras la firma de un protocolo de cooperación económica entre ambos países, regresó a Budapest justo el mismo día en el que comenzaba la sublevación magiar.

5.2. Desarrollo de la rebelión

En medio de un ambiente de efervescencia, el 23 de octubre se avizoraba como una jornada de agitación. La Alianza de Escritores, por una parte, había resuelto apoyar a sus vecinos de Polonia en su lucha por la libertad, invitando a sus miembros a reunirse ese día ante el monumento del general polaco József Bem, que había batallado con los húngaros en la Guerra de la Independencia en 1848 contra la monarquía austríaca¹⁴⁴. Por otro lado, los estudiantes de la Universidad Politécnica convocaban a sus pares y a los habitantes de la capital a una marcha para presentar sus demandas. El día anterior, al finalizar una acalorada asamblea en la que se terminó coreando ¡rusos a casa!, salieron a las calles a repartir panfletos con los 16 Puntos motivando al pueblo a participar¹⁴⁵.

¹⁴³ Los 16 Puntos pueden leerse con detalle en *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 214.

¹⁴⁴ En la Guerra de la Independencia de 1848-49 los magiares lucharon por independizarse del poderío de la monarquía austríaca y la formación de un Estado nacional, con un gobierno responsable ante el Parlamento. La rebelión fue encabezada por jóvenes intelectuales, escritores y poetas, entre los que se destacó Sándor Petöfi (1823-1849), que se convertiría en héroe de la guerra, ya que murió en los enfrentamientos bélicos. Los intelectuales redactaron una declaración llamada los Doce Puntos, proclamados el 15 de marzo de dicho año, cuya fecha se transformaría en fiesta nacional por su emblemático carácter. Tras varias victorias contra el ejército imperial, los insurrectos declararon el destronamiento de los Habsburgo (14 abril 1849) y formaron el primer gobierno autónomo de Hungría, dirigido por Lajos Kossuth, quien se convertiría en referente revolucionario en el país. La revolución fue derrotada por el emperador austríaco Francisco José I con el apoyo de las tropas del zar ruso, Nicolás I. Tras la derrota, el emperador estableció un régimen autoritario, que partió por castigar a los insurrectos, abolir los progresos revolucionarios, excepto los logros sociales, y reforzar en Hungría el sistema administrativo, económico, legislativo y educacional austríaco.

¹⁴⁵ Este testimonio se puede ver en la película *Children of Glory*, título original *Szabadság Szerelem*, dirigida por Krisztina Goda, Hungría, Estados Unidos, 2006, versión española. En la cinta de origen húngaro se presenta una correlación entre los acontecimientos de la rebelión y la realización de los Juegos Olímpicos de waterpolo,

El gobierno de Gerö, previendo que la situación podría salirse de control, anunció por radio en la mañana que prohibía su realización, pero los estudiantes desatendieron la orden. Alrededor de las dos de la tarde, ante la indiscutible participación popular -medio millón de personas llenaban las calles y plazas- las autoridades húngaras cedieron y la autorizaron.

Desde que los universitarios partieron de la Universidad Politécnica recibieron la adhesión de obreros y transeúntes, incluso de soldados, policías y cadetes de las academias militares, lo que le otorgaba a la manifestación un carácter masivo y de disidencia generalizada. Desde sus inicios se pondría en evidencia los ideales y sentimientos que sustentaban los manifestantes. La protesta estaba marcada por el deseo de autonomía y el rechazo a lo soviético. En Radio Budapest se informaba que caminaban pacíficamente en medio de cantos que evocaban la libertad, como las marchas de guerra de 1848¹⁴⁶ y “La Marsellesa”. Al mismo tiempo, llevaban carteles con el lema de ¡rusos a casa!, y los más osados lo clamaban a viva voz contagiando a los demás. Con gran entusiasmo agitaban la bandera nacional con el escudo soviético recortado. La bandera perforada se convirtió en el emblema de la rebelión. Los soldados los apoyaron sacando la estrella roja comunista de sus gorras.

Simultáneamente, los escritores e intelectuales se reunían frente a la estatua del poeta Sándor Petöfi, donde se recitó el Poema Nacional de su autoría -“Talpra Magyar”-, con el que se recordó el llamado de 1848 a poner fin a las amarras de la esclavitud y a luchar por la libertad. Tanto, en este monumento como en el del general Bem, escritores y estudiantes leyeron sus demandas coincidiendo en que se requería de una reorganización del Partido y del gobierno, con la participación de las diferentes fuerzas sociales. A pesar de las coincidencias, eran más temerarias las exigencias de los universitarios que la de los intelectuales.

Avanzada la tarde, aunque era hora de disolverse, la muchedumbre, que comprendía cientos de miles de personas, se encaminaba desde los más diversos puntos de la ciudad hacia

en la que el equipo nacional compitió con el soviético en Melbourne, cuyo final sangriento coincidió con la represión del levantamiento por la Unión Soviética, [en línea]: <http://www.youtube.com/watch?v=3h-smYweqec>

¹⁴⁶ Declaraciones de D. Scarlett citadas en Juan Carlos Pereira & Pedro Martínez, *Documentos básicos sobre historia de las relaciones internacionales (1815-1991)*, Ed. Complutense, Madrid, 1995, p. 504.

el edificio del Parlamento con el objeto de escuchar a Nagy. Vladimir Kazimirov, Agregado de la Embajada de la URSS en Hungría, recuerda que “las pasiones estaban hirviendo”. En la plaza Kossuth, donde se encuentra el edificio de la Asamblea, la gente pedía a gritos: ¡Nagy al gobierno, Rákosi, al Danubio!¹⁴⁷ Esta petición reflejaba el odio que el pueblo sentía hacia el sistema opresivo impuesto por el ex gobernante y el deseo de erradicar el estalinismo. La población voceaba las consignas y reclamaba la realización de las reivindicaciones.

En medio de la crisis, Nagy era el único personaje que suscitaba confianza en el pueblo, por lo que el POH le solicitó su intervención para calmar los ánimos. La misma noche del 23 pronunció un discurso frente al Parlamento, el que no fue muy bien recibido por la multitud. Al saludarlos con el nombre de “camaradas” fue ampliamente abucheado y, luego, el mismo gesto se repitió cuando les señaló que valoraba el movimiento pero llamaba a poner fin a la manifestación, para continuar las reformas de 1953 en un espíritu de mayor diálogo. Según Martos, su discurso, ambiguo y pacificador, desilusionó a la mayoría de los húngaros¹⁴⁸. El líder reformista estaba a favor de la negociación y de mantener el orden constitucional, al igual que las autoridades soviéticas. Sin embargo, “La gente de Budapest... no se contentaba con la promesa insegura de cambios graduales dentro del partido”¹⁴⁹.

El Secretario General del POH, Erno Gerö, por su parte, consideraba que se estaba gestando un movimiento de contrarrevolución, por ello, él también se dirigió al pueblo, a través de la Radio, pero reprobando la protesta. La exhortación de Nagy a detenerse no fue escuchada, y la de Gerö sólo sirvió para indignar aún más a los manifestantes y generar violencia. A gritos en las calles los concurrentes pedían su salida del gobierno y el retorno de Nagy al poder. El espíritu de rebelión llegó al punto de reclamar la independencia nacional y democracia¹⁵⁰.

¹⁴⁷ Esta declaración de Vladimir Kazimirov se encuentra en el documental *1956: el otoño húngaro*, RTVE. Actualidad (Radio Televisión Española). American Hungarian Federation. 2013. [en línea]: http://www.youtube.com/watch?v=s_vMq_rL2rc

¹⁴⁸ Denes Martos, *La Revolución húngara de 1956. Una derrota gloriosa que humilló a los vencedores*, La Editorial Virtual, 2011, [en línea]: <http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/MartosDenes/Hungria1956/Hungria1956.htm>

¹⁴⁹ Békés & Rainer, *op. cit.*

¹⁵⁰ La declaración de Danny Benedikti se encuentra en el documental *Llora Hungría. Recuerdos de una Revolución*, BBC. TVE. Reino Unido/ Hungría, 2011. [en línea]: http://www.youtube.com/results?search_query=llora+hungria+bbc

La noche del 23 al 24 la manifestación se transformó, según Bogdan, en un motín¹⁵¹. Los insurgentes derribaron la gigantesca estatua de Stalin en la plaza de los Desfiles, réplica de la levantada en la plaza de Moscú. Tras largos esfuerzos, incluso con la colaboración de obreros metalúrgicos y el uso de cables de acero y sopletes, consiguieron cortarle las piernas. Cuando se desplomó cayendo al suelo, los participantes recuerdan los vítores de entusiasmo con que la gente celebraba su derrumbamiento. “Fue como golpear directamente el símbolo de la represión”¹⁵². Aumentando la efervescencia sacaban los símbolos soviéticos -escudo y estrella de cinco puntas- de los edificios institucionales y armaban fogatas con los libros relativos al comunismo y los retratos de Stalin. A esas alturas, las protestas se extendían a diversas ciudades del país, motivadas por las transmisiones radiales de los acontecimientos en la capital.

El momento más álgido se produjo cuando los estudiantes llegaron a la Radio Nacional a apoyar a sus compañeros, que habían acudido con la intención de transmitir sus reivindicaciones y comprobaron que estaban retenidos en su interior. Mientras ellos forcejeaban por entrar, la policía secreta húngara -AVH-, que estaba encargada de custodiar el edificio, disparó por primera vez a los participantes desde el edificio de la Radio. Hubo un prolongado fuego entrecruzado, ya que algunos manifestantes respondían con las armas y pertrechos militares que habían adquirido en las fábricas y depósitos de éstas, en los cuarteles y comisarías, además de las que recibían de los soldados del Ejército Popular húngaro, que se adherían al levantamiento. Los obreros provenientes de las fábricas aledañas a la capital – Csepel y Ujpest-, algunos con instrucción militar, reforzaban la insurgencia capitalina, que repelía el ataque desde los edificios contiguos a la emisora. Los autores de *La Batalla de Budapest* consideran que hacia las 22 horas, los manifestantes se habían transformado en combatientes¹⁵³.

En medio de los disparos los amotinados consiguieron ocupar por la fuerza la Radio, logrando así su objetivo de contar con un medio masivo de comunicación dentro y fuera del país. En el orden interno les permitiría transmitir sus demandas, informar los acontecimientos

¹⁵¹ Bogdan, *op. cit.*, p. 308.

¹⁵² El testimonio del escritor Stephen Vizinczey puede verse en material audiovisual, *Llora Hungría. Recuerdos de una revolución*, *op. cit.*

¹⁵³ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 103.

y motivar a la población. Por otra parte, obtenían un canal de transmisión hacia el exterior y una mayor fluidez en la recepción de los mensajes de la *Radio Europa Libre*.

En la noche la confusión continuaba, los insurrectos estaban resueltos a difundir sus reivindicaciones. Con este propósito un grupo se dirigió al periódico oficial *Pueblo Libre* para imprimirlas. Ahí se produjo el segundo enfrentamiento armado, la AVH les disparó para impedir su ingreso al lugar. Esta refriega se repitió en cada uno de los edificios institucionales -periódico, Parlamento y sede central del Partido-, que la policía política defendía del intento de toma de los manifestantes. Aunque todas estas batallas terminaron con muertos y heridos de ambos bandos, la población, muchas veces desarmada, fue la que sufrió la mayoría de las bajas.

Esa misma noche del 23, los manifestantes convocaron a una huelga general y, en forma pacífica, inauguraban una forma de “autogobierno” con la formación de comités revolucionarios y consejos obreros. Con la finalidad de organizar los municipios y las provincias se formaron los comités locales, cuya organización se extendería a las más diversas formas de asociación. En las fábricas, por otro lado, los obreros crearon consejos para canalizar las demandas de los trabajadores. Ambas instituciones tuvieron en común sus objetivos de independencia nacional, democracia y mantención de las conquistas sociales. Ejercieron su función redactando las reivindicaciones y eligiendo sus representantes para llegar a acuerdos con las autoridades locales. La formación de ambas organizaciones sociales demostraba el carácter de reivindicación popular del movimiento y el apoyo que las distintas fuerzas sociales le otorgaban al líder revolucionario.

Ante este escenario, “el Gobierno de Gerö se encontró entre la espada y la pared: quedó atrapado entre una lucha sin precedentes en las calles y una huelga general, masivamente seguida”¹⁵⁴, agudizado por la autogobernación. Enfrentado a esta realidad, Rainer concluye que, “En cuestión de unas cuantas horas, el régimen estalinista quedó paralizado e incapaz de funcionar”¹⁵⁵.

¹⁵⁴ Informe del embajador español en Bonn, Antonio María de Aguirre, en Dolores Ferrero, “La revolución húngara de 1956 según la diplomacia española”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, Tomo 13, (2000), p. 349.

¹⁵⁵ Rainer, *op. cit.*, p.1.

Hasta ese momento, Gerö se apoyaba en la AVH ya que no contaba con la policía ni con el ejército¹⁵⁶. Sándor Kopácsi, jefe de la institución policial en la capital, había declarado con anterioridad que no usaría armas contra los manifestantes desarmados. Por este motivo y viendo que la situación era incontrolable, esa misma noche del 23 el Secretario General del POH solicitó a la embajada de la URSS la intervención de las tropas soviéticas apostadas cerca de la ciudad.

A raíz de los acontecimientos que se desarrollaban en el país magiar, el PCUS se reunió para analizar cómo poner fin a la sublevación. Se evaluaba si buscar una salida pactada como la recientemente acordada en Polonia o si se apoyaba la solicitud de Gerö. Si bien las opiniones estaban divididas respecto de la solución, en el Kremlin había consenso que había que frenar el levantamiento magiar para evitar que “el ejemplo húngaro cundiera en los demás países satélites”¹⁵⁷, lo que pondría en riesgo el dominio de la Unión Soviética sobre Europa del Este. Esta tesis de Brachfeld, sostenida con la limitada información a la que tenían acceso los contemporáneos a la rebelión, ha sido corroborada posteriormente por Mark Kramer. Este historiador ratifica que el temor de un contagio revolucionario en las democracias populares era real. Al mismo tiempo que se desarrollaban los acontecimientos de los días 23 y 24 en Hungría, los estudiantes en Rumania y Checoslovaquia se manifestaban en apoyo a sus vecinos húngaros¹⁵⁸.

La situación y la estrategia complicaban a la URSS, por ello desde las primeras reuniones los dirigentes moscovitas asumirían una posición ambivalente, sin decisiones claras agravando la evolución de la rebelión. En relación al procedimiento, Mikoyan era el único partidario de buscar una salida negociada al estilo polaco. Békés y Rainer afirman que, en principio, el Politburó quería evitar la intervención militar por las consecuencias internacionales que podría tener una matanza masiva¹⁵⁹. Sin embargo, al finalizar las conversaciones no hubo una resolución clara ni en este sentido ni en el uso de las armas.

¹⁵⁶ La AVH era la policía política, fue creada en 1948 en reemplazo de la AVO –Sección de Defensa de la Policía Estatal-. La AVH fue disuelta por el gobierno revolucionario de Nagy el 30 de octubre de 1956, pero fue restablecida posteriormente por la administración prosoviética de Kádár.

¹⁵⁷ Brachfeld, *op. cit.*, p. 451.

¹⁵⁸ Mark Kramer, “The Soviet Union and the 1956 Crises in Hungary and Poland: Reassessments and New Findings”, *Journal of Contemporary History*, vol. 33 (2), 1998, pp. 163-214, en Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, pp. 112-113.

¹⁵⁹ Békés & Rainer, *op. cit.*

“Aunque finalmente no se adoptó una decisión tajante, el día 23 Kruschov autorizó al mariscal Zhukov, Ministro de Defensa de la Unión Soviética, a “reorganizar las unidades soviéticas en Budapest para ayudar a las fuerzas armadas y de seguridad húngaras a restaurar el orden público”.”¹⁶⁰ De esta forma, autorizaba el uso de la fuerza.

Simultáneamente, durante la noche del 23 al 24, el Comité Central húngaro sesionaba en forma extraordinaria. Al igual que las autoridades moscovitas, los dirigentes comunistas magiares apoyaron el aplastamiento de la rebelión y el nombramiento de Imre Nagy como jefe de gobierno para salir de la crisis, en reemplazo de András Hegedüs.

Aunque, durante la reunión, el líder reformista recién electo se había opuesto a la intervención por la fuerza, antes que asumiera el poder, los tanques y tropas soviéticas entraban en Budapest con la autorización de Moscú. Los autores de *La Batalla de Budapest* concluyen que se intentaba enemistar a Nagy con el pueblo responsabilizándolo de esta intromisión¹⁶¹.

Hacia las dos de la madrugada, Budapest estaba invadido de tanques soviéticos que tenían como misión restaurar el orden. Se apostaban en los puentes, plazas, calles y edificios más representativos. Los primeros en entrar fueron los que se encontraban en las afueras de la capital, que habían sido movilizados por las autoridades locales en los días previos en vista de la efervescencia reinante y de las noticias llegadas de Polonia. Luego, ingresaron los que se encontraban en diferentes puntos del país. Finalmente, se incorporaron los que provenían de algunos de los Estados socialistas colindantes. Como el Pacto de Varsovia exigía que el país afectado solicitara la intervención militar, el Primer Ministro András Hegedüs firmó la petición a nombre del gobierno húngaro, aunque ya había sido electo Nagy. Habiéndose cumplido este requisito legal se abrieron las fronteras de Hungría para dar paso a los tanques extranjeros procedentes de los Cárpatos ucranianos, Rumania y Yugoslavia. Ferrero considera que hay que distinguir entre estas tropas soviéticas que ingresaron al país en 1956 de las estacionadas en territorio magiar desde 1948. Éstas habían llegado directamente de la Unión Soviética y con ellas la población tenía un trato más amistoso, tanto es así que muchos

¹⁶⁰ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 112. El mariscal Gueorgui Zhukov era el Ministro de Defensa y comandante en jefe del Ejército de la URSS.

¹⁶¹ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 107.

de ellos se pasaban a las filas de los insurrectos apoyando sus reclamaciones¹⁶². Las que provenían de los países satelizados, en cambio, humillaban a los húngaros con su presencia invasora y con la crudeza de sus ataques. A pesar de esta aclaración, todas recibían indistintamente el nombre de tropas soviéticas.

Hacia el amanecer del 24 los soldados extranjeros habían recuperado los edificios institucionales arrebatados por los insurrectos o amenazados por ellos. Así la Radio volvió al control estatal. Con el ataque de la noche del 23 al 24 se inauguró una serie de agresiones militares soviéticas contra los participantes, en las que las tropas extranjeras atacaron con brutalidad a los manifestantes y a la población en general, muchas veces desarmada. El último ataque tuvo lugar el 4 de noviembre, que puso fin a la Revolución¹⁶³.

Los sublevados no se amedrentaron, durante cinco días ofrecieron una encarnizada resistencia popular. Si al inicio de la protesta no contaba con una organización ni con un liderazgo claro, en el transcurso de los acontecimientos se organizaron en grupos y eligieron a sus jefes para defender los puntos emblemáticos de la capital y del extrarradio. En Budapest hubo varios lugares donde se presentó una fuerte oposición. Uno de los más persistentes fue el Pasaje Corvin, que estaba bajo el liderazgo del coronel Pál Maléter, que se pasó del bando de los opresores al de los insurgentes. La defensa se extendió hasta el 28 cuando los insurgentes obtuvieron un nuevo marco de relaciones con la Unión Soviética, después de inmovilizar y derrotar a las tropas y tanques soviéticos que defendían al gobierno, con lo que se dio un giro a la rebelión.

Los dos bandos contrapuestos eran desiguales, mientras los leales al gobierno contaban con numerosos tanques y armamento, además de un fuerte contingente militar, los sublevados tenían las armas que sustraían de las fábricas y los centros de acopio y las que le facilitaban los soldados del Ejército Popular. Además, usaban bombas molotov de fabricación casera, que creaban con botellas vacías, las que llenaban con combustible y les ponían un trapo en el gollete para prenderlas. Por otra parte, la mayoría de los rebeldes eran inexpertos, excepto los uniformados que se les unían y algunos obreros que habían recibido

¹⁶² Dolores Ferrero Blanco, "La revolución húngara de 1956 según la diplomacia española", *op. cit.*, p. 349.

¹⁶³ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, pp. 163-226. En estas páginas detallan el desarrollo de los acontecimientos en cuyo relato se aprecia las numerosas intervenciones armadas del ejército soviético.

instrucción en sus lugares de trabajo. El grupo estaba formado principalmente por obreros, estudiantes, intelectuales y jóvenes adolescentes, de entre 15 y 20 años, que no medían los peligros encabezando riesgosos ataques sorpresa. “Corrían con la botella de gasolina casi directamente al blindado y no paraban hasta no haberlo reventado”¹⁶⁴. A este grupo juvenil se sumaron los *pibes* o *chavales* de Pest, que pertenecían a los barrios más pobres de la capital y algunos de ellos habían tenido problemas con la justicia. Con su audacia le darían a la insurrección un coraje que pasó a la historia.

La rebelión se extendía a otras ciudades y al campo con semejantes características que las de la capital. En los centros urbanos participaban principalmente los jóvenes, obreros, y soldados, mientras que, en el sector rural fueron los pequeños propietarios los que aprovecharon de manifestar su repudio a la colectivización. Al igual que en Budapest, las manifestaciones eran convocadas por los estudiantes, que contaban con un amplio apoyo popular, se tomaban las plazas y destruían los símbolos opresores sosteniendo una tenaz resistencia. Los comités revolucionarios también tenían un rol protagónico junto a los consejos locales, que tomaban el poder en lugar de las autoridades oficiales.

Ante esta situación, el 24 llegó desde Moscú a Budapest una comisión del PCUS, formada por Anastás Mikoyan, Mijaíl Súslov, Mijaíl Malinin e Iván Serov para evaluar la crisis y ofrecer una salida¹⁶⁵. En medio de posiciones discordantes se reestructuró el Partido, con la salida de Hegedüs, la elección de Nagy y la incorporación al Comité Político de dos de sus cercanos colaboradores, Ferenc Donáth y Géza Losonczy. Una comisión militar, dependiente del Ministerio de Defensa quedaba encargada de poner fin a los grupos armados.

Recién investido como Primer Ministro del gobierno provisional, a las 9 de la mañana del 24, Nagy se dirigió al pueblo por la radio Kossuth para pedir el cese del levantamiento, comprometiéndose a conceder una amnistía a todos los que depusieran las armas. Llamó a volver al camino de las reformas de 1953, dejando claro, según Rainer, que la solución política se enmarcaba dentro del Partido¹⁶⁶.

¹⁶⁴ Testimonio de Imre Vizi, un obrero de ferrocarril de 19 años, en Martos, *op. cit.*

¹⁶⁵ Anastás Mikoyan era el Vice Primer Ministro de la URSS, Mijaíl Suslov era miembro del Politburó, Mijaíl Malinin ocupaba el cargo de Jefe del Estado Mayor Conjunto del Ejército soviético e Iván Serov era el jefe de la KGB rusa.

¹⁶⁶ Rainer, *op. cit.*, p. 6.

Sin embargo, a pesar de esta medida de mayor apertura las autoridades locales no consiguieron restablecer el orden. Los insurgentes no abandonaban las armas porque, junto al indulto, el Comité Central del POH decretó Ley Marcial, imponiendo toque de queda y prohibiendo las reuniones. Estas medidas discordantes restaban credibilidad a los dirigentes y enardecían aún más a los rebeldes, radicalizando sus posiciones. “Más que contribuir a sosegar los ánimos desde una posición de fuerza, daba la impresión de que la dirección de los comunistas húngaros estaba desbordada por los acontecimientos y era incapaz de reaccionar con coherencia”¹⁶⁷.

Confirmando esta postura ambivalente, esa tarde y por el mismo medio, el Ministro de Estado János Kádár, que apoyaba a Nagy y la rebelión¹⁶⁸, se dirigió al pueblo en forma más terminante calificando la protesta de rebelión contra el orden democrático. Ante los desacuerdos dentro del Partido, ambos llamados al cese del fuego fueron infructuosos.

Aunque por Radio Kossuth se informaba que la contrarrevolución había sido aplastada y se llamaba a la población a abandonar la huelga, al día siguiente, el 25, unas 20.000 personas acudieron a la sede del Parlamento para escuchar a Nagy, con la esperanza que se obtendría un nuevo trato de parte de la Unión Soviética. Sin embargo, la única nueva noticia fue el levantamiento del toque de queda. La rigidez del Partido endureció a los manifestantes, que continuaban exigiendo la dimisión de Gerö, la retirada de las tropas soviéticas y la formación de un Gobierno de coalición nacional.

Ante la negativa de los participantes a abandonar la plaza, el general Serov, jefe de la KGB rusa, ordenó a los soldados soviéticos y la AVH que dispararan contra la población, mayoritariamente desarmada. Se produjeron enfrentamientos entre los tanques leales al gobierno y los partidarios de los insurgentes, que se distinguían por llevar el escudo de Kossuth. Este emblema sin corona identificaba la lucha actual por la libertad con el pasado revolucionario de la Guerra de la Independencia de 1848-49, liderada por Kossuth. Los rebeldes inmovilizaban los tanques de sus adversarios cubriendo las calles con alquitrán o

¹⁶⁷ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 105.

¹⁶⁸ La concordancia de Kádár con el gobierno de Nagy queda de manifiesto en su libro acerca de la construcción del socialismo en el país magiar, en la que hace una autocrítica al desarrollo del sistema, reconociendo que “Imre Nagy y sus partidarios políticos perseguían objetivos políticos al igual que una rápida corrección justa y audaz de los defectos revelados en 1953...”. János Kádár, “L’edification du socialismo en Hongrie: discours et articles choisies (1957-1960)”, en Pereira y Martínez, *op. cit.*, p. 505.

los inutilizaban incendiándolos al lanzarles bombas molotov hechas con botellas llenas de parafina. Hubo un saldo de alrededor de cien víctimas fatales y unos doscientos heridos, de preferencia manifestantes.

La represión no lograba frenar a los rebeldes, al contrario, “provocó un arrebató aún más violento”¹⁶⁹. Los amotinados atacaron la sede de la AVH y lincharon a varios de sus oficiales. Algunos fueron brutalmente golpeados y después de ser colgados de un árbol por los pies fueron vejados por los manifestantes. Si bien el pueblo se excedió al tomar la justicia en sus manos, se comprende que reaccionaba rabioso contra la opresión ejercida por los *avos*¹⁷⁰ contra la población desde 1948¹⁷¹. Sin embargo, según los testimonios recogidos por Martos, muchos de los insurrectos reprobaban esta conducta que desprestigiaba la rebelión¹⁷².

El enardecimiento aumentó cuando los insurgentes creyeron que contarían con apoyo de las potencias occidentales contra los soviéticos. En una emisión de la radio *Europa Libre* se transmitió un discurso del presidente norteamericano Dwight Eisenhower, en el que decía que Occidente y los Estados Unidos “harían todo lo posible por liberar a los pueblos cautivos”¹⁷³. Aunque se ofrecía una colaboración tan inespecífica sus solas palabras incubaron esperanzas en el pueblo húngaro.

La masacre frente al Parlamento, el 25 por la tarde, tuvo una consecuencia directa en el Partido. El Politburó decidió deponer a Gerö y nombrar a János Kádár como Secretario General del POH. Mantuvo a Nagy, aunque no confiaba en él, porque era el único hombre capaz de llegar a las masas. El cambio de autoridades no cambiaría el curso de los acontecimientos, porque el problema de fondo radicaba en la desorientación y en la falta de cohesión de la dirigencia soviética y húngara. Ninguna de estas instancias de poder estaba

¹⁶⁹ Rainer, *op. cit.*, p. 6.

¹⁷⁰ Los húngaros denominaban *avos* a los miembros de la AVH.

¹⁷¹ A esta conclusión llegó el periodista inglés Peter Fryar, corresponsal del *Daily Worker*, quien cubrió los acontecimientos de la Revolución siendo militante del Partido Comunista y que al dar a conocer su interpretación de ellos fue expulsado del PC británico. Después de realizar cien entrevistas a los participantes de los linchamientos comprendió que la mayoría reconocía que había actuado de esta forma como un acto de justicia por la muerte de sus seres queridos. Este testimonio puede verse en el material audiovisual *Llora Hungría. Recuerdos de una revolución*, *op. cit.*

¹⁷² Martos, *op. cit.*

¹⁷³ Rainer, *op. cit.*, p. 3.

capacitada, como sostiene Martos, para enfrentar un levantamiento proletario. El comunismo, según este autor húngaro, estaba preparado para organizar revoluciones pero no para controlarlas¹⁷⁴. No había unanimidad ni en cuanto a la valoración de la rebelión ni respecto a su resolución.

En relación a la definición de la manifestación las posiciones estaban divididas. En el Kremlin no había acuerdo respecto de su evaluación, todavía se hablaba de contrarrevolución. Por otra parte, en Moscú se quería evitar una salida sangrienta en el conflicto húngaro, sin embargo, no había claridad en las medidas adoptadas, lo que reflejaba que no había una política delimitada para poner fin al levantamiento. Se pasaba de unas tímidas negociaciones y unas limitadas concesiones al uso de las armas, atacando incluso a la multitud desarmada.

En el POH la situación era aún más complicada, no sólo se requería seguir los lineamientos del PCUS, sino además los reformistas se enfrentaban con los partidarios del estalinismo. El día 26 los estalinistas, desoyendo las recomendaciones del ala reformista y de Suslov, continuaban considerando la insurrección como una contrarrevolución, enardeciendo aún más los ánimos de los manifestantes. Con esta intransigencia, según Judt, el POH “desperdió la oportunidad de apropiarse de ella”¹⁷⁵.

La solución del conflicto por la vía de la negociación resultaba cada día más improbable. Aunque el PCUS ofrecía llevar a cabo conversaciones para sellar un nuevo marco de relaciones entre Hungría y la URSS, siguiendo el modelo de la solución polaca, diversos factores imposibilitaban un acuerdo contribuyendo a radicalizar las demandas de los insurrectos. En primer lugar, el Kremlin exigía conservar las conquistas del socialismo, sustrato que resultaba inaceptable para los rebeldes en cuanto significaba mantenerse bajo el dominio de Moscú. La represión, por otra parte, más que aplacarlos los exacerbaba. Finalmente, la incapacidad de la oficialidad húngara de ofrecer una respuesta eficaz a raíz de las diferencias entre Nagy y Kádár, había terminado agudizando, lo que los autores de *La Batalla de Budapest*, denominan crisis de identidad del pueblo húngaro¹⁷⁶.

¹⁷⁴ Martos, *op. cit.*

¹⁷⁵ Judt, *op. cit.*, p. 463.

¹⁷⁶ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 130.

En vista que el levantamiento no se lograba dominar, el día 27 las autoridades soviéticas y húngaras decidieron atacar los dos focos más importantes, el Pasaje Corvin y el cuartel Kilián. Los insurgentes se organizaron en unidades de combate y los trabajadores formaron batallones, logrando inmovilizar y destruir varios tanques soviéticos. Incluso, muchos soldados se pasaron al bando rebelde.

El 28 de octubre los insurrectos se ganaron un nuevo marco de relaciones, el Comité Político del Partido húngaro, con el consentimiento de Mikoyan, decidió calmar los ánimos declarando que el movimiento no era una contrarrevolución, sino una revolución democrática y nacional, y se decidió poner término a la represión contra los revolucionarios.

Ese mismo día Nagy formó un “Gobierno de coalición nacional”, con un gabinete de mayoría comunista, al que se integraron algunas formaciones políticas del período del Frente Popular, de los años 1945 y 1948. En representación del Partido de los Pequeños Propietarios participaron dos de sus antiguos dirigentes, Zoltán Tildy y Béla Kovács, que acababa de ser liberado de prisión tras las purgas rakosistas; del Nacional Campesino, Ferenc Erdei, y de la Socialdemocracia, recién reorganizada, Anna Kéthly.

Nagy estaba convencido que no lograría restablecer el orden si no se ponía término a la represión, que desacreditaba al gobierno y enardecía a la población. En las negociaciones con los dirigentes moscovitas se avanzó en el compromiso para que se iniciara el retiro de las tropas soviéticas. Como paso siguiente, llamó a un cese al fuego para avanzar en un programa de reformas, previamente aprobado por Moscú, que incorporaría reclamaciones de los rebeldes.

El líder húngaro inició esta nueva etapa con un discurso en el que reconoció el valor democrático y nacional de la rebelión y planteó una renovación en los fundamentos del Estado, con lo cual, según Bogdan, se adhería a la Revolución¹⁷⁷. Nagy reconoció el comienzo de esta nueva etapa con las siguientes palabras: “Este movimiento tiene por objeto garantizar nuestra independencia nacional y la soberanía, desenvolver la democracia en nuestra vida social, económica y política, siendo esto la única base posible del socialismo en nuestro país”¹⁷⁸. Si bien se mantenía dentro del socialismo, con su discurso y con las medidas

¹⁷⁷ Bogdan, *op. cit.*, 309.

¹⁷⁸ Discurso de Imre Nagy citado en *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 215.

propuestas demostraba su distanciamiento de Moscú. Anunció una tregua y una amnistía general al mismo tiempo que comenzaba las negociaciones para la salida del ejército extranjero. Con el fin de poner término a la represión informó la disolución de la AVH, tan odiada por los húngaros. Asimismo, comunicó que solicitaría al Parlamento que restableciera el escudo de Kossuth y que decretara el 15 de marzo como fiesta nacional, en recuerdo de la guerra liberada contra los austríacos en 1848, cuya celebración había sido suprimida por el comunismo.

Entre los días 28 al 30, Nagy fue dando cumplimiento a sus compromisos. Decretó un armisticio o alto al fuego y se inició la movilización de las tropas soviéticas de Budapest. Reconoció a los órganos de autogobierno –consejos y comités- surgidos de la rebelión. Formó una nueva policía estatal, la Guardia Nacional, integrada por militares, policías, obreros y estudiantes armados, dirigida por algunos de los jefes de la revolución -Pal Maléter, Béla Király y Sándor Kopacsi-, y comunicó la disolución de la AVH para el día 30. Al mismo tiempo, el Primer Ministro reorganizó el Partido excluyendo a los comunistas estalinistas, dando una clara señal de cambio de rumbo. De hecho, algunos de ellos, como Gerö, Hegedüs, István Kovács, László Piros y otros, abandonaron el país y se dirigieron a la Unión Soviética.

Békés y Rainer consideran que en estos días había signos de estabilidad y de inestabilidad¹⁷⁹ lo que dificultaba la consolidación de la nueva administración. Desde el punto de vista de los avances, se iniciaba el fin de la lucha armada y se organizaban los partidos democráticos y, por otro lado, aún no cesaban los linchamientos, los consejos y comités mantenían las exigencias de independencia nacional, pluripartidismo, abandono del Pacto de Varsovia, neutralidad y, por último, se prolongaba la huelga general.

A raíz de las negociaciones de Nagy con las autoridades del Kremlin, las tropas soviéticas abandonaban la custodia de los edificios y comenzaban a retirarse de Budapest. Sin embargo, aún persistían algunos enfrentamientos ya que unos cuantos rebeldes consideraban que la solución pactada era insuficiente. Uno de los ataques lo emprendieron contra la sede de la AVH, linchando a varios de sus integrantes y dando muerte a centenares de ellos. El 30 de octubre los insurgentes intentaron sitiar el edificio del POH, donde se encontraban refugiados varios de sus miembros. Aunque las autoridades no habían aún dado

¹⁷⁹ Békés & Rainer, *op. cit.*

la orden de ataque, los carros de combate enviados por el gobierno dispararon a la población ubicada en el lugar. Jean Pierre Pedrazzini, periodista de *Paris Match*, herido de muerte en esta embestida, comentó que los tanquistas enarbolaban engañosamente las banderas de la rebelión confundiendo a la población. Mientras el pueblo los ovacionaba habían comenzado los disparos de las metralletas, que dejaron un cuantioso saldo de heridos y muertos¹⁸⁰.

Los hechos suscitados en la sede del Partido radicalizaron las posturas. En el POH comenzó a imponerse la tesis de la solución armada como única alternativa para poner fin al conflicto. Nagy, por su parte, anunció el día 30 que abandonaba el sistema de partido único y que optaba por el pluripartidismo. En su discurso proclamaba una “Hungria democrática e independiente”, rompiendo con el sistema totalitario en la organización política del Estado y en su dependencia con la Unión Soviética. El Primer Ministro se comprometía a exigirle a Moscú que retirara sus tropas del país y reconocía las autoridades locales –comités y consejos- brotados democráticamente durante el proceso revolucionario. El gobierno provisional tomaba un rumbo totalmente diferente eligiendo la “democratización completa”¹⁸¹ del país. Hungría se fundamentaba en la independencia, libertad y democracia pluripartidista.

El rumbo de los acontecimientos en el país magiar volvió a congregarse al Politburó soviético el mismo día 30, que tomó acuerdos que nuevamente resultaban ambiguos. En primer lugar, los dirigentes moscovitas redactaron una declaración en la que reconocían que se habían cometido excesos en el pasado reciente en las democracias populares. En virtud de este reconocimiento, Ferrero recuerda que en el documento se anunciaba que intentarían “remediar las violaciones y errores que hubieran tendido a perturbar el principio de igualdad en las relaciones entre los países socialistas”¹⁸². Este nuevo marco de entendimiento hubiera supuesto, según esta misma autora, una normalización de la situación, es decir, la retirada de las tropas soviéticas¹⁸³. Sin embargo, en la segunda resolución se desechó esta posibilidad y

¹⁸⁰ Pedrazzini fue enviado desde París a Budapest a cubrir los acontecimientos de la rebelión, pero no logró sobrevivir a las mortales heridas que le infringieron los tanques soviéticos. Antes de morir dejó este testimonio que fue reproducido por Dominique Lapierre, *Érase una vez la URSS. La fantástica aventura de dos jóvenes parejas occidentales por las carreteras prohibidas de la Unión Soviética*, traducción de Carmen de Celis, Editorial Planeta, Barcelona, 2006, p. 161.

¹⁸¹ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 163.

¹⁸² Ferrero, “La revolución húngara de 1956 según la diplomacia española”, *op. cit.*, p. 350.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 350.

se decidió “formar en Hungría un auténtico Gobierno provisional, revolucionario y popular...”¹⁸⁴. Con esta decisión se le quitaba el respaldo al gobierno de Nagy y, al mismo tiempo, János Kádár era elegido para cumplir esta misión.

Entre tanto, en el POH se continuaba avanzando en la consolidación del nuevo orden. Los reformistas del POH resolvieron autodisolverse y fundar una nueva formación política, el Partido Socialista Obrero Húngaro (MSZDP)¹⁸⁵, que quedó bajo la dirección de Kádár, como presidente del Comité Central. En un discurso, que se hizo público por radio el día 2 de noviembre, Kádár “condenó decididamente los crímenes del régimen pasado”¹⁸⁶, alineándose con la postura del PCUS, y dio a conocer las características del nuevo partido. Ambos sucesos –aceptación del cargo y alocución- reflejan que mantenía su identificación con la rebelión.

El gobierno puso término a la AVH y reapareció la prensa libre, haciéndose eco de las proclamas revolucionarias. Nagy liberó a miles de presos políticos, entre ellos al cardenal Mindszenty, apresado desde 1948 por sus continuas críticas al sistema estalinista. El Primado llamó a la unidad nacional y a la normalización de la vida, convocando a deponer la huelga.

Los comités y los consejos, que agrupaban a las más diferentes instancias de la sociedad, proliferaban por todo el país y comenzaban a tomar decisiones en forma independiente. En la capital se formó un Parlamento de Consejos Obreros, en el que participaban delegados de las fábricas más importantes del país. Se propusieron elaborar una declaración con los derechos y deberes de estas nuevas organizaciones.

Con el autogobierno de los consejos y comités y el restablecimiento del sistema pluripartidista se eliminaban las bases del socialismo real, con lo que la rebelión adquiría un carácter revolucionario. Esta situación hizo pensar a los manifestantes que la insurrección había triunfado. “Durante esos pocos días, Hungría conoció un clima excepcional de

¹⁸⁴ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 165.

¹⁸⁵ El MSZP se formó el 31 de octubre de 1956 y fue disuelto en el proceso democratizador el 6 de octubre de 1989.

¹⁸⁶ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 215.

libertad”¹⁸⁷. Brachfeld recuerda que los jóvenes pensaban que se respiraban los mismos aires de liberación que en la revolución del ‘48¹⁸⁸.

La renovación del pluripartidismo hizo recordar los años de la coalición en la posguerra y, más profundamente, daba cuenta de la madurez política de los húngaros. Aunque el Estado magiar independiente tuvo una corta experiencia democrática en el período de Entreguerras, los húngaros ya contaban con una cierta trayectoria, en cuanto se habían incorporado a la institucionalidad moderna al formar los primeros partidos políticos en el siglo XIX y disponer de un Parlamento bicameral. La estabilidad alcanzada llevó a Hitler a respetar su organización y no imponer su sistema totalitario como en los otros países bajo su dominio. Este acervo rebrotó durante la rebelión, a pesar de la supresión de los derechos políticos por el estalinismo.

Al mismo tiempo, los tanques soviéticos salían de Budapest, lo que hizo pensar que se materializaba el nuevo marco de relaciones entre los países socialistas y la Unión Soviética.

El 1 de noviembre “se produjo una ruptura en el alto mando de la revolución...”¹⁸⁹, Kádár dio un giro radical desvinculándose de la Revolución. Antes que se leyera su discurso inaugural del POSH, viajó a Moscú, respondiendo al llamado de Khrushchov, para negociar la formación de un gobierno contrarrevolucionario, que pondría fin a la insurrección. En los días previos, 30 y 31 de octubre, el Politburó moscovita se decidió por la represión después de evaluar la crisis húngara con los dirigentes de los partidos comunistas de China, Yugoslavia, Polonia, Rumania y Bulgaria.

En esta decisión influyó decisivamente la noticia que en Timisoara, Rumania, se estaban realizando nuevas manifestaciones en favor de los húngaros, lo que nuevamente puso en alerta al Kremlin de un posible contagio de la Revolución de Hungría¹⁹⁰. Por ello, desde el día 29 y hasta el 31, por directas instrucciones de Khrushchov, se comenzó a movilizar tropas

¹⁸⁷ Bogdan, *op. cit.*, p. 310.

¹⁸⁸ Brachfeld, *op. cit.*, p. 451.

¹⁸⁹ Békés & Rainer, *op. cit.*

¹⁹⁰ Judt, *op. cit.* p. 464. Según Lewis Gaddis, la postura de Khrushchov fue errática durante la revolución húngara, pero, finalmente, por presiones de Mao ordenó que el ejército volviera a sofocar la rebelión. Ver en John Lewis Gaddis, *La Guerra Fría*, traducción de Catalina Martínez Muñoz, Editorial RBA, Barcelona, 2008, p. 121.

soviéticas del Pacto de Varsovia desde Rumania y Ucrania hacia la frontera magiar. Este desplazamiento de soldados resultó confuso, porque al mismo tiempo el ejército soviético abandonaba Budapest, pero no el país. Se comenzó a preparar la operación “Tornado”, destinada a reprimir militarmente la rebelión. “Las horas de libertad fueron de corta duración”¹⁹¹.

Al enterarse de este movimiento de tropas, Nagy le comunicó al embajador soviético, Yuri Andropov, que Hungría renunciaría unilateralmente al Pacto de Varsovia. Consideró que la Unión Soviética violaba dicho tratado al enviar tropas sin la autorización del Estado húngaro. Según Gyorgy Heltai, Ministro de Relaciones Exteriores del país magiar, el Primer Ministro había pensado anteriormente en esta dimisión, pero estaba esperando una excusa para declarar que el Pacto ya no estaba vigente y que Hungría quedaba liberada de sus compromisos¹⁹².

El 1º de noviembre Nagy anunció por radio esta decisión a la comunidad internacional y solicitaba a la ONU que garantizara su estatuto de país neutral, siguiendo el ejemplo de Austria. De esta forma, el país magiar no se alineaba con ningún bloque de poder. Su solicitud no tuvo ningún arraigo en el mundo occidental, porque su atención estaba concentrada en el conflicto del canal de Suez, que comprometía los intereses de Gran Bretaña y Francia¹⁹³. Cuando los húngaros se enteraron de esta noticia a través de la Radio *Europa Libre* comprendieron que la suerte de Hungría dependía de ellos, que no recibirían ayuda extranjera.

Esta resolución de Nagy era una opción arriesgada, en la que abandonaba, según Békés y Rainer, las directrices del comunismo internacional para adherirse a las del nacionalismo húngaro¹⁹⁴. Con esta determinación se jugó por completo el destino de la Revolución, aunque suponía que el movimiento sería aplastado por la Unión Soviética. Comprendió que este era un momento heroico, que si los húngaros habían dado su vida por

¹⁹¹ Bogdan, *op. cit.*, p. 310.

¹⁹² Martos, *op. cit.* Heltai no aclara desde cuándo Nagy aspiraba a la salida del Pacto.

¹⁹³ El conflicto de Suez será explicado en un acápite aparte en este mismo capítulo.

¹⁹⁴ Békés & Rainer, 2006, *op. cit.*

los ideales revolucionarios no se daría marcha atrás. En su discurso identificó la lucha de 1956 con la defensa milenaria por la libertad.

Cuando Nagy optó por la autonomía y la neutralidad sabía que recogía las aspiraciones del pueblo húngaro, expresadas en las demandas presentadas por todas las fuerzas sociales. Por eso ese día declaró que “En medio de las luchas, nació la unidad nacional democrática y la independencia”¹⁹⁵. Contaba incluso con el apoyo de aquellos que, según Judt, al principio desconfiaban de él¹⁹⁶. Con el ánimo de respaldar al gobierno, los huelguistas llamaron a volver al trabajo para restablecer la normalidad del país.

Cuando Kádár volvió a Hungría formó un gobierno paralelo en Szolnok y desde ahí solicitó al Kremlin su apoyo militar para contener la “contrarrevolución”. “Era toda la excusa política que los soviéticos necesitaban. Tenían un pedido de ayuda formal emitido por el gobierno húngaro...”¹⁹⁷. En estricto rigor, una vez más se quebrantaba la legalidad del Tratado, tanto el 24 de octubre como el 1 de noviembre la solicitud del gobierno fue presentada en forma engañosa. En la primera oportunidad Hegedüs ya había sido destituido del cargo y ahora la solicitaba Kádár, que no ostentaba el poder oficial sino el de un gobierno de facto.

La defensa de la independencia de Hungría se convirtió en el nuevo emblema de la Revolución. Nagy formó entonces el último gobierno de coalición, el 3 de noviembre, en el que se privilegió la autonomía del país, su neutralidad y la democracia socialista. Los autores de la *Historia de Hungría* han concluido que los revolucionarios se oponían al estalinismo, pero querían mantener “los logros sociales y democráticos”¹⁹⁸.

El 3 de noviembre el ejército soviético ocupó el país y entró nuevamente a la capital. Las autoridades soviéticas cerraron las fronteras con Austria y Yugoslavia “para romper toda conexión exterior del país”¹⁹⁹. Entretanto, Nagy intentaba evitar el inminente ataque negociando la salida de las tropas enviadas por Khrushchov. Por una parte, solicitó ayuda a la

¹⁹⁵ 1956: *la esperanza de la libertad. La Revolución Húngara*, Ministerio de Asuntos Exteriores de la República de Hungría, p. 12, [en línea]:

<http://www.mfa.gov.hu/NR/rdonlyres/012C3E72-0D52-490A-AE95-367220AAF53/0/1956spanyol.pdf>

¹⁹⁶ Judt, *op. cit.*, p. 465.

¹⁹⁷ Martos, *op. cit.*

¹⁹⁸ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, *op. cit.*, p. 216.

¹⁹⁹ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 221.

ONU para que intercediera en estas tratativas y, por otro lado, una delegación húngara se reunió con Andropov en este mismo sentido. Ambos intentos fracasaron, porque la organización internacional no realizó gestión alguna y, en cuanto a la comitiva, encabezada por el Ministro de Defensa Pal Maléter, fue apresada ese mismo día al salir del cuartel general de Toköl donde se realizaban las reuniones.

El día 3 del mes el cardenal Mindszenty habló por la Radio *Kossuth Libre*, reconociendo la grave situación a la que se veía enfrentado el pueblo húngaro después de haber luchado valientemente por su libertad y llamaba a mantener la esperanza.

El 4 de noviembre Budapest fue atacada con artillería pesada y bombardeos aéreos del ejército de la URSS, quedando en su mayor parte destruida. Las tropas del Pacto de Varsovia ocuparon el Parlamento y dispararon sobre seguro a los húngaros. El Primer Ministro denunció al país y al mundo, a través de la radio, el ataque “al gobierno democrático y legítimo de Hungría”²⁰⁰. Después de este anuncio, Nagy, su familia y varios de sus colaboradores se refugiaron en la embajada de Yugoslavia, que posteriormente les otorgó asilo. Mientras tanto, el cardenal Mindszenty se guarneció en la embajada de Estados Unidos, de la que no consiguió salir hasta 1971. El único que permaneció en el edificio del Parlamento fue István Bibó, Ministro de Estado y teórico de la rebelión, quien a su salida declaró: “El pueblo de Hungría ha sacrificado suficiente sangre para demostrar al mundo su insistencia en la libertad y la justicia”²⁰¹.

La batalla por liberar Budapest fue dirigida por el general Béla Kiraly, a cargo de la Guardia Nacional. La defensa magiar quedó sustancialmente vencida el día 4 en todo el país. Sin embargo, se prolongó hasta el 11 de noviembre, cuando todas sus posiciones habían sido derrotadas u obligadas a retirarse. “Es la resistencia contra las tropas soviéticas lo que da su carácter de epopeya a la sublevación”²⁰².

²⁰⁰ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 217.

²⁰¹ 1956. *La esperanza de la libertad. La revolución húngara, op. cit.*, p. 1.

²⁰² Cristián Garay, “Chile y la revolución húngara de 1956”, en Medina, Garay & Castro, *Polonia, Hungría y Checoslovaquia: las grietas del telón de acero*, (en preparación).

La Revolución fue rápidamente aplastada porque, según Ferrero, los países soviéticos no contaban con armamento anti-tanques, lo que le impidió a los húngaros defenderse de ellos²⁰³.

El día 5, la Unión Soviética anunció la formación del “Gobierno revolucionario obrero y campesino”, a cargo de János Kádár, quien asumió definitivamente el control el día 12. La nueva dirección de corte prosoviético puso orden en el país por medio de la violencia contra los sublevados.

5.3. Trasfondo ideológico y político de la revolución

La Revolución húngara de 1956 fue una rebelión contra el sistema totalitario estalinista, en el marco del proceso de desestalinización inaugurado por Khrushchov en el XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956. No obstante, la manifestación de esta oposición se venía expresando desde 1953, cuando el Kremlin, después de la muerte de Stalin, recomendó a las democracias populares que le dieran al socialismo un rostro más humano, intentando calmar el malestar social.

El ensayo de esta variante de socialismo fue encabezado en Hungría por Imre Nagy, quien intentó una renovación del sistema inaugurando una etapa de revisionismo. Este intento revisionista fracasó por la escasa apertura permitida por los dirigentes soviéticos y por la falta de acuerdos en la cúpula del POH, lo que llevaría a la crisis húngara a un camino sin salida. De esta forma, la agitación social desembocaría en la Revolución de octubre, que fue apoyada por los dirigentes reformistas del partido que también respaldaban las reformas.

En el caso húngaro podemos hablar de revolución, en el sentido moderno, ya que la rebelión instituyó un nuevo ordenamiento. Heller y Feher han llegado a la conclusión que toda revolución tiene su presupuesto en una anterior y que en la siguiente se reinaugura la precedente²⁰⁴. De esta forma, los magiares en el año 1956 se identificaban con el ideario de

²⁰³ Ferrero, “La revolución húngara de 1956 según la diplomacia española”, *op. cit.*, p. 342.

²⁰⁴ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 262.

los rebeldes de la Guerra de la Independencia de 1848-49, que se habían sublevado contra la dominación austríaca. Los ideales de esta revolución fueron independencia, autodeterminación e igualdad ante la ley con la supresión de los privilegios nobiliarios, siguiendo el pensamiento político de su líder Lajos Kossuth.

En 1956 los húngaros, mirando a los héroes de 1848, se sublevaron contra el dominio extranjero, esta vez, contra la dictadura soviética, que había impuesto a la fuerza una revolución que no respetaba a la nación. Motivados por el deseo de libertad e independencia quisieron reconquistar su soberanía y establecer una vía socialista propia y democrática, desvinculada de la Unión Soviética. La igualdad en esta oportunidad estaba vinculada a las conquistas sociales alcanzadas durante el régimen de Frente Popular de 1945. El país magiar se oponía al totalitarismo estalinista, pero no al socialismo en sí; por el contrario, lo que se buscaba era un socialismo nacional. Este concepto había surgido en oposición al comunismo totalitario impuesto por Stalin.

En base a estos ideales se sustentaba el trasfondo ideológico y político de la rebelión, el cual se desprende del pensamiento de los dos teóricos de la revolución –Imre Nagy e István Bibó-, de las demandas de las diferentes fuerzas sociales, a partir de las reivindicaciones de los estudiantes, y de la forma de organización de los comités y consejos.

En el transcurso de los acontecimientos, todos estos planteamientos fueron evolucionando llegando a radicalizarse al punto de no llegar a acuerdos con la Unión Soviética, ya que ponían en riesgo su dominio sobre Hungría y el bloque.

5.3.1. Pensamiento de Imre Nagy e István Bibó

Imre Nagy escribió su pensamiento político en los años 1955 y 1956 después de abandonar el cargo de Primer Ministro y ser expulsado del Partido. Varios de sus manuscritos fueron publicados en 1957 antes de su ejecución²⁰⁵.

²⁰⁵ El pensamiento político de Nagy ha sido consultado en Imre Nagy, *Contradicciones del comunismo*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1957; Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, pp. 71-79; János Rainer, *Imre Nagy: the leader and martyr*, Bulletins on 1956, N° 1, Atlantic and Publication Public Foundation

Desde su juventud Nagy fue conocido como un comunista moderado, con una flexibilidad desconocida entre sus camaradas. Se distinguía por su aspecto sencillo y por sus costumbres ligadas a la tradición campesina. Aunque nunca trabajó en el campo, su relación con los campesinos influyó en su acercamiento a los postulados marxistas-leninistas que ofrecían su anhelada repartición de tierras. Desde que participó en la formación del Partido Socialista de los Trabajadores Húngaros (MSZMP), en 1925, aportó sus conocimientos en el ámbito de la agricultura. Después contribuiría con ellos al movimiento comunista soviético y húngaro.

Rainer afirma que en los años '30 Nagy se había mostrado partidario de una transición gradual al socialismo, compartiendo este criterio con el filósofo György Lukács. En el orden político proponía una democracia limitada con participación de las demandas populares, con elecciones libres locales y libertad de prensa, en oposición, según este mismo autor, a la rígida estructura del Partido Comunista y sus medidas dictatoriales²⁰⁶. Desde los inicios de su carrera política fue criticado por sus correligionarios por su desviacionismo derechista, lo que lo obligó en diversas oportunidades a someterse a una autocrítica y silenciar sus ideas.

Durante el Gobierno Provisional de 1944, en su cargo de Ministro de Agricultura, dio curso a su “camino pacífico hacia el socialismo” mediante la implementación de la reforma agraria, que respondía a su concepto de un socialismo más humano. En oposición a las restantes autoridades del gobierno proponía la democratización del régimen con la participación de varios partidos políticos y con un Parlamento ante el cual respondiera el gobierno. Aunque no estaba de acuerdo con la democracia plena se inclinaba por una acotada aportación de la ciudadanía. En los años 1947-48 se opuso tenazmente a la imposición del sistema estalinista en el país bajo las órdenes de Moscú. En el plano económico era contrario a la colectivización forzosa y al método de los *kulaks*. Más adelante, en 1950, se enfrentó a Rákosi por sus medidas represivas, defendiendo la libertad de las personas, discrepando de la evolución de la democracia popular con su conquista totalitaria del poder. Sin embargo,

(ARP), 2006, pp. 7-32; Dolores Ferrero Blanco, “La revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, *HAOL*, N° 10 (Primavera 2006), pp. 101.

²⁰⁶ Rainer, *Imre Nagy: the leader and martyr*, op. cit., p. 10-12.

curiosamente participó en el gobierno de este Primer Ministro en calidad de Ministro del Interior, cuya cartera tenía a su cargo la policía política.

En su gobierno, de 1953 a 1955, que él llamó “nueva etapa en la construcción del socialismo”, intentó encauzar el socialismo por una ruta pacífica por medio de reformas económicas-sociales y políticas tendientes a poner fin a la industrialización forzada, la colectivización, la concentración del poder y los abusos de autoridad. Optó por mejorar el nivel de vida de la población, por democratizar el partido y crear un gobierno de Frente Popular, recogiendo el deseo de la población de restaurar el pluripartidismo, en oposición al totalitarismo de partido único. El *Nuevo Curso* contó, según Rainer, con el apoyo popular porque Nagy ofreció reformas realistas, ajustadas a lo que Moscú podría aceptar y él, por su parte, pudiera cumplir²⁰⁷. A pesar de ello, su proyecto fracasó porque las autoridades soviéticas no estaban dispuestas a hacer concesiones políticas que pusieran en riesgo su dominio sobre el país.

Los autores de *La Batalla de Budapest* consideran que después del fracaso de su intento reformista de 1953-1955, al ser expulsado del Partido, tuvo la capacidad de analizar la realidad política y social del país dando un giro a su “orientación ideológica”, ofreciendo un programa teórico y práctico de renovación del socialismo, el que elaboró con la asesoría de cercanos colaboradores²⁰⁸.

En opinión de estos mismos autores, el líder húngaro proponía “recuperar el espíritu de 1945”, para “salvar algunas de las formas políticas y económicas previas a la soviétización forzada”²⁰⁹.

En sus obras no abandonó el socialismo, sino más bien criticó la rigidez del sistema estalinista, que había impuesto en forma arbitraria el modelo soviético sin considerar las condiciones de cada país. El líder húngaro consideraba que, con su culto a la personalidad, el gobernante soviético había perjudicado los éxitos del socialismo con su dogmatismo²¹⁰.

²⁰⁷ Rainer, *Imre Nagy: the líder and martyr, op. cit.*, p. 23.

²⁰⁸ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 71-73. Rainer coincide con estos autores en la formación de un grupo de intelectuales que apoyó a Nagy como oposición. Rainer, *Imre Nagy: the leader and martyr, op. cit.*, p. 28.

²⁰⁹ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, pp. 74-75.

²¹⁰ Nagy, *op. cit.*, pp. 51-56

Más aún, criticaba la imposición mecánica de la democracia en las democracias populares, ya que “han dado como resultado la pérdida en su esencia del carácter democrático del pueblo...”²¹¹. Apoyándose en Lenin, proponía que cada país encauzara su propio camino hacia el socialismo, abandonando la estructura estalinista.

Para Hungría concebía un régimen socialista en el que el poder residiera realmente en el pueblo, para ello era necesario democratizar el sistema mediante la incorporación del debate de ideas tanto dentro del Partido como en la sociedad y el restablecimiento del Frente Popular. Pensaba que con la participación de varios partidos y con la existencia de un Parlamento con mayores atribuciones se podría limitar el poder del Estado y del Partido, según consignó en su libro *Memoranda*. Así como en 1953 había defendido los intereses de la población manifestando en el Presidium soviético que el sistema no había tomado en cuenta al pueblo, como afirma Rainer²¹², en su libro “*El comunismo: en defensa del Nuevo Curso*” censuró, según Ferrero, el modelo cerrado en materia política y económica, rechazando la industria pesada, las colectivizaciones forzosas y la represión a los disidentes²¹³.

En cuanto a las relaciones internacionales recogió el pensamiento de Lenin en favor de la coexistencia pacífica, es decir, de abandonar la confrontación entre capitalismo y comunismo ya que inevitablemente triunfaría la sociedad sin clases. Los autores de *La Batalla de Budapest* afirman que Nagy juzgaba innecesario el sistema de bloques si se eliminaba el enfrentamiento²¹⁴. No hay claridad acerca de sus primeras referencias a esta posibilidad, sin embargo, Heller y Feher mencionan que en 1953 “el dirigente sopesaba una opción no integrada en bloques para Hungría”²¹⁵. Al declarar la salida del Pacto de Varsovia y la neutralidad del país definió claramente la posición de Hungría en la Guerra Fría.

Nagy aplicó la coexistencia pacífica al ámbito de las relaciones entre los países, estableciendo, según los autores españoles y el historiador húngaro Szilágyi, cinco principios fundamentales, a saber, respeto de la soberanía, independencia, no injerencia en los asuntos

²¹¹ *Ibidem*, p. 54.

²¹² Rainer, *Imre Nagy: the líder and martyr*, *op. cit.*, p. 22.

²¹³ Ferrero Blanco, “La revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, *op. cit.*, p. 101.

²¹⁴ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 76.

²¹⁵ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 27.

internos de cada Estado, igualdad entre ellos y resolución pacífica de los conflictos²¹⁶. Con estos presupuestos establecía las bases de las relaciones entre los países socialistas, lo que significaba poner término a la sujeción con la Unión Soviética.

Junto a Nagy, la otra figura relevante para comprender los objetivos del levantamiento es el parlamentario y teórico Itsván Bibó, cuyas ideas quedaron registradas en el proyecto de Constitución y en sus declaraciones en el Parlamento. En su propuesta legal su idea fundamental era una Hungría socialista, en la que combinaba un sistema pluripartidista libre, en el que se respetara la libertad y la justicia, con modos de propiedad socializada. Respecto de las relaciones con la Unión Soviética, Ferrero plantea que no postuló una política antisoviética, sólo se refirió a la libre convivencia entre las naciones de Europa del Este. Esta autora considera que es posible que no fuera más explícito, porque en la Asamblea tenía que decir lo “políticamente correcto” y lo “prudente”²¹⁷.

Bibó demostró su defensa de los postulados revolucionarios también con su actuación política. Fue el único parlamentario que decidió quedarse en el edificio del Parlamento cuando fue atacado por los soldados soviéticos el 4 de noviembre, en defensa del gobierno independiente y legítimo de Nagy. Al salir declaró que Hungría había luchado valientemente por su libertad y democracia.

5.3.2. Demandas de los grupos sociales

Días antes del comienzo de la rebelión, la primera fuerza social que presentó sus demandas fueron los estudiantes universitarios en sus 14 Puntos. En ellos, como se expuso anteriormente, reclamaron un cambio del sistema, a través de reivindicaciones que comprendían la política interna y las relaciones exteriores, así también la economía y las condiciones sociales del país. En sus reclamaciones excedían el marco de negociaciones

²¹⁶ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, pp. 77-78.

²¹⁷ Ferrero, “La revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, *op. cit.*, p. 102.

propuesto por el Kremlin, ya que pretendían poner fin a la sujeción respecto de Moscú y establecer una democracia pluripartidista.

La independencia del país era la principal demanda que requerían no sólo los estudiantes, sino todas las fuerzas sociales. Un requisito básico para la recuperación de la soberanía era el retiro de las tropas soviéticas del país. De esta forma, Hungría, como Estado libre, podría establecer un nuevo trato con la Unión Soviética, basado en la igualdad de ambas naciones. Al cumplirse esta condición el país magiar se encontraría en posición de definir sus relaciones exteriores, lo que permitiría restablecer los lazos de amistad con Yugoslavia e instituir un trato equitativo con las restantes democracias populares.

La segunda reivindicación fundamental consistía en el establecimiento de la democracia pluripartidista, con convocatoria a elecciones libres y secretas, lo que significaba poner fin al sistema de partido único e incorporar a la sociedad civil en la vida cívica. Al mismo tiempo, en cuanto a la política interna se demandaba el retorno de Imre Nagy al poder y el fin de la persecución de la población junto al enjuiciamiento de los responsables de la política del terror aplicada por la AVH. El respeto a los derechos humanos implicaba la recuperación de las libertades personales y civiles, entre ellas la libertad de prensa.

En el orden económico exigían nuevas bases para la industria y la agricultura, con una revisión de las normas industriales y de los cupos obligatorios en las cosechas. Simultáneamente pretendían reivindicaciones sociales relativas a la mejora de salarios y al derecho a huelga. El deseo de liberación comprendía también el ámbito de la economía, mediante la exigencia de transparencia en los balances económicos de comercio exterior, especialmente en los planes con el uranio y en la pretensión de poner fin a los precios fijados por Moscú.

Finalmente, apuntaban a la recuperación de la tradición húngara al exigir la restitución de los símbolos patrios –escudo de Kossuth- y de los feriados nacionales -15 de marzo, fecha en la que se celebraba la lucha por la libertad en la Guerra de Independencia de 1848-.

A estos puntos los estudiantes luego incorporaron la salida del Pacto de Varsovia, que tenía directa relación con la independencia del país, y una amnistía para los detenidos por juicios políticos, completándose los 16 Puntos.

A ellos se sumó la Academia Militar, que además requirió reformas relativas a su sector, como el fin de la ley marcial, el desarme de la policía política y también la salida del Pacto de Varsovia.

Otro grupo de influencia fueron los intelectuales que recogieron las demandas políticas y sociales de la mayoría del pueblo. El más destacado fue el Círculo Petöfi, que proponía reformas dentro del modelo socialista. Muchas de ellas coincidían con las demandas estudiantiles, y otras abarcaban aspectos diversos como la autogestión de las fábricas. También fue relevante la Unión de Escritores Húngaros, con similares formulaciones, que además pedía la restitución del Frente Popular Patriótico, las elecciones con voto secreto, relaciones exteriores basadas en la igualdad con la URSS y las democracias populares y el fin de la situación de las minorías nacionales en su país; consideraban que con estas demandas expresaban el sentir de la nación²¹⁸.

Por último, los trabajadores se plegaron a los estudiantes exigiendo una mayor democratización, por medio de la participación en las decisiones en las empresas y agregaron demandas de carácter social, como el aumento de los salarios y la existencia de sindicatos. Muchos de ellos fueron los que encabezaron los distintos comités revolucionarios y consejos.

5.3.3. La organización durante la revolución: comités y consejos

Desde la primera jornada de levantamiento fue claro que el pueblo húngaro buscaba cambios profundos, que exigían una nueva organización del Estado. El mismo día 24 se formaron espontáneamente grupos de autogobierno en las ciudades y fábricas, que se conocen como comités revolucionarios y consejos obreros.

Los comités revolucionarios locales eran contrarios al estalinismo, tanto a los soviéticos como al gobierno húngaro que los apoyaba. En oposición a ellos se constituyeron para dirigir los municipios y provincias, tarea que efectivamente llevaron adelante gracias a la legitimidad que les daba su carácter democrático. Se transformaron en actores políticos

²¹⁸ *Ibidem*, p 105.

protagónicos del proceso revolucionario, y fueron particularmente importantes los de las capitales de provincia, aunque al ser independientes entre sí, no llegaron a constituir un bloque común.

Desde el día 28 de noviembre comenzaron a proliferar por todo el país y pasaron de ser municipales a abarcar diversos sectores de la vida cívica, como los jóvenes, estudiantes, intelectuales, obreros e incluso funcionarios de la organización del Estado.

Al mismo tiempo, paralelos a los comités, surgieron consejos obreros para hacerse cargo de la actividad empresarial. Fueron organizados por los propios trabajadores, lo que demostraba que la rebelión se identificaba con el socialismo. Los consejos vinieron a suplir a los sindicatos que no contaban con una organización propia bajo el sistema estalinista. En un principio su programa se refería a la autogestión en las empresas, las normas de trabajo y la planificación de su producción, con lo cual se establecía un directo control en la administración de éstas. Sin embargo, rápidamente acogieron las reivindicaciones políticas de las restantes fuerzas sociales –democracia y pluripartidismo-. Fue en su actuación en la vida pública donde adquirieron su mayor trascendencia, más allá de lo estrictamente relacionado con sus fábricas.

Al ser la organización legítima surgida del pueblo, fueron reconocidos por el gobierno de Nagy y actuaron durante éste presentando protocolos con las exigencias revolucionarias locales. La autoridad que se atribuyeron rompía con el orden establecido en la organización del Estado y en sus peticiones de independencia sobrepasaban las verdaderas posibilidades del país en su oposición a la URSS.

En un intento de organizar estas instituciones, el Consejo Nacional de Sindicatos los reconoció y les dio directrices para mantener “el orden, la disciplina y la producción”. Los consejos fueron más allá de estas atribuciones y tomaron el control de la mayoría de las fábricas, llamando a la huelga y haciendo demandas políticas al gobierno.

Los consejos se extendieron a todas las instancias de la vida civil, surgieron consejos de vecindad, de estudiantes, de militares (Defensa Nacional), de funcionarios, incluso de “luchar juntos por las calles”. Con ellos, según Ferrero, se generalizó un sistema de

democracia directa y autogobierno en todo el país²¹⁹. Esta proliferación de consejos no significó un descontrol total en la gestión gubernativa, ya que, siguiendo a la misma autora, éstos estaban de acuerdo en el retorno a la legalidad de los partidos políticos, con lo que “surgió esa creación inédita húngara de la coexistencia de consejos y partidos”²²⁰.

5.3.4. Evolución del trasfondo ideológico y político durante los acontecimientos

En el conflicto había claramente una línea común, en cuanto al ideal de libertad, soberanía, independencia, democracia pluripartidista, que garantizara el bienestar social, con respeto a los derechos humanos. En un principio había divergencias entre las reivindicaciones de los manifestantes y Nagy. Sin embargo, ambos bandos radicalizaron sus posiciones a medida que avanzaba la revuelta, identificándose en la lucha por los mismos ideales revolucionarios.

Los estudiantes presentaron sus demandas en los 14 Puntos, recogiendo el pensar y sentir de la mayoría de la población. Cuando las plantearon el 16 de octubre pusieron en tela de juicio el sistema estalinista imperante en el país. El 22 radicalizaban su postura exigiendo la salida de Hungría del Pacto de Varsovia. Las restantes fuerzas sociales respaldaron este requerimiento, incorporándolo a sus reclamaciones. La independencia del país se transformó en un presupuesto básico de la protesta.

Nagy, en cambio, en un principio tenía una posición más moderada, era partidario de las reformas dentro del Partido, lo que significaba mantener la dependencia de Moscú. Pérez Sánchez, que divide su evolución en tres períodos, considera que en esta primera etapa Nagy intentó una conciliación, mediante un pacto nacional que buscara un consenso para llevar a cabo el programa de reformas de 1953²²¹. Al formar el gobierno de coalición, el día 28, aún se mantenía dentro del marco del socialismo reformado, al incorporar a políticos del Frente Popular de 1945-47 al gabinete ministerial. Ferrero considera que Nagy y sus colaboradores

²¹⁹ Ferrero, “La revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, *op. cit.*, p. 109.

²²⁰ *Ibidem*, p. 109.

²²¹ Pérez Sánchez, “El totalitarismo soviético y los derechos humanos”, *op. cit.*, p. 68.

“optaron por luchar por una vía propia al socialismo que incluyera instituciones que combinaran democracia directa y elecciones libres”²²². El viraje hacia la democratización total del país la resolvió el día 30 cuando abandonó el sistema de partido único y organizó los partidos democráticos y reconoció a los consejos obreros y comités revolucionarios como formas de autogobierno. El último paso, según Pérez Sánchez, fue la ruptura con la URSS al declarar la salida del Pacto de Varsovia, que implicaba salir del *statu quo* que mantenía el sistema de bloques desde el fin de la Segunda Guerra Mundial²²³. De esta forma, Nagy se adhería plenamente a las aspiraciones húngaras.

Ferrero sostiene que en su petición de ayuda a la ONU se había fundamentado en que Occidente “había repetido incansablemente desde los Acuerdos de Yalta, que su cometido era el de valedor de las libertades”²²⁴. Las esperanzas de Nagy y de los húngaros se vieron frustradas por otro compromiso de Yalta, la repartición tácita de las áreas de influencia, reforzadas por la Guerra Fría.

Al finalizar la Revolución había consenso en el trasfondo ideológico y político, tanto respecto de las propuestas teóricas como en la defensa de estos principios en el desarrollo de los acontecimientos. Los húngaros se oponían al dominio totalitario soviético y querían ser una nación soberana e independiente. La recuperación de la soberanía era el presupuesto básico para poder autodeterminarse, por ello en las primeras demandas los estudiantes exigieron el retiro de las tropas soviéticas, la salida del Pacto de Varsovia y la neutralidad. La exigencia de igualdad con la Unión Soviética tenía como finalidad poner fin a la injerencia soviética en su política interna e internacional. Esta demanda significaba revisar las relaciones con Yugoslavia y aclarar la política del uranio, poniendo fin a la falta de transparencia y a los abusos del Kremlin en esta materia.

Las bases para una democracia socialista suponían poner término a la capacidad de ejercer dominio de la Unión Soviética. Por ello, se exigió el fin de la ley marcial, el desarme de la policía política, el enjuiciamiento de los responsables de las masacres y la liberación de los detenidos políticos. En concordancia con esto, Nagy decretó un armisticio y una amnistía.

²²² Ferrero, “La revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, *op. cit.*, p. 112.

²²³ Pérez Sánchez, “El totalitarismo soviético y los derechos humanos”, *op. cit.*, p. 68.

²²⁴ Ferrero, “La revolución húngara según la diplomacia española”, *op. cit.*, p. 336.

Por otra parte, resultaba indispensable alejar del gobierno a los representantes del estalinismo, por lo cual los manifestantes pedían a gritos la salida de Gerö, medida que la dirigencia soviética tuvo que tomar para calmar los ánimos. Al mismo tiempo, demandaban la presencia de Nagy en su condición de líder reformista para comprometer el retorno a las reformas y la evolución hacia el socialismo nacional.

En la autogestión de los comités revolucionarios y los consejos se materializó el sistema democrático socialista al que aspiraban los húngaros, ya que se puso en práctica la autogobernación. Djilas sostiene que, con la administración de las empresas por los trabajadores se le quitó el monopolio al Partido sobre las decisiones y los bienes, con lo que se subvertía uno de los principios fundamentales del estalinismo, la apropiación de los bienes estatales y el dominio sobre ellos²²⁵. El gobierno de Frente Popular consolidó esta forma de democracia directa al reconocerlos como órganos de poder dentro del Estado y puso fin a la dictadura de partido único al establecer el pluripartidismo. A esas alturas muy pocos defendían el sistema soviético, lo que demuestra que los húngaros muy mayoritariamente consideraban al estalinismo como un régimen foráneo, ajeno a sus tradiciones, impuesto por la fuerza. En la consecución de los ideales revolucionarios pusieron su mirada en las instituciones occidentales, a las cuales estaban unidos por los lazos de la historia común.

5.4. Posición de la Unión Soviética ante la revolución

La posición de la Unión Soviética durante los acontecimientos fue ambivalente, fluctuó entre su objetivo próximo, que era darle una solución pacífica al conflicto, y su finalidad última, que consistía en mantener a Hungría dentro del sistema soviético.

Desde que estalló la protesta, el día 23 de octubre, el Comité Central del PCUS sesionó casi permanentemente para evaluar la situación húngara. El Politburó moscovita se veía enfrentado a definir el significado que le daría al levantamiento y el modo de ponerle

²²⁵ Milovan Djilas, *La nueva clase. Análisis del sistema comunista*, Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo, México, 1958, p. 25, [en línea]: <http://es.scribd.com/doc/125713884/Milovan-Djilas-La-nueva-clase-pdf>

fin. Había consenso en que había que restaurar el orden en el país magiar. En el Kremlin se temía un contagio revolucionario en las democracias populares a partir del ejemplo húngaro, lo que significaría un menoscabo del dominio soviético sobre Europa del Este, que llevaría a la Unión Soviética a perder la Guerra Fría.

Respecto de la solución había dos caminos posibles, la salida negociada al estilo polaco o la represión violenta. El Kremlin quería evitar el uso de la violencia masiva por el desprestigio internacional que ésta conllevaría. Considerando estas repercusiones internacionales, las autoridades moscovitas optaron por la deliberación, sosteniendo constantes reuniones entre ellos y entablando negociaciones con el POH y con Nagy.

El problema radicaba en que Moscú mantenía una posición ambivalente, ya que junto a esta actitud negociadora aplicaba medidas que la contravenían. Al mismo tiempo que elegía a Nagy para solucionar la crisis, por su cercanía al pueblo, ordenaba el uso de las armas para controlar la manifestación. Aprobaba que se decretara una amnistía y, simultáneamente, se declaraba Ley Marcial. Autorizaba algunas reformas presentadas por el Primer Ministro, acogiendo las reivindicaciones populares, y continuaba sosteniendo que la manifestación era una contrarrevolución, al igual que ordenaba la penetración de las tropas soviéticas en el país y permitía que atacara a la población desarmada. Esta política contradictoria tenía efectos nocivos tanto en los manifestantes como al interior del POH. Los insurrectos, por su parte, radicalizaban sus demandas y en el Partido se agudizaban las divisiones, lo que dificultaba aún más la salida de la crisis.

Békés & Rainer sostienen que para la Unión Soviética un mínimo aceptable era mantener la dirección unificada del partido, que las fuerzas de seguridad fueran eficaces para custodiar el orden, que el ejército fuera leal y que el partido continuara adoctrinando a las masas²²⁶. Como todos estos presupuestos eran transgredidos por la rebelión, la posición de Moscú se veía amenazada. A pesar de ello, el Comité Central del PCUS demostró su intención de buscar una salida negociada al salirse de los límites aceptables para mantener el control, el que se le escapaba de las manos en la medida que la resistencia derrotaba a las tropas soviéticas. El día 28 el propio Suslov autorizó al Comité Político del POH que declarara que la contrarrevolución era una revolución democrática y nacional. Incluso más,

²²⁶ Békés & Rainer, 2006, *op. cit.*

aprobó el programa de reformas de Nagy y la formación de un gobierno de coalición, que reconoció a los órganos de autogobierno. Lo que el Kremlin no miró con buenos ojos fue que Nagy proclamara una Hungría independiente y soberana, con lo que demostraba que se alejaba de las directrices de Moscú.

A pesar de la mayor radicalidad de la postura del Primer Ministro, los dirigentes soviéticos intentaron un esfuerzo más de conciliación, aunque mantenían la represión armada en las calles. El 30 el PCUS reconoció los excesos cometidos en el pasado y estableció un nuevo marco de relaciones entre los países socialistas y la Unión Soviética. Esta declaración no significó un cambio real, ya que las tropas soviéticas continuaron en el territorio húngaro.

Los acontecimientos del día 30 llevaron al Comité Central soviético a decidir la intervención armada dando un giro radical en su política. En el orden interno influyó el hecho que Nagy formó un gobierno de Frente Popular, que puso fin al sistema de partido único, y anunció las bases del Estado independiente y democrático de Hungría. Dentro del bloque fue decisiva la noticia que los rumanos en Timisoara se manifestaban en apoyo de los húngaros, confirmando el peligro de contagio de la revolución. Por último, en el ámbito internacional, al saberse que las tropas francesas y británicas habían invadido el canal de Suez y los israelíes habían ocupado el desierto del Sinaí, las autoridades soviéticas comprendieron que Occidente no impediría su intervención en el país magiar, lo que los dejaba con las manos libres para actuar.

La salida del Pacto de Varsovia y la declaración de neutralidad de Hungría, el 1 de noviembre, agravaron la situación, pero no fueron el factor definitorio para la decisión soviética. El PCUS ya había resuelto la intervención armada y la operación Tornado ya estaba organizada. Moscú actuó con el previo consentimiento de varios dirigentes de otros Partidos comunistas, con lo cual la represión se sustentaba en el respaldo del mundo socialista.

Después del aplastamiento armado la Unión Soviética alcanzaba su objetivo de mantener a Hungría y al bloque oriental bajo su estricto control.

5.5. El significado de la revolución para la política soviética

La democratización de Hungría, agravada con la salida del Pacto de Varsovia y la declaración de neutralidad, fue el elemento determinante en la respuesta represiva de la Unión Soviética, por dos razones fundamentales, a saber, la implicancia política que tendría para el bloque oriental y la importancia estratégica militar de Hungría.

La URSS buscaba preservar la unidad política del bloque con el modelo socialista bajo sus directrices, en oposición a las alternativas presentadas por las potencias occidentales. En efecto, en el contexto de Guerra Fría, su prestigio e influencia en el escenario internacional dependían que subsistiera la aglomeración de países bajo su dirección, más allá de la importancia particular de cada uno de ellos. Una eventual retirada de Hungría sería una señal de debilidad y un desprestigio internacional. Por otro lado, este contexto ya lo había experimentado con la disidencia de la Yugoslavia de Tito, y “el Kremlin no podía arriesgar un nuevo quiebre en el bloque socialista”²²⁷.

En consideración a estas circunstancias, Khrushchov se decidió por mantener la unidad del bloque. A Moscú le preocupaba que, desde que se había iniciado el deshielo después de la muerte de Stalin, Europa del Este vivía en un continuo proceso de inestabilidad. En todas las democracias populares, desde 1953, se habían desarrollado rebeliones contra el totalitarismo soviético, y en todas ellas había aplicado la fuerza militar para controlarlas. Pero, ninguna de éstas había puesto en riesgo el sistema de dominación de la Unión Soviética como la Revolución húngara.

“Lo que el Kremlin no podía tolerar era que el Partido húngaro abandonara su monopolio de poder”²²⁸. Si la Unión Soviética permitía que Hungría pusiera fin al sistema de partido único con la instauración de una democracia pluripartidista nacional, la democracia podría proliferar por todos los países, produciéndose un efecto en cadena en el bloque oriental. Aunque la Revolución húngara no logró sus objetivos, “fue la primera grieta

²²⁷ Valdés & Salazar, *op. cit.*, p.83.

²²⁸ Judt, *op. cit.*, p. 469.

considerable en el poderoso edificio del imperio soviético”²²⁹. Por ello, se entiende que su eventual salida de la órbita amenazaba con provocar la desintegración del mismo.

Estas consideraciones fueron determinantes en la política de represión soviética. Las sublevaciones de Polonia en junio y de Hungría en octubre de 1956 y de Checoslovaquia en 1968 fueron reducidas con la fuerza de las armas para preservar la unidad política del bloque y la mantención del sistema político y social instaurado por el Kremlin en Europa del Este.

Moscú se decidió por la represión teniendo también en cuenta el valor estratégico de Hungría en la plataforma de protección de las fronteras soviéticas. De acuerdo a los estudios de Álvarez Calzada, citados anteriormente, los países del pacto de Varsovia tenían una relevancia estratégica diferente para la Unión Soviética según su posición geopolítica. Mientras Polonia y Alemania eran de la mayor importancia por su colindancia fronteriza, Hungría y Checoslovaquia le seguían en orden de prioridad, porque ambos países limitaban con Austria, desde donde podrían pasar tropas hacia Francia en caso de guerra. Yugoslavia, Rumania y Albania, en cambio, por su lejanía con las fronteras soviéticas y con Occidente tuvieron una mayor independencia en su evolución hacia el socialismo, prueba está que las disidencias en estos países no fueron reprimidas militarmente²³⁰. A Khrushchov no sólo le interesaba mantener a Hungría dentro de su órbita por estos motivos, sino además porque limitaba con países que habían abandonado la dependencia de Moscú. La Yugoslavia de Tito había tomado un camino propio al socialismo y Austria acababa de conseguir su neutralidad al firmarse el tratado de paz con los Aliados, el 15 de mayo de 1955.

Vistas ambas razones, queda sólo la justificación ideológica y jurídica de la intervención militar de la Unión Soviética, que se conoce como tesis de la “soberanía limitada”, contenida en un protocolo secreto del Pacto de Varsovia. Dicha doctrina tenía por objeto “legitimar la intervención en los Estados del bloque soviético que estuvieran en peligro contrarrevolucionario” e impedir la eventual salida de algún país del bloque²³¹. Para ello

²²⁹ Brachfeld, *ob. cit.*, p. 478.

²³⁰ Álvarez Calzada, *op. cit.*, p. 12 y ss.

²³¹ Cristián Garay, “Chile y la Revolución húngara de 1956”, en Cristián Medina, Cristián Garay & Javier Castro, *Polonia, Hungría y Checoslovaquia: las grietas del telón de acero desde Chile*, (en preparación).

autorizaba a la URSS para actuar militarmente “en defensa de las denominadas conquistas del socialismo y del *statu quo* en su zona de influencia”²³².

Así, el Pacto de Varsovia que los revolucionarios querían repudiar “tuvo una función interna tanto o más importante que la externa; a través de él, la URSS iba a poder controlar y reprimir cualquier intento de disidencia dentro de aquellos países respecto a los postulados soviéticos”²³³. Es decir, estaba precisamente para detener el proceso que ellos llevaban a cabo.

A pesar de que el Pacto permitía a la URSS intervenir en los demás países sin que éstos se lo pidiesen, frente al mundo occidental presentó la excusa de haber sido llamada por el gobierno legítimo de Kádár para defenderlo de los revolucionarios. Desarrollaremos este aspecto en el apartado siguiente ya que fue discutido en la ONU.

5.6. Posición del mundo occidental ante la revolución

La opinión pública occidental siguió con gran interés los acontecimientos de la rebelión húngara a través de los medios de comunicación, que mostraron vivas imágenes de lo que estaba ocurriendo. Rápidamente el movimiento húngaro se atrajo simpatías y recibió apoyo en diversas ciudades del mundo, en las que se organizaron debates, concentraciones pacíficas, manifestaciones e incluso hubo actos de hostilidad abierta a los soviéticos, como los ataques a sus embajadas en México y Argentina. Lapierre recuerda que los parisinos se reunieron en los Campos Elíseos y, en apoyo a los insurgentes, gritaban “¡Abajo la URSS!” y “¡Muerte a los comunistas!”²³⁴ Al mismo tiempo, se preparaba el envío de ayuda humanitaria y la acogida de los refugiados que dejaban Hungría.

²³² Martin de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 243.

²³³ Álvarez Calzada, *op. cit.*, p. 4.

²³⁴ Lapierre, *op. cit.*, p. 163.

5.6.1. Actitud de Estados Unidos y Naciones Unidas

El apoyo de las sociedades civiles occidentales no se reflejó en una intervención institucional, ya que los Estados y los organismos internacionales tuvieron una política de no intervención. Nagy solicitó ayuda a Occidente y a las Naciones Unidas pero no recibió respuesta. Los rebeldes creían que recibirían ayuda de Estados Unidos, no obstante, ésta no se materializó. El día 25 de octubre, en una emisión de la radio *Europa Libre* se transmitió un mensaje de respaldo del presidente Dwight Eisenhower a los revolucionarios, lo que los hizo pensar que contarían con apoyo militar norteamericano ante las agresiones soviéticas. Estas erradas expectativas, por lo que sabemos, podrían explicarse desde dos puntos de vista. Judt comenta que los locutores de esta radio eran refugiados aficionados, los que seguramente entusiasmados con los acontecimientos de Hungría alentaron a los insurrectos más de la cuenta²³⁵. Lewis Gaddis, por otra parte, revela que la emisora era financiada por la CIA, pero mal supervisada, por lo que la Agencia “admitió en privado que se había excedido en este caso, si bien públicamente apenas mostró su malestar”²³⁶.

Las razones de esta abstención tienen su explicación en la situación interna de Estados Unidos y en el contexto de la Guerra Fría. Eisenhower no quiso involucrarse en el enfrentamiento húngaro ante la inminencia de las elecciones, porque un conflicto con la Unión Soviética podría perjudicar su posible reelección. No obstante, la razón más poderosa en su postura fue la consideración que en el mundo de bipolaridad cada bloque respetaba las áreas de influencia de su adversario. Desde los inicios de la confrontación se había establecido el principio tácito que cada potencia rectora respetaba a la otra la plena libertad para actuar en su bloque. El apoyo norteamericano, según Garay era “retórica vacía”, porque Estados Unidos sabía que no podía intervenir en la zona soviética²³⁷.

Por otra parte, en Washington había una opinión generalizada que no se podía responder con una intervención armada directa en Hungría. El Secretario de Estado John

²³⁵ Judt, *op. cit.*, p. 468.

²³⁶ Gaddis, *op. cit.*, p. 178.

²³⁷ Garay, *op. cit.*

Foster Dulles manifestaba este sentir expresando que “desencadenaría una guerra mundial con el probable resultado de eliminar a todo el mundo”²³⁸.

Los representantes del levantamiento confiaban en que las potencias occidentales los ayudarían a través de la ONU, por lo que gestionaron para ello ante los Estados Unidos y el Reino Unido. Ambos países, junto con Francia, presentaron una moción al Consejo de Seguridad del organismo, afirmando que la URSS violaba el tratado de paz de 1947 al no respetar la soberanía húngara. El representante soviético se opuso argumentando que era una rebelión armada clandestina y que la intromisión de otros países iba contra el principio de no injerencia en asuntos de terceros países. Con su veto, lo único que pudo hacer el Consejo fue una condena moral.

Durante el desarrollo del conflicto las potencias occidentales continuaban gestionando para que el tema se tratara en la ONU, y lo lograron a pesar de las maniobras de la diplomacia soviética. Hubo una sesión extraordinaria para analizar el “caso húngaro” el 28 de noviembre, a la que asistió especialmente el Presidente norteamericano. Durante el desarrollo de los acontecimientos de la rebelión tuvieron lugar en la ONU cinco sesiones en las que se discutió el problema de Hungría.

Durante éstas, la URSS insistió en que su país actuaba en ayuda del gobierno legítimo de Kádár, quien había solicitado su intervención, por lo que no existía la tal “cuestión húngara”. Su postura fue apoyada por los embajadores de Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria y Albania, todos ellos miembros del Pacto de Varsovia. A pesar de sus alegatos, la Resolución final de la Asamblea General condenó la intervención armada y ordenó que se retirasen las tropas soviéticas de Hungría, además de dejar libre a este país para buscar su propio régimen político y forma de gobierno.

El mismo Kádár protestó ante la ONU por su intromisión, presentándose a sí mismo como el Primer Ministro y único representante legal de su país. Con esto seguía la estrategia

²³⁸ Acerca de esta entrevista se cuentan sólo con las siguientes referencias citadas por el autor: Entrevista de televisión, *CNN Cold War*, Episodio 7, *After Stalin*, en Gaddis, *op.cit.*, p. 191.

soviética de quitar toda legitimidad al levantamiento y a las declaraciones de neutralidad de Nagy. Sin embargo, la mayoría de los países rechazó sus alegatos²³⁹.

Así, el organismo emitió una condena, pero, a pesar de la magnitud de los hechos, no surgió una decisión en favor de intervenir. Es importante destacar que por la estructura interna del organismo era imposible que resultara una respuesta más categórica, así como tampoco la hubo en las siguientes tensiones de la Guerra Fría. En efecto, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China tenían el derecho a veto en el Consejo de Seguridad, y al tener intereses antagónicos e incluso un concepto opuesto de *justicia*, no hubo acuerdos contundentes ni condenas a los abusos de ambos bloques²⁴⁰. Las potencias capitalistas no tenían una intención real de intervenir.

La ONU, concluye Ferrero, mantuvo la misma posición de no intromisión que los Estados Unidos, fundamentalmente con el fin de respetar el “derecho” de la Unión Soviética sobre su área de influencia. En su desinterés también influyó la declaración de neutralidad anunciada por Nagy, que significaba que ya no pertenecía al Pacto de Varsovia pero tampoco se incorporaría a la OTAN²⁴¹.

5.6.2. Conflicto de Suez

Un factor externo al conflicto húngaro resultaría determinante en su desarrollo. En la ONU el caso húngaro fue relegado a segundo plano, porque, fatalmente para Hungría, coincidió con la invasión franco-británica al canal de Suez y la ocupación del desierto del Sinaí por Israel el 5 de noviembre de 1956. La invasión del canal por Francia y Gran Bretaña se produjo como reacción a la decisión del presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, de nacionalizarlo. El canal se había construido en 1859 con capital francés y egipcio, pero, en

²³⁹ El desarrollo de la cuestión húngara en la ONU ha sido tomado principalmente de Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 243-249. También en Garay, C., *op. cit.*

²⁴⁰ Gaddis, *op. cit.*, pp. 170-171. En palabras del autor, “difícilmente puede sorprendernos que Naciones Unidas funcionara más como una sociedad de debate que como una organización capaz de establecer unos principios de obligado cumplimiento para los estados”.

²⁴¹ Ferrero, “La crisis del socialismo real”, *op.cit.*, p. 80.

1875, Egipto vendió su parte a Gran Bretaña, con lo cual, ambos países se transformaron en los socios mayoritarios de las acciones del canal y en los principales favorecidos del petróleo que circulaba por ahí. Por lo tanto, la medida de Nasser perjudicaba sus intereses financieros, a pesar que el presidente egipcio se había comprometido a indemnizarlos y a garantizar la libre circulación por éste.

El problema no radicaba solamente en el conflicto por el canal, las relaciones entre el bloque occidental y Egipto se venían tensionando desde unos años atrás. Después de la guerra árabe-israelí de 1948, en la que el ejército egipcio fue derrotado por los judíos, junto a todos sus aliados, Nasser, en su calidad de jefe militar de su país, decidió modernizarlo. En vista que Gran Bretaña le negó el financiamiento, Nasser consiguió ayuda de la Unión Soviética. Mammarella sostiene que, de esta forma, Moscú pudo permanecer en el trasfondo de la política de la zona²⁴². En cambio, la posición de los Aliados occidentales se iba debilitando, a pesar, del interés que, según Ferrero, tenía Estados Unidos por “estar presente en Próximo Oriente tanto por los intereses comerciales, como por neutralizar la intervención de la Unión Soviética, que tenía un acuerdo firmado con Nasser desde 1948 [para el financiamiento del ejército]”²⁴³.

Desde que este jefe militar asumió el poder en 1954, el trato mutuo se tensionaría aún más por la política socialista y panarábiga de Nasser. Por una parte, en 1955 había comprado armas a Checoslovaquia, causando desconfianza en el bloque occidental. Por otro lado, apoyaba decididamente a los países árabes contra Israel, a raíz del descrédito que había suscitado la derrota en la guerra de 1948, fomentando la incursión de guerrillas en territorio judío. Este patrocinio preocupaba a los países occidentales, especialmente a los estadounidenses, porque Israel era el baluarte contra la expansión soviética en la zona. En consecuencia, cuando, en 1956, Nasser solicitó ayuda financiera a Estados Unidos para la construcción de la presa de Asuán, los norteamericanos se negaron a respaldarlo. En vista de esta negativa, Nasser resolvió la nacionalización del canal y, al mismo tiempo, bloqueó la entrada a los estrechos del Tirán, que daban acceso al principal puerto israelí de Eilat. Ante esta situación, Gran Bretaña y Francia iniciaron negociaciones con Israel para invadir el canal

²⁴² Mammarella, *op. cit.*, p. 179.

²⁴³ Ferrero, “La crisis del socialismo real”, *op. cit.*, p. 80.

y el desierto del Sinaí. Dichas conversaciones se iniciaron cuando comenzaba el levantamiento en Hungría. Por lo tanto, según Judt, cuando Khrushchov evaluaba la intervención, el 28, tuvo presente en su decisión que el conflicto de Suez favorecía su libertad de acción, porque los franco-británicos estarían ocupados en el problema egipcio²⁴⁴. El 4 de noviembre tuvo lugar la invasión conjunta y, aunque los soldados franco-británicos vencieron a los egipcios y los israelíes dominaron la península del Sinaí, ambos ejércitos debieron abandonar el territorio vencido, porque Estados Unidos y Naciones Unidas, respectivamente, los obligaron a retirarse.

Como la planificación del ataque a los húngaros se comenzó el 29 de octubre, “la crisis del canal de Suez eclipsó la situación del país magiar. Los soviéticos aprovecharon esta distracción y emplearon toda su fuerza para eliminar a los rebeldes...”²⁴⁵ La simultaneidad de ambos acontecimientos –la represión sangrienta de la rebelión húngara y la invasión de Suez- dio libertad a la Unión Soviética para actuar indiscriminadamente en Hungría. De esta forma, esta coincidencia distraía la atención del mundo.

A diferencia del caso húngaro, los actores internacionales representaron inmediatamente su oposición a la actuación franco-británica. Estados Unidos y las Naciones Unidas presionaron a los invasores a retirarse y la Unión Soviética condenó la agresión y amenazó con un ataque de misiles a Londres y París. En cumplimiento de esta exigencia el ejército invasor abandonó el lugar el 7 de noviembre y la ONU envió tropas para garantizar el término de las hostilidades.

El desenlace del conflicto de Suez permitió un respiro a nivel internacional, ya que el mundo se había salvado de una posible tercera guerra mundial, que hubiera sido desastrosa por su capacidad atómica. Sin embargo, el problema de Suez influyó en la posición de los bloques en el mundo de la Guerra Fría. Aunque se mantuvo el *statu quo*, los Aliados occidentales perdieron reputación por sus discrepancias internas mientras Moscú fortaleció su posición. Aunque Nasser sufrió una derrota militar, triunfó políticamente al obtener el control sobre el canal, con lo que aumentaba su prestigio y podía seguir avanzando en su

²⁴⁴ Judt, *op. cit.*, p. 468.

²⁴⁵ Palma, *op. cit.*, p. 88.

panarabismo, fortaleciendo así la influencia de la Unión Soviética en Medio Oriente. Por otra parte, con la brutal represión en Hungría, Moscú sellaba su dominio sobre Europa del Este.

5.7. La realidad manifestada por la crisis

La Revolución húngara, aunque fue reprimida por las armas y, por ende, no logró sus objetivos, los hechos de estas jornadas manifestaron procesos y situaciones sociopolíticas que permanecían desconocidas o se trataban de ocultar.

Dentro del contexto de la Guerra Fría, la URSS se presentaba como la potencia hegemónica dentro de un bloque de países aliados que pertenecían a él por voluntad de sus pueblos. Cada uno de ellos estaba organizado como República, basada en un socialismo de los trabajadores, principales beneficiados de este sistema en contraposición al modelo capitalista burgués. La Revolución húngara y la violenta respuesta soviética pusieron en tela de juicio la veracidad de esta imagen del mundo socialista y de la promesa que hacía tanto a los pueblos que lo conformaban como al resto del mundo. En el marco del revisionismo post estalinista, abría la interrogante sobre la verdadera renovación de las Repúblicas del Este.

En primer lugar, la injerencia de la URSS en la política interna húngara dejó de manifiesto que los países hermanos y aliados no eran tales. Al impedirle la resolución interna del conflicto violó su soberanía y actuó con la política imperialista de que era acusada en Occidente. Si bien esta injerencia era parte de la comunistización, desarrollada en el tercer capítulo, la propaganda soviética presentaba otra realidad, por lo que en principio muchos revolucionarios y el mismo Nagy creyeron posible que se podría reformar el sistema y que Moscú respetaría su soberanía. Sin embargo, comprendieron su error cuando el Kremlin les impidió abandonar el Pacto de Varsovia, que resultó ser una suerte de protectorado militar.

Un segundo aspecto relevante es la reforma política y social que se llevaba a cabo con la desestalinización. Si en un principio algunos sectores habían encontrado espacio para programas de reformas, como el propio Nagy antes de la Revolución, con el desenlace de la crisis se cuestionó cuánto cambiaría realmente el sistema de las Repúblicas del bloque. En efecto, la llegada de Kádár al poder fue una señal clara de que volvía a endurecerse la política

interna. No sólo se persiguió a los involucrados en el levantamiento, sino también se menoscabaron las libertades. Un ejemplo claro de ello fue la represión asestada en los días posteriores a la intervención a los periodistas y medios “que trataron de crear una prensa democrática y responsable, auténticamente libre, que defendiera la verdad y los derechos civiles del individuo”²⁴⁶. Esta realidad puso de manifiesto que la Unión Soviética no permitiría poner en riesgo su dominio imperialista sobre Europa del Este. En lo esencial cabe preguntarse si el sistema resistía las reformas tan esperadas.

Finalmente, la cohesión y poderío militar del bloque se manifestaron profundamente erosionados. En efecto, la rebelión fue apoyada por el Ejército húngaro con armas dadas por la misma URSS, y quedó la duda de qué tan leales serían los aliados con que había pactado. Este cuestionamiento interpela con más fuerza si se considera que los ejércitos de los países satelizados fueron, como explica Álvarez Calzada, *endoctrinados* por los soviéticos. Los soldados recibieron adoctrinamiento tendiente a que fuesen difusores y defensores del sistema comunista. “Sus partidos comunistas penetraron profundamente en las estructuras de los ejércitos nacionales para asegurarse su lealtad al nuevo orden político establecido”²⁴⁷.

En un nivel más profundo, las jornadas revolucionarias hicieron temblar otro pilar del socialismo soviético, esto es, el ser un gobierno de los trabajadores nacido del mismo pueblo. El movimiento comenzó como una manifestación de estudiantes y obreros, que fueron silenciados y reprimidos por la fuerza. Sus reivindicaciones no fueron consideradas y se disolvieron las asociaciones nacidas espontáneamente de ellos. Aunque los prosoviéticos alegaran que era una rebelión contrarrevolucionaria, se hizo evidente que el Gobierno Húngaro Revolucionario de Obreros y Campesinos no representaba a los sectores invocados en su mismo nombre. Si el Partido-Estado se consideraba como el único garante de los derechos de los trabajadores, con la represión se demostró el escaso respeto de la Unión Soviética a los derechos humanos. Al final de cuentas, como concluye Pérez Sánchez, vino a “mostrar los límites de la retórica sobre la superioridad socialista respecto a los derechos liberal-burgueses”²⁴⁸.

²⁴⁶ Antony Buzek, *Prensa e Ideología*, Editorial Marymar, Buenos Aires, 1967, p. 128

²⁴⁷ Álvarez Calzada, *op. cit.*, p. 8.

²⁴⁸ Pérez Sánchez, “El totalitarismo soviético y los derechos humanos”, *op. cit.*, p. 71.

5.8. Repercusiones de la crisis

La forma en que se desarrolló el conflicto y la intervención soviética produjeron diversas reacciones que modificaron el panorama al interior de Hungría y del bloque, además de algunas repercusiones en el mundo occidental.

En Hungría, en lo inmediato, con la subida de Kádár comenzó una amplia represión a los implicados en los movimientos subversivos, muchos de los que fueron condenados, otros, ejecutados por instrucciones personales de Khrushchov, y centenares dejaron el país como refugiados para evitar las represalias. Desde la manera de enfrentar la crisis hasta la reacción posterior evidenciaban que la vida nacional estaría progresivamente sujeta a las directrices soviéticas. De hecho, el apoyo dado al nuevo Primer Ministro se debía, en palabras de Bogdan, a que “representaba seguridad para la URSS ya que había estado encarcelado por titoísta, y eso aseguraba que no incurriría en un nuevo desviacionismo”.²⁴⁹ Al inaugurarse la nueva administración se cerraron las fronteras, se limitó la prensa, la oposición política y los derechos civiles, y se perdió toda esperanza de las reformas post estalinistas que se planteaban antes de la revuelta. En el corto plazo, la rebelión fue un retroceso para las aspiraciones magiars. Queda pendiente responder cuál fue el futuro de los ideales revolucionarios durante los 30 años del gobierno prosoviético de Kádár. Considerando que el tema de la tesis es averiguar si hubo rebrotes de la Revolución, la respuesta a esta interrogante se desarrollará en el análisis de su administración.

Como era de suponer, los acontecimientos húngaros repercutieron entre los demás países del bloque. Influyó directamente en la resolución pacífica del conflicto polaco que se desarrollaba en paralelo, pues dicho pueblo temió acabar con una represión como la sufrida por sus vecinos. La gran diferencia entre ambas rebeliones fue la capacidad del POUP de superar sus divergencias y llegar a acuerdos con el PCUS que permitieron darle una salida a la sublevación sin derramamiento de sangre. A fines de 1956 se firmó un tratado polaco-soviético mediante el cual Polonia se comprometía a mantener la lealtad a la Unión Soviética y Moscú se aseguraba la permanencia de sus tropas en el país. De esta forma, se pactaba una “vía polaca al socialismo”, dirigida por Gomulka. Sin embargo, en opinión de Medina, en la

²⁴⁹ Bogdan, *op. cit.*, p. 31.

práctica el líder reformista abandonó las aspiraciones populares y retomó la senda de la soviétización²⁵⁰.

Considerando el proceso político global del bloque, quedaron en evidencia los límites del revisionismo post estalinista y quedó patente que los países podían aspirar a reformas bastante limitadas. Valdés y Salazar señalan que en 1957 se estableció “una ofensiva total en contra del revisionismo marxista”²⁵¹, cuando la Conferencia de Partidos Comunistas lo condenó, calificándolo peyorativamente, como la mayor amenaza para el socialismo real.

Por otra parte, los países satelizados comprendieron que las puertas de la desestalinización se cerraban. Judt comenta que la represión dejó un ambiente de desilusión no sólo entre los magiares, sino en los demás países de Europa del Este, ya que recuerda que “tras la revolución de Hungría el sentimiento predominante era de amarga resignación”²⁵².

Aunque la desestalinización había llegado a su fin, en el período posterior al levantamiento magiar hubo varias manifestaciones de oposición al totalitarismo soviético. Sin embargo, ninguna de ellas tuvo la magnitud ni significación que la Revolución Húngara de 1956. Sólo la “Primavera de Praga” de 1968 tuvo mayor relevancia y no logró prosperar porque fue aplastada muy rápidamente. Tanto los checoslovacos habían aprendido del ejemplo húngaro, frenando su ímpetu revolucionario, como las autoridades soviéticas, que reaccionaron prontamente evitando que esta sublevación tomara vuelo. Aunque después del aplastamiento de la rebelión en Checoslovaquia se acentuó el intervencionismo soviético en las democracias populares, las convulsiones sociales no cesaron en los países de Europa del Este.

Con la aniquilación de la rebelión en Hungría quedó manifiesto que la vinculación de los distintos países al Pacto de Varsovia era una tutela militar de la que no podían emanciparse. En el mismo sentido, la URSS estrechó los lazos de dependencia de los países satélites a través de diversas medidas. En 1962 levantó el muro de Berlín para evitar el paso de los alemanes orientales hacia Occidente, “reafirmando la política de Stalin de aislar

²⁵⁰ Medina, *op. cit.*

²⁵¹ Valdés & Salazar, *op. cit.*, p. 84.

²⁵² Judt, *op. cit.*, p. 473.

política, económica y militarmente Europa Oriental, formando la Cortina de Hierro”²⁵³. Por otra parte, según Bogdan, reforzó la relación de dependencia económica elaborando un programa de desarrollo en el que cada país tuvo el monopolio en la producción de un producto²⁵⁴. En 1960, Hungría era el sexto productor mundial de autobuses.

La influencia de la revolución en el mundo occidental tuvo más relación con el efecto que produjo la represión que los acontecimientos revolucionarios en sí mismos. A partir de ésta, Judt considera que el comunismo se vio identificado con la intervención²⁵⁵. Algunos intelectuales comunistas franceses firmaron una declaración condenando la actuación soviética²⁵⁶. El resultado se hizo sentir en dos áreas. En el ámbito político, influyó negativamente en cuanto se produjo un rechazo al modelo soviético, como plantea Békés, y, en el plano intelectual, el pensamiento de izquierda perdió su valoración, lo que se tradujo en un retroceso de los partidos socialistas y socialdemócratas y el surgimiento de una nueva tendencia socialista, el *eurocomunismo*.

En las relaciones Este-Oeste, en cambio, la Revolución no significó un cambio, porque la crisis húngara fue una fisura dentro del mundo socialista y no un conflicto entre bloques. Al contrario, aunque los húngaros cuestionaron el sistema acordado en Yalta acerca de las áreas de influencia, la rebelión reforzó la Guerra Fría con la consolidación del poder soviético y la no intervención de los países e instituciones adheridas al bloque occidental.

El gran aporte de la Revolución húngara fue dar las bases para la erosión del sistema, cuya decadencia se fue haciendo inminente ante la descomposición generalizada y la presión popular por reformas reales, como veremos más adelante. Si bien la desintegración del socialismo real tuvo lugar recién en 1989, algunos intelectuales contemporáneos a la Revolución visualizaron la transcendencia del octubre húngaro. Al año siguiente del levantamiento, dentro del mundo socialista, Milovan Djilas, un cercano colaborador de Tito en el gobierno comunista de Yugoslavia, sostenía que las aspiraciones de libertad en los países de Europa oriental tendrían que adquirir mayor ímpetu. Decepcionado del sistema

²⁵³Judt, *op. cit.*, p. 84.

²⁵⁴Bogdan, *op. cit.*, p. 313.

²⁵⁵Judt, *op. cit.*, p. 473.

²⁵⁶La mención a esta declaración se encuentra en Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 240-241. Los firmantes fueron Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Roger Vaillant y Claude Roy.

opresivo impuesto por los regímenes comunistas consideraba que estas pretensiones podrían retardarse por la presión de la Unión Soviética y el temor de la población, “pero no se las puede suprimir”²⁵⁷. En el mundo occidental, Hannah Arendt fue una de las voces que advirtió los efectos que podría tener la rebelión húngara. Congdon cita a la filósofa política alemana recordando que vio en la Revolución no sólo una derrota sino un signo de esperanza para el futuro²⁵⁸.

²⁵⁷ Milovan Djilas, *La Nueva Clase. Un análisis del régimen comunista*, traducción de Luis Echávarri, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1957, p. 203.

²⁵⁸ La opinión de Arendt se encuentra en Lee Congdon, *The opinions of non-Hungarians personalities on the Hungarian Revolution of 1956*, Bulletins on 1956 N° 3, Atlantic Research & Publication Public Foundation, Budapest, 2006, p. 6.

6. Kádár y el *kadarismo*

El anuncio del nuevo gobierno a cargo de Kádár produjo gran descontento y desconfianza en la población húngara. Kádár era reconocido como un antiguo miembro del PC húngaro y un estalinista duro desde el Frente Popular en la posguerra. En 1945 había organizado la policía secreta y había dirigido la represión y tortura sin medida. Tras la represión se le identificaba como un traidor de la causa húngara, ya que, en un principio había apoyado a Nagy y el levantamiento y, luego, les había dado la espalda para abanderarse con la dirigencia soviética y el totalitarismo.

Para el PCUS, en cambio, se presentaba como una carta segura para reprimir la rebelión y restablecer el orden comunista, en vista que, como antiguo represaliado de las purgas rakesistas, se suponía que no incurriría en un “desviacionismo titoísta”. Después de su paso por la cárcel, entre 1951 y 1953, se podía intuir que mantendría su lealtad a Moscú. Así, se transformaría, en palabras de Paramio, en el hombre clave para la restauración del sistema soviético²⁵⁹.

Su gobierno se desarrolló en dos períodos. El primero se caracterizó por la represión y consolidación que siguieron a la rebelión, el que se extendió desde el 12 de noviembre de 1956 hasta el 28 de enero de 1958, cuando fue reemplazado por su íntimo colaborador Münnich. Posteriormente, volvió al poder como Primer Ministro entre 1961 y 1965. Desde ahí en adelante siguió a cargo del Gobierno como Primer Secretario del Partido hasta que tuvo que renunciar en 1988.

²⁵⁹ Ludolfo Paramio, “Transición y consolidación de la democracia en Hungría”, en *La transición en Hungría*. (Mesa Redonda). Ponencia presentada en Seminario sobre la transición y consolidación democráticas 2001-2002, FRIDE, Madrid, 2002, p. 8. [en línea].

6.1. Primer período: represión y consolidación (1956 – 1958)

Cuando Kádár asumió como Primer Ministro aún seguía el desorden en el país y la violencia prolongada de las jornadas revolucionarias, a pesar de los anuncios de represalias del nuevo gobierno. Esta primera etapa se define por dos características, la represión y la “consolidación del gobierno”²⁶⁰. El gran desafío de la administración prosoviética era restablecer el orden y tratar de ganar legitimidad tanto ante la Unión Soviética y los países soviéticos como atrayendo partidarios en el pueblo. Ambas motivaciones fueron el punto de arranque de las medidas que implementaría en este período.

A pesar de las jornadas de violencia protagonizadas por el Ejército soviético para aplastar la rebelión, los magiares no claudicaron de ella tan prontamente. Durante los meses de noviembre y diciembre trataron de mantenerla viva de diferentes maneras. Miklós Lambrecht recuerda que los húngaros presentaban resistencia para “hacerle ver al mundo que no nos resignábamos a dejar que los rusos aplastaran la revolución en Hungría...”²⁶¹. Por este motivo, puede decirse que en este período hubo rebrotes revolucionarios.

El 20 de noviembre aún 3 de cada 4 trabajadores de la capital seguían en huelga, haciendo peligrar incluso la supervivencia por el desabastecimiento. Tanto es así que Ferrero sostiene que “En Moscú se había comenzado a dudar de la viabilidad del gobierno”²⁶².

El pueblo, por su parte, se mantenía activo oponiéndose a las medidas represivas del gobierno a través de manifestaciones pacíficas, especialmente en las fechas emblemáticas del levantamiento. El 23 de noviembre, justo un mes después del inicio de la rebelión, el Consejo Obrero Central de Budapest convocó a una protesta silenciosa en oposición al hecho que Kádár negó autorización para la formación de un Consejo Obrero Nacional. “Entre las dos y las tres de la tarde las calles de Budapest quedaron desiertas para honrar a quienes habían dado su vida por la libertad, la dignidad y la justicia de todo un pueblo...”²⁶³. Los

²⁶⁰ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 218.

²⁶¹ Testimonio de Miklós Lambrecht, en Martos, *op. cit.* Adhirió a la rebelión al atender en su calidad de médico a los heridos, por lo que fue condenado a prisión en 1957.

²⁶² Ferrero, “La revolución húngara según la diplomacia española”, *op. cit.*, p. 346.

²⁶³ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 270. En el mismo sentido, Martos, *op. cit.*

intelectuales, por su parte, escribieron un manifiesto en el que dieron a conocer la situación que se vivía en el país y declararon su apoyo a los que mantenían la lucha.

Los comités locales y consejos obreros, por su parte, continuaban operativos disputando sus atribuciones al Gobierno y manteniendo las huelgas y el desorden.

Para evitar el colapso económico y el desprestigio internacional, Kádár intentó negociar con todas las fuerzas participantes en la revolución –partidos políticos, consejos obreros, comités y personas influyentes-. Pero, fracasó porque exigía su subordinación al Partido mientras los rebeldes mantenían las exigencias revolucionarias de pluripartidismo, retiro de las tropas soviéticas e incluso el regreso de Nagy al poder, todas ellas pretensiones inaceptables para el prosoviético Kádár.

El nuevo Primer Ministro decidió imponerse por la fuerza y apresó a varios dirigentes de los comités y consejos, iniciando una ola de represión con el apoyo de la policía política, que retomaba su rol opresivo. En oposición a esto las mujeres protagonizaron una protesta silenciosa, vistiendo de luto, llevaron una flor al monumento al Soldado Desconocido, en la plaza de los Héroes, en recuerdo de los mártires anónimos caídos en la insurrección. Esta manifestación tuvo lugar el 4 de diciembre, día en el que se conmemoraba un mes del comienzo de la operación “Tornado”.

En cada uno de estos actos, la policía aplicaba la violencia deteniendo a los manifestantes e, incluso, usando las armas para disolverlos. El día 6 disparó a los que se opusieron a una contramanifestación organizada por el Comité Central del POSH.

El gobierno intentaba imponer el orden mientras la población se negaba a enterrar la rebelión. Los húngaros aún mantenían la esperanza que los ideales revolucionarios se abrieran camino en el país. Esta expectativa se empañaba con la persecución emprendida por la nueva autoridad. A pesar de ello, los trabajadores mantenían la desobediencia, el Consejo Obrero Central convocó a una huelga general el día 8. Kádár, previendo que tendría un amplio respaldo, disolvió los comités y los consejos y el 11 de diciembre decretó “estado de excepción”²⁶⁴.

²⁶⁴ Martin de la Guardia, Pérez S., Szilágyi, *op. cit.*, p. 273.

No obstante las consecuencias que implicaba esta disposición, las manifestaciones en contra del gobierno continuaban, especialmente en las fábricas. Kádár hizo uso del estado militar que había anunciado y en los ataques a la población se arrojó un saldo de cientos de muertos.

Con la información que se tenía a la mano en ese entonces, Arendt llegó a la conclusión que la brutal reacción soviética la había realizado el ejército, lo que manifestaba un cambio en el equilibrio de poder, propio de la política de Khrushchov. Al no intervenir la policía política hubo una ruptura del imperio policiaco propio del totalitarismo de Stalin. En palabras de la autora:

“el sangriento aplastamiento de la revolución, terrible y efectivo como fue, había sido realizado por unidades del Ejército regular y no por tropas de la policía, y la consecuencia fue que en manera alguna constituyó una típica solución staliniana. Aunque la operación militar fue seguida por la ejecución de los dirigentes y el encarcelamiento de millares de personas, no hubo una deportación en general del pueblo; en realidad, no se realizó intento de despoblar el país. Y como ésta era una operación militar y no una operación policiaca, los soviéticos pudieron permitirse el enviar ayuda suficiente al país derrotado para impedir el hambre generalizada y para conjurar el completo colapso de la economía en el año que siguió a la revolución. Nada, seguramente, hubiera estado más lejos de la mente de Stalin en circunstancias parecidas”²⁶⁵.

Sin embargo, con la desclasificación de los archivos después de la caída del comunismo, los autores de *La Batalla de Budapest* constataron que “...la policía política, también con la ayuda de la URSS, se encargó de impedir mediante una represión sin cuartel el rebrote del movimiento insurreccional”²⁶⁶. Con Kádár la restablecida AVO volvía a usar los mismos métodos represivos de antes.

La represión tuvo por objeto la represalia de los revolucionarios y restaurar el orden socialista prosoviético, extendiéndose desde el fin de la rebelión hasta la amnistía general de

²⁶⁵ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Volumen 3, traducción de Guillermo Solana, 2ª edición, Editorial Alianza, Madrid, 1987, p. 472-473.

²⁶⁶ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 273.

1963. Bogdan y Garay coinciden en que el gobierno mantuvo la línea de considerar el levantamiento como una insurrección contrarrevolucionaria²⁶⁷, por este motivo se dirigió contra los líderes del levantamiento, los dirigentes de comités y consejos, y los intelectuales, pero acabó involucrando a decenas de miles de personas. La población fue altamente diezmada mediante encarcelamientos, ejecuciones, internamientos en campos de concentración, además de la ola de refugiados que salió del país, la que ascendió a 200 mil húngaros.

Mientras se perseguía a los insurrectos se decidía el futuro de los líderes revolucionarios. El 23 de noviembre, Kádár deportó a Nagy y sus colaboradores a Rumania, a pesar que se había comprometido con la familia a garantizar su inmunidad, como recuerda su nieta Katalin Ianos²⁶⁸. Mientras István Bibó y Árpád Göncz, futuro presidente del país, fueron sentenciados a cadena perpetua, Imre Nagy, Pál Maleter, Jozsef Szilágyi y Miklós Gimes fueron condenados a muerte por alta traición después de un juicio bastante dudoso. Nagy se negó a retractarse de los cargos que se le formularon, a pesar que podría haber salvado su vida. Con esta decisión optaba por reivindicar los ideales revolucionarios. Tanto él como sus colaboradores fueron ejecutados el 16 de junio de 1958.

“El balance final de la represión fue sobrecogedor. Los últimos estudios avalados por el “Instituto 1956” amplían el número de represaliados en los procesos políticos a unos 100.000, de los cuales 26.000 fueron procesados, 22.000 condenados a prisión (13.000 enviados a campos de concentración) y unos 230 ejecutados. No olvidemos que la brutalidad y la envergadura de estos juicios masivos, de estos encarcelamientos y ejecuciones, se produjeron cuando las secuelas de la política estalinista habían desaparecido teóricamente...”²⁶⁹. El régimen demostraba abiertamente su carácter totalitario y represivo.

A fines de diciembre Kádár lograba su objetivo de poner orden con el coste de propagar el terror en la población. María Jávorcánszky recuerda que en “los subsiguientes años de dictadura los adultos evitaban hablar frente a los niños por miedo a que éstos contaran

²⁶⁷ Bogdan, *op. cit.*, p. 316 y Garay, *op. cit.*

²⁶⁸ El testimonio de Katalin Ianos puede verse en *1956: el otoño húngaro*. Documental RTVE, *op. cit.*

²⁶⁹ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 265.

cosas comprometedoras fuera del hogar”²⁷⁰. De esta forma, a través del miedo se logró amordazar la rebelión.

Después de someter a la población, el Primer Ministro avanzó más decididamente en la recuperación del control del país. La reorganización del Estado pudo consolidarse al finalizar la represión, que restableció el sistema soviético.

En el ámbito político, Kádár mantuvo la estructura del partido único, con el poder concentrado en su persona y en el Partido. Apartó del aparataje estatal a todos los que habían sido seguidores de Nagy y, en la práctica, cortó la carrera de los que no habían tomado posición por ninguno de los dos. Considerando la escisión del partido después la revolución, acabó, según Békés y Rainer, apoyándose en los que seguían la línea del estalinismo rakosista²⁷¹.

Al restituir el rígido régimen monolítico soviético puso “fin a la iniciativa civil”, con lo que se restringieron las organizaciones fuera del Partido y las concentraciones públicas²⁷². En las elecciones se volvió a la lista única del Frente Patriótico Popular y se disolvió las organizaciones independientes. Los sindicatos volvieron a quedar sometidos a la normativa del POSH. Las asociaciones de escritores y estudiantes fueron disueltas. Los jóvenes pudieron congregarse sólo en la Unión de los Jóvenes Comunistas. Los periodistas y medios “que trataron de crear una prensa democrática y responsable, auténticamente libre, que defendiera la verdad y los derechos civiles del individuo”²⁷³ fueron primero reprimidos y, luego, silenciados. Estas medidas limitaron los derechos de las personas y pusieron punto final a los logros revolucionarios. Brachfeld concluye que con estas regulaciones “se hizo marcha atrás” en la desestalinización y se procedió a *reestalinizar* el país²⁷⁴.

Con el fin de legitimar el régimen, es decir, para ganarse la simpatía de los húngaros y tender un manto de olvido sobre la rebelión, el gobierno fue abandonando la represión inicial. Los primeros pasos de alivio se hicieron sentir con el nuevo lema de 1957: “quien no

²⁷⁰ *50 Años de la Revolución Húngara, Hungría 1956*, BBC mundo, 2000. Protagonistas y testigos de la Revolución húngara narran sus recuerdos a la BBC, [en línea]: http://www.bbc.co.uk/spanish/specials/1639_hungria_test/

²⁷¹ Békés & Rainer, *op. cit.*

²⁷² *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, *op.cit.*, p. 218.

²⁷³ Antony Buzek, *Prensa e Ideología*, Editorial Marymar, Buenos Aires, 1967, p. 128

²⁷⁴ Brachfeld, *op. cit.*, p. 471.

está contra nosotros está con nosotros”, en clara referencia a la formulación contraria de Rákosi. La población dejó de ser perseguida por no participar en el Partido. En 1960 se decretó una primera amnistía y disminuyeron los campos de concentración. En el mismo sentido, alivió los requerimientos a la colectivización, moderando las exigencias en cuanto a la entrega de productos agrícolas.

6.2. Kádár y el “comunismo de gulasch”

Desde que asumió su segundo período, en 1961, Kádár intentó introducir una cierta flexibilización al régimen. En 1963 dictó una amnistía general, lo que no significó que se acabaran las persecuciones, sino que “no impuso el miedo en forma irracional, no fue una “pesadilla estalinista”, como sostiene Heller²⁷⁵. En ese sentido, siguió los pasos de Khrushchov que había puesto fin al *terrorismo totalitario* de Stalin²⁷⁶. “Con todo, la Hungría kadarista ha seguido siendo un Estado policial... el ordenamiento jurídico depende de los objetivos políticos del partido”²⁷⁷. Los juicios y las penas continuaban en manos de las autoridades políticas y no eran resueltas por los tribunales.

Tras la amnistía de 1963, según los autores de *La Batalla de Budapest*, se dio inicio a la segunda “normalización” del sistema socialista en el país²⁷⁸, que comprendía una transformación socioeconómica y política de Hungría. En concordancia con su estrategia pragmática y siguiendo las directrices de Moscú, Kádár se propuso conquistar la adhesión del pueblo húngaro, el que había perdido el encantamiento de la promesa socialista de igualdad y democracia y mantenía el temor a las represalias. El Primer Ministro emprendió la mejora paulatina de las condiciones de trabajo y de la calidad de vida de las personas, lo que iría en beneficio de la paz social y, en último término, la aprobación de su gobierno.

²⁷⁵ Agnes Heller, *El fin del kadarismo*, El País, 30 de junio de 1988, [en línea]: http://elpais.com/diario/1988/06/30/internacional/583624810_850215.html

²⁷⁶ En referencia a la cita 59.

²⁷⁷ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 48.

²⁷⁸ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 274.

Hungría se volvió el principal ejemplo de las concesiones del comunismo en materia económica, que en menor medida ocurrieron también en otros países satelizados. Desde la cúpula del Partido se optó por la apertura en este ámbito, pues, como afirma Arendt, “se consideró improbable que las demandas de mayores libertades en esta esfera condujeran nunca por sí solas a la reclamación de libertad”. Por el contrario, “la diferencia de sistemas económicos, lejos de constituir el núcleo duro de desacuerdo final, viene a ser lo único en que son posibles concesiones”²⁷⁹.

Desde la década del '60 el bienestar fue el principal factor de estabilidad social para sostener el régimen. Por lo mismo, el buen funcionamiento económico del país se convertiría en un tema prioritario y uno de los aspectos distintivos de Hungría en el período. Después de la revolución de 1956 el socialismo se asentó en las reformas económicas, como concluyen Martín de la Guardia y Pérez Sánchez²⁸⁰. El gobierno de Kádár pasó a ser conocido con el nombre de “comunismo de gulasch” o “socialismo del refrigerador”²⁸¹, que combinaba la planificación centralizada con unas pocas medidas del sistema de libre mercado, para satisfacer a la población mediante el consumo y la mejora del nivel de vida.

Para superar las deficiencias económicas producidas por la industrialización forzada y la colectivización, basadas en la estricta planificación del Partido, Kádár inició, en 1962, una nueva etapa conocida como “construcción del socialismo desarrollado”.

Después de algunos fallos anteriores, en 1968 se inició un nuevo programa de reforma llamado “Nuevo Mecanismo Económico”, que mantuvo el sistema centralizado, pero permitió una cierta participación privada. Apoyándose en las ideas reformistas de János Kornai, el gobierno, por una parte, incentivó una tímida libertad de mercado que contribuiría a disminuir la intervención del Estado en la fijación de precios y aumentaría la producción de bienes de consumo. Por otro lado, dio un pequeño margen de autonomía a la propiedad y a la producción en el campo y la industria. Junto a las granjas colectivas autorizó la existencia de parcelas privadas y relajó el sistema de controles y de entrega de productos agrícolas. Los

²⁷⁹ Hannah Arendt, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental. Seguimiento de reflexiones sobre la revolución húngara*, traducción de Agustín Serrano de Haro, Editorial Encuentro, Madrid, 2007, p. 106.

²⁸⁰ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este de 1945 a nuestros días*, Editorial Síntesis, Madrid, 1995, p. 138.

²⁸¹ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad*, op. cit., p. 220.

directorios de algunas empresas y fábricas del Estado pudieron participar en los planes de trabajo, y se autorizó las pequeñas empresas familiares en equilibrio con las estatales, especialmente en el sector turismo.

Con las reformas Hungría se convertiría en uno de los países más avanzados del mundo socialista en la década de los años setenta. En este proceso contó con el apoyo de los dirigentes de la URSS, Checoslovaquia, Rumania y China. Moscú permitía esta apertura siempre que Hungría se mantuviera dentro del Pacto de Varsovia. La mejora de su situación económica significó que Kádár gozara de mayor popularidad.

Sin embargo, varios factores contribuyeron a paralizar el desarrollo. La razón primordial fue que el Estado conservaba la planificación centralizada, con lo cual impedía una real liberalización que condujera a un crecimiento efectivo, porque la economía seguía bajo el control del Partido. En segundo lugar, “la estabilidad del régimen dependía de la financiación constante de la subida del nivel de vida”²⁸². El incentivo al consumismo, motivado para mejorar el nivel de la población, había llevado a un endeudamiento progresivo del país con el mercado europeo. Los productos importados de Occidente se pagaban mediante préstamos contraídos con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y bancos privados extranjeros²⁸³. Por último, en la dirigencia del Partido así como en las grandes empresas hubo oposición a los cambios, ya que nadie quería perder sus privilegios. De esta forma, “el intento de conjugar la planificación a gran escala con las reglas de mercado sólo podía producir un desorden generalizado”²⁸⁴.

Esta situación se agravó con la crisis energética mundial de 1973, que afectó seriamente a Hungría que no contaba con fuentes de energía propias. Por esto, se interrumpió la producción industrial y como consecuencia de ello, como señalan los autores españoles, se aplicó un recorte presupuestario al ítem social que hizo bajar aún más el nivel de vida de la sociedad²⁸⁵. Aunque el Estado entregaba educación y salud gratuita y no cobraba

²⁸² *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 220.

²⁸³ La deuda crecía de tal forma que en 1970 era de 800 millones de dólares y en 1980 había ascendido a 9.100 millones de dólares, según los datos de Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días, op. cit.*, p. 140.

²⁸⁴ *Ibidem*, p. 139.

²⁸⁵ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y la Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX”, *op. cit.*, p. 839.

impuestos personales, la población se sentía muy perjudicada por las desigualdades sociales, especialmente los más pobres que vivían en unas viviendas miserables y el hambre los acompañaba a diario. La insatisfacción se hacía sentir en el alcoholismo, divorcios y suicidios, en estos últimos Hungría tenía la más alta tasa de toda Europa del Este. De hecho, “el fenómeno del descontento se inició paralelamente con los años de las inflaciones y desequilibrios económicos”²⁸⁶.

A comienzos de la década del '80 el modelo estaba agotado, requería de una transformación profunda. En un nuevo intento reformista, en 1981, el gobierno resolvió una más amplia apertura al mercado mundial e incorporó una mayor descentralización financiera y privatizaciones de las empresas del Estado. En este tenor, Hungría ingresó al Fondo Monetario Internacional, que fue mirado como un gran logro entre las democracias populares, pero terminó menoscabando al país que tuvo que ajustarse a sus exigencias. La participación de Hungría en el mercado occidental también agudizó los problemas, porque la producción húngara no estaba en condiciones de competir con la extranjera. Por ello, todas las medidas implementadas en estos años fueron insuficientes para salir de la crisis, que cada año empeoraba con la deuda y la inflación.

Al finalizar la década la situación era muy grave, en 1988 el gobierno había dejado de subsidiar el petróleo con lo que la inflación había subido a un 25% mientras los sueldos y jubilaciones se mantenían iguales. Al mismo tiempo, el gobierno obtuvo un préstamo de Bonn, que fue destinado sólo a saldar la deuda e importar bienes de consumo que mitigaran el descontento por la situación económica. “El resultado fue el aumento de las desigualdades sociales, un alarmante crecimiento del número de personas que vivían al borde de la pobreza... y, en última instancia, la bancarrota nacional”²⁸⁷.

El ambiguo sistema implementado por el gobierno había incrementado la crisis y, por ende, el descontento popular, lo que finalmente había hecho decaer la justificación del gobierno. Kádár había introducido el incentivo al consumismo para obtener el apoyo popular, lo que tendría consecuencias políticas ya que el régimen se legitimaba por la mejora

²⁸⁶ Viktoria Semsey, “Transición política en Hungría, 1989-1990”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, N° 15 (1993), p. 159.

²⁸⁷ Agnes Heller, *De la revolución húngara*, El País, 12 de diciembre de 1989, [en línea]: http://elpais.com/diario/1989/12/12/opinion/629420407_850215.html

en la calidad de vida²⁸⁸. El Primer Ministro permitió una cierta libertad económica a costa que el pueblo aceptara el poder y la autoridad del Partido sin cuestionamientos. Como dice Garay, “la promesa de bienestar soslaya cualquier pregunta de fondo”²⁸⁹.

Kádár consiguió acallar a la población durante unos años no sólo con la mejora de la situación económica, sino también con la implementación de una limitada apertura política y una mayor liberalización cultural, más una coexistencia pacífica, que llevaba a un entendimiento con el mundo capitalista. Por esta mayor flexibilidad su administración se distinguió de los otros gobiernos de las democracias populares, lo que llevó a que su período fuera llamado *kadarismo*.

En el ámbito de las libertades políticas y personales e intelectuales, el Primer Ministro aplicó el mismo pragmatismo con el que se condujo respecto de la represión y la economía. Es decir, introdujo unas limitadas medidas de apertura para dar la sensación de mayor libertad, con lo cual legitimaba su gobierno y, por último, adormecía la conciencia revolucionaria. En consecuencia, gradualmente abrió las fronteras del país, que había cerrado después de la salida de los refugiados de 1956. Desde entonces también acercó a la intelectualidad hacia el gobierno, incorporándola a la nomenklatura, mediante una atractiva política cultural, dirigida por György Aczél. Semsey opina que, de esta forma, evitaba reprimir al grupo docto por su participación en la Revolución y, además, contaba con éste como canal de formación de la opinión popular²⁹⁰. La mayor tolerancia intelectual estaba tácitamente limitada por la aceptación de los principios de la democracia popular. Por lo tanto, si bien en estos años se imprimieron más libros y no había censura oficial, imperó lo que Szilágyi llama “una censura voluntaria de autoconservación”²⁹¹.

Al mismo tiempo, inició un acercamiento a Iglesia Católica, que llevó a la firma de un acuerdo con la Santa Sede en 1964, tras el cual la institución eclesiástica recuperó el derecho a nombrar algunas sedes episcopales, aunque el Estado mantuvo su intervención en la nominación de los restantes cargos. Ese mismo año entabló conversaciones con Estados

²⁸⁸ *Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, op. cit.*, p. 219-220.

²⁸⁹ Garay, *op. cit.*

²⁹⁰ Semsey, *op. cit.*, p. 15.

²⁹¹ István Szilágyi, “Los derechos humanos y los derechos de libertad en Hungría, ayer y hoy”, en *Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, N° 2 (1992), Valencia, p. 63.

Unidos a través de sus embajadores. Posteriormente, en 1972, una reforma constitucional le otorgó mayores atribuciones al Parlamento, aunque en la práctica el poder seguía estando concentrado en el Partido, que tomaba todas las decisiones. En 1985 autorizó elecciones con la participación de algunos políticos independientes, aceptados por el Partido.

Esta imagen de mayor tolerancia favoreció el acercamiento con Occidente. En el aspecto económico amplió el mercado con la llegada de los productos importados desde el otro lado de la cortina de Hierro, lo que le daba al comercio húngaro un aspecto más abierto que en el resto de Europa del Este. Por otra parte, Hungría consiguió más fácilmente préstamos de los Estados y bancos extranjeros. En otro ámbito, la apertura de fronteras posibilitaba la visita de varias personalidades del mundo occidental y la salida de jóvenes húngaros a estudiar fuera del país. Este contacto con el mundo occidental contribuiría, por medio de la comparación, a configurar la oposición.

Esta sensación de bienestar y apertura había acallado las conciencias y las voces, pero en la década de los '80, ante la crisis económica y la llegada de Gorbachov al poder en la URSS, comenzó un despertar de la aletargada población húngara y un renacer de la conciencia revolucionaria. El pueblo magiar se desistía a mantener la renuncia a los derechos políticos por el bienestar. Martín de la Guardia y Pérez Sánchez sostienen que “resulta palmario que la política presuntamente aperturista de Kádár era, en lo esencial, pura fachada, aunque consiguiera el objetivo de despolitizar la vida pública, fundamento de su *normalización*”²⁹². Ferrero comparte con los autores españoles esta apreciación al concluir que “mantuvo una sociedad amordazada y apolítica,..., una incuestionable dictadura de partido único”²⁹³. El Partido-Estado seguía dominando a la sociedad a pesar de las reformas, todas las decisiones las tomaba el Comité Central del POH, que se constituían en más poderosas que una ley. Al mismo tiempo que, como afirma Szilágyi, esta serie de cambios convirtieron a Hungría en una sociedad híbrida en que interactuaban valores y paradigmas distintos, y que el poder no sostenía eficazmente. De esta forma, estaban echadas las bases para un cambio de sistema²⁹⁴.

²⁹² Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este: de 1945 a nuestros días*, op.cit., p. 143.

²⁹³ Ferrero, “La Revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, op. cit., p. 111.

²⁹⁴ Szilágyi, “Los derechos humanos y los derechos de libertad en Hungría”, op. cit., p. 64.

La juventud intelectual volvió a liderar la resistencia al comprender que se requería una transformación estructural. Muchos de ellos ocupaban cargos en el gobierno y, en opinión de Cruz, se habían ido independizando de la ideología a medida que se habían acomodado a las bonanzas materiales y recibían influencia de la intelectualidad occidental²⁹⁵. Abandonaron la crítica meramente literaria al gobierno y se transformaron, según esta misma autora, en una oposición política²⁹⁶. Ellos defendieron los derechos humanos y de la sociedad civil, a través de la prensa ilegal, que se llamó *szamizdat*, y en las primeras agrupaciones de oposición democrática formada por ellos mismos -Alianza de Demócratas Libres y la Alianza de Jóvenes Demócratas-. En un encuentro de intelectuales en 1985, en Monor, acordaron, conforme a los estudios de Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, “una salida pactada” hacia las reformas²⁹⁷.

En septiembre de 1987 se formó el Foro Democrático Húngaro (MDF), que operaba en una relativa clandestinidad, aunque su existencia era bien conocida y tolerada, al igual que la circulación de un manifiesto de su autoría. De hecho, aunque aún no existía oficialmente como partido político, sus miembros participaron en el encuentro de 1985. Presentó un programa basado en la defensa de las tradiciones nacionales, de la familia y de las minorías étnicas. No incorporó abiertamente temas políticos porque aún estaba restringida la participación pluralista. Comellas considera que su formación fue el punto de partida para la creación de otros partidos²⁹⁸, desde fines de 1988.

La oposición se trasladó paulatinamente desde la intelectualidad hacia el pueblo, que “Comenzaba el juego de preguntar: ¿por quién votarás?”²⁹⁹. El 15 de marzo de 1988, en la

²⁹⁵ Katia Cruz Cuevas, “Intelectuales húngaros frente al sistema socialista (1948-89)”, *Revista CCCSS. Contribuciones a las Ciencias Sociales* (julio 2012). Universidad de las Ciencias Informáticas. Universidad de Málaga. Eumed.net., p. 22, [en línea]: <http://www.eumed.net/rev/cccss/21/kcc.html>

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 46.

²⁹⁷ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*, *op. cit.*, p. 143.

²⁹⁸ Comellas, *op. cit.*, pp. 301-302.

²⁹⁹ Antonino Infranca, “Cómo cae un régimen y se construye uno nuevo: Hungría, octubre de 1989”, *Revista Herramienta debate y crítica marxista*, N° 11 (octubre 1989), [en línea]: <http://www.herramienta.com.ar/revista-impres/revista-herramienta-n-11>

Infranca es un filósofo comunista italiano que estudió en diferentes períodos en Hungría en la Academia Húngara de Ciencias. En 1989 volvió al país para finalizar su tesis sobre el concepto del trabajo en Georg Lukács, filósofo húngaro. Al regresar en septiembre de ese año pudo constatar los cambios que se producían en el país y la adhesión del pueblo a la transición, lo que lo llevó a concluir que el comunismo no era reformable.

manifestación que se realizaba anualmente en conmemoración de la revolución de 1848, hubo una participación masiva igual que en años anteriores, pero en esta ocasión, según Semsey, hubo una fuerte protesta popular contra el gobierno³⁰⁰. “La descomposición de la democracia popular era un hecho irreversible [en 1988]”³⁰¹. El 16 de junio, al conmemorarse la muerte de Imre Nagy y sus colaboradores, a sus tumbas llegaron muchos más familiares y amigos que en años anteriores, lo que demuestra que la población estaba perdiendo el temor a reivindicar la rebelión y que el recuerdo de ésta se mantenía aún presente.

Ante las impopulares medidas adoptadas por el Primer Ministro para salir de la inflación que ascendía al 25% y que había restringido aún más el poder adquisitivo de la población, el ala reformista del PSOH se impuso sobre los partidarios del kadarismo. El 27 de mayo de 1988 se destituyó a Kádár, después de treinta años de gobierno, y en su reemplazo fue nombrado Karoly Grosz.

“El hecho de apartar a Kádár del poder parecía indicar que algo fundamental había cambiado en la vida pública del país...”³⁰². Para el pueblo húngaro significaba desasirse de la figura con la que identificaban, en palabras de Judt, la represión de la revolución, la “mentira oficial del comunismo de gulasch” y el turbio juicio y muerte de Nagy, agravado por el hecho que se desconocía el paradero de su cadáver. Su salida renovaba la esperanza de recuperar la libertad y construir el país en base a los ideales revolucionarios de 1956, rescatando la identidad húngara que aunaban su pasado milenario.

6.3. Kádár y el totalitarismo

La apertura de Kádár nos plantea el problema si el kadarismo fue un régimen totalitario o si por sus reformas se le puede considerar sólo una dictadura, incluso blanda. Para definir esta interrogante nos remitiremos a algunas definiciones del concepto de totalitarismo.

³⁰⁰ Semsey, *op. cit.*, p. 160.

³⁰¹ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días, op. cit.*, p. 144.

³⁰² Judt, *op. cit.*, p. 877.

Arendt sostiene que la Unión Soviética ya no era totalitaria en el sentido estricto del término. Sin embargo, es importante considerar que su teoría sobre dicho régimen de gobierno es muy exigente, pues requiere violencia política extrema, apoyo de un movimiento de masas previo o posterior al ascenso al poder, un programa propio de una ideología y propaganda tendiente a lograr una plena adhesión psicológica³⁰³. Así, sólo habrían sido propiamente totalitarios los regímenes de Hitler y Stalin, mientras los que no cumplen con todos los requisitos serían tiranías, como la URSS post estaliniana y el régimen de Kádár en Hungría.

Como se ve, es una clasificación muy restringida que se aparta del uso común del término, según el cual ambos regímenes sí serían totalitarios. El concepto mismo es complejo y no hay consenso respecto de él, pues no es fácil sistematizar la diferencia con los regímenes simplemente autoritarios. Por lo demás, ha sido manipulado con intenciones políticas durante la segunda mitad del siglo XX³⁰⁴. Seguimos la opinión de Löwenthal de que un aspecto determinante es “la tendencia a disolver la mutua y relativa independencia de Estado y sociedad”, que deben desarrollarse “de acuerdo a aquellas *leyes de la historia* que están inscritas en la doctrina del partido totalitario”³⁰⁵. En el mismo sentido, Ebenstein afirma que “tanto respecto a los fines como a los medios, el autoritarismo difiere acentuadamente del totalitarismo”, pues aquel “aspira principalmente a fiscalizar las actividades *políticas* del hombre, en contraste con el sistema totalitario, que procura el dominio de *todos los aspectos de la vida*, los apolíticos no menos que los políticos”³⁰⁶.

Aron distingue cinco elementos propios del régimen totalitario. En primer lugar, el monopolio de la actividad política por un partido; luego, dicho partido debe ser movido por una ideología de carácter absoluto, que lleve a una verdad oficial del Estado; el tercer aspecto es el monopolio del Estado sobre los medios de fuerza y los de comunicación; a continuación,

³⁰³ Arendt, *op. cit.*, p. 473. Los diversos elementos se analizan a lo largo de toda la obra. Destacamos, sobre la violencia política, la p. 595, y el capítulo 11 sobre el movimiento totalitario, con la propaganda y organización.

³⁰⁴ Los teóricos estadounidenses se refirieron como *totalitarios* principalmente a los regímenes comunistas, reservando para los de derecha el término *autoritarios*. Posteriormente Jimmy Carter orientó su política hacia el respeto de los derechos humanos, cualquiera que fuese la orientación del régimen implicado. Palma, *op.cit.*, p.230.

³⁰⁵ Richard Löwenthal, “Totalitäre und demokratische Revolution”, en *Der Monat* 13, 1960/61, en Joaquín Fermandois, *La noción del totalitarismo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1980, p. 50.

³⁰⁶ William Ebenstein, “El totalitarismo. Nuevas perspectivas”, Buenos Aires, 1965, p. 48, en Fermandois, *op.cit.*, p. 22.

debe reservarse la mayoría de las actividades económicas y profesionales; por último, y derivado de lo anterior, la politización de todas las actividades y de todas las faltas de los individuos, con la consecuencia de un régimen de terror policíaco e ideológico³⁰⁷.

En un sentido similar, Linz afirma que un régimen totalitario debe tener un centro de poder al cual están vinculadas todas las demás instituciones y grupos, derivando de ello su legitimidad. Además debe haber una ideología más o menos elaborada que identifica al grupo gobernante. Por último, se alienta y exige la participación en actividades políticas y colectivas, pues el régimen no se contenta con una adhesión pasiva³⁰⁸.

En consecuencia, podemos afirmar que la Hungría kadarista vivió bajo el totalitarismo, si bien se le reconoce como moderado en las persecuciones y nivel de ideologización. Compartimos la opinión de Heller y Feher que denominan a Kádár como un totalitario *pragmático*³⁰⁹, o, como los autores españoles que consideran al kadarismo como un *totalitarismo racionalizado*. En primer lugar, como se explicó anteriormente, en aras de obtener el apoyo popular Kádár no aplicó una represión *terrorista* después del aniquilamiento de los insurrectos de 1956³¹⁰. Por otro lado, aunque no existía un adoctrinamiento masivo y sistemático, es importante destacar que, desde la muerte de Stalin, la misma URSS fue perdiendo el grado de compromiso con la ideología que caracterizó el período de dicho dictador. Esto no se debe sólo a su estilo extremadamente totalitario, sino también al fracaso del comunismo que se fue haciendo evidente sobre todo durante la década del 60. Durante ésta se constató la fortaleza de los sistemas capitalistas, que mantuvieron su alianza a pesar de las predicciones de los seguidores ortodoxos de Lenin, que afirmaban que acabarían confrontándose. Pero aún más, la desilusión fue causada por la prosperidad económica de dichos sistemas, mientras que el comunista no dio el gran salto esperado³¹¹. La ideología marxista tenía la pretensión de contar a su favor con las fuerzas de la Historia, científicamente

³⁰⁷ Raymond Aron, *Democracia y totalitarismo*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1968, p. 237-238.

³⁰⁸ Juan J. Linz, "Estudios del autoritarismo a la democracia", en Robert A. Dahl, *Polyarchy, Participation and Opposition*, New Haven, 1967, p.12, [en línea]: http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques/linz_autoritarismo.pdf

³⁰⁹ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 38 y ss.

³¹⁰ El concepto de totalitarismo terrorista quedó explicado en la cita 114.

³¹¹ Ver en Palma, *op.cit.*, p.90, el análisis acerca de la creencia entre los líderes soviéticos que en la década de los sesenta afirmaban que pronto iban a superar a Estados Unidos en producción total. En una famosa declaración, Khrushchov afirmó que esto ocurriría para 1970.

conocidas, que debían llevar al levantamiento del proletariado oprimido en todos los países occidentales, llevando a la crisis al sistema capitalista. Con el paso de los años se hizo patente que aquello no ocurriría, y los dirigentes comunistas del mundo se volvieron progresivamente menos ideológicos y más pragmáticos. Hankiss sostiene que existía un “pacto social” entre gobernantes y gobernados, que incluía la aceptación de un pluralismo de intereses y la mejora del nivel de vida como único objetivo político³¹². Un ejemplo preclaro de tal pragmatismo es la política oportunista de Kádár, en la que mantenía plenamente vigentes elementos del modelo totalitario.

6.4. La Hungría kadarista ante la crisis del bloque.

La situación de Hungría en la época kadarista no era muy distinta de la que se vivía en los restantes países del bloque. Los avances económicos alcanzados con la política de Kádár tuvieron sus limitaciones, ya que las estructuras económicas continuaron sujetas a las directrices del Partido. Las debilidades del socialismo real quedaron manifiestas durante la década del 70, cuando en todo el bloque se vivió un colapso del sistema económico y social.

En efecto, a comienzos del 1968 en varios de los principales países de Europa del Este crecía el descontento social producido por la crisis de una economía mal organizada y un sistema político represivo. Esta situación llevó a un nuevo rebrote de la contestación social en Checoslovaquia, la que fue duramente sofocada por el Pacto de Varsovia. Tras el aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968, la URSS volvió a poner énfasis en la doctrina de la soberanía limitada y su carácter de potencia hegemónica sobre los demás países³¹³. Palma incluso postula que esta supremacía justificaba su intervención ante la amenaza dentro de cualquier Estado en cuanto era un peligro para toda la comunidad³¹⁴. Sin

³¹² Hankis (1989) es mencionado sin datos bibliográficos en Carmen González, “Las transiciones a la democracia en Europa del Este. Un análisis comparado”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, n° 78, (octubre-diciembre 1992), p. 197.

³¹³ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 837.

³¹⁴ Palma, *op. cit.*, p. 189.

embargo, esto no impidió el desarrollo de nuevos conflictos que, como señalan Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, pusieron de manifiesto las limitaciones del socialismo real³¹⁵.

El colapso del sistema magiar se entiende en el marco de lo ocurrido con todos los países del Este en las décadas de 1970 y 80, que se caracterizaron por una mayor relación con Occidente. La relativa apertura de las fronteras produjo una confrontación con el modelo vecino, que repercutió en mayores demandas de libertad y cambios sociales. Nuevamente los estudiantes e intelectuales estuvieron a la cabeza de este proceso. Esta situación produjo graves conflictos en Polonia, la RDA y Checoslovaquia, mientras que Hungría logró encontrar un cierto equilibrio a través de un sistema político y económico más libre, aunque ambiguo. Sin embargo, compartió con el resto del bloque las consecuencias económicas del sobreendeudamiento por la compra de bienes occidentales, con la consiguiente inflación y deterioro del nivel de vida³¹⁶.

A mediados de los años '70 se produjo una declinación del prestigio de la Unión Soviética, a raíz de la excesiva concentración del poder durante el gobierno de Leónidas Breznev, quien había asumido en 1966. La Constitución de 1977 fue una muestra de esta tendencia, ya que con ella se le otorgó aún más poder al Partido y al ejército. En el afán de mantener sus privilegios, la burocracia rehusó hacer cambios, lo que terminó generando un inmovilismo político y un estancamiento generalizado en todo el bloque. Se venía a cumplir la acusación que Djilas le había hecho a la *Nueva Clase* en 1958, después de abandonar el partido yugoslavo³¹⁷.

Como consecuencia de esto, en el mundo comunista se desarrolló “una creciente desconfianza hacia las instituciones y... una difundida apatía aún en las capas que tradicionalmente apoyaban al régimen”³¹⁸. Siguiendo con el análisis de Mammarella, podemos considerar que el descontento se debía a causas económicas y políticas. Entre las primeras se cuentan las consecuencias de la crisis energética mundial de 1973 por el alza del precio del petróleo, la decepción por no haber alcanzado el “salto cualitativo” prometido por

³¹⁵ Martín de la Guardia & Pérez S., “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 838.

³¹⁶ Bogdan, *op. cit.*, p. 331.

³¹⁷ La crítica de Djilas a la burocracia del partido, la que llama la *Nueva Clase*, la desarrolla en su obra denominada con ese mismo nombre, anteriormente citada.

³¹⁸ Mammarella, *op.cit.*, p. 338.

las autoridades y el creciente endeudamiento con Occidente. Por otro lado, en la esfera política se sentía temor ante un futuro incierto por lo improbable de alcanzar reformas liberalizadoras, por las consecuencias de la sucesión de Breznev y por la amenaza de conflicto con China³¹⁹.

Durante la década del '80 en todas las democracias populares se aplicaron diferentes medidas para resolver la crisis económica, que era común a todas ellas. Las reformas implementadas fueron relativamente semejantes a las ensayadas en Hungría, aunque en el país magiar había una mayor flexibilidad. Todas ellas fracasaron porque seguían sujetas a las directrices de los partidos comunistas respectivos, sin que se liberalizara la economía de la política. En todos los países de Europa del Este, según Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, hubo un “despertar de las conciencias dormidas”, lo que terminó desembocando en el desplome del sistema.

Estos autores españoles consideran que se pueden citar tres causas de la presión social y política en Europa del Este, a saber, el atractivo del neoliberalismo occidental, la influencia del Papa Juan Pablo II en su defensa de la libertad de conciencia y de las personas, y los efectos de la *Perestroika* de Gorbachov³²⁰. Si bien es cierto que el gobernante soviético impulsó las reformas económicas y políticas tanto en la Unión Soviética como en las democracias populares, lo que influyó decididamente fue la actitud soviética de no reprimir, de la que poco a poco se percató la población civil de los países del bloque, alentando manifestaciones de descontento que pocos años antes eran impensadas por los riesgos que constituían.

³¹⁹ *Ibidem*, p. 338.

³²⁰ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 840.

7. Transición democrática en Europa del Este

El proceso por el cual Hungría dejó el modelo socialista soviético se entiende dentro del contexto de cambio de política en la URSS con Mijaíl Gorbachov y la crisis interna de los Estados, que llevó al surgimiento de una disidencia que pondría fin a los gobiernos comunistas dirigidos por el Kremlin.

A la muerte de Breznev, en 1982, al igual que con la defunción de Stalin, la Unión Soviética requería de cambios, en esta ocasión ante el deterioro económico, la corrupción y el excesivo gasto militar. En 1953 la figura de renovación fue Khrushchov, ahora fue elegido Mijaíl Gorbachov, después de dos breves gobiernos, el de Yuri Andropov y, luego, el de Konstantin Chernienko. Ambos líderes innovadores, Khrushchov y Gorbachov, se vieron enfrentados a buscar una legitimación del régimen, en el caso del primero por los excesos del totalitarismo estalinista y el último, en 1985, por la crisis económica y el estancamiento general.

El Comité Central del PCUS se decidió por Gorbachov porque era un comunista joven y conocía bien el mundo occidental. En su calidad de Secretario General y Presidente del PCUS, impulsó reformas internas y cambios en la política exterior hacia Occidente que acabaron produciendo la independencia de los países de su órbita y el colapso de la Unión Soviética.

7.1. Reformas en la URSS

Cuando Gorbachov asumió el orden socialista ya mostraba un claro desgaste en su prestigio y capacidad económica. Algunas autoridades del régimen comprendieron que no podrían continuar la disputa con Estados Unidos por la primacía en el orden internacional. Por lo mismo, la nueva autoridad soviética buscó abrir el régimen y bajar la tensión a la competencia entre las superpotencias, para poder abocar el presupuesto y esfuerzo a las necesidades de su población. Su contrincante norteamericano vio en estos pasos la señal de agotamiento y presionó aún más acelerando el colapso del sistema soviético.

Gorbachov pretendió realizar importantes cambios políticos y económicos a nivel interno, que no eran posibles sin un cese de la presión externa. En efecto, un elevado porcentaje del presupuesto nacional y el capital humano de la URSS estaba concentrado en la disputa armamentista y, como afirma Mammarella, era necesario redistribuirlo para superar la crisis y reactivar el desarrollo económico de la Unión Soviética³²¹. Para revertir esta situación el líder soviético realizó una serie de acercamientos a las potencias occidentales, postulando un *nuevo pensamiento* que debía reemplazar la confrontación por una política de paz y entendimiento. La síntesis de su ya estrenada política internacional la expuso en un discurso en la ONU, en 1988, en la que declaró que “Estoy convencido que la realidad del mundo actual exige la internacionalización del diálogo y de todos los procesos de negociación”³²². Incluso se mostró partidario que todos los países cooperaran con Naciones Unidas en la consecución de la paz, respetando los derechos humanos, algo inusitado en el mundo comunista.

Una estrategia de defensa de la política norteamericana agravó la situación económica del bloque oriental, afectando gravemente su estabilidad política. Durante la década de 1970 la relación entre Estados Unidos y la URSS había estado marcada por la política conocida como *détente*, que buscaba evitar el conflicto armado frontal entre las dos superpotencias. En esta línea ambos países habían firmado, en 1972, acuerdos que limitaban los misiles y las armas estratégicas intercontinentales, Salt I y II, respectivamente. Sin embargo, con el ascenso al poder de Ronald Reagan, en 1981, se produjo un cambio en la política norteamericana.

El nuevo Presidente norteamericano quiso levantar la confianza de su pueblo, ya que Estados Unidos había quedado muy desprestigiado después de la guerra de Vietnam. Reagan quiso demostrar que Estados Unidos era superior a la Unión Soviética y que los soviéticos no iban ganando la Guerra Fría.

El mandatario norteamericano era contrario a la política de su antecesor, Jimmy Carter, porque, como afirma Gaddis, Reagan consideraba que la distensión se basaba en un

³²¹ Mammarella, *op. cit.*, p. 385. En el mismo sentido, Juan C. Gay, “El proceso de integración europea: de la “Pequeña Europa” a la Europa de los Quince”, en Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, *Historia de la integración europea, op. cit.*, p. 151.

³²² Mijaíl Gorbachov, “Declaraciones y discursos”, Moscú, 1991, en Pereira & Martínez, *op. cit.*, p. 683.

error fundamental: “la idea de que la Unión Soviética había cosechado legitimidad” equiparable a la de los regímenes occidentales en el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esta misma falta de legitimidad de la URSS constituía su debilidad, y ya mostraba señales de falta de atractivo ideológico y desgaste económico, por lo que se hacía necesario presionarla y quebrar la estabilidad artificial creada por la distensión. Con esta convicción comenzó una campaña anti soviética más agresiva y un cambio en la política hacia su oponente³²³. De esta forma, como dice Palma, reactualizaba la doctrina Truman de la contención, propuesta en 1947, asumiendo la confrontación en todos los planos, tanto política como económica, militar, nuclear y espacial³²⁴.

Al reanudar la competencia, Reagan buscaba extenuar al debilitado régimen soviético, obligándolo a gastos que ya no sería capaz de solventar, sobre todo en el campo armamentista. La parte principal del plan era la llamada Iniciativa para la Defensa Estratégica, popularmente conocida con el nombre de *Star Wars* o *Guerra de las Galaxias*. Estados Unidos recomenzó la competencia de arsenales nucleares, instalando misiles en Europa. Sin embargo, lo principal de la estrategia se centraba en el armamento defensivo, que dejaría obsoletas las armas soviéticas y llevaría la competencia al campo informático, poco desarrollado por su oponente. No era un plan ofensivo, ya que Estados Unidos no pretendía atacar al bloque soviético, sino sólo intimidarlo y provocar su estrangulamiento. “Gran parte de la beligerancia de Washington era puramente retórica...”³²⁵.

A pesar de la situación de peligro creada al romper el equilibrio, la estrategia norteamericana tuvo éxito, pues la URSS no estaba en condiciones de competir y debió comenzar un desarme unilateral, ante la asfixia económica. De esta manera, ni el esperado ablandamiento en las relaciones ni el alivio en el presupuesto armamentista y nuclear tuvo el resultado deseado para la política soviética³²⁶.

³²³ Gaddis, *op.cit.*, p. 234-235.

³²⁴ Palma, *op. cit.*, p 265.

³²⁵ Judt, *op. cit.*, p. 852.

³²⁶ Entre Gorbachov y Reagan se realizaron varios encuentros para deliberar acerca de la reducción armamentística. EE.UU. comenzó planteando el desarme total, pero la URSS no lo consideró realmente hasta el desastre de Chernobyl, el 26 de abril de 1986. En octubre de ese año fue la cumbre de Reikavik, en que no se llegó a un plan común, pero sí a un acuerdo sobre la necesidad de desarme. No se alcanzó a implementar un proyecto, pero sí se acordaron medidas parciales, como la alcanzada en Washington en 1987. Un desarrollo detallado del tema en Gaddis, *op.cit.*, p. 240 y 241.

Al mismo tiempo, con la aprobación del Comité Central, Gorbachov implementó los célebres planes internos conocidos como *Perestroika* y *Glasnost*, que comenzaron en 1987. Con ellos se buscaba la reestructuración económica y una mayor transparencia, respectivamente, aunque sin tener la intención de abandonar el socialismo, como explican Palma y Gay³²⁷. Ambos proyectos crearon esperanzas en el pueblo ruso.

La *perestroika* fue un intento de reforma, un “cambio reconstructor de la economía nacional”³²⁸ que tendía a evitar el estancamiento y aumentar la producción. Las principales medidas para esto fueron privatizar algunas actividades, descentralizar las decisiones, responsabilizar a la clase dirigente, verificar la calidad de los productos, dismantelar la burocracia y frenar el despilfarro. El plan no logró sus objetivos, tanto por sus propias limitaciones como por la oposición interna del Partido. Una de las barreras era la falta de experiencia en la libertad económica. Por otro lado, muchos rechazaban la apertura y querían volver a la planificación ortodoxa, hasta el punto que, según Mammarella, hacia 1989 el plan estaba “bloqueado por completo”³²⁹. En el fondo, el programa de cambios fracasó porque Gorbachov, como concluye Judt, “era ante todo comunista”, y, como tal, mantuvo el mismo modo de reformar de sus antecesores, es decir, conservando el control del Estado sobre la economía³³⁰.

La *glasnost* era la claridad o transparencia de los procesos políticos y económicos, necesaria para el éxito del plan anterior. En efecto, Mammarella sostiene que “una cierta liberalización de la economía comportaba y requería una liberalización de la política”, por lo que era necesario informar más abiertamente de la realidad interna e internacional³³¹. Así, ambos planes estaban íntimamente ligados, pues se enfocarían a entregar información clara y verídica acerca de las reformas.

La apertura política fue un proceso paulatino en el que hubo hitos importantes, como las elecciones con lista libre en 1988. En el año 1990 hubo, en opinión de los autores españoles, un salto cualitativo con la derogación del artículo 6º de la Constitución, que

³²⁷ Palma, *op.cit.*, p.307. En el mismo sentido, Gay, *op. cit.*, p. 150.

³²⁸ Martín de la Guardia & Pérez S., “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 829.

³²⁹ Mammarella, *op. cit.*, p. 384.

³³⁰ Judt, *op. cit.*, pp. 857-860.

³³¹ Mammarella, *op. cit.*, p. 384.

establecía la primacía del Partido Comunista, y se aprobó la ley de asociaciones públicas, dejando abierta la vía para el pluripartidismo³³².

El problema radicó en que a medida que Gorbachov informaba a la sociedad de lo que ocurría en el país, el foco reformador se trasladaba al pueblo. Al perder el dominio de las reformas tomó una postura indecisa, ya que no sólo era zarandeado por las exigencias del pueblo, sino también por la nomenklatura que no quería perder sus privilegios. Se generó una marcha atrás en los cambios, los que quedaron reducidos a sólo concesiones. De esta forma, “la desaparición súbita del férreo control ejercido hasta entonces por el PCUS sobre todos los resortes del poder, generó más confusión aún dentro del sistema”³³³. Esto demuestra que Gorbachov seguía siendo un comunista conservador y que el comunismo no es reformable, que no se pueden hacer reformas parciales porque en el totalitarismo el poder es indivisible.

Así, en la última etapa de su mandato, Gorbachov enfrentaba el fracaso de sus propias reformas económicas y políticas. Ante este negativo resultado, el PCUS se opuso fuertemente al gobernante reformista. En agosto de 1991 sus opositores dentro del partido organizaron un golpe de Estado, que, aunque fallido, según Martín de la Guardia y Pérez Sánchez terminó socavando su capacidad de gobierno³³⁴. Esto fue agravado por el estallido de los conflictos nacionalistas dentro de la URSS, que exigían el fin de la sujeción a Moscú. Esa reivindicación acabaría poniendo término a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1991, mismo año de la caída del Presidente. El colapso del sistema era evidente, por eso cuando su sucesor, Boris Yeltsin, inició un proceso realmente transformador el socialismo soviético se desplomó.

7.2. Efectos de la política soviética en el bloque

Las políticas adoptadas por Gorbachov intentaban salvar un sistema que ya estaba al borde del colapso y, aunque pretendió controlar los procesos de cambio en las democracias

³³² Martín de la Guardia & Pérez S., “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 831.

³³³ *Ibidem*, p. 831.

³³⁴ *Ibidem*, p. 833.

populares, motivando a que cada uno realizara su propia Perestroika dentro del Pacto de Varsovia, no logró evitar la caída del comunismo en seis países en poco más de un año. “Entre 1989 y 1990 los países del Este lograron romper con el sistema socialista soviético hasta entonces vigente en la zona”³³⁵. En cada uno de ellos ocurrieron procesos diferentes, dados por su propia historia y situación interna, pero el factor determinante y catalizador fue la debilidad de la URSS.

En todos los países de democracia popular se comenzó a vivir un proceso de liberación del sistema totalitario soviético, que Heller & Feher han llamado “Revoluciones Gloriosas de 1989”³³⁶. Ambos autores las consideran revoluciones por cuanto ha habido un “cambio de soberanía”, es decir, han derribado el régimen de Partido único y se encaminan a construir un nuevo orden, que ahora es decidido por el pueblo. Por lo tanto, una revolución ha suplantado a la otra y las de 1989 son gloriosas porque con ellas se ha recuperado la libertad.

González discrepa de esta interpretación, porque considera que en Europa del Este apenas existió un “impulso revolucionario”, ya que en estos procesos estuvo ausente el carácter popular de toda revolución. Concluye, en cambio, que la verdadera causa del cambio operado en los países soviéticos fue “el propio derrumbe del sistema socialista y la escasa resistencia de la clase dirigente ante el cambio político”³³⁷. Por estas razones, esta historiadora considera que en estricto rigor se debe hablar de transición para los casos de las democracias populares y no de revolución.

La mayoría de los autores coincide en que esta recuperación de la libertad fue posible, porque, como explican Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, desde la URSS, tanto por sus políticas externas como por la situación interna de crisis moral y de confiabilidad del sistema del Partido-Estado³³⁸. Pérez y Garay concluyen que en cuanto la potencia dominadora entró

³³⁵ *Ibidem*, p. 840.

³³⁶ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 275.

³³⁷ Carmen González, “Las transiciones a la democracia en Europa del Este”, *op. cit.*, p. 200.

³³⁸ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 839.

en crisis y tuvo que abandonar la tutela de sus satélites, éstos en forma paralela se liberaron de su dependencia³³⁹. Las disidencias aletargadas iniciaron su proceso de independencia.

Las políticas iniciadas por Moscú fueron un impulso para la desintegración de la URSS y la independencia de las democracias populares, pues los diversos países “entendieron con otra lectura el significado de la *perestroika* y comenzaron a evolucionar por su cuenta hacia la democracia y a emanciparse de la férula de Moscú”³⁴⁰, en la medida que se constataba el abandono del control represivo característico de la Unión Soviética.

González considera que esta comprobación contribuyó al desplome en cadena³⁴¹. Así como en 1956 la represión en Hungría llevó a los polacos a buscar una salida pacífica para evitar correr la misma suerte, ahora los procesos incruentos en cada país fueron el estímulo para que sus vecinos comenzaran a recorrer el mismo camino, iniciado por Polonia y Hungría.

El socialismo real se derrumbó porque era un sistema ilegítimo en su origen, que había sido impuesto desde fuera y se mantenía sólo por la fuerza. Heller & Feher, González y Martín de la Guardia coinciden en que en la caída en cascada de las democracias populares fue determinante este factor externo, es decir, exógeno, que obedecía a intereses foráneos³⁴². En el caso polaco y húngaro influyó además que la comunización se oponía a la tradición católica de ambos países.

La aparente *pax soviética* estuvo acompañada de “crisis recurrentes”, como las denominan los autores españoles, las que se manifestaron desde la muerte de Stalin hasta la caída del muro³⁴³. Estas se expresaron través del revisionismo y de las protestas que rebrotaban en distintos puntos del bloque, a pesar de las políticas de represión. El *nuevo*

³³⁹ Luis Pérez & Cristián Garay, “La posición de los Estados débiles desde el realismo estructural: análisis del caso de Hungría”, *Revista Política y Estrategia*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, N° 107 (julio-sept. 2007), p. 41.

³⁴⁰ Comellas, *op. cit.*, p. 294

³⁴¹ González, *Transiciones a la democracia*, *op. cit.*, p. 200 y ss.

³⁴² Heller & Feher, *op. cit.*, p. 275; González, *Transiciones a la democracia*, *op. cit.*, p. 203. En el mismo sentido, Ricardo Martín de la Guardia, “Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia en Europa del Este”, *op. cit.*, p. 17.

³⁴³ El término *pax soviética* es empleado, como ya se mencionó en el capítulo 3, por los autores Martín de la Guardia & Pérez S., *La Europa del Este: del telón de acero*, *op. cit.*, p. 14. La crisis del sistema es también analizada por estos mismos autores en otra de sus obras ya mencionada, *La Europa del Este: de 1945 a nuestros días*, *op. cit.*, p. 72.

pensamiento de Gorbachov tuvo una gran relevancia política en cuanto al fin de la soberanía limitada, que permitió a los países del Este “avanzar por la senda política que ellos mismos se marcaran”³⁴⁴. Este camino fue señalado por el gobernante georgiano en septiembre de 1988 cuando puso fin al Comité que unificaba a las democracias populares con la Unión Soviética. Con esta no injerencia la Unión Soviética, según Palma, renunciaba a las esferas de influencia³⁴⁵.

Pero el cambio no fue sólo político, sino que se debió en gran parte al nuevo enfoque económico dado por Gorbachov. En efecto, parte de su papel histórico como potencia hegemónica era el control en dicha área a través de la ayuda y la regulación. Sin embargo, a fines de los 80 esta política ya no era sostenible y debió hacer un cambio profundo para superar la crisis, que se arrastraba por décadas. Por ello, se abandonó la industrialización rápida, la URSS dejó de ser el principal proveedor de materias primas y fuentes de energía y decayeron los intercambios internos dentro del bloque. Por lo mismo, ya no pudo seguir ejerciendo el mismo control y los diversos países satelizados se abrieron más ampliamente al comercio con los occidentales.

En junio de 1988 se firmaron los Acuerdos de Luxemburgo para estrechar los vínculos comerciales entre los países del COMECON y los de la Comunidad Económica Europea (CEE). “Cuando los países de Europa del Este comenzaron el proceso de ruptura con el bloque soviético, las comunidades europeas asumieron su responsabilidad al aceptar un papel destacado para colaborar en el proceso de transición y transformación puesto en marcha en los países de Europa central y sur oriental”³⁴⁶.

³⁴⁴ Martín de la Guardia & Pérez S., “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 831.

³⁴⁵ Palma, *op. cit.*, p. 316-317

³⁴⁶ Ricardo Martín de la Guardia, “El reto finisecular: el proyecto de ampliación de la Unión Europea a los países de la antigua Europa del Este, en Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la Integración Europea, op. cit.*, p. 224.

7.3. Factores internos comunes a los países del bloque

En el proceso de desintegración del socialismo real y de construcción de un nuevo orden, los países de Europa del Este presentaron, como señala Leslie Holmes, ciertos rasgos comunes. El primero fue la “crisis en la gerontocracia que controlaba el sistema, con la destitución de los dirigentes históricos”, que no habían logrado adaptarse a los cambios. Luego, el rechazo creciente de la población hacia los partidos comunistas. Por último, la aceptación del pluripartidismo, que llevó a elecciones libres y a cambios constitucionales que acabaron en el reconocimiento de los derechos civiles³⁴⁷.

En las revoluciones de 1989 los jóvenes tuvieron un papel protagónico y fueron los catalizadores del descontento popular, lo que demuestra el fracaso del adoctrinamiento soviético de que habían sido objeto. La figura renovadora de Gorbachov generaba admiración y esperanzas entre las nuevas generaciones, y su imagen, según García de Cortázar, unificaba a los opositores y concitaba el anhelo de una verdadera reforma social y moral³⁴⁸. Martín de la Guardia sostiene que la oposición a esta decadencia se manifestó en las primeras elecciones democráticas, en las que los votantes apoyaron más ampliamente a los partidos que proponían un cambio en el sistema. Tuvieron más adhesión los que ofrecían democratización, economía de mercado, e ingreso a la Unión Europea, a pesar de los costos que podría tener para sus economías³⁴⁹.

Al descontento se sumaba la falta de legitimidad de las instituciones políticas. En efecto, “en todos los casos el agotamiento del sistema de dominación era palmario”³⁵⁰. Esta brusquedad impidió que los procesos maduraran adecuadamente, produciéndose una transición con demasiados desafíos por delante.

Así, la caída del socialismo real abría el reto de encontrar una nueva organización. Toda la estructura de gobierno se sustentaba sobre el sistema del Partido único, por lo que

³⁴⁷ Leslie Holmes, 1997. “Post comunism. An Introduction”, Polity, Cambridge, 1997, en Martín de la Guardia, “Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia”, *op.cit.*, p. 19-20.

³⁴⁸ Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo de Espinoza, *Historia del mundo actual (1945-1995)*, Tomo I, *Memoria de medio siglo*, Alianza, Madrid, 1996, p. 419-420.

³⁴⁹ Martín de la Guardia, “Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia”, *op.cit.*, p. 10 y 11.

³⁵⁰ *Ibidem*, p. 11.

con el fin de éste cayeron todas las estructuras y ocurrió lo que Dahrendorf llamó “el colapso del centro”³⁵¹. En adelante la transformación de todo el orden nacional conllevó cambios en todos los ámbitos. Era necesaria una Constitución acorde a los proyectos nacionales post soviéticos, para sentar nuevas bases institucionales. En el campo político, se debía recuperar la independencia y soberanía, a la vez que aplicar los principios del Estado de Derecho, la división de poderes y la democracia liberal parlamentaria y pluripartidista. Uno de los propósitos en este campo fue el surgimiento de partidos con un programa coherente, lo que se vio limitado por la falta de tradición democrática y la prolongada hegemonía del Partido Comunista. Por lo tanto, al momento de la transición tanto el Estado como la sociedad civil eran débiles.

En lo económico, uno de los objetivos de la transición fue el paso de la organización y producción centralizada a la regida por el capitalismo de libre mercado. Junto a una creciente ola de privatizaciones se abrió la economía a los mercados exteriores. Al mismo tiempo, el CAME avanzaba hacia su disolución, que tendría lugar en junio de 1991.

En lo social, no resultó fácil que la población se adecuara al nuevo modelo de vida ni que venciera la mentalidad colectivista. Se hacía necesario, como sostiene Pérez Sánchez, restaurar el protagonismo de la sociedad civil, rescatar la identidad sociocultural y aprender la democracia³⁵². En este último aspecto, a pesar de la proliferación de mesas redondas, no se consiguió entusiasmar a la ciudadanía para involucrarse activamente en la vida pública y política, en parte porque permanecía la desconfianza hacia todo lo relacionado con la política y el Estado. Para lograr una transformación rápida, a veces los gobiernos aceleraron la evolución, lo que generó incertidumbre en la población.

Los procesos de transición en las democracias populares fueron suscitados de acuerdo a los estudios de Alfred Stepan, mencionados por Martín de la Guardia, desde tres sentidos. *Desde arriba*, por el comité central del Partido nacional; *desde abajo*, por la presión popular y de grupos opositores, y *desde fuera*, por la política soviética³⁵³. Sin embargo, Martín de la

³⁵¹ Ralf Dahrendorf, “Roads to freedom: Democratization and its problems in East Central Europe”, 1990, p. 4-5, en González, *Las transiciones a la democracia*, op. cit., p. 199.

³⁵² Guillermo Pérez Sánchez, “Transiciones y europeísmo: de la Península Ibérica a la Europa Central”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 24 (2002), p. 317 y ss.

³⁵³ Alfred Stepan, “Paths toward Redemocratization: Theoretical and comparative considerations”, en Martín de la Guardia, “Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia”, op. cit., p. 16.

Guardia y Pérez Sánchez consideran que fueron causas concurrentes y simultáneas, especialmente para los casos de Polonia y Hungría.

En todos ellos, exceptuando el caso de Rumanía, se llevó a cabo un proceso pacífico, ya que después de 1956 los pueblos satelizados habían comprendido que no había que seguir el ejemplo húngaro. Heller & Feher concluyen que, en 1989, “la estrategia propuesta se opone a Yalta en un sentido matizado. Aparentemente, esta estrategia busca un compromiso con la Unión Soviética, en su condición de gran potencia de la región”³⁵⁴. En consecuencia, los gobernantes de las democracias populares buscaban la venia de Gorbachov para avanzar en el proceso de reformas.

Las reformas emprendidas en este proceso de transición vinieron acompañadas de un segundo objetivo, el que Martín de la Guardia y Pérez Sánchez denominan el “retorno a Europa”³⁵⁵. Al caer la cortina de hierro los pueblos liberados del dominio soviético se propusieron, con la ayuda de la Unión Europea, recuperar su pertenencia a Europa, a la que han estado estrechamente vinculados por razones culturales, geográficas e históricas³⁵⁶.

7.4. Transición en Polonia

El primer país en el que se introdujeron las transformaciones al sistema de socialismo real fue Polonia, por lo que fue un referente para todos los demás países, partiendo por Hungría. En ambos se realizó pacíficamente a través de diálogo y reformas. La democratización de Polonia se diferenció de los restantes procesos de transición en Europa del Este por la activa participación de la sociedad civil. Su paso hacia la democracia fue impulsado *desde abajo*, por las reivindicaciones populares, pero también encausado *desde arriba*, por el Papa Juan Pablo II y su diplomacia ante el gobernante comunista Jaruzelski.

Durante toda la década del setenta se desarrollaron crisis recurrentes en las que hubo manifestaciones de diversos grupos sociales. La más seria fue la que tuvo lugar en Gdansk,

³⁵⁴ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 36.

³⁵⁵ Martín de la Guardia & Pérez S., “El bloque soviético: la URSS y Europa del Este”, *op. cit.*, p. 843.

³⁵⁶ Martín de la Guardia, “El reto finisecular”, *op. cit.*, p.245.

a fines de 1970, en oposición al alza de precio en los productos alimenticios. Como saldo de la represión murieron unos 150 manifestantes, lo que tuvo como consecuencia política directa la destitución del Secretario del Partido, Wladyslaw Gomulka, quien gobernaba el país desde 1956. Aunque su reemplazante, Edward Gierek, intentó un nacionalismo nacional, en el que incorporó a los obreros en las decisiones de las fábricas, la crisis económica terminó desestabilizando su gobierno. El impulso al desarrollo llevó a una dependencia con el mercado occidental y a un grave endeudamiento.

La oposición de la sociedad civil fue liderada, en un principio, por la Iglesia y los intelectuales que exigieron reformas constitucionales al Partido Obrero Unificado Polaco (POUP). En 1976 la intelectualidad formó el Comité de Defensa Obrera (KOR), que tenía por finalidad defender a los perseguidos en las protestas. Sin embargo, su influencia en el mundo de la disidencia fue mucho más allá, organizó a la resistencia y le otorgó a los obreros las bases morales de su oposición. Desde 1978, el cardenal Karol Wojtyła, recientemente elegido Pontífice de la Iglesia Católica, le dio un fuerte impulso al movimiento sindical motivando a la rebeldía pacífica y a la defensa de los derechos humanos. Con su viaje a Polonia en junio de 1979 el pueblo polaco perdió el miedo y, con la fuerza de su ancestral fe, emprendió la lucha por su libertad. De esta forma, el Papa Juan Pablo II contribuyó decididamente en la transformación de su país natal y, en consecuencia, de Europa del Este.

Al año siguiente, con la fundación del sindicato católico Solidaridad, en los astilleros de Gdansk, bajo el liderazgo de Lech Walesa, la oposición fue encabezada por los obreros, lo que le dio a la contestación polaca un carácter fundamentalmente popular.

Al comenzar la década de los ochenta, el descontento se agudizó por las alzas de los precios, esta vez de la carne. Las protestas fueron dirigidas por Solidaridad, legalizado en 1980, que exigió las primeras demandas políticas, como el derecho a organizarse libremente y la realización de elecciones con diversidad de candidatos. El gobierno fue incapaz de controlarlo. Entretanto, el Politburó soviético analizaba la posibilidad de intervenir militarmente Polonia, pero comprendía que la represión sería un desprestigio para la Unión Soviética. Por otra parte, si no actuaba el país caería en manos de Solidaridad, lo que significaría poner fin a la doctrina Breznev, con lo que se correría el riesgo de desmoronamiento del bloque oriental. La solución, según Gaddis, tomó otro cauce, ya que la

jerarquía soviética logró convencer al general Jaruzelski de ejecutar un golpe de Estado bajo la falsa amenaza de intervención soviética³⁵⁷. Éste lo llevó a cabo y encabezó una dictadura sustentada en la presencia del ejército. En diciembre de 1981 decretó Ley Marcial, declaró ilegal a Solidaridad y apresó a los dirigentes y miembros del sindicato, que continuó actuando en la clandestinidad. A pesar de los centenares de muertos, de los miles de detenidos y presos políticos, la oposición social no cesó, lo que obligó al general a aplicar combinadamente la represión y las amnistías. En 1983 levantó la ley militar, pero mantuvo en la ilegalidad al sindicato. Finalmente tuvo que ceder a la presión popular y disminuir la fuerza.

La nueva ola de protestas y huelgas de 1988 y las presiones de Solidaridad obligaron a Jaruzelski a negociar con el sindicato católico. En agosto de 1988 convocó a una mesa de conversaciones permanente, en que participaban el gobierno, representantes de Solidaridad y la Iglesia con el fin de realizar reformas sustanciales a la legalidad constitucional, que debían ser aprobadas por el Parlamento³⁵⁸. En ella se pactó el proceso de transición, con la legalización de Solidaridad, la instauración del pluripartidismo, el reconocimiento de la libertad religiosa, la reforma a la educación y la liberalización de los medios de comunicación. El gobierno pactó con Solidaridad que se convocara a elecciones semi libres para junio de 1989, en las que el sindicato católico obtuvo una arrolladora mayoría en el Parlamento. A pesar de ello, Jaruzelski se mantuvo como presidente durante un año más. Al año siguiente, Walesa fue elegido para sucederlo en dicho cargo y el Primer Ministro fue su compañero Tadeusz Mazowiecki, completando la primera etapa de la democracia polaca. Los primeros objetivos serían llevar a cabo los acuerdos de la mesa de conversación y salir de la crisis económica que se arrastraba desde hacía años. La transición polaca fue el inicio de la oleada democrática en Europa del Este.

A pesar de las dificultades, “Polonia era el primero de los países del Este que entraba, a través de un suave proceso, en la era post comunista”³⁵⁹.

³⁵⁷ Gaddis, *op.cit.* p. 230 y 231.

³⁵⁸ García de Cortázar, *op.cit.*, p. 419.

³⁵⁹ Mammarella, *op.cit.*, p. 387.

8. La transición democrática en Hungría en 1989

El proceso democratizador en Hungría se desarrolló en forma pacífica y pactada al igual que en Polonia y en un tiempo relativamente paralelo. Al igual que en las manifestaciones de 1956, el punto de referencia de los húngaros eran las reclamaciones de los polacos. Por ello, en 1989 los magiares imitaron su fórmula negociada para una nueva legalidad. Ambos procesos se diferencian en que la sociedad civil húngara era débil, por lo tanto, las transformaciones se realizaron principalmente *desde arriba*, por los dirigentes reformistas del POSH, aunque también hubo participación ciudadana.

Desde la caída de Kádár, en mayo de 1988, Heller comentaba que se respiraba otro aire en Hungría, que el escepticismo se había transformado en activo compromiso³⁶⁰. De hecho, los dirigentes del Partido decidieron, en una asamblea extraordinaria realizada en el mismo mes de mayo, destituir de sus cargos a todas las autoridades que habían ejercido represión después de la Revolución de 1956. En el mismo sentido, se eligieron políticos más comprometidos con las reformas.

Aunque Karoly Grosz no era un abierto reformista, no era partidario del pluripartidismo, favoreció la presencia de diferentes tendencias. Así, renacieron partidos de la posguerra, como el de los Pequeños Propietarios y el Socialdemócrata y, posteriormente, el Demócrata Cristiano (KDNP). Todos ellos tenían una clara reminiscencia con las formaciones políticas de antes del Frente Popular, lo que demuestra que en Hungría había escasa actividad política. En un principio la mayoría de ellos coincidían en su anticomunismo, pero no contaban con un claro programa de gobierno, lo que según Semsey provocó confusión en la población³⁶¹.

Esta transformación del Estado se veía paralizada por el fracaso de las reformas económicas y los desacuerdos dentro del POSH. “El catalizador del cambio en Hungría fue la frustración que sentían los comunistas jóvenes y reformistas ante la inflexibilidad de los ancianos dirigentes de su propio partido”³⁶². Aunque “fue en este país [Hungría] donde los

³⁶⁰ Agnes Heller, “El fondo del abismo al desnudo”, *Revista Nueva Sociedad*, N° 108, (julio-agosto 1990), p. 2.

³⁶¹ Semsey, *op. cit.*, p. 162.

³⁶² Judt, *op. cit.*, p. 877.

comunistas reformistas intentaron llevar a la práctica el proyecto más serio de reforma del antiguo sistema totalitario desde dentro”³⁶³, la renovación fracasó. La razón fundamental de este fallo radicaba en que el socialismo, como todo totalitarismo, no resistía modificaciones, o existía como tal o había que desmantelarlo. Por ello, los reformistas se comprometieron con la construcción de un orden nuevo, desmantelando el sistema socialista.

El proceso de creación de una nueva institucionalidad se desarrolló paralelamente y en forma entrelazada con la revaloración de la Revolución de 1956. En Hungría el avance hacia la democracia tuvo la particularidad de estar directamente relacionado con el análisis de la insurrección y el reconocimiento del verdadero valor de la rebelión. Por este motivo, podemos decir que en ambos procesos hubo rebrotes revolucionarios.

8.1. Creación del Estado moderno de Hungría

El giro hacia la democratización del sistema político y la modernización de las estructuras económicas y sociales se emprendió cuando los reformistas se hicieron cargo del poder. El 24 de noviembre de 1988 asumió Miklós Németh como Presidente del Consejo de Ministros. El nuevo rumbo que tomaba el país quedó patente en el procedimiento de elección, ya que los candidatos compitieron en una terna ante el Comité Central y, luego, el elegido fue ratificado por el Parlamento. El nuevo gobierno, como recuerdan Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, se propuso como objetivo “crear un Estado constitucional moderno” y transformar la economía fortaleciendo la propiedad privada³⁶⁴.

La creación de este nuevo Estado fue paulatino, las autoridades fueron desmantelando progresivamente las antiguas instituciones socialistas a la vez que iban fundando una institucionalidad moderna, basada en la democracia, el libre mercado, el fortalecimiento de la sociedad civil y el respeto a los derechos humanos. Por este motivo, podemos considerar que los acontecimientos de 1989 en el país magiar fueron revolucionarios, en cuanto pusieron fin a un sistema y construyeron uno nuevo, y, al mismo tiempo, podemos hablar de un

³⁶³ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*, op. cit., p. 176.

³⁶⁴ *Ibidem*, p.176.

proceso de transición, en el sentido que se fundó una nueva institucionalidad en forma gradual y pacífica.

De esta forma, Hungría le seguía los pasos a Polonia en la inauguración de lo que Heller & Feher han llamado, las “Revoluciones Gloriosas” de 1989, en las que los pueblos de la antigua Europa del Este alcanzaron su liberación. Con ellas hubo un “cambio de soberanía” al derribarse el sistema de partido único y construirse un nuevo orden político y social³⁶⁵.

Considerando la evolución de los cambios, Semsey considera que 1989 fue el año más intenso y crítico desde el punto de vista de la transición en Hungría. Se acentuó el choque de los partidos con el sistema legal y se realizó la reconstrucción jurídica del Estado húngaro³⁶⁶, basada en los ideales y valores revolucionarios de 1956. El fin del totalitarismo iba de la mano con la instalación de la democracia política y social.

Al comenzar el año, en enero, una ley autorizó la libertad de expresión y asociación, abriendo las puertas a la discusión política y, posteriormente, dando origen legal a los partidos políticos y a la realización de elecciones libres.

Al mes siguiente el Comité Central aprobaba el sistema multipartidista, poniendo fin al control del Estado por el PSOH y a la imposición de la ideología. El propio partido único renunciaba a su rol rector. A diferencia de 1956, la URSS no reprimió estas reformas, al contrario, daba una señal de aprobación al negarse a darle apoyo económico al país, cuando las autoridades húngaras se lo solicitaron como era costumbre. De esta forma, Moscú daba a entender que se desvinculaba de sus satélites, sin ejercer violencia sobre ellos, lo que reforzaba el impulso reformista.

Al mismo tiempo que se avanzaba con la democratización, se iniciaba el proceso de sanar las heridas relacionadas con la revolución de 1956, tal como se explicará en el siguiente acápite. El 5 de junio se creó la Comisión para la Reparación Histórica con los supervivientes de la revolución y sus familiares. El 16 de junio, al cumplirse treinta años desde la muerte de Imre Nagy, el gobierno realizó un homenaje póstumo al líder revolucionario y sus

³⁶⁵ Heller & Feher, *op. cit.*, pp. 262-263.

³⁶⁶ Semsey, *op. cit.*, p. 161 y ss.

compañeros ejecutados en 1958. Con este multitudinario acto reivindicatorio se restituía la dignidad de los máximos representantes de la lucha revolucionaria y simbólicamente la de todos los húngaros que murieron luchando por la libertad del país. Al mismo tiempo que se rehabilitaba a las víctimas de la represión de Kádár se enterraba el kadarismo con su política del terror.

Casualmente, a las tres semanas después del funeral de Nagy, el 6 de julio falleció Kádár. Si bien a su funeral asistieron muchos húngaros que quisieron reconocer que en su gobierno habían vivido en un régimen menos represivo, sobre su memoria se levantaba la exigencia de la verdad acerca de su actuación política. La Comisión tenía la tarea por delante de esclarecer la realidad de los hechos. Por ello, ante la muerte de estos dos políticos contemporáneos, Heller los compara distinguiendo la calidad moral y política de ambos con las siguientes palabras: “Kádár, el político del poder, nunca discutió el marco dado por los sucesores de Stalin, simplemente deseaba perfeccionarlo y ponerlo al día. Nagy, el hombre de Estado democrático, puso en duda la soberanía del partido y optó por la soberanía popular”³⁶⁷. Justamente por sus convicciones morales y democráticas ha permanecido en el tiempo.

El proceso húngaro siguió el ejemplo emprendido por los polacos de realizar una transición pacífica y pactada entre los distintos actores políticos. El 19 de junio se formó una Mesa Redonda, que fue más bien tripartita, ya que en ella participaron las tres fuerzas políticas más representativas, a saber, los líderes del PC -reformistas y conservadores-, diferentes partidos políticos de oposición y los sindicatos. El objetivo era avanzar en la creación de un Estado constitucional moderno y programar elecciones para marzo de 1990, propuestas que debía aprobar el Parlamento. Esta instancia también fue el arranque para las reformas de octubre.

Si bien es cierto que la transición en Hungría fue dirigida *desde arriba*, es decir, por las autoridades reformistas del POSH, no se puede desconocer que también hubo participación popular. Aunque la sociedad civil era débil no estuvo ausente del proceso. Desde la formación de los primeros partidos políticos en 1987 fue paulatinamente apoyando

³⁶⁷ Agnes Heller, *Hungría, dos funerales representativos*, Diario El País, Madrid, 14 de julio de 1989, [en línea]: http://elpais.com/diario/1989/07/14/opinion/616370405_850215.html

la discusión política, expresando su disconformidad con el gobierno y exigiendo reformas. Al formarse la Mesa Redonda se incorporó en el proceso de cambios.

Como resultado de las negociaciones en julio de 1989 se realizaron las primeras elecciones libres en 6 distritos, en las que el Foro Democrático, de tendencia conservadora y cristiana, fue el partido más votado. De esta victoria se desprende el rechazo al comunismo y la aspiración de reivindicar la tradición húngara.

Durante el transcurso del año la ciudadanía se hizo más activa, en septiembre salió a la calle a exigir mayores libertades. Los gobernante no hicieron nada por impedir la manifestación, a lo más la policía exigió a los manifestantes que mostraran su identificación. Que la autoridad no hiciera uso de las armas es señal, según Comellas, que la transición era un proceso pacífico³⁶⁸.

El 6 de octubre, para gran sorpresa de los magiares, en la sesión anual pública y televisada del Parlamento sus miembros reconocieron sus errores durante la era comunista y acordaron disolver el Partido Socialista Obrero Húngaro (PSOH). El hecho que este acto tuviera lugar en una sesión parlamentaria da cuenta de la tradición democrática del país. Con esta decisión los parlamentarios reconocían el fracaso del sistema, incluso en un país con un comunismo más abierto que los restantes del bloque oriental. La disolución del Partido provocó un vacío institucional, “puesto que el partido era el eje, no sólo de la sociedad húngara, sino también del sistema político y legal del país. Era una auténtica revolución...”³⁶⁹. Sin embargo, no se produjeron desórdenes sino más bien júbilo popular.

Los comunistas reformistas crearon una nueva conformación política, de tendencia socialdemócrata, que se llamó Partido Socialista Húngaro (MSZP). El ala ortodoxa del comunismo mantuvo el POH con ese mismo nombre. Mientras se configuraban estas dos agrupaciones, la única institucionalidad vigente era el Parlamento, que decidió abrir la inscripción para las demás formaciones políticas confirmando el paso a la tan esperada democracia.

³⁶⁸ Comellas, *op. cit.*, p. 302.

³⁶⁹ Infranca, *op. cit.*

Una de las principales labores emprendidas por la Asamblea Nacional fue la elaboración de una reforma constitucional, cuyo primer proyecto fue un tanto ambiguo en su definición acerca del régimen político. La nueva constitución reconocía a Hungría como “un Estado democrático de derecho, donde los valores de la democracia burguesa y del socialismo democrático se reconocen por igual”³⁷⁰.

En cuanto a las reivindicaciones del '56, la legislación recogió claramente sus demandas. El 23 de octubre proclamó a Hungría como Estado soberano e independiente y restableció los emblemas nacionales -la bandera, el escudo y la corona de san Esteban- y la fiesta del santo patrono, san Esteban, el 20 de agosto. Esztergom volvió a ser reconocido como centro religioso y residencia de la más alta dignidad de la Iglesia Católica en el país. De esta forma, la ley instituía una Hungría democrática y nacionalista, arraigada en su tradición milenaria.

En noviembre las autoridades presentaron al Consejo de Europa su solicitud para ingresar a la institución, comenzando el camino de “retorno a Europa”, otro de los objetivos fundamentales de la transición. Si bien este ideal no fue expresado abiertamente en las demandas revolucionarias, estaba implícitamente presente en las exigencias de libertad, autonomía y democracia propias del mundo occidental. La integración a la Unión Europea significaba incorporarse a una comunidad con la que se compartían desde siglos los mismos valores.

Con la aprobación de estas leyes el Parlamento, según Semsey, cumplió una doble función entre 1985 y 1990, a saber, la de mantener el sistema totalitario y al mismo tiempo contribuir a desmontarlo³⁷¹, desde el ala reformista del Partido.

El 25 de marzo y el 8 de abril de 1990 se realizaron las elecciones parlamentarias comprometidas en la Mesa de diálogo. El Foro Democrático Húngaro triunfó con el 25% de los votos, obteniendo 164 de los 388 escaños. Lo siguió la corriente liberal y burguesa de la Alianza de los Demócratas Libres (SZDSZ), que fue el segundo partido más votado, que alcanzó un 21% de la votación, con 92 escaños. El partido oficial fue fuertemente castigado por su herencia comunista, recibió sólo el 10% de los sufragios. A pesar que el PSH se había

³⁷⁰ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez y Szilágyi, *op. cit.*, p. 285.

³⁷¹ Semsey, *op. cit.*, p. 163.

transformado, ni la intelectualidad ni el pueblo se sentía identificado con el comunismo, ni siquiera con el socialismo nacional al que se aspiraba en 1956. En 1989 el sistema socialista estaba en retirada.

No hubo mayoría absoluta porque se presentó una proliferación de 80 partidos, pero el triunfo fue de la centroderecha, que ocuparía la generalidad de las carteras ministeriales y, luego, la jefatura del gobierno con József Antall. La nueva administración asumió sus funciones en mayo y formó un gobierno de coalición con los partidos vencedores en las elecciones. Hungría entraba definitivamente a la democracia. Al transformarse la estructura de poder fue posible reformar toda la sociedad.

El gobierno y la oposición pactaron la transformación de las estructuras del país con el menor coste social, “con el objetivo puesto en la futura vinculación a la Unión Europea, Hungría se esforzó en controlar la economía para reducir la deuda externa a límites llevaderos, mejorar los niveles de producción y productividad y frenar la tasa de desempleo”³⁷². En esta misma perspectiva, se emprendieron reformas en materia de educación, salud, administración pública, etc.

La transición se consolidaba con la aprobación de Moscú. El 23 de octubre de 1989, cuando se proclamó la Hungría soberana e independiente, el Ministro de Relaciones Exteriores moscovita, Eduard Schevardnadze, dijo que la Unión Soviética no intervendría en los asuntos internos de los países de Europa oriental. En ese mismo sentido, el portavoz para la política internacional, Gennadi Gerasimov, anunciaba que se reemplazaba la doctrina Breznev por la doctrina Sinatra que, parafraseando la canción *My Way* del cantante norteamericano, aludía a que los países del Pacto de Varsovia podrían buscar su propio camino. A los dos días después, el 25, el propio Gorbachov corroboraba esta nueva política condenando la soberanía limitada de Breznev en un viaje a Finlandia. No sólo no intervino en el proceso húngaro, sino, aún más, en mayo de 1990, se iniciaron las negociaciones para el retiro de las tropas soviéticas del territorio magiar. A mediados del año siguiente se materializaba dicho acuerdo. De esta forma, se concretaba una de las principales

³⁷² Martín de la Guardia, “El reto finisecular”, *op. cit.*, p 220.

reivindicaciones de los revolucionarios de 1956, que era un signo perentorio de recuperación de la soberanía nacional.

El proceso democratizador en Hungría ha sido evaluado por diversos estudiosos del tema como positivo. Tras doce años de realizadas las primeras elecciones democráticas en el seminario sobre Transición y Consolidación Democrática, realizado en 2002, fue reconocida la exitosa evolución húngara. En su ponencia, González concluyó que a este resultado había contribuido el hecho que el país contaba con “el sistema de partidos más consolidado del bloque ex comunista”, tanto por su origen en 1987 como por la continuidad desde las elecciones de 1990 hasta las de ese año³⁷³. Hungría demostraba así que conservaba su experiencia de participación cívica, que se remontaba a la formación de los partidos políticos en el siglo XIX.

Desde los comienzos de la transición, los húngaros demostraron una madurez política mayor que las restantes democracias populares al presentar una oposición variada. En los otros países ex soviéticos no hubo más que dos conformaciones políticas en competencia. Con los años, en Hungría la multiplicidad de partidos se refundió en dos grupos, los liberales y los socialistas. Si en un principio triunfó el Foro Democrático con su tendencia conservadora, en las elecciones siguientes, desde las votaciones de 1994, se ha dado un paulatino giro hacia el sector reformador del Partido Socialista (PSOH), que ha demostrado una mayor capacidad para responder a las demandas nacionalistas y obreras, como explicó Paramio en su exposición en la Mesa Redonda organizada para analizar la transición³⁷⁴.

Junto a la estabilidad política el cambio se favorecía por el mayor desarrollo económico y la homogeneidad de su cultura, que contribuyó a evitar el desarrollo de conflictos étnicos que desestabilizaron otros países.

Judt hace notar que la transición húngara también se diferenció de la de Polonia y Checoslovaquia, puesto que éstas fueron “autorreferenciales”, es decir, se centraron en su

³⁷³ Carmen González Enríquez, “El sistema de partidos en Hungría”, en *Transición en Hungría*, Ponencia presentada en Seminario sobre Transición y consolidación democráticas 2001 – 2002, FRIDE, Madrid, 2002, p. 23.

³⁷⁴ Ludolfo Paramio, “Transición y consolidación de la democracia en Hungría”, en *Transición en Hungría*, Ponencia presentada en Seminario sobre Transición y consolidación democráticas 2001-2002, FRIDE, Madrid, 2002, p. 9.

propia transformación. Hungría, en cambio, contribuyó al desmantelamiento del régimen socialista de Alemania oriental³⁷⁵. El 2 de mayo de 1989 el gobierno magiar resolvió abrir la frontera con Austria cortando el alambrado eléctrico que separaba a ambos países. Miklós Nemeth expresó que las razones para tomar esta medida eran económicas, ya que el cerco electrificado tenía un alto costo. Sin embargo, Meyer recuerda que este golpe estratégico lo estaba planeando desde 1987 y que había reconocido a su gabinete que había que derribarlo porque lo consideraba una anacrónica expresión del comunismo³⁷⁶. El gobernante húngaro planificó el hecho como un acontecimiento internacional, ya que invitó a varios periodistas que transmitieron el suceso en directo por televisión para sorpresa del mundo.

La apertura de la frontera se convertiría en uno de los acontecimientos que llevarían a la desintegración del telón de acero. Hungría se convirtió en el país de paso de miles de alemanes orientales que, so pretexto de pasar vacaciones en territorio húngaro, pedían visa en el Consulado de Alemania Federal en Budapest con el fin de pasar a Austria y de ahí a Alemania occidental. En septiembre de 1989, cuando se declaró formalmente abierta la frontera, 60.000 alemanes habían cruzado los pasos fronterizos, lo que demostraba una vez más el fracaso del régimen. Los pueblos sometidos al socialismo real querían zafarse de su dominio y recuperar su independencia.

A pesar de los reclamos de las autoridades de la Alemania Democrática, que veían repetirse el fenómeno de deserción que había llevado al levantamiento del Muro de Berlín, en 1962, el Ministro de Relaciones Exteriores húngaro, Gyula Horn, declaró que el gobierno magiar mantendría las fronteras abiertas. Hungría se comprometía con la libertad de los alemanes orientales al no devolverlos a la RDA y, más aún, los acogía levantando campamentos de refugiados.

La decisión húngara desestabilizó al régimen comunista alemán. Los disidentes germano orientales formaron una organización llamada Foro Nuevo y, luego, Democracia Ahora, que “presionaron a favor de una “reestructuración” democrática del Estado”³⁷⁷. Ante

³⁷⁵ Judt, *op. cit.*, p. 879.

³⁷⁶ Michael Meyer, *El año que cambió el mundo. La historia secreta detrás de la caída del muro de Berlín*, traducción de Juan Manuel Pombo, Editorial Norma, Colombia, 2009, p. 85. Meyer es un periodista norteamericano que trabajaba para la revista Newsweek en la sección Europa del Este y fue enviado a cubrir los acontecimientos de 1989.

³⁷⁷ Judt, *op. cit.*, p. 883.

la negativa del jefe de Estado de la República de Alemania oriental, Eric Honecker, a introducir reformas se produjo un levantamiento popular que pondría término a su gobierno en octubre de 1989. Su reemplazante, Egon Krenz, aunque era un comunista partidario de las reformas, fue incapaz de frenar el ímpetu reformista. El 9 de noviembre el gobierno terminó derribando el Muro de Berlín, símbolo de la opresión soviética. Finalmente, el Parlamento votó el fin del Estado dirigido por el Partido comunista y, siguiendo el ejemplo polaco y húngaro, se convocó a una Mesa de diálogo que emprendió la transición democrática pactada. Al año siguiente, el 3 de octubre de 1990, se firmó el Acuerdo 4 + 2 entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión soviética, los Cuatro Grandes de antaño, más la República Federal Alemana (RFA) y la República Democrática Alemana (RDA), con el que se pactaba la unificación de Alemania. Pérez y Garay concluyen que Hungría, siendo un Estado débil, favoreció la unificación alemana y la unidad europea³⁷⁸.

A los pocos meses después que los húngaros abrieron un boquete en su frontera con Austria, los checos imitaron su ejemplo y rompieron su barrera divisoria con este mismo país el 18 de octubre de 1989, produciéndose una nueva estampida de alemanes orientales. Al cortar la alambrada las autoridades húngaras rompieron la obligada dependencia en que los mantenía la Unión Soviética a través del Pacto de Varsovia³⁷⁹. La desintegración del sistema era inminente, a los pocos días después, el 9 de noviembre, fue derribado el Muro de Berlín, cayendo el telón de acero que dividía el continente. Europa del Este experimentaba el desplome del socialismo real y para el mundo significaba el fin de la Guerra Fría.

En su proceso transformador, la política exterior del país magiar se enfocó a la integración a las instituciones europeas occidentales. El afán europeísta se enmarcó en el proceso de reformas al ser pactado en la Mesa redonda. Szilágyi considera que la Comunidad Europea se comprometió con este proceso, por una parte, al reformar su institucionalidad para incorporar a los países ex soviéticos y, por otro lado, al colaborar con la reorganización económica húngara, a través del proyecto PHARE, que se inició en 1989, en Polonia, Hungría y, posteriormente, en Checoslovaquia³⁸⁰. En marzo de 1994 el país magiar presentó su

³⁷⁸ Pérez & Garay, *op. cit.*, p. 49.

³⁷⁹ El Pacto de Varsovia se desintegró el 1 de julio de 1991.

³⁸⁰ István Szilágyi, "La ampliación de la Unión Europea al Este: el caso de Hungría", en Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, coordinadores, *La Europa del Este: del telón de acero a la integración a la Unión Europea*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 137. El proyecto PHARE se inició el 14 de julio de 1989, cuya sigla

candidatura de adhesión a la Unión Europea y en 1997 se iniciaron las negociaciones para su incorporación. Ese mismo año, el Consejo de Luxemburgo recomendó a los húngaros que se acercaran más a Austria y Alemania, países cercanos por su tradicional afinidad cultural y comercial. El acercamiento a la Comunidad Europea era apoyado por la totalidad de los partidos políticos, organizaciones sociales, sindicatos y grupos de interés húngaros. Los autores españoles sostienen que, respecto de esta iniciativa, en los restantes países que abandonaban el sistema soviético no existía este consenso. En Polonia y Chequia se discutía fuertemente las consecuencias sociales de esta vinculación³⁸¹.

Hungría se incorporó a la Unión Europea en el año 2004, después de un gran esfuerzo para cumplir las exigencias de la comunidad europea, en cuanto a democratización, economía de libre mercado, fortalecimiento de la sociedad civil y respeto a los derechos humanos. De esta forma, aunque habían transcurrido más de treinta años desde la represión de la rebelión, los ideales revolucionarios triunfaban constituyendo un nuevo Estado enraizado en la tradición magiar y la occidental.

8.2. Los rebrotes de la Revolución de 1956 en la transición democrática

En Hungría la transición democrática se caracterizó por tener una directa relación con la rebelión de 1956. Si bien es cierto que también los polacos y los checos reanudaron su experiencia revolucionaria³⁸² en 1989, en los húngaros este proceso estuvo vinculado no sólo con el restablecimiento de la democracia sino también con la restauración del verdadero valor de la insurrección, que significaba validar la tradición nacional.

El hecho que estos pueblos retomaran su lucha por poner fin al sistema soviético y fundar un nuevo régimen responde en opinión de Heller & Feher a que toda revolución

significa Poland and Hungary Assistance with Restructuring the Economy, que consistió en el apoyo otorgado por la Comunidad Económica Europea (CEE), a Polonia y Hungría para avanzar en su reestructuración económica permitiendo facilidades aduaneras y créditos favorables para un mayor desarrollo, ya que eran los países más avanzados de la ex Europa del Este.

³⁸¹ Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, "El reto finisecular", *op. cit.*, p. 245.

³⁸² Se refiere a las rebeliones anteriores, la de Polonia en 1956 y la "Primavera de Praga", en 1968.

moderna tiene su presupuesto en una anterior³⁸³. En este mismo sentido, los autores de *La Batalla de Budapest* consideran que la Revolución de 1956 “por su retórica, simbolismo, idealismo y heroísmo en estado puro es heredera de las viejas revoluciones de liberación nacional del ochocientos”³⁸⁴. Por ende, en 1989 los húngaros habrían retomado su estilo inspirándose en la insurgencia de mediados de siglo XX.

No se puede afirmar que el '56 acabara causando la caída del sistema en 1989, pero sí que las mismas fuerzas presentes en aquel entonces volvieron a aparecer en éste, con similares origen y demandas. Por eso podemos afirmar que en el '89 hay un rebrote de las fuerzas ahogadas el '56. Esta conclusión la confirma el testimonio de Pallif Katilin en la entrevista realizada por la BBC, la cadena noticiosa británica, al cumplirse cincuenta años de la Revolución, en la que los entrevistados comentaron sus experiencias durante la transición. “En aquellos meses [de 1988 y 1989] tenía la impresión de que 1956 se repetía en condiciones más favorables, que permiten el cumplimiento de los mismos objetivos: la independencia, la democracia parlamentaria con diferentes partidos políticos, la libertad de prensa”³⁸⁵

En efecto, tanto la Revolución de 1956 como las presiones sociales previas al colapso del régimen en 1989 manifiestan la búsqueda de libertad en Hungría, que no tenía la tradición de país totalitario y en cuya historia aparece repetidas veces la afirmación de su propia identidad por sobre las diversas potencias que la ocuparon o intentaron hacerlo. En esto hay un paralelo notable con Polonia, que diferencia a ambos países de los demás satélites. Se unen así el sentimiento nacional con la defensa de la vida cívica, ambos opuestos al régimen foráneo y policial implantado por la URSS. Las reivindicaciones de libertad y autonomía fueron sofocadas por la fuerza en 1956, pero de ningún modo desaparecieron con ello. Un año después de la revolución, Arendt opinaba que ésta transmitía “señales de peligro” que no sería prudente olvidar, pues podían llevar a un “repentino y dramático colapso de todo el régimen”. Añadía, sin embargo, que algo similar era difícil de esperar del pueblo ruso, largamente sometido al totalitarismo³⁸⁶.

³⁸³ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 262.

³⁸⁴ Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 282.

³⁸⁵ Este testimonio se encuentra en: *50 Años de la Revolución Húngara. Hungría 1956*. BBC Mundo, viernes 20 de octubre de 2000. [en línea]: www.fride.org/descarga/CR_hungria_esp_may02.pdf

³⁸⁶ Arendt, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental. Seguido de reflexiones sobre la Revolución húngara*, *op.cit.*, p.120.

Aunque János Kádár y sus colaboradores intentaron borrar el recuerdo de la revolución del '56, mediante una “amnesia autoimpuesta”³⁸⁷, con su despolitización de la sociedad, no lo consiguieron. Si bien es cierto que la presencia de la insurrección se mantuvo soterrada por cerca de treinta años, desde mediados de la década de los ochenta el imaginario colectivo retomó la rebelión, transformándola en historia vivida. Heller & Feher sostienen que los húngaros de 1988-89 se unieron a los protagonistas de la rebelión del '56 e incorporaron a su tiempo presente lo que los revolucionarios habían vivido en su tiempo³⁸⁸. De esta forma, la memoria del pueblo húngaro abandonó su función de registro y asumió lo que Aróstegui llama su facultad activa y estructurante, es decir, los magiares tomaban conciencia de su pasado y lo unían a su presente para elaborar el futuro, accediendo a un *presente continuo*³⁸⁹. Con esta vivencia histórica de la insurrección recuperaban su identidad.

Los autores de *La Batalla de Budapest* señalan que la principal diferencia entre las dos revoluciones del s. XX es –además del resultado– que en la segunda ya no se buscaba un utópico socialismo reformado, sino abiertamente la democracia liberal y la economía de mercado³⁹⁰. Las fracasadas reformas económicas emprendidas desde la década del sesenta hicieron comprender a los jóvenes comunistas, que ocupaban los cargos de gobierno, que el socialismo no era reformable, sino que se requería de un cambio radical de sistema.

Este rescate de la Revolución fue impulsado por los intelectuales desde mediados de la década del 80. En mayo de 1985 se reunieron en una concentración conmemorativa en Monor, en el extrarradio de Budapest, la que dio las bases para el comienzo del análisis de los acontecimientos de la insurrección a la luz de la verdad y el cuestionamiento de la intervención soviética.

Al año siguiente, para el trigésimo aniversario, no sólo hubo diversos estudios y debates sobre las jornadas de octubre, sino la población fue perdiendo el miedo a expresar públicamente su recuerdo de la rebelión. Las manifestaciones populares de sentimiento patriótico produjeron en la población gran expectativa de cambios. Desde entonces hasta la caída del muro un vehículo privilegiado de rescate de la memoria y elaboración del pasado

³⁸⁷ Heller & Feher, *op. cit.*, p. 263.

³⁸⁸ *Ibidem*, p. 259.

³⁸⁹ Julio Aróstegui, *La Historia vivida: sobre la historia del presente*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 157.

³⁹⁰ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op.cit.*, p. 282.

fue la producción literaria. Mientras los dirigentes del Partido consideraban que el régimen de libertad se había conseguido a pesar de la Revolución, los intelectuales opositores “consideraban que los gobernantes húngaros ejercían su autoridad de un modo relativamente controlado, cauto y tolerante gracias a la revolución”³⁹¹.

Así como los líderes reformistas del PSOH se comprometieron con las reformas políticas, también se involucraron en la revaloración de la insurrección. Con el objeto de buscar la verdad, el 5 de junio de 1988 se constituyó en Budapest la “Comisión para la reparación histórica”, conformada por sobrevivientes de la revolución, parientes de los caídos, víctimas de la represión, intelectuales, historiadores y artistas. Entre ellos la integraban la hija de Nagy, y las viudas de Pál Maléter y József Szilágyi en representación de los familiares de los caídos. Esta organización pidió la reparación moral, política y jurídica de las víctimas de la represión de los vivos y muertos, no sólo de la rebelión sino desde la imposición del comunismo en 1945. También exigió reescribir la historia del país de este mismo periodo con la verdad y que se castigara a los culpables de la represión de 1956, lo que significaba evaluar la actuación de Kádár y sus colaboradores. Para los autores de la *Batalla de Budapest*, esta restitución tenía un sentido de purificación de la nación, al honrar a los mártires y enaltecer los valores revolucionarios³⁹². En el mismo sentido Garay afirma que “la reparación, la justicia, la memoria y la verdad, se hicieron un eje de la acción política húngara”³⁹³.

El día en el que se cumplían 30 años del inicio del juicio a Nagy, el 9 de junio de 1988, diversas autoridades, historiadores y familiares del líder revolucionario y sus colaboradores se reunieron para escuchar por primera vez el proceso que se le siguió antes de su ejecución, el 16 de ese mismo mes en 1958³⁹⁴.

El mayor reconocimiento de la insurrección tuvo lugar el día en el que se conmemoraban los 30 años de dicho ajusticiamiento. El gobierno organizó en Budapest una ceremonia de entierro a Imre Nagy y sus colaboradores, que fueron reconocidos como héroes

³⁹¹ Cruz, *op. cit.*, p. 29.

³⁹² Martín de la Guardia, Pérez Sánchez & Szilágyi, *op. cit.*, p. 287.

³⁹³ Garay, *op.cit.*

³⁹⁴ *Reviven la voz de la revolución húngara*, BBC Mundo/Cultura y Sociedad. Lunes, 9 de junio de 2008, [en línea]: www.bbc.co.uk

nacionales. Tras la exhumación del cuerpo del ex gobernante se realizaron sus honras fúnebres el 16 de junio de 1989. Unos 300.000 húngaros asistieron al funeral, que se transformó en un multitudinario homenaje a todos los caídos en la rebelión y un acto de reparación de la insurrección, que recuperaba con esta celebración su verdadero valor.

El significado de este rescate de la Revolución se puede apreciar en las ya mencionadas entrevistas realizadas por la BBC, en el año 2006. Uno de los testimonios más elocuentes de este sentir popular son las palabras de Palfi Katalin: “En los años de 1988 a 1989 la memoria de la revolución renació y constituyó uno de los pilares del cambio democrático en Hungría, cuyo acontecimiento simbólico fue el reentierro solemne, el día 16 de junio de 1989, de Imre Nagy, Pál Maléter, Miklós Gimes, Géza Losonczy y József Szilágyi, los cinco personajes clave de 1956, ejecutados en 1958 y enterrados en fosas anónimas”³⁹⁵. En el contexto político que vivía el país, estos gestos tenían un fuerte valor simbólico y “expresaban la condena a la intervención soviética y la voluntad de conducir el país a la democracia”³⁹⁶.

Por el lado de la institucionalidad, a finales de 1988 el Comité Central del PSOH encargó la revisión oficial de lo ocurrido a una comisión de historiadores y politólogos, quienes concluyeron que en 1956 se había desarrollado una verdadera insurrección popular contra el poder establecido, y que el posterior gobierno de Kádár podía calificarse como *neostalinista*. Además de este significativo reconocimiento oficial, por la misma época Gorbachov consideraba en privado que las protestas habían comenzado “con la insatisfacción del pueblo” y que se había respondido con “la contrarrevolución y el derramamiento de sangre. Esto no podía pasarse por alto”³⁹⁷.

El día del inicio de la rebelión se había mantenido como símbolo representativo en la memoria de los húngaros. En su honor el 23 de octubre de 1989 se proclamó la nueva República Húngara, que puso fin a la República Popular y reconoció legalmente el sistema democrático. En 1990 el Parlamento recordó la vinculación entre el levantamiento sofocado

³⁹⁵ Testimonio de Palfy Katalin en *50 Años de la Revolución Húngara*, BBC Mundo.com, viernes 20 de octubre de 2006, [en línea]:

http://www.bbc.co.uk/spanish/specials/1639_hungria_test/page4.shtml

³⁹⁶ Mammarella, *op. cit.*, p. 387.

³⁹⁷ Gaddis, *op.cit.*, p. 250.

y el nuevo orden nacional mediante una ley que estableció que “el 23 de octubre, comienzo de la revolución y de la lucha por la libertad, y día también de la proclamación de la nueva República Húngara de 1989, es declarado día de fiesta nacional”³⁹⁸. El día del inicio de la defensa de la libertad quedaba sellado en la letra del nuevo Estado húngaro.

Acto seguido se restituyó los emblemas patrios –bandera, escudo y corona-, reivindicando los valores nacionales defendidos en la rebelión, que se enlazaban con la tradición milenaria húngara. En otro gesto de reivindicación con la insurrección, se creó el “Instituto 1956” para estudiar y dar a conocer lo ocurrido en aquella Revolución, que ya había sido definida como levantamiento popular contra la ocupación soviética. Mammarella destaca que “un elemento que contribuiría a promover y acompañar la transición a la democracia sería el debate sobre los hechos de 1956”³⁹⁹.

El 23 de octubre de 1989 se celebró por primera vez el memorable inicio del levantamiento en forma pública y autorizada. Los acontecimientos de ese día en 1956 se revivieron de tal forma que la población se dirigió al Parlamento para escuchar las palabras de Nagy, portando la bandera nacional con los símbolos soviéticos recortados igual que en ese entonces. En esta oportunidad el discurso del líder reformista fue transmitido por radio. La gran diferencia fue que al finalizar su alocución no hubo represión armada, por el contrario, el pueblo celebró la recuperación de la libertad, aquella que les había sido negada 33 años atrás.

El rescate de la Revolución de 1956 y el recuerdo de la represión posterior dieron a la transición húngara un tinte de rechazo al comunismo, si bien menor y menos violento que en los demás países del bloque. Una encuesta realizada en 1980 muestra que sólo el 34 por cien de la población consideraba que en la práctica el socialismo funcionaba bien en su país, mientras que al 52 por cien le parecía que lo hacía mal. A pesar de ser un apoyo muy inferior al rechazo, está mucho mejor calificado que en las vecinas Checoslovaquia y Polonia, donde las cifras son de 12 a 76 y 15 contra 72, respectivamente⁴⁰⁰. Los resultados de estos dos países le dan confiabilidad a la evaluación del país magiar.

³⁹⁸ Martín de la Guardia, Pérez S. & Szilágyi, *op. cit.*, p. 289.

³⁹⁹ Mammarella, *op. cit.*, p. 387.

⁴⁰⁰ González, “Las transiciones a la democracia”, *op. cit.*, p. 201.

Aunque la democratización de Hungría tuvo un talante anti comunista, no incluyó la purga y castigo de los crímenes perpetrados por dicho régimen. En efecto, el gobierno del Foro Democrático (1990 – 1993) emprendió varios intentos de “justicia política” para hacer responder a quienes habían participado en la represión de la era comunista. Ante el fracaso de éstos, hubo propuestas similares durante el resto de la década, sin mayores resultados. Este proceso, a primera vista sorprendente se debe a que en Hungría, a diferencia de los demás ex países satelizados, las persecuciones sangrientas acabaron al final de la década del 50 y en las décadas siguientes apenas hubo represión. Esto hizo que la población percibiera el tema como ajeno, y ni siquiera hubo una condena formal de las autoridades al régimen comunista, como sí hubo en Eslovaquia, Albania, República Checa y Polonia. En este último país hubo represión activa hasta la amnistía general de 1986, por lo que en número y época presenta una situación mucho más compleja que Hungría y dejan de ser comparables⁴⁰¹.

Por eso en Hungría no había realmente una necesidad de revisión y castigo, y las propuestas en este sentido tuvieron sobre todo intención política. En primer lugar, fue una manera de condenar al comunismo de quienes no se habían opuesto decididamente a él durante su vigencia. En segundo, se buscaba perjudicar a figuras públicas del partido socialista que habían estado involucradas en la represión. La falta de interés popular queda manifiesta en que algunos de los culpables ocuparon altos cargos de elección pública⁴⁰².

En Hungría no hubo necesidad de desagravio, porque con la reivindicación de los ideales revolucionarios y la rehabilitación de la rebelión se fueron sanando las heridas de la derrota y la represión. En la memoria histórica prevaleció, por sobre la violencia postrevolucionaria, la hazaña de libertad de la rebelión de 1956 y en honor a esa lucha en 1989 los magiars eran conscientes que había que proteger la transición, que rescataba la identidad nacional. El pueblo húngaro había mantenido vivo los ideales revolucionarios de libertad, democracia, justicia social, respeto a los derechos, desarrollo económico y “retorno a Europa”. Estos ideales, que se habían grabado con sangre en la memoria del pueblo magiar

⁴⁰¹ Alexandra Barahona, Paloma Aguilar & Carmen González, *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Ed. Istmo, Madrid, 2002, p. 321 y ss.

⁴⁰² *Ibidem*, op.cit., p. 356 y ss.

en 1956, quedaban pacíficamente inscritos en la historia en 1989. La revolución de 1956 había triunfado y el futuro pertenecía al pueblo húngaro.

9. Conclusiones

En octubre de 1956 el pueblo magiar salió a las calles a defender su libertad contra la opresión impuesta por el totalitarismo de la Unión Soviética, que había sometido a Hungría bajo su dominio desde el triunfo del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial. En medio de unas paupérrimas condiciones de vida, una asfixiante falta de libertad y un persistente terror surgió una pequeña esperanza tras la muerte de Stalin, en 1953.

Ante los anuncios del *deshielo* y siguiendo las instrucciones del PCUS, Imre Nagy, un comunista moderado, inició un intento reformista con el objeto de aliviar la tensión social producida por las exigencias del estalinismo. Pero, la búsqueda de un socialismo nacional fracasó por la limitada apertura permitida por el Kremlin, que quería mantener el sistema de control del Partido-Estado. En aras de asegurar su dominio, Moscú puso fin al Revisionismo de Nagy y reinstaló la dirigencia estalinista de Rákosi, lo que encendió la efervescencia. Los húngaros continuaron con las protestas y las exigencias de mayor libertad apoyándose en la *desestalinización* anunciada por Khrushov a comienzos de 1956, en el XX Congreso del PCUS. Sin embargo, la incapacidad de las autoridades del POH para buscar una línea común entre rakesistas y reformistas, con el fin de darle una salida a la crisis social terminó desembocando en la Revolución del otoño de ese año.

Lo que en un principio se presentaba como una manifestación de estudiantes, en unas pocas horas se transformó en una protesta popular masiva, que se convirtió en la mayor disidencia dentro del bloque oriental. Aunque no hubo una evidente organización previa ni liderazgos claros, los insurrectos sí ofrecían un trasfondo ideológico presentado en las reivindicaciones de los diferentes actores sociales y del pensamiento político de Imre Nagy e István Bibó. Todos ellos coincidían en un socialismo nacional, con un rostro más humano que el repudiado estalinismo, dentro de un Estado independiente, soberano, democrático y con un desarrollo económico-social que respetara los derechos humanos, y en el que se restablecieran las tradiciones del país, que se enraizaban en las instituciones occidentales.

La Unión Soviética se vio enfrentada a estas reclamaciones, que significaban poner fin al sistema de socialismo real basado en el dominio del Partido-Estado bajo las órdenes de Moscú, y al hecho que el mismo día en que se inició el levantamiento el gobierno húngaro

quedó paralizado con los desórdenes en las calles, la convocatoria a una huelga general en todo el país y el surgimiento de consejos obreros y comités revolucionarios, que inauguraron un sistema de autogobernación que le disputaba el poder a las autoridades.

Ante este escenario, los dirigentes del PCUS, que velaban por el prestigio y el poder de la potencia rectora del bloque oriental, intentaron una salida negociada para poner fin al conflicto. Sin embargo, las mismas autoridades bloquearon la solución pacífica con su ambigüedad y falta de coherencia. El Kremlin, por su parte, al mismo tiempo que negociaba ponía orden por medio de las armas, incluso atacando a la población desarmada. En el POH, por otro lado, las divisiones internas entre ramosistas y reformistas impidieron los acuerdos con los insurrectos y Nagy, que había sido llamado como hombre de consenso para poner fin a la crisis. Esta falta de consecuencia contribuyó a radicalizar la posición de los rebeldes, que organizaron una encarnecida resistencia, que doblegó a las fuerzas soviéticas y obligó a ambas dirigencias a cambiar de rumbo.

Los insurgentes se ganaron un nuevo marco de relaciones con la Unión Soviética, logrando que la rebelión no fuera considerada como una contrarrevolución y que el Kremlin autorizara un socialismo democrático, con la formación de un gobierno de coalición. En el marco de los ideales revolucionarios estos logros eran insuficientes, por ello el gobierno de Nagy puso fin al sistema de partido único y a la sujeción a Moscú. Proclamó a Hungría como Estado socialista, soberano y democrático, optando por la democratización total del país, en la que se instauró una organización democrática peculiar, en la que convivieron los partidos políticos con la autogobernación de los consejos obreros y los comités. Los magiars vivieron unos inusitados días de libertad, en los que pusieron fin al régimen estalinista. Los húngaros demostraron su madurez cívica al respetar las decisiones de cada una de estas organizaciones, que no estuvieron sujetas a una dirigencia nacional.

Los magiars celebraban por doquier el triunfo de la Revolución, en la que habían conquistado su libertad. Esta emancipación desprestigiaba a la Unión Soviética y hacía peligrar su hegemonía no sólo sobre el país magiar sino en el bloque oriental, especialmente por las manifestaciones de los rumanos en apoyo al levantamiento húngaro, que hacían presagiar un contagio revolucionario en las democracias populares. Ante este escenario, inaceptable para la dirigencia soviética en tiempos de Guerra Fría, el Comité Central del

PCUS decidió intervenir militarmente el país magiar para poner fin al levantamiento por medio de las armas. Ante el movimiento de tropas y tanques soviéticos, el gobierno democrático y soberano proclamó la salida de Hungría del Pacto de Varsovia y su neutralidad. Moscú aplastó violentamente la Revolución por medio de la intervención armada. En el contexto de Guerra Fría, el Kremlin no estaba dispuesto a claudicar de su área de influencia y Occidente no intervino en el entendido que se respetaban los pactos firmados en Yalta. La bipolaridad se mantenía a expensas de las ansias de libertad del pueblo húngaro. Hungría volvía a estar bajo el dominio de Moscú por la fuerza de las armas.

La Revolución húngara dejó de manifiesto los límites del revisionismo y la realidad que se vivía en el mundo socialista, que difería de la imagen que proyectaba la Unión Soviética en los países socialistas y en el exterior. Con su violenta represión puso en tela de juicio el sistema totalitario, que demostró que se legitimaba por medio de las armas. Aunque la rebelión resintió algunos fundamentos del comunismo, su mayor aporte fue sentar las bases para el futuro desmoronamiento del sistema de socialismo real. Desde entonces el dominio soviético no fue el mismo en Europa del Este, el Kremlin ya no pudo restablecer el estalinismo aunque mantuvo su sistema totalitario. La contestación popular se mantuvo hasta la desintegración del comunismo en 1989.

A pesar del aplastamiento militar los húngaros no quisieron hacer morir la rebelión, mantuvieron la lucha durante los meses de noviembre y diciembre de 1956 impidiéndole al nuevo gobierno de restablecer el orden dentro del país. Los rebotes revolucionarios se manifestaron en la prolongación de la huelga, en la supervivencia de los consejos obreros y en las manifestaciones populares en oposición a las medidas represivas de Kádár.

La rebelión fue definitivamente dominada por el gobierno prosoviético mediante una masiva y brutal represión. Aunque el Primer Ministro y sus seguidores intentaron cubrir con un manto de olvido los acontecimientos de la rebelión de octubre, a través del bienestar, de una cierta apertura política y cultural y de la distensión con Occidente, no lograron que el pueblo húngaro perdiera el afecto y los ideales por los cuales habían dado la vida tantos compatriotas. En la memoria histórica pervivía esta hazaña, que era el hecho más memorable de la historia del país y el comienzo del fin del socialismo real.

La recuperación de los ideales revolucionarios se fue gestando paulatinamente durante la década del '80, a raíz de la crisis general del sistema. A este despertar contribuyó el grave endeudamiento del país, provocado por la importación de productos occidentales con el fin de mantener el mejoramiento en las condiciones de vida de la población. El desgaste del sistema hizo comprender a los líderes reformistas del PSOH que el socialismo real, como todo totalitarismo, no era reformable. Por este motivo y ante las esperanzas de reformas reales por el ascenso de Gorbachov al poder, se comprometieron a dismantelar el sistema y construir un nuevo orden legal en el país. La comprobación que esta vez la Unión Soviética no ejercía represión en Polonia, que había inaugurado los cambios político-sociales, les dio nuevos bríos para emprender el proceso de reformas.

Si bien todos los Estados del socialismo real iniciaron su transición democrática en 1989, imitando el ejemplo de los polacos y húngaros, en el país magiar esta transformación tuvo la peculiaridad de estar estrechamente ligada a la Revolución de 1956 y, a su vez, a la de 1848. El Estado constitucional moderno se fundamentó en los ideales y los valores revolucionarios del año '56, en la letra de la ley se inscribieron las reivindicaciones exigidas por las fuerzas sociales en ese entonces. En la nueva Constitución se proclamó la independencia y soberanía de Hungría bajo el régimen de democracia pluripartidista, en el que se estableció el respeto a los derechos humanos tan vilipendiados por el régimen comunista. Al mismo tiempo, cumpliendo las demandas revolucionarias, se restablecieron los emblemas nacionales y las fiestas patrias, y se reconoció el valor de la Iglesia Católica y de los lugares religiosos. Con esta nueva legalidad triunfaba la Revolución de 1956 y se recuperaba la tradición del país, vinculada a la institucionalidad occidental.

En la creación de este nuevo orden el país magiar recuperó su libertad y entró decididamente en la democracia, lo que significó vivir una revolución, pero como fue pactada y pacífica se puede decir que se experimentó una transición democrática.

El proceso de transición estuvo acompañado por una revaloración de la Revolución. Desde mediados de 1980 los intelectuales, que formaron la disidencia opositora desde el gobierno, reavivaron su recuerdo. Desde 1985 propiciaron que se analizaran los acontecimientos de octubre del '56 a la luz de la verdad y comenzaron a cuestionar la intervención soviética. Cuando los reformistas asumieron el poder, a fines de 1988, se

comprometieron no sólo con las reformas sino también con concederle el verdadero valor a la rebelión. La reparación moral, política y jurídica de las víctimas estuvo acompañada de la validación de la insurrección como una manifestación democrática y nacional en oposición al totalitarismo soviético y el reconocimiento de Kádár como un gobernante neoestalinista. El reconocimiento de la verdad permitió sanar las heridas que habían quedado abiertas con la represión y sentó las bases para la construcción de la nueva Hungría.

No se puede afirmar que los sucesos del '56 causaran en el tiempo la caída del comunismo. Pero sí que en el año 1989 estuvieron presentes las fuerzas de aquel con similares orígenes y demandas. Ambas generaciones revolucionarias se diferenciaron eso sí en que en el año de la transición se había abandonado el idealismo de la sociedad socialista. A pesar de esta consideración, podemos afirmar que en el '89 hubo un rebrote de las fuerzas ahogadas en el '56 por la represión soviética.

La Revolución de 1956, dramáticamente aplastada por la Unión Soviética, triunfaba en otra revolución, en la de 1989, que le devolvió la dignidad a los húngaros. Al recuperar su identidad, el pueblo magiar se levantaba con la cabeza en alto, escribiendo una vez más en su historia sus hazañas de valentía y libertad.

10. Bibliografía

- Álvarez Calzada, J. Oscar, "El flanco sur del Pacto de Varsovia. Relevancia estratégica y sus consecuencias", Universidad Complutense de Madrid, *Papeles del Este*, N° 9 (2004), pp. 1-35.
- Arendt, Hannah, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental. Seguido de reflexiones sobre la revolución húngara*, traducción de Agustín Serrano de Haro, Editorial Encuentro, 2007, pp. 67-120. (Edición en inglés: *Karl Marx and the Tradition of Western Political Thought and Reflection on the Hungarian Revolution*, sin fecha de edición).
- Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Volumen 3, traducción de Guillermo Solana, 2ª edición, Editorial Alianza, Madrid, 1987. (Edición en inglés: *The origins of totalitarianism*, 1951).
- "Armistice Agreement with Hungary, January 20, 1945", *The Avalon Project. Documents in Law, History and Diplomacy*, Yale Law School, Conneticut: Lilian Goldman Library, 2008, [en línea] : <<http://avalon.law.yale.edu/wwii/hungary.asp> [Consultado: 10 octubre 2013].
- Aron, Raymond, *Democracia y totalitarismo*, traducción de Ángel Viñas, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1968. (Edición en francés: *Democratie et totalitarisme*, 1965).
- Aróstegui, Julio, *La historia vivida: sobre la historia del presente*, Editorial Alianza, Madrid, 2004, pp. 143-170.
- Barahona de Brito, Alexandra, Paloma Aguilar Fernández & Carmen González Enríquez, *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Editorial Istmo, Madrid, 2002.
- Békés, Csaba & János Rainer, colaboradores del Instituto del 56, *La revolución húngara de 1956*, Embajada de Hungría, 2006, [en línea]: <http://www.embajada-hungria.org/spanyol/historia/historia56.htm> [Consultado: 12 mayo 2010].
- Bihari, Mihály & Béla Kiraly, *The final victory of the ideas of the revolution of 1956: the constitutional change of regime, and NATO and EU membership*, Bulletins on 1956 N° 5, Atlantic Research and Publications Public Foundation, Budapest, 2006.
- Bogdan, Henri, *La historia de los países del Este. De los orígenes a nuestros días*, traducción de Amada Forns de Gioia, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1991. (Edición francesa: *Histoire des Pays de l'est*, Perrin, 1990).
- Brachfeld, Oliver, *Historia de Hungría*, Editorial Surco, Barcelona, 1957.
- Brahm, Enrique, *Hitler y la segunda guerra mundial*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1999.

- Bravo, Bernardino, "Constitución y corona en el milenio de Hungría", *Revista de estudios histórico-jurídicos*, N° 22 (Valparaíso 2000), pp. 375-382.
- Buzek, Antony, *Prensa e Ideología*, traducción de Aníbal Leal, Editorial Marymar, Buenos Aires, 1967. (Edición en inglés: *How the Communist Press Works*, 1964).
- Children of Glory* (película). Directora Krisztina Goda. Hungría/Estados Unidos. Título original: Szabadság Szerelem. Guión: Géza Bereményi, Réka Divinyi, Éva Gárdos. Reparto: Kata Dobó e Iván Fenyó. Productor: Andrew G. Vajna, Tamás Zákonyi. Producción; Flashback Film & TV production. Cinergi Interactive (USA). Distribuidores: Intercom (HU), Noble Entertainment (SE), Lionsgate Film Distribution (UK), Fortíssimo Films (NL), 2006. 123 minutos. Versión en español, 8 capítulos, [en línea]: <http://www.youtube.com/watch?v=3h-smYweqec> [Consultado: marzo 2014]
- 50 Años de Revolución Húngara. Hungría 1956*, BBC Mundo, 2006. Protagonistas y testigos de la Revolución húngara narran sus recuerdos a la BBC, [en línea]: http://www.bbc.co.uk/spanish/specials/1639_hungria_test/
- Comellas, José Luis, *Historia breve del mundo reciente (1945-2004)*, Editorial Rialp, Madrid, 2005.
- Congdon, Lee, *The opinions of non-Hungarian personalities on the Hungarian Revolution of 1956*, Bulletins on 1956 N° 3, Atlantic Research & Publication Public Foundation, Budapest, 2006.
- Cruz Cuevas, Katia, "Intelectuales húngaros frente al sistema socialista (1948-1989)", *Revista CCCSS Contribuciones a las Ciencias Sociales* (julio 2012), Universidad de las Ciencias Informáticas. Universidad de Málaga. Editor Juan Carlos M. Coll, Editada por eumed.net., [en línea]: <http://www.eumed.net/rev/cccss/21/kcc.html> Consultado: 8 noviembre 2013.
- Djilas, Milovan, *La nueva Clase. Análisis del sistema comunista*, Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo, México, D.F., 1958, 58 p. [en línea] <http://es.scribd.com/doc/125713884/Milovan-Djilas-La-nueva-clase-pdf> [Consultado: 15 febrero 2014].
- *La Nueva Clase. Un análisis del sistema comunista*, traducción de Luis Echavárri, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958. (Edición en inglés: *The New Class*", sin fecha de edición).
- Duarte, Ángel, "La creación del bloque soviético en la Europa del Este y la Guerra Fría", en Martín de la Guardia, Ricardo & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *La Europa del Este: del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, pp. 17-46.
- Fernandois, Joaquín, *La noción del totalitarismo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1980.

- Ferrero Blanco, Dolores, “La crisis del socialismo real. Semejanzas y diferencias entre las disidencias del bloque del este”, *HAOL*, N° 11 (Otoño 2006). pp. 65-86.
- Ferrero Blanco, Dolores, “La revolución húngara de 1956: el carácter político y la organización social”, *HAOL*, N° 10 (Primavera 2006), pp. 99 – 113.
- Ferrero Blanco, Dolores, “La revolución húngara de 1956 según la diplomacia española”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, T. 13 (2000), pp. 335-338.
- Gaddis, John Lewis, *La Guerra Fría*, traducción de Catalin Martínez Muñoz, Editorial RBA, Barcelona, 2008. (Edición en inglés: *The Cold War*, 2005).
- Garay V., Cristián, “Chile y la Revolución húngara de 1956”, en Cristián Medina, Cristián Garay & Javier Castro, *Polonia, Hungría y Checoslovaquia: las grietas del telón de acero desde Chile*, (en preparación).
- García de Cortázar, Fernando & José María Lorenzo Espinosa, *Historia del mundo actual (1945-1995)*, Tomo I. *Memoria de medio siglo*, Alianza, Madrid, 1996.
- Gay, Juan C., “El proceso de integración europea: de la “Pequeña Europa” a la Europa de los Quince”, en Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la integración europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, pp. 123-166.
- González Enríquez, Carmen, “El sistema de partidos en Hungría”, en *Transición en Hungría. Seminario sobre transición y consolidación democráticas 2001-2002*. Moderador: Ludolfo Paramio, Director de la Unidad de Políticas Comparadas, Fundación para las Relaciones Internacionales y Diálogo Exterior (FRIDE), Madrid, 2002, pp. 23-28. [en línea]: www.fride.org/descarga/CR_hungria_esp_may02.pdf [Consultado: 27 abril 2013].
- González Enríquez, Carmen, “Las transiciones a la democracia en Europa del Este. Un análisis comparado”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, N° 78 (octubre-diciembre 1992), pp. 195-217.
- Heller, Agnes, *De la revolución húngara*, Diario El País, Madrid, 12 de diciembre de 1989, [en línea]: http://elpais.com/diario/1989/12/12/opinion/629420407_850215.html [Consultado: 26 mayo 2014].
- *El fin del kadarismo*, Diario El País, Madrid, 30 de junio de 1988, [en línea]: http://elpais.com/diario/1988/06/30/internacional/583624810_850215.html [Consultado 20 abril 2014].
 - “El fondo del abismo al desnudo”, *Revista Nueva Sociedad*, N° 108 (julio-agosto 1990), pp. 154-157.

- *Hungría, dos funerales representativos*, Diario El País, Madrid, 14 de julio de 1989, [en línea]: http://elpais.com/diario/1989/07/14/opinion/616370405_850215.html [Consultado: 18 febrero 2014].
- & Feher, Ferenc, *De Yalta a la "Glasnost"*, traducción de Fabián Chueca, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1992. (Edición inglesa: *From Yalta to Glasnost*, 1990).

Historia de Hungría desde sus orígenes hasta la actualidad, Ministerio de Educación y Ciencia de España, Tímea Bánki Coordinadores, Ministerio de Educación, Secretaría General Técnica & Editio Mediterránica, 2007, [en línea]: <<https://sede.educacion.gob.es/publiventa/inicio.action>> [Consultado: 25 de septiembre de 2010].

Infranca, Antonino, "Cómo cae un régimen y se construye uno nuevo: Hungría, octubre de 1989", *Revista Herramienta debate y crítica marxista*, N° 11 (octubre de 1999), [en línea]: <http://www.herramienta.com.ar/revista-impresa/revista-herramienta-n-11> [Consultado: 2 de abril de 2014].

Judt, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, traducción de Jesús Cuéllar y Victoria E. Gordo del Rey, Editorial Taurus, Madrid, 2006. (Edición original: *Postwar. A history of Europe since 1945*, 2005).

Lapierre, Dominique, *Érase una vez la URSS. La fantástica aventura de dos jóvenes parejas occidentales por las carreteras prohibidas de la Unión Soviética*, traducción de Carmen de Celis, Editorial Planeta, Barcelona, 2006. (Edición francesa: *Il était un fois l'URSS*, 2005).

Linz, Juan José, *Obras escogidas*, Tomo I, *Fascismo: perspectivas históricas y comparadas*, traducción de Francisco Beltrán, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008. (Sin datos de la edición original inglesa).

Linz, Juan J., "Estudios del autoritarismo a la democracia", en Robert A. Dahl, *Polararchy, Participation and Opposition*, New Haven, 1967, 58 p. (Título original: "The Transition from political System and the Problem of Consolidation of Political Democracy", [en línea]: http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques/linz_autoritarismo.pdf [Consultado: 18 febrero 2014].

Llora Hungría. Recuerdos de una Revolución (Cry Hungary. A Revoltuion Remembered). Documental Audiovisual BBC. Reino Unido/Hungría. 1986. Audio en español. [Actualizado 5 octubre 2010]. 55 minutos. [En línea]: http://www.youtube.com/results?search_query=llora+hungria+bbc

Mammarella, Giuseppe, *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*, traducción de Juana Bignozzi y Francisco J. Ramos, Editorial Ariel, Barcelona, 1996. (Edición italiana: *Storia d'Europa dal 1945 a oggi*, 1980).

Martín de la Guardia, Ricardo, “El reto finisecular: el proyecto de ampliación de la Unión Europea a los países de la antigua Europa del Este”, en Martín de la Guardia & Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la Integración Europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, pp. 215-251.

- “Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia en Europa del Este”, *Pasado y Memoria, Revista de Estudios Contemporáneos*, N° 3 (2004), pp. 1-38.
- & Guillermo Pérez Sánchez, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*, Editorial Síntesis, Madrid, 1995.
- & Guillermo Pérez Sánchez, “El bloque soviético: la URSS y la Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX”, en Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, coordinadores, *La Unión Soviética: de la Perestroika a la desintegración*, Editorial Istmo, Madrid, 1995, pp. 824-846.
- & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la integración europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001.
- & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *La Europa del Este: del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.
- Guillermo Pérez Sánchez e István Szilágyi, *La batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*, Editorial Actas, Madrid, 2006.

Martínez Lillo, Pedro Antonio, “Europa después de la Segunda Guerra Mundial: la reactivación del ideal europeísta”, en Martín de la Guardia, Ricardo & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la integración europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, pp. 57-83.

Martos, Denes, *La revolución húngara de 1956. Una derrota gloriosa que humilló a los vencedores*, La Editorial Virtual, 2001, [en línea]:
<http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/MartosDenes/Hungria1956/Hungria1956.htm> [Consultado: 4 abril 2014].

Medina, Cristián, “Los sucesos de Polonia de 1956”, en Cristián Medina, Cristián Garay & Javier Castro, *Polonia, Hungría y Checoslovaquia: las grietas del telón de acero desde Chile*, (en preparación).

Meyer, Michael, *El año que cambió el mundo. La historia secreta detrás de la caída del Muro de Berlín*, traducción de Juan Manuel Pombo, Editorial Norma, Colombia, 2009. (Edición en inglés: *The year that changed the world*, 2009).

1956: el otoño húngaro, Documental RTVE. Actualidad (Radio Televisión Española). Título original: *The 1956 Hungarian Revolution*. American Hungarian Federation, Versión

en español. Publicado: 5 julio 2013. Duración: 24: 41 minutos. [en línea]: http://www.youtube.com/watch?v=s_vMq_rL2rc [Consultado: 12 abril 2014].

1956: *la esperanza de la libertad. La Revolución Húngara*, Ministerio de Asuntos Exteriores de la República de Hungría en colaboración con el Museo Nacional de Hungría y la Agencia Telegráfica de Hungría, pp. 1-20. [en línea]: <http://www.mfa.gov.hu/NR/rdonlyres/012C3E72-0D52-490A-AE95-367220AAFC53/0/1956spanyol.pdf> [Consultado: 20 abril 2014]

Nagy, Imre, *Contradicciones del comunismo*, traducción Viola Soto, 2º edición, Editorial Losada, Buenos Aires, 1958. (Sin datos acerca de la edición original).

Palma Castillo, Luis, *La confrontación ideológica durante la Guerra Fría*, Editorial Ril, Santiago, Chile, 2003.

Paramio, Ludolfo, “Transición y consolidación de la democracia en Hungría”, en *La transición en Hungría*, (Mesa Redonda), Ponencia presentada en Seminario sobre la transición y consolidación democráticas 2001-2002, FRIDE, Madrid, 2002, pp. 1-8. [en línea]: www.fride.org/descarga/CR_hungria_esp_may02.pdf [Consultado: 27 abril 2013].

Pereira Castañares, Juan Carlos & Pedro A. Martínez Lillo, *Documentos básicos sobre historia de las relaciones internacionales (1815-1991)*, Editorial Complutense, Madrid, 1995.

Pérez Gil, Luis & Cristián Garay, “La posición de los Estados débiles desde el realismo estructural: análisis del caso de Hungría”, *Revista Política y Estrategia*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE), N° 107 (julio-sept. 2007), pp. 26-57.

Pérez Sánchez, Guillermo, “El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad”, en Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *Historia de la integración europea*, Editorial Ariel, Barcelona, 2001, pp. 15-55.

- “El totalitarismo soviético y los Derechos Humanos: una aproximación al caso de la Europa del Este”, en Martín de la Guardia, Ricardo & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *La Europa del Este: del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Editorial Nueva, Madrid, 2002, pp. 63-77.
- “Transiciones y europeísmo: de la Península Ibérica a la Europa Central”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 24 (2002), pp. 317-333.

Rainer, János, *Imre Nagy: the leader and martyr*, Bulletins on 1956 N° 1, Atlantic Research and Publication Public Foundation (ARP), Budapest, 2006.

- *1956. La revolución húngara en la historia de Europa*, pp.1-12, [en línea]: www.mfa.gov.hu/NR/rdonlyres/.../060620_cikkek_56_spanyol.pdf [Consultado: octubre 2013].

- Semsey, Viktoria, “Transición política en Hungría, 1989-1990”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, N° 15 (1993), pp. 157-169.
- Szilágyi, István, “Los derechos humanos y los derechos de libertad en Hungría, ayer y hoy”, *Revista Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, N° 2, Valencia (1993), pp. 53-71.
- Szilágyi, István, “La ampliación de la Unión Europea al Este: el caso de Hungría”, en Ricardo Martín de la Guardia & Guillermo Pérez Sánchez, coordinadores, *La Europa del Este: del telón de acero a la integración en la Unión Europea*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, pp. 121-145.
- Valdés Phillips, Pablo & Juan Salazar Sparks, *Manual de política mundial contemporánea*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 2° edición, 1987.

BCA. UNIV. GABRIELA MISTRAL
Universidad Gabriela Mistral

